



DESDE SUS CENIZAS

Las izquierdas en América Latina
a 25 años de la caída del Muro de Berlín



DESDE SUS CENIZAS

Las izquierdas en América Latina
a 25 años de la caída del Muro de Berlín

Primera edición

ISBN: Friedrich-Ebert-Stiftung (FES-ILDIS) Ecuador: 978-9978-94-148-5

ISBN: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador: 978-9978-19-701-1

Impreso en Ecuador, julio de 2015

Tiraje: 1.000 ejemplares

© Friedrich-Ebert-Stiftung (FES-ILDIS) Ecuador
Av. República 500 y Martín Carrión, Edif. Pucará, 4to piso, Of. 404
Casilla: 17-03-367, Quito-Ecuador • Teléfonos: (593-2) 256 2103
www.fes-ecuador.org • www.40-fes-ildis.org

 Friedrich Ebert Stiftung Ecuador FES-ILDIS
 @FesILDIS

© *Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador*
Toledo N22-80 • Casilla: 17-12-569, Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 322 8085, 299 3600 • Fax: (593 2) 322 8426
www.uasb.edu.ec • uasb@uasb.edu.ec

Editor: Daniel Kersfeld

Coordinador: Daniel Gudíño

Diseño: graphus®, 290 2760

Impresión: Gráficas Araujo

El uso comercial y la reimpresión de todos los materiales editados y publicados por la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) está prohibido sin previa autorización escrita de la FES.

Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente las de la Friedrich-Ebert-Stiftung.

La versión original de texto que aparece en este libro fue sometida a un proceso de revisión de pares ciegos, conforme a las normas de publicación de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

Contenido

PRESENTACIÓN ANJA MINNAERT	9
PRESENTACIÓN ANJA DARGATZ	15
PRÓLOGO ENRIQUE AYALA MORA	19
INTRODUCCIÓN: 1989-2014. La caída del Muro de Berlín y su impacto en la izquierda latinoamericana DANIEL KERSFFELD	23



LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN Y SUS CONSECUENCIAS EN ECUADOR

34

▶ Liberalismo radical e izquierda en Latinoamérica. Doscientos años antes de la caída del Muro de Berlín Tatiana Hidrovo Quiñónez	35
▶ La percepción de la caída del Muro de Berlín en los medios del Ecuador Gonzalo Ortiz Crespo	59
▶ Los efectos de la caída del Muro de Berlín en la sociedad ecuatoriana Ana María Larrea Maldonado	87
▶ La caída del Muro y algunas de sus consecuencias en las izquierdas ecuatorianas Germán Rodas Chaves	97
▶ La perspectiva para el socialismo en el siglo XXI Xavier Garaicoa Ortiz	113

▶ Los dilemas de la izquierda peruana Alberto Adrianzén Merino	149
▶ El Muro de Berlín y la izquierda venezolana Demetrio Boersner	181
▶ La izquierda argentina y la caída del Muro Alberto Bonnet	199
▶ Las izquierdas en Cuba Julio César Guanche	217
▶ La izquierda en Centroamérica: de la guerra a la paz en la desaparición del socialismo Héctor Mairena	231
▶ La caída del Muro de Berlín en Bolivia Fernando Molina	255
▶ La izquierda mexicana en el último cambio del siglo Araceli Mondragón González	273
▶ Fronteras de la izquierda: el Uruguay a 25 años de la caída del Muro de Berlín Constanza Moreira	295
▶ Chile y la caída del Muro de Berlín Ricardo Núñez Muñoz	323
▶ Os efeitos da queda do Muro de Berlim no Brasil Valter Pomar	339
▶ La caída del Muro de Berlín y la izquierda en Colombia, una lectura de la recomposición Ernesto Samper Pizano	359
▶ Paraguay y las trayectorias de la izquierda desde 1989 José Tomás Sánchez, Ignacio González Bozzolasco y Fernando Martínez Escobar	375



**LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN:
LECTURAS TRANSVERSALES**

398

- ▶ La dimensión cultural de la política y la emergencia de la sociedad civil
Ana Wortman..... 399
- ▶ El Foro de Sao Paulo: reacción de la izquierda latinoamericana frente a la caída del Muro de Berlín
Roberto Regalado Álvarez..... 413
- ▶ Alemania en el vigésimo quinto aniversario de su unificación
Anna Kaminsky..... 427

El Ave Fénix, a medida que crece, más débil saluda al Sol con su dulce voz, ofreciendo ruegos y súplicas, pidiendo que esos fuegos le den una fuerza renovada. Febo, al verla de lejos, afirma sus riendas y dirigiendo su curso, consuela a su hija amorosa con estas palabras: “Tú, que estás a punto de dejar tus años atrás sobre la pira; quien, por esta pretensión de muerte, está destinada a redescubrir la vida; para quién deceso significa la renovación de la existencia; y quien a través de la autodestrucción recupera su juventud perdida, recibe de nuevo tu vida, abandona el cuerpo que debe morir; y con un cambio de forma aparece más hermosa que nunca”.

Claudio Claudiano (c. 370-c. 405), *El Ave Fénix*.



Presentación

ANJA MINNAERT

**Representante de la Friedrich-Ebert-Stiftung
(FES) en Ecuador**

**Directora del Instituto Latinoamericano de
Investigaciones Sociales (ILDIS)**

El 9 de noviembre de 2014, Alemania celebraba los 25 años de la caída del Muro de Berlín. Éste es un hito en la historia de nuestro país, pero también es un hito en la historia mundial, ya que a partir de entonces las fuerzas en la política internacional se desplazaron, y América Latina no fue inmune a ello.

Por esta razón, la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES-ILDIS) en el Ecuador organizó un foro internacional en noviembre de ese mismo año, en conjunto con la Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador. El propósito del evento era analizar los impactos que este suceso tuvo sobre el pensamiento, las narrativas y los caminos de las izquierdas en América Latina.

Era el 10 de noviembre de 1989, con el reconocido socialdemócrata Willy Brandt de pie frente al Muro de Berlín, cerca de la Puerta de Brandeburgo, en un momento conmovedor, cuando se hizo realidad uno de sus sueños más grandes: *“Es wächst zusammen, was*



zusammen gehört. “Vuelve a unirse lo que proviene del mismo tronco”, diría Brandt, posteriormente, en una entrevista. Con estas inmortales palabras, expresó el sentimiento que en ese momento se expandía por Alemania.

La caída del Muro era, ante todo, el éxito de las personas, del pueblo, y de los alemanes a ambos lados de la frontera. Pero también era un éxito marcado por sus precursores políticos y por la socialdemocracia alemana.

En agosto de 1961, la República Democrática Alemana (RDA) erigió en Berlín el Muro que separaría la parte Este de la parte Oeste de la ciudad. Fue una gran conmoción para las personas de ambos lados de Alemania pero, sobre todo, para Willy Brandt, el alcalde de Berlín occidental en aquel momento. A partir de entonces, el sector soviético quedó separado de aquellos territorios ocupados por las tropas occidentales. Los mandatarios de Alemania oriental buscaron clausurar la frontera, en común acuerdo con la Unión Soviética, para evitar así “el voto con los pies”, es decir, la emigración de ciudadanos hacia Alemania occidental.

En ese momento, y después como Ministro de Relaciones Exteriores de la República Federal de Alemania, Willy Brandt empezó a colocar la piedra angular para la “*Ostpolitik*” (la Política para el Este). Detrás de la “política del cambio a través del acercamiento”, se encontraba la convicción socialdemócrata de que la unificación de la República Federal y la República Democrática sólo podía tener éxito si se sostenía el sentimiento de pertenencia nacional entre los alemanes a ambos lados del Muro. La socialdemocracia veía la condición

más importante para lograrlo en la ampliación y profundización del diálogo, y en la cooperación con los ciudadanos y mandatarios de Alemania oriental.

De acuerdo con los principios de esta política, la socialdemocracia continuaba con el esfuerzo por convencer, a través del diálogo, a los mandatarios de los partidos comunistas dominantes para que iniciaran “reformas desde arriba” en su territorio. A fines de los años ochenta, y con las crecientes olas de refugiados de la RDA que aprovechaban terceros países para su huida, empezaba a ser visible la erosión en el bloque oriental. Con lo cual, la presión sobre el régimen del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED) creció enormemente.

Para la primera mitad del año 1989, las permanentes conversaciones de los líderes de la socialdemocracia en Alemania occidental con los funcionarios del partido SED, buscaban la obtención de mejoras humanitarias para las personas del Este, aportando así en el mantenimiento de la paz. No obstante, la represión del régimen frente a personas críticas con el sistema no se detenía. En adelante, los políticos socialdemócratas denunciarían públicamente y con gran vehemencia las violaciones a los derechos humanos en Alemania oriental.

El 9 de noviembre de 1989 cayó el Muro de Berlín. Los ciudadanos “votaron con sus pies” y por la noche tomaron por asalto el símbolo de la división entre el Este y el Oeste, después de que el régimen del partido SED anunciara la flexibilización en la salida del país. “*Wir sind ein Volk*”, “Nosotros somos un pueblo”, era el lema en esa hora.



Con la caída del Muro empezó una fase emocionante pero a la vez complicada para el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD). Los socialdemócratas de occidente apoyaron la construcción del partido SPD en el Este de Alemania. Sin embargo, con la caída del Muro, de los restos del partido SED se formó también el Partido del Socialismo Democrático (PDS) que, con el transcurso del tiempo, se establecería como la tercera fuerza de izquierda en el sistema de partidos de Alemania, junto con el SPD y el partido Verde.

Entretanto, voces dentro de la izquierda en Alemania, levantaron críticas sobre el proceso de reunificación por ser de una “adhesión apurada”. Paulatinamente, buscaban que Alemania empezara de nuevo a vivir en unidad, pero finalmente, todo se dio demasiado rápido.

El 3 de octubre de 1990 se firmó el Tratado de Unificación entre Alemania oriental y Alemania occidental. Alemania volvía a ser un único país. Sin embargo, murió la idea de que en una Asamblea Constituyente se elaborara una nueva Constitución que fuera aprobada por votación popular. En la actualidad todavía está vigente la Ley Fundamental que, en su pensamiento original, había sido elaborada como una Constitución provisional para la República Federal de Alemania.

Los impactos de la caída del Muro tuvieron una gran incidencia en la política interna de Alemania y en la relación de las tendencias de izquierda entre sí. Asimismo, sus repercusiones internacionales influyeron en el pensamiento y en la construcción de las fuerzas de las izquierdas en el mundo y, en particular, en América Latina.

Este libro pretende ser un reflejo de esta discusión. Desde México hasta Chile, pasando por Centroamérica y el Caribe, recoge las narrativas de actores, protagonistas y pensadores de las izquierdas latinoamericanas, que muestran la construcción de la ideología política nacional y regional, influenciada por la gesta de la caída del Muro.

Esta es una invitación a que el pensamiento de izquierda continúe su construcción. Que, en favor de la democracia y la justicia social, se continúen expandiendo y aprendiendo aquellos valores intrínsecos para los militantes de esta tendencia.

Quiero agradecer a Daniel Kersffeld, editor del libro, por su dedicación y compromiso con este proyecto, y a Daniel Gudiño, Coordinador de Proyectos de FES-ILDIS, por la gestión y coordinación del proceso que llevó del foro de noviembre a la producción de este libro.

Esperamos que ésta sea una contribución al pensamiento de la izquierda en América Latina y Europa. Que aprendamos a crecer juntos y que nunca más las fronteras vuelvan a ser divididas por muros.



Presentación

ANJA DARGATZ

Representante de la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) en Bolivia

El 9 de noviembre de 2014, no sólo Alemania sino todo el mundo, conmemoraba los 25 años de la caída del Muro de Berlín. Con la caída del Muro se realizaba el último acto para dar paso a la unificación de Alemania, eliminando el símbolo más poderoso de la Guerra Fría. Por esta causa, la caída del Muro no se ha quedado sólo como un evento histórico alemán, sino que se ha convertido, a nivel mundial, en el acontecimiento que marcó el fin de un mundo política e ideológicamente bipolar.

La región de América Latina es la que más comparte las corrientes ideológicas con Europa. Ni en Asia ni en África el pensamiento político-ideológico que nació en Europa y en la Unión Soviética se ha enraizado de la misma manera, sobre todo, en cuanto a las corrientes de izquierda. Como consecuencia de esto, la caída del Muro tuvo su propio impacto en la sociedad, en los partidos políticos y en el pensamiento actual de la izquierda.

Recordando este importante suceso histórico, la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES-ILDIS) en Ecuador, realizó en noviembre de 2014 un foro regional para analizar el impacto de la caída del Muro de Berlín. Ahora contamos



con los resultados escritos, que valen el esfuerzo por ser leídos y discutidos también fuera de Ecuador. El libro presenta un panorama del pensamiento y de las narrativas de las izquierdas desde Ecuador y otros países de América Latina, y también refleja su relato ideológico frente a Europa y la Unión Soviética. La publicación incluye un capítulo sobre Bolivia, escrito por el periodista Fernando Molina y presentado en noviembre de 2014 en La Paz, Bolivia, para conmemorar esta fecha histórica.

FES Bolivia agradece a sus colegas en Ecuador por la realización de este esfuerzo continental y por compartir sus resultados generosamente.





Prólogo



ENRIQUE AYALA MORA

**Rector de la Universidad Andina
Simón Bolívar, Sede Ecuador**

Cuando cayó el Muro de Berlín todo el mundo se dio cuenta de las consecuencias que el hecho iba a tener en Alemania, en Europa e inclusive, a nivel global, en la agonizante “Guerra Fría”. Pero no se pensó mucho en cómo podría impactar en alejados lugares de la Tierra como nuestra América Latina. Eso vino después. Sin embargo, no cabe duda de que las consecuencias del acontecimiento fueron muy significativas en diversos niveles de nuestra realidad. Y las sentimos hasta ahora, un cuarto de siglo después.

En primer lugar, fue el principio del fin del bloque soviético y de su influencia en el mundo y en nuestro continente. Por años, la URSS había sido un detente ante el predominio norteamericano en Latinoamérica. Pero con la crisis interna y los cambios que se expresaron en la caída del Muro las cosas fueron distintas. En la última década del siglo XX se levantó un escenario unipolar que empezó a ser desafiado sólo años después.



En segundo lugar, el hecho reforzó el triunfo ideológico del neoliberalismo. Por primera vez en décadas la derecha no sólo ganaba elecciones en la región, sino que lograba también una iniciativa intelectual que se sobrepuso a una propuesta progresista que había estado presente por muchos años. Las fuerzas reaccionarias tenían un mensaje de “cambio”, de “renovación”, que convenció a muchos, aunque no por mucho tiempo.

En tercer lugar el derrumbamiento de ese símbolo de la negación de la democracia y del socialismo constituyó también el fin del estalinismo y de su larga influencia en un sector de la izquierda latinoamericana. Al fin, lo que muchos pensadores del socialismo habían denunciado se comprobaba en la realidad: la dictadura estalinista, esclerótica y autoritaria, caería bajo el peso de sus propias contradicciones internas.

En cuarto lugar, el fin de esa barrera que dividía a una ciudad y a una nación fue la oportunidad para replantear el pensamiento de izquierda en nuestra región, no sólo con una radical crítica al estalinismo, sino también con un esfuerzo, que ya tenía una larga tradición, de pensar con cabeza propia un proyecto profundamente latinoamericano.

A los veinticinco años de la caída del Muro apreciamos esas realidades con la distancia que ofrece el paso del tiempo. La izquierda y los movimientos sociales se debilitaron, pero la lucha continuó. Incluso surgieron

nuevos actores que resistieron al neoliberalismo que, por lo demás, se agotó muy rápidamente. Pero sus estragos fueron terribles y se sienten hasta ahora.

A inicios del siglo XXI, el neoliberalismo fue derrotado electoralmente en la mayoría de los países, aunque en cuestión de una década los gobiernos *“light”* que han sido tímidamente reformistas y que se han acomodado al capitalismo, se van agotando de manera rápida. La necesidad de construcción de una nueva propuesta socialista, en cambio, sigue en pie. Y debemos afrontarla con valentía e imaginación, asumiendo el significado y las consecuencias de procesos como la caída del Muro de Berlín y del bloque soviético, que son parte de un pasado que nos invita a la crítica.

Este libro asume ese reto y trata de avanzar en la reflexión. Fue preparado a partir de un seminario impulsado por la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES-ILDIS) y la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB) Sede Ecuador. Con satisfacción invito a los lectores a estudiarlo para avanzar en el debate y el esfuerzo creativo.

Quito, junio de 2015



Introducción

1989-2014. LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN Y SU IMPACTO EN LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

Daniel Kersffeld

Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. Magíster en Ciencias Sociales por FLACSO-Argentina. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México, con mención honorífica y un posdoctorado en ciencias políticas por la misma universidad. Historiador dedicado al siglo XX latinoamericano. Se ha desempeñado como funcionario y asesor en distintos organismos, nacionales e internacionales, de Argentina, México y Ecuador. Profesor invitado en distintas universidades de la región. Analista político y consultor internacional especializado en políticas educativas y culturales. Autor de cuatro libros y de más de cincuenta artículos publicados en periódicos, compilaciones y revistas especializadas en más de diez países. En 2008 obtuvo el premio de la Academia Mexicana de Ciencias por su tesis doctoral, y en 2013 la Mención Honorífica del premio Pensamiento de América Leopoldo Zea, otorgado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia por su libro "Contra el imperio" (México, Siglo Veintiuno, 2012). Es miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia del Ecuador.

La caída del Muro de Berlín en 1989 fue uno de aquellos acontecimientos de trascendencia universal que marcaría la vida política, social, económica y cultural de prácticamente todo el globo en las dos décadas y media siguientes. Ninguna nación pudo sustraerse a las consecuencias de un hecho de tal naturaleza que alteraría profundamente las relaciones de poder entre los países y, en



general, la geopolítica mundial en términos que, a partir de entonces, exigieron una total revisión en torno al papel desempeñado por los actores anteriormente protagónicos, ahora en un contexto signado por la desaparición de la Unión Soviética y por el aparente triunfo de su principal contendiente, los Estados Unidos.

Este fenómeno se convirtió así en el gran reflejo de cambios subterráneos que venían incubándose desde algunos años antes y que finalmente estallarían entre fines de la década del ochenta y principios de la del noventa, cuando la *perestroika*, impulsada por Mijaíl Gorbachov, el último presidente soviético, pretendió una modernización de las rígidas estructuras estatales, si bien los cambios generados finalmente desbordaron el marco institucional, resentido por décadas de inmovilismo y de anquilosamiento. De allí que la destrucción del Muro se convirtiera en uno de los primeros síntomas de descomposición del bloque comunista europeo, que finalmente terminaría por colapsar dos años más tarde, en 1991, con la desaparición de la Unión Soviética y, por lo tanto, de la alianza política e ideológica de las quince repúblicas que formaban parte de ella.

Pero lo acontecido en Berlín en 1989 implicó mucho más que el fracaso de una experiencia (sin duda, la más relevante en toda su historia) de la izquierda internacional. Significó más aún la pérdida de un referente histórico y político pero, por sobre todas las cosas, identitario. Para bien o para mal, ya nada sería igual a como había sido anteriormente, y esto involucraba tanto a las izquierdas vinculadas a Moscú, como a las de carácter socialdemócrata y socialista, así como también a aquellas pertenecientes a la “gran familia” comunista, principalmente, a la maoísta y en menor medida a la trotskista.

Aunque de distinto modo, y teniendo en cuenta que algunas corrientes pudieron haberse presentado como “ganadoras” frente

a otras “derrotadas”, todo el universo de la izquierda, en cuanto a proyecto de cambio social, finalmente se vería afectado por la desaparición de un símbolo, ampliamente criticado desde gran parte de la opinión pública, pero que había surgido en un momento de gloria y expansión de la Unión Soviética: es decir, una vez que ésta se convirtiera en una de las potencias triunfantes de la Segunda Guerra Mundial, compitiendo luego, de igual a igual, por la dominación política e ideológica frente a los Estados Unidos, su principal rival en tiempos de la Guerra Fría.

La crisis y posterior derrumbe del Bloque Soviético conllevaron una redefinición total de las relaciones internacionales. A la Guerra Fría que marcó la vida política durante casi cincuenta años, le siguió algo novedoso y seguramente, más peligroso que el sistema anterior: el de la unipolaridad ejercida por los Estados Unidos. En efecto, y al ser considerado como el triunfador de este prolongado enfrentamiento, los Estados Unidos pudieron ejercer a sus anchas el papel de “policía mundial”. Más allá de los sucesivos cambios presidenciales, no hubo en este país mayores cambios en cuanto a su política exterior y, con relación a ella, en torno a su política de defensa. La unipolaridad estadounidense le permitió actuar en cualquier parte del globo, ya sea para responder ataques o, sobre todo después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, supuestamente para prevenirlos. Ninguna porción del planeta estuvo exenta de esta intervención que, particularmente en el siglo XXI, asumió un rostro mucho más agresivo, en donde la prioridad excluyente, y generalmente no cumplida, terminaría siendo la imposición por la fuerza de la seguridad y el orden.

Por otra parte, la crisis del bloque soviético que comenzaría a manifestarse públicamente desde fines de los ochenta sería concomitante a otro proceso de enorme importancia, sobre todo, en una región como América Latina, históricamente considerada como



el “patio trasero de los Estados Unidos”. El neoliberalismo, con su receta de mercados abiertos, desregulación, ajuste y privatizaciones, se había implementado por primera a nivel mundial en el Chile de Pinochet, allá por los años setenta, bajo una de las más férreas dictaduras de la región. Los resultados de aquella primera prueba habían sido exitosos, si bien todavía faltaba llevar a cabo un desafío todavía mayor: la concreción de un programa neoliberal aplicado ahora de manera consensuada y dentro de un régimen democrático.

Así, las democracias latinoamericanas, todavía de implantación reciente e imperfecta, vivieron desde fines de los ochenta un experimento del que no saldrían indemnes. Y la crisis del universo soviético, traducido en un horizonte de confusión y desánimo para los militantes de izquierda, posibilitaría la aplicación de planes neoliberales en un espacio que fue tanto de fervor por la “entrada definitiva” al mundo capitalista, como de frustración y resignación para muchos que a partir de entonces creyeron que ya no había ninguna alternativa frente a esta nueva etapa de nuestra historia.

De acuerdo con lo anterior, y más allá de la caída del Muro, lo que realmente importó para las izquierdas de nuestra región fue la subsecuente crisis en términos de certidumbres. Un sentimiento de fracaso y de desprestigio inundó a este amplio universo cuasi religioso que, de pronto, pareció poblarse de réprobos y conversos. Más aun, frente a una ideología cada vez más arraigada que, incentivada por los valores del neoliberalismo, no dudaba en adjudicarse el éxito ante la sorpresiva desaparición del tradicional enemigo.

La operación simbólica estaba así prácticamente consumada: no sólo la izquierda (siempre vinculada al campo comunista) estaba destinada al fracaso, sino que al mismo tiempo, y por mediación del burocratismo soviético, ésta únicamente podía ser equiparable a las ideas de totalitarismo y de autoritarismo. Incluso la defensa del Estado de Bienestar y de la protección social y resguardo nacional

a él asociado podían ahora ser cuestionados como una de las tantas formas de “izquierdismo”. Es decir, como un síntoma de “retraso”, como un impedimento frente a cualquier política de liberalización irrestricta y, en definitiva, como expresión de rechazo ante los valores de la “modernidad”.

Mientras tanto, el combate por la “libertad” y en contra de los “muros” en nuestra región se tradujo casi que de inmediato en una lucha, absolutamente desigual, por el “libre mercado” y en contra del “proteccionismo” y de las “fronteras”. La izquierda latinoamericana conoció de esta manera uno de sus momentos más complejos, aun para aquella que no estaba filiada en el campo de dependencia de la Unión Soviética. En este sentido, todas las vertientes de la izquierda, prácticamente sin excepción, fueron consideradas desde el *establishment* como verdaderas estructuras arcaicas y sin sentido en un “mundo libre” que finalmente había comenzado a nacer en 1989.

De este modo y en algunos casos, a la izquierda de tendencia socialista y socialdemócrata le tocó en suerte gestionar los inicios del neoliberalismo, pretendiendo torcer la voluntad de los mercados y, generalmente, fracasando en este intento por medio de fuertes y profundas medidas disciplinarias. Por ello, ni siquiera aquella izquierda que históricamente había confrontado con el universo soviético pudo sobrevivir a las presiones neoliberales, bajo pena de abandonar su propia ideología y a lo sumo, de otorgarle un rostro humano y social a la política de ajustes que por ese entonces había sido inaugurada ya en la fase de la transición y posterior consolidación de las democracias latinoamericanas.

Con todo, la historia ha demostrado de manera suficientemente elocuente que el derrotero de la izquierda ha sido siempre el de levantarse aun después de ocurridas las peores tragedias. La realidad latinoamericana puede dar cuenta de que no sólo la izquierda pudo



resistir a la imposición neoliberal de los años noventa, sino que desde allí, construyó poder para finalmente llegar a los gobiernos de un amplio conjunto de países de la región. En este sentido, fueron crecientes los movimientos sociales de protesta, resistencia y reivindicación, y variados en los conjuntos sociales que representaron, cada vez más en alianza con organizaciones de izquierda a las que anteriormente repudiaron como parte del “sistema” y de “lo político”, pero a las que con el tiempo comenzaron a reconocer en toda una historia y tradición de luchas sociales.

El desgaste del modelo neoliberal y el reconocimiento amplio y popular a estas nuevas expresiones políticas anunciaron finalmente la aparición de una nueva generación de gobiernos, distintos a los anteriores, situándose para ello en el campo, ideológicamente impreciso y voluble, del “*posneoliberalismo*”. Con sus diferencias, y con inevitables errores cometidos en el camino, se tendió a reconstruir la figura estatal como principal elemento de confrontación y de negociación frente a los mercados. La reafirmación de la trama institucional fue acompañada de políticas de seguridad social, de una nueva arquitectura financiera, del reconocimiento a la centralidad en los derechos humanos y de una renovada visión de las relaciones exteriores, ya no únicamente ancladas en la tradicional dependencia con los Estados Unidos.

Pero las decisiones adoptadas y los modelos asumidos no sólo generaron previsible críticas de los grupos más conservadores: desde algunos años a esta parte, renovadas protestas y señalamientos fueron realizados por parte de aquellos sectores disconformes o directamente perjudicados, muchos de los cuales también se situaban dentro de la amplia familia de la izquierda, ahora cada vez más caracterizada por sus bordes sinuosos y evanescentes. Estos últimos críticos no dudaron, por tanto, en salir a la calle, una vez más, para evidenciar y cuestionar los límites alcanzados por gobiernos

que finalmente no pudieron cumplir con las expectativas de todos sus votantes. Hoy la amplia y diversa corriente de la izquierda que desde hace más de una década supo construir nuevos gobiernos, se debate entre los difíciles objetivos propuestos, los destacados logros alcanzados y las demandas ciudadanas de quienes todavía no han sido satisfechos y pretenden también el reconocimiento a sus reclamos y demandas.

De allí que hoy, a veinticinco años de la caída del Muro de Berlín, ha corrido suficiente agua bajo el puente como para intentar realizar una evaluación acerca de las implicaciones de este acontecimiento en nuestra región, en el contexto político actual y, particularmente, en el derrotero asumido por las izquierdas en todo este tiempo. Resulta más que propicio, por tanto, realizar un balance que a partir de una visión regional establezca también cuáles han sido las consecuencias y efectos de un hecho de esta naturaleza para la realidad política, social y cultural del Ecuador. Consideramos, finalmente, que realizar un análisis de estas características revela su urgencia al mismo tiempo que la necesidad de que éste sea llevado a cabo desde un marco plural, resaltando la diversidad de las “izquierdas”, sin dar por sentado previamente su necesaria unidad, ni mucho menos, el éxito o el fracaso de las mismas.

El presente libro, por tanto, pretende realizar un amplio recorrido por la historia reciente de estos últimos veinticinco años pero focalizando en un actor que sólo en la última década y media cobró un relieve cada vez más notorio, particularmente, a partir de su llegada al gobierno en varios de los países de la región. Creemos por tanto en la importancia de recrear el recorrido trazado por varias de las organizaciones de izquierda a partir del quiebre de 1989 y hasta su recomposición en los tiempos actuales, en un período que se ha convertido en crucial no sólo para la consolidación de esta corriente en particular, sino también para la supervivencia



de nuestras propias naciones. De esta forma, es en su afirmación histórica, en su activismo y en su vocación de poder, pero también en cuanto a sus contradicciones y sus polémicas, que nos interesa analizar a la izquierda como una representación específica de cada nación y, en su conjunto, como un particular sentido histórico e identitario de construcción y recreación de la región.

El libro se encuentra dividido en tres partes: una primera, dedicada fundamentalmente a analizar el impacto de la caída del Muro de Berlín en el contexto específico del Ecuador, en una lectura que atraviesa por igual las variables históricas, políticas, sociales y culturales del país. Pretendemos focalizar directamente en el campo de la izquierda pero asumiendo, al mismo tiempo, la necesidad de la lectura nacional de dicho acontecimiento así como del derrotero de los veinticinco años posteriores. En este sentido, y desde un paradigma histórico, Tatiana Hidrovo Quiñónez centra su artículo en la historia de una vertiente particular de la izquierda ecuatoriana vinculada centralmente a la figura de Eloy Alfaro, en tanto que Gonzalo Ortiz Crespo, mediante una lectura testimonial, lleva a cabo una reconstrucción de los acontecimientos de 1989 a partir de su recepción en la prensa ecuatoriana de aquellos días y de su repercusión en el gobierno encabezado por Rodrigo Borja. Por su parte, Ana María Larrea Maldonado plantea en su trabajo una reflexión sobre los efectos de la caída del Muro de Berlín en la sociedad ecuatoriana y en la construcción posterior del Socialismo del Siglo XXI, en tanto que Germán Rodas Chaves sugiere cuáles han sido las principales consecuencias de este acontecimiento en el mundo de las izquierdas del Ecuador. Por último, Xavier Garaicoa Ortiz establece los principales parámetros del marxismo que, en su interpretación, resultaron afectados hace veinticinco años de acuerdo a un punto de vista teórico pero también con relación a la *praxis* política de la izquierda.

La segunda sección del libro es la más amplia en su propuesta y objeto de análisis ya que en ella se intenta proporcionar una interpretación global acerca de la historia reciente de la izquierda en la región a partir de un conjunto de interrogaciones orientadas tanto a las interpretaciones realizadas en 1989 por las izquierdas respecto a la caída del Muro, como al recorrido posterior trazado por ellas en función de la lucha contra el neoliberalismo, como alternativa a los sectores políticos tradicionales, respecto a la construcción de poder y, eventualmente, a partir de su experiencia de gobierno ya en pleno siglo XXI.

En esta sección contamos así con las colaboraciones de Alberto Adrianzen Merino para dar cuenta del complejo proceso de la izquierda en Perú; Demetrio Boersner, quien centra su mirada, entre otras cuestiones, en la izquierda y el chavismo venezolano; Alberto Bonnet y su análisis del caso argentino, frente al neoliberalismo y al kirchnerismo; Julio C. Guanche y su interrogación acerca del presente y el futuro de la izquierda en Cuba; Héctor Mairena en una reflexión orientada a brindar una visión panorámica en torno al escenario político centroamericano; Fernando Molina en una interpretación del derrotero seguido por este actor político y social en Bolivia y, particularmente, bajo el gobierno de Evo Morales; Araceli Mondragón González, centrada en el caso de México, marcado por una tensión irresoluble entre corrientes institucionalistas y movimientistas; Constanza Moreira recrea a su vez en su artículo la historia reciente del Uruguay desde el recorrido seguido por la izquierda y, sobre todo, por el Frente Amplio; Ricardo Núñez Muñoz analiza la compleja historia de una izquierda que finalmente consiguió renacer en la derrota de la dictadura pinochetista; Valter Pomar fija su análisis en torno a la izquierda de Brasil y al protagonismo excluyente, y no exento de contradicciones y tensiones, del Partido de los Trabajadores (PT); Ernesto Samper Pizano reconstruye la historia



reciente de una izquierda como la colombiana, trágicamente marcada por la violencia y la represión; y por último, José T. Sánchez, Ignacio González Bozzolasco y Fernando Martínez Escobar recrean en conjunto las tres últimas décadas de historia del Paraguay a partir de un núcleo de organizaciones de izquierda marcadas sucesivamente por la dictadura de Stroessner, la hegemonía del Partido Colorado y el malogrado gobierno de Fernando Lugo.

Finalmente, la tercera sección de este libro tiene como objeto presentar un conjunto de análisis de enfoque transversal, a partir de los múltiples aspectos derivados de un hecho con tantas implicaciones y aristas para la comprensión de nuestro presente como la caída del Muro de Berlín. Se trata así de tres capítulos en los que se abordan aquellos elementos que contribuyen a ampliar y profundizar la mirada en torno a las diversas repercusiones de este acontecimiento, tal como lo llevan a cabo Ana Wortman para explicar la trascendencia de este hecho político como patrón cultural de creciente influencia frente a la sociedad civil, y Roberto Regalado Álvarez respecto a la constitución y posterior actuación del Foro de Sao Paulo. Por último, Anna Kaminsky recrea en su ensayo el proceso que daría lugar no sólo a la caída del Muro sino también a la reunificación alemana en el contexto de la debacle soviética.

Creemos finalmente que el conjunto de todos estos artículos constituye hoy una enorme aportación para el campo de las ciencias sociales, el de la historia reciente y, sobre todo, para el análisis político. Asimismo, confiamos en que la diversidad de temas y autores seleccionados sea una verdadera contribución para el estudio de un acontecimiento que, al menos en nuestra región, todavía no ha sido analizado en toda su complejidad y en sus múltiples determinaciones y consecuencias. Más aún, a partir del objeto de estudio seleccionado, el de las izquierdas, sumamente complejo por su amplia diversidad, pero al mismo tiempo, de un extraordinario atractivo en la riqueza



de su historia, de su presente y de su futuro. Por todos estos motivos, este libro constituye una aproximación para la comprensión de un acontecimiento que, a veinticinco años de ocurrido, todavía sigue influyendo en nuestras vidas y en nuestra realidad política nacional y latinoamericana.

Quito, 1 de junio de 2015



La Caída del Muro de Berlín y sus consecuencias en Ecuador



LIBERALISMO RADICAL E IZQUIERDA EN LATINOAMÉRICA. DOSCIENTOS AÑOS ANTES DE LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

Tatiana Hidrovo Quiñónez

Candidata a Doctora en Historia por la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Máster en Estudios Latinoamericanos, con mención en Historia Andina. Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Autora de varios libros e investigaciones sobre la historia de la costa ecuatoriana. Docente universitaria. Ex Asambleísta de la Asamblea Constituyente de Montecristi, Ecuador, que redactó la Constitución del Buen Vivir. Militante de Alianza País. Actual Presidenta del Centro Cívico Ciudad Alfaro, del Gobierno de Ecuador.

En perspectiva histórica, la caída del Muro de Berlín (1989) puede ser leída como un momento de inflexión que resulta de la disputa en el orbe occidental de dos visiones derivadas del liberalismo, sistema de ideas inherente a la Modernidad capitalista. Una de las visiones atañe al liberalismo “esencial” del cual brota después el neoliberalismo; la otra, al “liberalismo benevolente”, social o radical, del cual nacen los proyectos de izquierda o proyectos de corte socialistas. La caída del Muro de Berlín sería entonces el evento simbólico que demuestra el derrumbe en Europa del primer ensayo a escala del proyecto socialista, que mediante el Estado nacional regulador intentaba limitar el libre mercado y garantizar la igualdad social. Sin embargo, en América Latina la *perestroika* y la caída



del Muro de Berlín no enterraron del todo los llamados proyectos liberales-socialistas. La isla de Cuba, antes dependiente del sistema económico de los países de Europa del Este, entre ellos, la Unión Soviética, sobrevivió y mantuvo su modelo socialista y nacionalista; por otra parte, tras un largo momento de perturbación, en distintos países de América Latina una serie de movimientos sociales que coincidían en los objetivos políticos de la toma del poder para desarrollar el Estado regulador, distribuidor, de derechos y de justicia social, se fortalecieron y ahora ejercen el gobierno desde los albores del siglo XXI, para llevar adelante la construcción de proyectos políticos de inspiración latinoamericano-socialista, cada uno con su propia impronta.

Por qué se produce un proceso inverso en América Latina con respecto al que se desarrolla en Europa, donde entran en crisis los Estados sociales de derechos o Estados de bienestar. Lejos estamos de poder contestar esta cuestión, pero la pregunta nos sugiere enfocarnos en la historia de las ideas, sin desconocer la articulación sistémica de las mismas con los procesos económicos. En esa línea se visualiza que uno de los problemas para explicar la historia de las ideas de izquierdas en América Latina ha sido, por una parte, la reducción de su análisis al contexto del siglo XX; y, por otra parte, la identificación de las rupturas y no las continuidades.

Asimismo, la falta de búsqueda de las particularidades del modo de pensar liberal-radical y socialista de América Latina, con respecto al sistema de ideas de la Modernidad europea. Además, el uso exclusivo de la matriz marxista, dislocándola de su relación histórica con la doctrina liberal. Nuestro enfoque no critica el estudio de las prácticas políticas de los grupos sociales en el marco de la “lucha de clases”; ni desconoce las contradicciones del capitalismo. Sin embargo, advierte que debido a su historia colonial y a las formas como penetró el



capitalismo y la Modernidad, América Latina y especialmente cierta facción de sus élites, fueron creando y suturando su propio sistema de ideas liberales radicales, que aparecen sobre todo en el siglo XIX, las mismas que se articulan de algún modo con las ideas de izquierda del siglo XX. Sospechamos que la historia de la izquierda en nuestro continente no puede ser entendida sin un enfoque histórico de larga duración y en el marco de la Modernidad capitalista y de su matriz liberal. Nos enfocamos por ello en el siglo XIX, porque creemos a priori que en esta etapa se gestan los elementos constitutivos del pensamiento radical latinoamericano, sobre cuyo sedimento se erigen y se combinan posteriormente las ideas de izquierda, más allá de sus matices y colores.

El proceso de larga data de las ideas liberales radicales y socialistas no se puede entender sólo desde el marxismo, porque su sistema de pensamiento e ideología no están presentes de manera predominante en el siglo XIX. El escaparnos del marxismo para hablar de izquierdas parece una herejía (personalmente, a mí también me cuesta hacerlo y me plantea inseguridades), pero tenemos suficientes indicios de la dificultad que crea el uso de esa categoría para explicar la historia de las ideas de izquierda en América Latina y para establecer la relación entre los procesos de los siglos XIX, XX y XXI. Por ello es necesario remitirnos a un sistema de pensamiento político de más larga data, como el liberal.

El enfoque de historia de las ideas con énfasis en el liberalismo, desde una perspectiva de continuidad y en el marco de la relación entre Europa y América Latina en el siglo XIX, nos ofrece la opción de entrar de otra manera a la historia del pensamiento de las izquierdas en América Latina y nos da la oportunidad de ensayar la comprensión de las propiedades del liberalismo radical como antesala del socialismo.



Liberalismo esencial y liberalismo benevolente

El modo de pensar político y económico liberal descansa en al menos tres elementos: los individuos/sociedad, el Estado y el mercado. Los dos opuestos insalvables del liberalismo subyacen en el enfoque distinto que tienen acerca de la relación entre estos tres elementos. Para el liberalismo esencial la razón de su lucha es la libertad infinita del mercado, concebido como ser-sujeto para la acumulación del capital, lo que requiere un Estado mínimo. En cambio, para los portadores del liberalismo radical o liberalismo social, el objeto de su acción política es la sociedad, en cuyo contexto el Estado grande es el instrumento de garantía de la democracia y de los derechos políticos y sociales.

El liberalismo esencial como sistema de ideas políticas está articulado al problema del siglo XVIII cuando en Europa surge la amenaza de la escasez de granos y la consecuente revuelta urbana, lo que obliga a crear técnicas de gobierno y tecnologías de poder para disputar a los Estados vecinos la base alimentaria mediante la libertad de circulación de los productos y el equivalente en reserva monetaria. En ese contexto, el mercado dejó de ser el lugar de jurisdicción y justicia redistributiva y se convirtió en espacio de especulación y libre circulación que no debía ser interferido, debido a que era concebido como un fenómeno natural y espontáneo. El problema ya no era el precio “justo”, sino el precio “natural”, por lo que el mercado como expresión espontánea era el lugar en donde se revelaba una especie de la verdad, la que mostraba las prácticas gubernamentales correctas e incorrectas (Foucault, 2007: 49, 51). En el sentido planteado por el estudio histórico de Foucault, el liberalismo esencial buscaba sobre todo que los precios del mercado se dieran sin interferencia de la sociedad o institución alguna, a partir de eso que hoy llamamos oferta y demanda, generando por ello el *plus valor* en la fase de la producción pero, sobre todo, durante la compra-venta de la mercancía, debido a que ese precio era considerado como



resultado de un hecho natural. De esta forma, el liberalismo concibe como objeto central al mercado y como objetivo no interferir en el libre mercado. En ese esquema, la idea era regular no al mercado, sino al Estado, para limitar su capacidad de interferencia. Por lo tanto el liberalismo es el juego de “dejar que la gente haga y que las cosas pasen, que las cosas transcurran, dejar hacer, pasar y transcurrir, significa esencial y fundamentalmente hacer de tal suerte que la realidad se desarrolle y marche, siga su curso de acuerdo con las leyes, los principios y los mecanismos que le son propios” (Foucault, 2006: 70). Se establece por tanto que la esencia del liberalismo y su proyecto burgués no subyace básicamente en la propiedad de los medios de producción, sino en el problema del plus valor a partir del libre comercio y en la creencia casi religiosa de que el mercado es un ser natural. Por ello, el problema del derecho público en el siglo XVIII era cómo poner límites jurídicos al ejercicio del poder público.

Esta idea de coartar al Estado lleva también a desarrollar el argumento de que la libertad se concebirá no como el ejercicio de derechos fundamentales, sino como la independencia de los gobernados con relación a los gobernantes. La idea de libertad individual es una de las condiciones de desarrollo de las formas modernas capitalistas de la economía. Por ello se organizan los métodos para definir la limitación de las prácticas de gobierno: constitución, parlamento, opinión, prensa, comisiones, investigaciones (Foucault, 2007: 39, 58, 61). En EE.UU., la idea del liberalismo esencial en el marco del siglo XIX era la idea de un gobierno “temperado”, limitado por el “Derecho y la salvaguardia de las libertades civiles, mediante garantías constitucionales” (Arendt, 1998: 228). En esencia, el constitucionalismo, o la Constitución, no buscaba originalmente la salvaguardia de libertades civiles “sino el establecimiento de un sistema de poder enteramente nuevo” (Arendt, 1998: 237). En ese sentido, lo opuesto al régimen constitucional era la “tiranía”, porque desconocía los límites. Por otra parte, las vertientes del liberalismo hispano partían de otra base: la idea de las *comunitas*, cuerpos o corporaciones que anidaban el con-



cepto de derechos colectivos-territoriales y, asimismo, el principio de la “soberanía popular” por delegación divina (Morelli, 2005).

Pero la doctrina liberal también contenía la idea de los derechos naturales de los hombres. El antropocentrismo convirtió al hombre y a la sociedad en objeto de reflexión filosófica y concluyó que más allá del interés y del egoísmo, el individuo tenía también como otra de sus cualidades inherentes, la búsqueda del bien común y el bienestar del “otro”. Hutcheson, o sus anteriores, hablan del “liberalismo benevolente”, cuyo sustrato es el “sentido moral” basado en la “virtud”. Según esta postura de origen escocés, los actos benevolentes proporcionaban felicidad; los hombres eran por naturaleza sociables, y tendían a buscar lo moral y lo bello (Lassalle, 2010: 250). Para Hutcheson “la percepción benevolente más perfecta era aquella que canalizaba la acción individual hacia el bien público” (Lassalle, 2010: 251). Esto suponía que los hombres se perfeccionaban interesándose por el bien de los demás, apartando las “ventajas personales” y mirando “positivamente por los intereses de los otros”, hasta el punto de convertir el “propio interés en ser desinteresado” (Lassalle, 2010: 251). De esa manera la consecución del bien público sería el mayor placer. Esto no significaba renunciar al derecho natural de la propiedad como derecho fruto del trabajo de cada cual, ni ponía en cuestión el supuesto proceso natural de intercambio civilizado de bienes y servicios. Por otra parte, en el proceso histórico inglés y ante las amenazas externas, se concebía también el principio del “patriotismo” y el altar del “bien general”, antepuesto al bien particular, que era una de las esencialidades del liberalismo.

Como se ve, entre las vertientes del liberalismo aparecen dos carriles enfocados en objetos distintos. Los uno se interesaron en enfatizar la existencia de un ser o sujeto natural llamado “mercado” y las razones por las que no debía ser interferido; los otros, tuvieron como su centro al individuo y a los supuestos derechos naturales, para lo cual era necesario que el Estado desarrollara mecanismos



de protección a fin de que todos pudieran usar la razón y alcanzar la ilustración e, incluso, que pudieran ser felices mediante una práctica “benevolente” a favor de los demás. Fue en el marco de la Revolución Francesa que se expresa de manera práctica esta división de ideas dentro del escaparate liberal: en la Asamblea de 1789¹ los “radicales izquierdistas” (Hobsbawm, 2009: 102) tomaron posición física y simbólica sentándose al otro lado de la derecha, e inaugurando la designación para distinguir su ideología, con relación a los moderados o girondinos.

Los agitadores del radicalismo francés propusieron las primeras acciones impositivas para corregir el problema de la riqueza excesiva con relación a la pobreza. En esa línea y en contraposición al liberalismo esencial que plantea el Estado mínimo, los radicales franceses justifican la intervención del aparato gubernamental. Por ejemplo, Turgot defendió la teoría del equilibrio mutuo e interdependencia de los diversos elementos de la economía por lo cual el pobre tenía “derecho incontestable sobre la abundancia de los ricos” (Lassalle, 2010: 246), por lo que los impuestos debían ser proporcionales a la riqueza; abogaron por la creación del impuesto a la renta, que se sustentaba en el valor impositivo sobre la riqueza y no de la tierra (McPhee, 2007: 86), e incluso colocaron en el tapete la cuestión de la ley agraria. Aunque los radicales enunciaban que era prudente limitar la intervención en el mercado (Lassalle, 2010: 247), en la práctica contradecían sus discursos, puesto que llegaron a establecer una política de control de precios, opuesto al dejar pasar, al libre mercado y al *laissez faire* (McPhee, 2007: 164).

1 En 1789, durante uno de los debates, los más radicales se sentaron a la izquierda del lugar. Antes existía ya la tradición de que la nobleza se sentaba a la izquierda del Rey, el clero a la derecha y el tercer Estado al frente.



Durante el “período de la revolución radical” (1792-1794) o República Jacobina o del “Terror”, los radicales franceses pisaron la esfera del liberalismo social y pusieron su mayor énfasis discursivo y práctico en un conjunto de derechos civiles, y llegaron a establecer un programa de “bienestar social”. En 1792 la Revolución Francesa consagró la ley de divorcio, y en su momento se introdujo también la noción del registro civil. Por su parte, las mujeres jacobinas movilizadas arengaban por acceder al derecho de ocupar cargos públicos (McPhee, 2007: 170). Se consagraron además “derechos sociales”, como el derecho a la herencia de los infantes nacidos fuera del matrimonio y que los niños abandonados fueran responsabilidad del Estado. Además, el propio Robespierre argumentó sobre el derecho a la vida y la existencia que debía prevalecer sobre los demás derechos (McPhee, 2007: 132).

La perspectiva del libre albedrío también tuvo su origen en pensadores de la época, alguno de los cuales argumentaron que el hombre tenía capacidad de formar una conciencia propia y por lo tanto decidir sobre su destino político en el mundo terrenal, idea que se prefiguraba como el antecedente de la “conciencia laica”. El hombre libre era capaz de someter sus pasiones al dominio de la razón, por lo tanto podía actuar virtuosamente usando su libre albedrío, fuera de un supuesto destino divino. El grado de virtud suponía a la vez una postura estoica (Lassalle, 2010: 267). En el contexto del laicismo de acuerdo al radicalismo era necesaria la intervención del Estado en la educación para lograr el progreso social. Los jacobinos también buscaron la transformación de la educación y la creación del sistema educativo republicano secular. La Ley Bouquier de 1793 apostaba por un sistema de enseñanza obligatoria y gratuita para los niños de hasta 13 años, a los cuales se les enseñara sobre todo las virtudes republicanas y el patriotismo, combatiendo al clero del Antiguo Régimen para lo cual también se creó un nuevo calendario republicano (McPhee, 2007: 157).



El anticlericalismo y la confiscación de bienes de la iglesia fue otro rasgo del radicalismo francés. Pero como es bien conocido, si algo particularizó a los radicales franceses fue el uso de medidas extremas para llevar a cabo los objetivos de la revolución, y esa estrategia fue después la inspiración de movimientos armados en América Latina durante el siglo XIX.

En la perspectiva de Peter McPhee, algo contradictoria con la de Hobsbaun, la experiencia revolucionaria francesa generó una ideología característica de los *Sans-culottes* (“sin calzones”) en las ciudades y pueblos. “Aquél iba a ser un mundo sin aristócratas ni sacerdotes, libre de hombres ricos y de pobreza: en su lugar se levantaría una Francia regenerada de artesanos y de minifundistas recompensados por la dignidad y la utilidad del trabajo, liberados de la religión, de la condescendencia hacia los nacidos en ilustre cuna, y de la competencia entre los empresarios” (McPhee, 2007: 163). Para los *Sans-culottes*, la sociedad debía ser finalmente un conjunto de pequeños talleres y propietarios beneficiarios de la redistribución de la tierra, con acceso a la educación gratuita, y con una purga de la aristocracia.

Más allá del saldo de la Revolución y de la consagración de la burguesía es evidente que el objeto preponderante de los radicales franceses fue la sociedad y la nación; y no expresamente la reducción del Estado. De esta forma, se planteaba un Estado constituido por una gran esfera pública para garantizar los derechos políticos y sociales básicos, sin intervenir de manera total en la circulación de mercancías, pero participando en la distribución de la riqueza por medio del sistema de impuestos. Para lograr la Revolución era necesario el cambio en el sistema de ideas de la sociedad mediante la educación laica, las acciones violentas y la transformación del Estado como sistema de poder conformado por instituciones civiles.



El radicalismo llegó, como era de esperarse, a Hispanoamérica y fue apropiado y reconfigurado por una facción de la élite hispanoamericana, la cual cernió las ideas usando el tamiz de América, como lugar propio, sitio de la diferencia, original, que sería emancipado y poblado con su propia existencia: era el continente donde se debía realizar la utopía de Tomás Moro. La idea fundada a finales del siglo XVIII y desarrollada a principios del siglo XIX que representaba a una América poscolonial, soberana, original, libre del acecho del imperialismo y lugar donde se produciría el gran acontecimiento de la igualdad social, sería el tractor que movería y que mueve las ideas de la izquierda latinoamericana hasta la actualidad. Simón Bolívar fundamentaba su razón libertaria y emancipadora en el americanismo; los líderes autodenominados de izquierda que participaron en abril de 2015 en la Cumbre de las Américas, coincidieron discursivamente en el deber ser de la soberanía de los pueblos de América frente al imperialismo y al colonialismo, lucha justificada en su historia: historia que es impronta, pasado que es oráculo del futuro, brújula que alumbra el recorrido para llegar a la sociedad libre sin pobres. Como se ve, la plataforma propia sobre la cual se erige el pensamiento histórico de la izquierda latinoamericana es América, el lugar social de la realización de la utopía propia poscolonial y antiimperialista, que ocurrirá después de derrotar los vientos del colonialismo y el imperialismo, y de desterrar la pobreza conceptualizada por Cristo. Así lo han dicho desde hace 200 años. Marx fue asimilado en la mitad del camino.

Radicalismo en Latinoamérica: el momento originario

Los radicales hispanoamericanos/latinoamericanos del siglo XIX construyeron primero el relato de la *América original* predestinada a ser el lugar de la realización de la *utopía* forjada por su propia gente y sociedad, y fundaron desde entonces una idea adhesiva de larga data para enfrentar y asimilar a la vez la Modernidad



capitalista y desarrollar proyectos políticos propios. Para el maestro venezolano Simón Rodríguez (1771-1854) América, poblada por el hombre americano, y su experiencia, era el lugar de la gran creación que pedía la humanidad, donde se concretaría el imaginario de Tomás Moro. América española y ningún otro sitio planetario, estaba designada para el gran ensayo porque era “original” (Cúneo, 2007: 14, 26) y distinta. José Martí reafirmaba igualmente que el continente era un “otro” porque estaba poblado de pueblos originales (Martí, 2000). Se conformaba la subjetividad que imaginó progresivamente a América Latina como el lugar escogido y predestinado para la gran transformación, lo cual sugiere la formación de un núcleo erigido sobre el pensamiento judeo-cristiano asociado después a las ideas hispano-liberales que desarrollaron los conceptos de soberanía popular. Las utopías serían, por su parte, un componente esencial de larga data en las ideas fundamentales de las izquierdas y por supuesto del radicalismo, de tal manera que se inauguró un vínculo indisoluble entre América y la utopía (Abramson, 1999).

Para la realización de la utopía era necesario derrotar al colonizador y lograr la emancipación para instaurar la nueva sociedad. Simón Bolívar, el Libertador, pensaba por ello que la revolución americana no sólo era la lucha por la Independencia, sino un gran movimiento social que debía mejorar la situación de su sociedad y responder a los presupuestos de las ideas radicales en el contexto del siglo XIX (Lynch, 2009). Pocas décadas después, la representación de la América original, la América patria, la América soberana, seguía galopante y orientaba las acciones del radicalismo armado. El cubano Antonio Maceo (1845-1896) afirmaba: “*La patria soberana* y libre es mi único deseo, no tengo otra aspiración (...). “El sentimiento de amor a la patria (...) se deriva de las condiciones constitutivas de la naturaleza humana y forma la base en la que se asienta la civilización, es universal y es perpetuo” (Vargas Araya, 2012: 105).



Pero el presupuesto de la originalidad de América obligó a los radicales a generar la idea articulada de la creación. “*O inventamos o erramos*” (Cúneo, 2007: 27), decía el maestro Simón Rodríguez. Con ello nacía la noción de que la clase política dirigente debía tener la capacidad creativa: los radicales serían entonces creadores. El elemento comparativo sobre el cual se distinguían las particularidades de América era, en ese tiempo, Europa, el lugar de las instituciones cultas pero también el lugar de lo viejo, cuya réplica había que evitar para no llevar al continente a ser el papel “de vieja en su infancia” (Cúneo, 2007: 26). Varias décadas después, la demanda de crear instituciones propias seguía vigente en los radicales del continente. José Martí, el patriota cubano, advertía al igual que Rodríguez lo hiciera a principios del siglo XIX, que era necesario crear *modelos políticos propios* para pueblos originales distintos a Francia y EE.UU., para lo cual había que estudiar los “factores del país”: “El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma del gobierno ha de ceñirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país (...). La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero” (Martí, 2000). Aparecía ya entonces un nuevo espectro comparativo: la contracara de Latinoamérica ya no era sólo España ni las potencias europeas, sino EE.UU. El derrotero era crear por lo tanto una democracia propia, distinta a todas las demás experiencias del mundo occidental: sin embargo, debía ser una democracia al fin.

A finales del siglo XVIII, en el marco del proceso independentista, los criollos se concibieron a sí mismos como americanos (Rodríguez, 2007). Anclados en ese imaginario, el radicalismo del siglo XIX también confeccionó una representación de Hispanoamérica y miró



a la gran nación como el objeto de su política, desbordando con ello a los nacionalismos locales. Por ello, los criollos pensaban que para una América original era necesario un sistema político recreado; pero a la vez una nación americana conformada por una liga de países que tenían en común su historia colonial. La unidad de América era el gran objetivo de los radicales, no sólo porque requerían una justificación socio-espacial para la revolución y la realización del ensayo y la utopía, sino también porque la escala era necesaria para equilibrar la relación desigual con las potencias del orbe. El radical Eloy Alfaro (1842-1912), quien llevó adelante varios movimientos armados en Centroamérica y América andina y concretó una revolución en su país, Ecuador, era reconocido por sus iguales como un obsesionado de la unidad latinoamericana, de quien se decía que era un “apóstol” de la reconstitución de la Gran Colombia. “El General soñaba despierto y hablaba en monólogo sobre lo que sería la Gran Colombia como equilibrio entre las potencias de Sudamérica y con la prodigiosa exaltación que tendrán los tres componentes de la gran república” (Cueto Vásquez, 2012: 20). La unidad era así no sólo una demanda romántica, sino una razón práctica frente al capitalismo y al imperialismo, y ese designio sería el gran objetivo para preservar la originalidad americana que permitiría realizar la utopía revolucionaria. Para Alfaro y sus coidearios radicales, el objetivo concreto era construir una liga de Estados soberanos hispanoamericanos, de derechos, constituidos por ciudadanos activos, conformados por instituciones civiles y suficientemente fuertes para lograr un comercio internacional equilibrado.

La noción antiimperialista tenía su origen en la lucha contra el Imperio español, pero en su versión moderna fue desarrollándose en función de la relación con los imperios industriales del siglo XIX y la aparición del neocolonialismo que se expresaba en el control del gran capital por parte de Inglaterra y otros países europeos y, posteriormente, por EE.UU. y las pretensiones de control del territorio, sobre todo, del istmo panameño. En 1901 Alfaro dirigía



la organización internacional que mantenía a Antonio J. Restrepo en Nueva York, informante que además realizaba la adquisición de armas para apoyar a los radicales colombianos. En perspectiva geopolítica, lo que estaba en cuestión era por supuesto, el control del futuro Canal de Panamá, nudo esencial del comercio y, por lo tanto, punto importante para el desarrollo del capitalismo industrial inglés y del naciente imperialismo norteamericano. Restrepo escribió desde Nueva York, con fecha 16 de septiembre de 1901:

“Con la entrada al poder en esta gran nación del Sr. Roosevelt como Presidente, quien se dice es la encarnación del imperialismo, estamos temiendo que aprovechen el pretexto de la mediación entre Colombia y Venezuela, la pretendida amenaza a la soberanía de Colombia en el Istmo, o cualquier otro inmenso ‘bluff’ yanqui, para que se nos echen encima y nos devoren” (*Cartas inéditas del General Eloy Alfaro*, 2013: 51).

Ya a finales del siglo XIX y principios del siglo XX algunos de los más lúcidos representantes del radicalismo ecuatoriano, como José Peralta, dejaban ver de manera clara que habían advertido el apareamiento de ese nuevo imperialismo y, por ello, incluían la representación del mismo en sus discursos políticos. Este nuevo imperialismo era anglosajón, se erigía sobre el interés y la ganancia del capital, tenía como su altar al dólar, todos signos de que el opuesto era la ideología del liberalismo esencial. Peralta decía por ello que:

“El crudo positivismo anglosajón no reconoce más brújula que el interés y la ganancia; otro estímulo de la actividad humana, que la acumulación constante y progresiva de riqueza; otra finalidad del Estado, que la dominación y hegemonía sobre los demás Estados, por lo menos, en nuestro continente. La caja fuerte es su verdadero altar; la divinidad, el Dólar; y la víctima el pobre, el desvalido, ora se llame individuo, ora colectividad humana” (Peralta, s.f.: 54).



La revolución armada

Cuando el Congreso de Cúcuta lo reeligió para que siguiera al mando de la república, el Libertador Simón Bolívar protestó señalando que era un soldado y no un administrador y que él “era hijo de la guerra” (Lynch, 2009: 196). Tras el suceso, Bolívar fue a la guerra emancipadora y dejó el mando encargado a Santander. Casi un siglo después, el Indio Rafael Uriberegonaba que era necesario hacer la revolución si fuera preciso “al costo del fuego y de la sangre”, puesto que quien daba muerte al tirano, obraba no sólo en defensa propia, sino en defensa de todos los que no quisieran ser esclavos (Vargas Araya, 2012: 9). Los radicales decimonónicos acogieron también el camino de la revolución armada, en consonancia con la tradición del radicalismo francés, que argumentaba que el uso de las armas estaba legitimado por el derecho del pueblo a la insurrección para doblegar no sólo al Estado anterior sino a todo Estado nuevo que no sirviera a los designios de la sociedad, a la cual ellos llamaban en sus discursos, “pueblo”. Los radicales del siglo XIX de América Latina se distinguieron por la creación de organizaciones armadas internacionales y la acción coordinada y continua de la lucha, creando además la estrategia de la guerra de guerrillas. Se atribuye a Maceo la invención de un código que establecía los principios de este tipo de acción armada. La internacional radical armada estuvo presente a lo largo de todo el siglo XIX y, sobre todo, en la segunda mitad del mismo.

La estrategia armada los enfrentó de manera constante al dilema de la muerte, por ello los radicales desarrollaron una especie de estoicismo y el relato del sacrificio por la patria y la recompensa de la gloria, lo que nuevamente sugiere que ciertas subjetividades estaban levantadas sobre ideas anteriores de corte judeo-cristiano que trajeron a América las nociones de la redención después de la muerte, y que fueron asimiladas por la sociedad de una manera particular. De esta forma, la idea de la “gloria” constituyó una especie de relato de fe que los movía a las acciones más temerarias para



lograr las independencias, la fundación y después la transformación de sus repúblicas por medio de revoluciones para acabar con las tiranías o enfrentar el imperialismo yanqui, por designio del pueblo soberano, que legitimaba el uso de las armas.

La necesidad y estrategia de las guerras, tanto las libradas en pos de la independencia como las que se desarrollaron para la instauración de repúblicas liberales radicales, creó la tradición de la trashumancia y la clandestinidad. Lejos de ser una cualidad menor, la práctica de la trashumancia y la acción oculta reafirmó la representación de América como la nación objeto de transformación, desbordando las fronteras.

Otro de los elementos constitutivos del pensamiento radical del siglo XIX que conecta sin dudas con pensamientos de izquierda del siglo XX, fue la necesidad de politizar al pueblo. El Libertador buscó, según lo dijo, una igualdad de oportunidades absoluta y luego el acceso a la política y al poder de los pardos para que pudieran gobernar sobre los blancos y advirtió la posibilidad de una guerra de razas (Lynch, 2009: 201). El pensamiento de Maceo también se conecta con la idea del derecho a la rebelión popular contra la tiranía y la noción de la libertad, y por ello se definió como un “obrero de la libertad”, siendo que los luchadores de la libertad eran en realidad defensores de los derechos humanos (Vargas Araya, 2012: 108).

La Biblia revolucionaria

Una de las particularidades de los radicales latinoamericanos fue su anticlericalismo. La mayoría pertenecía a la masonería, sociabilidad y sistema de ideas sobre la cual hay mucho que investigar. Una vez que un radical llegaba al poder, realizaba o intentaba realizar la confiscación de bienes de la Iglesia y su separación del Estado, como lo hizo Francisco Morazán (1792-1842) en Centroamérica y



Eloy Alfaro en Ecuador, entre 1885 y 1912. Sin embargo, esto no significaba que los radicales no fueran creyentes, a pesar de que algunos, como el Indio Uribe se reconocían ateos. A pesar de que muchos fueron masones, lo que sugiere que una relación con una forma protestante de fe, sin embargo hay notorias evidencias de que hubo un punto subjetivo de encuentro que se levantaba sobre la tradición judeo-cristiana, algunos de cuyos principios fueron politizados, inaugurando una tradición que podría estar relacionada incluso con la doctrina de la Teología de la Liberación, propia del siglo XX.

Un caso particular para ser analizado, en claves radical y cristiana, es el de un pensador venezolano, Juan Germán Roscio, quien escribió el ensayo titulado *Triunfo de la Libertad sobre el Despotismo*. Se trata, por supuesto, de un personaje sumamente particular, porque intenta desarrollar su reflexión en torno al proyecto latinoamericano a partir del análisis político de la Biblia, inaugurando una nueva interpretación en el contexto de la realidad latinoamericana del siglo XIX y desmontando la base argumental contraria, basada justamente en la lectura católica de la Biblia que concebía el designio divino del poder en la tierra. Domingo Milliani coloca como un marco referencial para explicar el caso de Roscio, el proyecto de una “teocracia universal” como creación de los jesuitas, estableciendo una ruptura respecto de la teología de la dominación colonial. En este aspecto, algunos jesuitas de pensamiento avanzado constituyeron una verdadera alianza con los liberales republicanos radicales. La expulsión de los jesuitas durante la última etapa colonial tuvo que ver, pues, con el apareamiento de “indicadores de la modernidad en el pensamiento cristiano y en aliados tácitos de los movimientos emancipadores”. Se prohibieron por ello las lecturas de Mariana y de Suárez. Aparecen en ese proceso sacerdotes “liberales” insurrectos tales como Hidalgo, Morelos, Fray Servando (todos ellos en México) y Madariaga (en Venezuela) (Milliani, 1996).



Roscio fue encargado de redactar el *Manifiesto* que hizo al mundo la Confederación de Venezuela, y para justificar la emancipación se apoyó en textos inherentes al pensamiento católico, con el cual desmontaba el dogma de la “obediencia ciega” (Milliani, 1996). Al hacer la redacción con otro propósito, Roscio tocaba el problema de la desigualdad y la discriminación social. Por otra parte, abordó el principio de la revocabilidad como derecho del pueblo. Roscio desafió a su tiempo creando una manera distinta de interpretación de la Biblia para generar la idea de la teología de la emancipación que justificara la oposición a la teología colonial, y convirtió a la Biblia en un discurso legitimador de la acción revolucionaria (Milliani, 1996). Se afirma que el texto de Roscio influyó en otro de los que pueden identificarse como radicales, Benito Juárez, quien tendría uno de los resúmenes del libro *Triunfo de la Libertad sobre el Despotismo* como su texto de cabecera. Juárez, como Ministro de Justicia y como Presidente de la República (1857-1862) sometió a la Iglesia a la justicia civil, defendió con armas el principio de la legislación de “mano muerta”, la expropiación de tierras al clero, y buscó implantar la educación popular y laica.

La sociedad con derechos como objeto de la política

Para los radicales del siglo XIX la sociedad fue el objeto central de sus representaciones y sus acciones. El objeto de su acción y reflexión fue ese campo de la realidad que se define como la “sociedad”, concepto, enteramente nuevo en el contexto del nuevo siglo. Entre todas las características, junto con la idea de América como el sitio del gran ensayo, la idea de la sociedad como objeto de la política fue el sustrato singular que atraviesa además la larga duración del radicalismo y de las izquierdas latinoamericanas. En ese contexto, el Estado confesional debía ser transformado en un Estado laico para, por medio del mismo, lograr instaurar los derechos civiles para el ejercicio de las libertades y los derechos sociales de primera



generación. Pero además, los discursos radicales no sólo proclamaron las libertades fundamentales sino que revolucionaron y ampliaron el antiguo concepto de ciudadanía, incorporando a la mujer como parte del “pueblo soberano” y del cuerpo político del Estado nacional.

Pero sin lugar a dudas el derecho social a la educación pública gratuita y laica, sobre todo para los pobres y morenos, fue el signo relevante del radicalismo, puesto que sería el medio para la gran transformación cultural que concretaría el ensayo creativo en el lugar original del mundo. Simón Rodríguez precisaba a Simón Bolívar, años después de proclamadas las independencias, que faltaba mucho para darlas por terminadas: la América española, decía, pedía dos revoluciones a un tiempo, la “pública y la económica”. La revolución pública quedaría inconclusa sino se emprendía una “educación popular para dar ser a la República imaginaria que rueda en los libros y en los Congresos” (Cúneo, 2007: 13). Pide por ello una educación universal, para todos, una educación también para los niños morenos que no son, según él, menos acreedores que los niños blancos: “Dénseme los muchachos pobres”, pide Rodríguez en uno de sus escritos, y ratifica en otros que los conocimientos son “propiedad pública”. Añade Rodríguez: “Para todo hay Escuelas en Europa, en ninguna parte se oye hablar de Educación Social” (Cúneo, 2007: 21, 22, 30). La educación sería, entonces la vía para hacer realidad las repúblicas “completas”.

El enfoque social, su perspectiva humanista y la lucha contra el colonialismo llevó a los radicales a las orillas de una de las mayores complejidades de la sociedad latinoamericana del siglo XIX: su diversidad cultural y étnica que había sido potenciada por el orden colonial, y su apuesta por la organización social de “castas” amparada por la estructura jurídica. No podían los radicales escapar de esta realidad y fueron por ello los primeros en enunciarlas, más allá de que sus revoluciones no lograran la transformación profunda de la misma. Martí enunciaba por ello en su momento: “No hay odio de



razas, porque no hay razas” (Martí, 2000). Con ello se enfrentaba además a los relatos de la inferioridad de América por su condición radical, visión construida en Europa. El pueblo, para los radicales hispanoamericanos, no era llano, estaba compuesto por castas o razas que debían ser redimidas y en esa medida tomaban distancia del liberalismo benevolente europeo que no enfrentó los problemas de las diferencias étnicas. Otros radicales fueron capaces incluso de visualizar el problema en el marco de las relaciones sociales de producción, como ocurrió con el ecuatoriano Abelardo Moncayo, quien denunció el problema del concertaje, más allá de que en lo concreto la Revolución Alfarista no eliminó el problema, aunque llegó a transformar el marco jurídico.

Los radicales no despreciaban a la empresa, pero en la práctica utilizaron al Estado para limitar el libre comercio y proteger a sus Estados nacionales y en ese sentido se distanciaron de los principios de la esencialidad liberal, puesto que al menos en la práctica no estuvieron de acuerdo con el dejar pasar o la libre circulación de la mercancía y aún con la desaforada especulación. Por ejemplo, las prácticas de Bolívar fueron bastante coherentes con sus postulados: cambió el *laissez-faire*, o dejar pasar, y adoptó un modelo de proteccionismo moderado (Lynch, 2009: 218), en una política a cargo del Estado.

Los límites

Los radicales fueron modernos en el sentido de concebir a la historia y al tiempo, por ello, estaban convencidos del recorrido que había que realizar para alcanzar el progreso y la felicidad. En el imaginario de los radicales están los principios claves de la Modernidad clásica, tales como el progreso, la civilización y la felicidad. Si bien los portadores del radicalismo eran en general parte de las élites, pregonaban la idea de la “virtud” el servicio a la sociedad, y del principio del bien común,



cercano al “liberalismo benevolente”. No llegaron, por supuesto, estos proyectos del siglo XIX a debatir conceptos de lucha de clases en el sentido marxista de la acepción, ni una salida al capitalismo, ni una interpelación a los conceptos de propiedad privada, individualismo o razón. Maceo, por ejemplo, al igual que otros radicales, estaba de acuerdo con los derechos de propiedad privada y de libertad económica, aunque advertía que esos derechos derivaban en deberes sociales (Vargas Araya, 2012: 122). Por sus modos de pensar y sus acciones, se hace difícil la tipificación de los radicales como burgueses, aunque algunos fueron incluso comerciantes. En ese marco, Malcolm Deas señala que no es correcto calificar, por ejemplo, a Juan Montalvo como a uno de los radicales representativos de América, como un “intelectual orgánico” a favor de una determinada clase social, pero tampoco es posible encasillarlo como un burgués. Junto con Eloy Alfaro, dice Deas, “son dos bohemios de la política que nunca se aburguesaron” (Deas, 1992: 14).

A modo de conclusión de este corto trabajo, se puede enunciar que “el carácter del radicalismo en nuestro continente estuvo dado por su relación de pertenencia a un espacio mayor, Hispanoamérica, y por lo tanto por su adscripción al proyecto de Simón Bolívar; por visualizar la diversidad socio-cultural y buscar respuestas al problema; por identificar a la “sociedad” como el objeto de su revolución, lo cual era en si una novedad puesto que ese concepto era algo relativamente nuevo en “la política”.

Quizás el fragmento discursivo que deja más claro las cualidades del radicalismo y su articulación con los discursos de las izquierdas latinoamericanas del siglo XX es el que sigue, el cual nos libra de más argumentos. El Indio Rafael Uribe Uribe decía a principios del siglo XX que el radicalismo estaba relacionado con las ideas jacobinas, con el socialismo, el anarquismo, el materialismo, el nihilismo, con el propósito de la sociedad nueva democrática y libre de menesterosos, y por ello afirmaba:



“A los que pensamos de este modo, nos llaman los conservadores y los oportunistas, jacobinos, socialistas, nihilistas, petroleros, anarquistas, materialistas y ateos. ¡En hora buena! ¡Jacobinos somos, jacobinos inmortales, si echamos al canasto la cabeza de los reyes para que los ciudadanos tengan la suya propia sobre los hombros; petroleros somos, petroleros sublimes, cuando incendiamos los campos de Cuba para que la tierra no se prostituya alimentando a los esbirros de España; socialistas somos, socialistas admirables, que por la unión de los débiles, vencemos a los privilegiados por la caridad distributiva, satisfacemos a los menesterosos; nihilistas somos, nihilistas heroicos, que abandonamos la vida bajo el carro de la autocracia porque sale en pedazos el despotismo de los zares; anarquistas somos, anarquistas videntes, cuando nos aislamos en la contemplación afanosa de una sociedad nueva, en la cual jamás sea explotado el hombre por el hombre; materialistas somos, materialistas convencidos, si echamos fuera de esa alma intangible por donde se nos entra al cuerpo la opresión, y somos ateos rebeldes, armados contra Dios si cuida a los hombres para el pasto de los sacerdotes! Nuestra fuerza estriba en el globo por el empuje de la democracia” (Vargas Araya, 2012: 10).



BIBLIOGRAFÍA

- Abramson, Pierre-Luc (1999) *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Arendt, Hannah (1998) *Sobre la revolución*. Madrid, Alianza Editorial.
- Cartas inéditas del General Eloy Alfaro* (2013) Montecristi, Centro Cívico Ciudad Alfaro, Gobierno de la República del Ecuador. Tomo II.
- Cueto Vásquez, Carlos (2013) “Estudio Introductorio”, en *Cartas inéditas del General Eloy Alfaro*. Montecristi, Centro Cívico Ciudad Alfaro, Gobierno de la República del Ecuador. Tomo II.
- Cúneo, Dardo (2007) “Prólogo”, en Rodríguez, Simón *Inventamos o erramos*. Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Cultura, Gobierno Bolivariano de Venezuela. Colección Paulo Freire.
- Deas, Malcolm (1992) “Estudio introductorio”, en *Eloy Alfaro*. Narraciones históricas. Biblioteca Historia Ecuatoriana. Volumen 6.
- Foucault, Michel (2006) *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michael (2007) *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, Eric (2009) *Los ecos de la Marsellesa*. Barcelona, Crítica. Biblioteca de Bolsillo.
- Lassalle, José María (2010) *Liberales. Compromiso cívico con la virtud*. España, Debate.
- Lynch, John (2009) *Simón Bolívar*. Barcelona/Bogotá, Crítica.



- Martí, José (2000) "Nuestra América", en Martí, José *Obras Escogidas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales. Colección Textos Martianos, Tres tomos.
- McPhee, Peter (2007) *La Revolución Francesa, 1789-1799*. Una nueva historia. España, Biblioteca de Bolsillo.
- Milliani, Domingo (1996) "Prólogo", en Roscio, Juan Germán *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*. Caracas.
- Morelli, Federica (2005) *Territorio o nación. Reforma y disolución del espacio imperial en Ecuador, 1765-1830*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Historia de la Sociedad Política.
- Peralta, José (s.f.) *La esclavitud de la América Latina y otros escritos antiimperialistas*. Edición César Albornoz. Archivo Histórico, Cuaderno N° 3.
- Rodríguez, Jaime (2007) *El nacimiento de Hispanoamérica. Vicente Rocafuerte y el hispanoamericanismo, 1808-1832*. Quito, Corporación Editora Nacional. Universidad Andina Simón Bolívar.
- Vargas Araya, Armando (2012) *El código de Maceo. El general Antonio Maceo en América Latina*. La Habana, Academia de Historia de Cuba. Imagen contemporánea, Colección Historia-Academia.



LA PERCEPCIÓN DE LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN EN LOS MEDIOS DEL ECUADOR

Gonzalo Ortiz Crespo

Sociólogo, periodista, historiador, docente universitario. Cuando se produjo la caída del Muro de Berlín era Secretario de la Presidencia del gobierno de Rodrigo Borja (luego sería Secretario General de la Administración Pública). Ha sido reportero, editor y director de prensa escrita y televisada en el país y en el exterior. Ya en este siglo fue por siete años concejal y por siete meses vicealcalde de Quito. Es autor de libros de crónica, ensayo, biografía y de dos novelas.

El 9 de noviembre de 1989 y tras un formidable movimiento popular de protestas, cayó el Muro de Berlín, uno de los trayectos más infranqueables del mundo: una muralla de tres metros y sesenta centímetros de alto que, en algunos trechos era, en realidad, dos murallas con un espacio en el medio lleno de alambre de púas y trampas de arena, al que pronto se llamó, y no sin motivo, la “franja de la muerte”.

Para América Latina, sin embargo, ese noviembre fue un mes terrible. Los días que precedieron y siguieron a la caída del Muro de Berlín, la región vivió acontecimientos dramáticos, algunos de los cuales se mencionarán en este artículo, que pretende, mediante una investigación en los diarios de la época, seguir los acontecimientos de ese mes en Alemania y América Latina, y más específicamente en el Ecuador, así como recoger las distintas reacciones que surgieron ante aquel hecho.



No puede negarse el interés con el que se venía siguiendo el desarrollo de los hechos en Lituania, Polonia, Hungría y Alemania Oriental que, en rápida sucesión y por efecto de la presión popular, iban transformando los antiguos regímenes comunistas en democracias multipartidistas. Pero los medios y la atención pública en nuestro continente seguían también los acontecimientos que se vivían más cerca: las terribles guerras en Centroamérica, el recrudecimiento de los atentados de Sendero Luminoso en el Perú, la continuada guerra de baja intensidad en Colombia, la presencia en el poder del dictador Pinochet –aunque ya había sido derrotado en el plebiscito y los chilenos se preparaban para las primeras elecciones democráticas en 26 años, que se celebrarían en el mes siguiente¹–, los abusos de la dictadura del general Manuel Antonio Noriega en Panamá², y serios problemas económicos y políticos en el Ecuador.

El que sobrevenía, uno tras otro, en los satélites de la Unión Soviética era, lo sabíamos todos, un cambio histórico, donde los gobiernos –que hasta entonces se habían sostenido por la brutal represión interna, el chantaje y la amenaza permanente del ejército soviético de ocupación–, enfrentaban gigantescas manifestaciones callejeras y una total deslegitimación, vacíos como estaban de representación y con dirigentes ahítos de privilegios, lo que la población conocía bien a pesar del secreto que rodeaba sus vidas.

Dos meses y medio antes, el 22 de agosto, el Soviet Supremo de Lituania había anulado unilateralmente la anexión de la república

1 Las elecciones se celebraron el 14 de diciembre de 1989 y las ganó Patricio Aylwin, quien tomaría posesión el 11 de marzo de 1990.

2 Noriega sería destituido, apresado y conducido a EE.UU. tras la invasión norteamericana de Panamá el 20 de diciembre de 1989. Allí fue condenado a prisión por delitos de narcotráfico, habiendo completado 20 años tras las rejas; luego estuvo recluso en Francia por blanqueo de dinero, y extraditado a Panamá en 2011.



a la Unión Soviética. Y Polonia, tras las gigantescas huelgas del sindicato “Solidaridad” del año anterior, había elegido, también en agosto del 1989, el primer gobierno no-comunista desde 1948. A su vez, en mayo, en Hungría se había rehabilitado políticamente a la fallida revolución antisoviética de 1956 y cientos de miles de personas habían acudido a los funerales de Estado del líder de aquella revuelta democrática, Imre Nagy; y más recientemente, el 10 de septiembre, había abierto su frontera con Austria para permitir la marcha al Oeste de los alemanes del Este³. Y sus propios ciudadanos seguían presionando, en las calles, por elecciones multipartidistas.

Todo había comenzado, lo sabemos, con lo que Mijaíl Gorbachov y un grupo de jóvenes reformistas estaba haciendo en la propia Unión Soviética desde mediados de los ochenta con la *glasnost*, la política de transparencia que quitaba el pesado velo de la acción gubernamental, y con la *perestroika*, la reforma económica de fondo, ante la declinación económica severa que experimentaba la URSS. Su decisión de impulsar cambios parecidos en los países aliados y de no interferir, como en el pasado, con los movimientos de oposición, fue el reconocimiento de que se requerían cambios de fondo en una arquitectura de poder burocrático, una economía centralizada y una represión política y cultural que no podían sostenerse más.

Para ubicarnos en el período, quizás valga la pena recordar que en 1989 no había ni Internet ni celulares. Estábamos en vísperas de la explosión que se produciría por la digitalización de las comunicaciones, pero ésta aún no llegaba. No olvidemos que recién

3 En el balance final, más de 30.000 germano orientales pasarían a Alemania Occidental por esta brecha en la Cortina de Hierro.



en 1991 se anunciaría públicamente la invención de la World Wide Web y que sólo desde fines de 1993 las empresas empezarían a proporcionar comercialmente la conexión a la red⁴.

Lo mismo pasaba con la televisión: aún no había servicio de TV pagada, ni por cable ni por satélite, el cual sólo llegaría a mediados de la década de los noventa⁵, cuando también aparecerían los celulares⁶.

Como el mundo ha cambiado tanto, es importante recordar que hace 25 años no nos enterábamos de las noticias en las pantallas de las computadoras o de los celulares, sino exclusivamente en el papel de los diarios y en los noticieros regulares de la televisión y de la radio.

Y esos diarios que leíamos en el Ecuador costaban 80 sucres desde el miércoles 1 de noviembre, en el que también empezó a regir un alza salarial decretada oficialmente que colocaba en 32.000 sucres el salario mínimo vital. El dólar en el mercado libre de cambios estaba en 645 sucres. Gobernaba Rodrigo Borja, en medio de una situación económica muy difícil por la infausta herencia de descomunales desajustes macroeconómicos, especialmente en los

4 Sin embargo, en 2014 se conmemoraron 25 años de la World Wide Web, porque fue en 1989 cuando Tim Berners-Lee, que trabajaba en el CERN, el laboratorio europeo de física de partículas, desarrolló la idea de la www: una red global de documentos con contenido multimedia que dieran la oportunidad de saltar del uno al otro mediante hipervínculos. Ni siquiera él habló entonces de "navegación".

5 Con la excepción de Argentina donde desde los sesenta empieza a extenderse la televisión por cable en el interior del país, a donde no llegaban la señal de los canales de la Capital Federal. El éxito del sistema, con la posibilidad de tener canales temáticos y extranjeros hizo que en los ochenta se masificara el cable en los conglomerados urbanos.

6 Para 1989, lo que había para comunicarse por teléfono, fuera de la red de telefonía fija, eran unos aparatos muy grandes y pesados que utilizaban señales de radio.



sectores externo, monetario y fiscal: era una pesada herencia que había recibido del régimen de León Febres Cordero y que venía enfrentando con un Plan de Emergencia Económica. La inflación estaba en el 64%, y esa era una noticia positiva porque había bajado de los casi 100% a los que había llegado, mientras que el precio del petróleo se mantenía en USD 16 el barril.

“El líder germano oriental Egon Krenz prometió defender el sistema comunista de su país, sacudido por masivas manifestaciones callejeras en reclamo de democracia, antes de emprender viaje a Moscú para entrevistarse con el presidente soviético Mijaíl Gorbachov”, anunciaba un despacho de Reuters publicado por el diario *Hoy*, ese 1 de noviembre. “El socialismo es tanto el presente como el futuro de nuestro país”, añadía Krenz, sin saber que tan sólo ocho días después ese socialismo no sería ni presente ni futuro sino sólo pasado.

Es que en la víspera, 800.000 alemanes orientales se manifestaron en siete ciudades para demandar la legalización de los grupos de oposición, el fin de la censura en la prensa y elecciones libres, en las mayores manifestaciones ocurridas hasta ese momento. La presión por las reformas se había incrementado desde el 18 de octubre cuando el Partido Comunista reemplazó al debilitado e intransigente Erich Honecker por Krenz.

Los días siguientes, en diferentes puntos de la RDA, continuaron las manifestaciones con miles de participantes que desafiaban no sólo a la policía germano oriental sino también a los 350.000 soldados soviéticos (aproximadamente un soldado soviético por cada 50 germano orientales), que estaban estacionados en ese país. Poco a poco, esa determinación de los manifestantes empezó a abrir brechas en el discurso monolítico de los dirigentes del PC como, por ejemplo, el anuncio de que quizás se podría reconsiderar la prohibición al partido de oposición Nuevo Foro.



Hoy, 25 años después, es fácil creer que la democratización de los países del Este, la caída del Muro (1989), la reunificación de Alemania (1990), y el desplome de la Unión Soviética (1991), fue una secuencia inevitable. Pero en noviembre de 1989 nada estaba escrito, y se discutía sobre los sucesos del día a día, su significado y lo que deparaba el futuro para el comunismo. “El marxismo no está muerto”, afirmaba, por ejemplo, el ex rector de la Universidad Central, el economista José Moncada, en entrevista con *Hoy* el viernes 3 de noviembre, en respuesta a unas declaraciones que había hecho unos días antes el diputado derechista Alberto Dahik. “El marxismo sólo estaría muerto si es que se lo asimilara con la vida de Marx”, decía Moncada.

“Respecto a las medidas neoliberales que se estarían ejecutando en Hungría, Polonia, Nicaragua, el ex rector dijo que si en los países socialistas se ejecutan medidas de esta naturaleza no deben llamar la atención, pues que lo que se persigue es revalorizar parcialmente el mercado y desconcentrar las decisiones centralizadas; alentar las exportaciones, liberar determinados precios y restaurar ciertas motivaciones materiales”⁷.

explicaba Moncada, con un tono que hoy nos recuerda al hombre transparente y convencido que fue.

“Pero todo esto no es para restituir o retroceder al capitalismo, sino para construir un socialismo más participativo, desarrollado e integrado a la comunidad social y más productivo y eficiente para

7 “El marxismo no está muerto”, *Hoy*, viernes 3 de noviembre de 1989, 5A



corregir distorsiones económicas” expresaba, aunque reconocía que en los países socialistas “existen problemas” como la conducción política verticalista y el burocratismo.

Los días siguientes supimos que las manifestaciones seguían en la RDA; que el nuevo dirigente Krenz había forzado la renuncia del gabinete en pleno, y que 4.000 alemanes del Este se habían refugiado en la embajada de la República Federal de Alemania en Praga, en cuyos jardines acampaban en medio del frío, exigiendo visas para pasar a Occidente.

El domingo 5 de noviembre, *Hoy* titulaba en primera página “Alemania abre frontera”, noticia que daba cuenta de que se permitía el paso desde Alemania del Este hacia la RFA vía Checoslovaquia. Las autoridades decían que la medida, la primera en 28 años, era provisional “hasta que se expidiera la nueva ley de viajes”. Pero, aunque miles de personas deciden escapar por esa vía, no es, de ninguna manera, suficiente. Ese mismo domingo, en la plaza Alexanderplatz de Berlín Oriental, un millón de personas se manifiestan exigiendo democracia y libertad.

Las cosas tampoco están del todo tranquilas en Moscú. En la celebración del aniversario de la Revolución de Octubre, miles de personas participan en una marcha distinta a la gran parada oficial por primera vez en ochenta años, con el mismo reclamo de democracia. Mientras tanto, en su discurso oficial, Gorbachov declara que la crisis económica y el desabastecimiento de productos son “una espada de Damocles que pende sobre la Unión Soviética”.

El Comercio, que el miércoles 8 de noviembre no trae en su primera página noticias sobre lo que acontece en la RDA, y sólo una pequeña nota en interiores, publica, sin embargo, un editorial principal titulado, con ciertas dotes proféticas, “¿Reunificación alemana?”. Su estilo refleja claramente el de Santiago Jervis Simmons, director



por aquel entonces del citado diario, un hombre de orientación liberal y proestadounidense:

“La autoridad comunista se está desmoronando en la República Democrática Alemana (...). Triste paradoja aquella de denominar democrático a un Estado que se encuentra entre los mayores opresores del mundo, que niega los derechos humanos y el tránsito hacia la libertad”,

dice al inicio. Y tres párrafos más adelante:

“El muro de Berlín, sin irse aún a tierra, está cayendo poco a poco. Desde que fue levantado, se constituyó en trampa mortal para los que quisieron seguir arriesgando todo, incluso su vida, en busca de lo que es consustancial para el hombre: la libertad. El de Alemania del Este es por ahora el último capítulo de la historia de la ‘Cortina de hierro’, que se está levantando en Europa Oriental por la ola libertadora surgida en Polonia y Hungría”⁸.

Son, como se ve, premoniciones de lo que pasaría en base a las noticias, tal como mencionaba el editorial de que desde inicios del año más de 180.000 alemanes del Este “se han refugiado en la República Federal Alemana”, 21.000 de ellos tan sólo en el último fin de semana.

El jueves 9 de noviembre los diarios ecuatorianos informaban de un nuevo gabinete en la RDA con un moderado, Hans Modrow, como

8 “¿Unificación alemana?”, editorial principal de *El Comercio*, 8 de noviembre de 1989, A-4.



primer ministro. Se trataba de un político de vida espartana que siempre había criticado los lujos y borracheras de los dirigentes comunistas. El régimen, obviamente, se aferraba a un salvavidas; lo que nadie sabía era que era el último, que no quedaban más en el barco. Se informaba que también el Politburó había pasado a retiro a la vieja guardia, es decir, a los más antiguos y recalcitrantes comunistas. Por su parte, el primer ministro Helmut Kohl ofrecía públicamente la más amplia ayuda de la RFA a la RDA, a cambio de elecciones libres.

Lo sucedido en Berlín la histórica noche de ese jueves 9 de noviembre no apareció en primera página en las ediciones del viernes 10 de los diarios ecuatorianos. Lo que copaba la atención eran los problemas internos. Un ejemplo de ello es la portada del diario *Hoy*:

- A todo lo ancho de la página, el principal titular era: “Suspendida alianza ID-DP”, con la noticia sobre la ruptura –que en pocos días se haría definitiva, a pesar de los esfuerzos del gobierno de Borja por salvarla– del acuerdo parlamentario y de gestión gubernamental de los dos grandes partidos reformistas, la Izquierda Democrática, socialdemócrata, y la Democracia Popular, demócrata cristiana.
- La segunda noticia, que ocupaba el centro de la página y con la foto respectiva, era sobre las protestas estudiantiles en Quito que consideraban como “cicatera” el alza salarial, lo que contrastaba con las declaraciones, recogidas en la misma nota, del presidente de la Cámara de Comercio de Guayaquil, Andrés Barreiro, que calificaba a la suba de “inflacionaria”.
- En una tercera nota se destacaba la subida del dólar de 645 a 665 sucres.



- La única noticia internacional que aparecía en primera plana era que Deng Xiao Ping, el líder de la transformación china, anunciaba su retiro del poder.

Sólo en la página 11-A aparecía este titular “La RDA abrió ayer la frontera interalemana” que recogía el pronunciamiento de su gabinete de que se abolían todas las prohibiciones para viajar al extranjero, junto con el famoso pronunciamiento de Günter Schabowski de que, a su entender, la medida tenía “efecto inmediato” (*ab sofort*). Y allí, hundida al fondo de la nota, sin mayor destaque salvo el encabezamiento de *Última Hora* a una columna, en negritas y altas (lo que deja ver que realmente se insertó esa noticia a última hora en la edición), se informaba que “miles de jubilosos berlineses cruzaron la frontera anoche en ambas direcciones, después de que el otrora temido Muro de Berlín fuera abierto por las acosadas autoridades comunistas”. Los otros diarios, que cerraban sus ediciones más temprano, no tuvieron esa “Última Hora” de una noticia que cambiaba la historia.

Fue el sábado 11 de noviembre cuando todos los diarios lo desplegaron como principal titular de sus ediciones. “Pueblo alemán derriba Muro”, ponía *Hoy*, a todo lo ancho de la página, con una gran fotografía a color, una foto repetida muchas veces a lo largo de estos 25 años, aquella en que un soldado de Alemania del Este extiende una flor a una mujer de Alemania Occidental que está sentada encima del muro, rodeada de muchas otras personas que estiran sus manos pues ellas también intentan tomar la flor. Un recuadro a la derecha de la página del diario informaba que el Partido Comunista germánico oriental se había declarado oficialmente partidario de elecciones “libres, democráticas, universales y secretas” en la RDA. Una medida oportunista como pocas en la historia.

El Comercio dividió la parte alta de la página: dedicó las tres columnas de la izquierda a una foto y las dos de la derecha al título:



“Berlín es uno”. La foto, en blanco y negro, es aquella en que varios autos Trabant atraviesan el Checkpoint Charlie, siendo recibidos con banderas, flores y vítores por miles de habitantes de Berlín occidental. La nota llevaba como antetítulo: “Barren el ‘muro de la vergüenza”.

El Universo titulaba “Fin a 28 años de oprobioso muro”, con la entradilla “Oleadas de alemanes cruzan la muralla y celebran demolición”.

Pero la política nacional no podía estar muy lejos. Como segunda noticia, el diario *Hoy* titulaba “Esfuerzos por salvar la alianza”, donde relataba las reuniones entre Andrés Vallejo, ministro de Gobierno, y Wilfrido Lucero, presidente del Congreso y por entonces miembro de la Democracia Popular⁹. El presidente Borja, que seguía con el pie enyesado y usaba muletas canadienses tras un desgarre muscular¹⁰, se hallaba en Guaranda y pasaría ese día a Riobamba y a Ambato, invitado a presidir las fiestas provinciales¹¹.

Con todo, el diario *Hoy* consagró su Opinión de primera página de ese sábado 11 a los hechos de Berlín. Su autor, que sin duda

9 A los pocos meses, este abogado carchense fundador de la DP, habría de dejar el partido, cansado de su boicot al gobierno de Borja, y posteriormente se afiliaría a la ID.

10 Siendo un deportista muy activo, Borja hacía una rutina de estiramiento muscular antes de hacer deporte, en especial tenis o voleibol. Una falla en la coordinación de las agendas hizo que entrara sin hacer ejercicios de calentamiento a un partido de tenis de dobles en San José de Costa Rica: Borja y el presidente argentino Carlos Saúl Menem contra el presidente de EE.UU., George H. W. Bush, y su Secretario de Estado, James Baker III. En el segundo set se produjo el desgarre muscular.

11 Como Secretario de la Presidencia de la República y antes como Secretario Nacional de Comunicación, el autor acompañaba al presidente a todos sus viajes. Pero en esta ocasión, el propio Dr. Borja había dispuesto que permaneciese en Quito para apoyar las gestiones para prolongar la alianza con la Democracia Popular, partido en el que tenía numerosos amigos. Demás está decir que fracasó en el cometido.



fue Benjamín Ortiz, entonces director del diario y de tendencia demócrata cristiana, tenía claridad sobre el asunto ya que se trataba de un hecho histórico de gran dimensión. “Cae el muro” era su titular. Vale la pena citarlo por extenso:

“El abatimiento del muro de Berlín, que fuera levantado para marcar las distancias entre dos maneras de entender la vida humana y la sociedad, es un acontecimiento histórico que señalará el futuro de Europa y el mundo. Construido en 1961 (...) cae ahora por la presión popular que exige transformaciones en la dirección de la democracia representativa, el pluralismo político y la apertura económica, a pesar de que la RDA alcanzó los mejores resultados dentro de la órbita socialista. La rápida sucesión de acontecimientos ha sorprendido a sus propios actores. La destitución del dirigente del comunismo alemán Erick Honecker y su reemplazo por Egon Krenz, un político ortodoxo, especie de ahijado político de Honecker, no hacía prever transformaciones inmediatas. Sin embargo, tras la apertura de las fronteras hacia Occidente por Checoslovaquia, ahora ha caído el Muro de Berlín. En el horizonte se perfila como una posibilidad la reunificación de las dos Alemanias, negado actualmente como posibilidad por la Unión Soviética, mirada con recelo por Estados Unidos y, en el fondo, anhelada en forma permanente por los alemanes de los dos lados. El proceso que se iniciara con las reformas políticas de la URSS, empujado por los vientos de la historia, está cambiando al mundo de forma acelerada. El norte industrializado, capitalista y socialista, se aproxima y asemeja en las metas de prosperidad económica y democracia política, mientras al sur siguen estos pueblos a la espera de comparecer ante la historia”¹².

12 “Cae el muro”, Opinión, *Hoy*, 11 de noviembre de 1989, 1-A.



En los días que siguieron, las noticias mezclaban el alborozo por el fin del Muro de Berlín (en pocos días habían llegado a emitirse 2,7 millones de visas) con las advertencias de la URSS a Bonn, los ajetreos diplomáticos en Berlín, las declaraciones de Krenz de que “la reunificación no está en el orden del día” y la actividad incansable de Helmut Kohl, que se multiplicaba para hablar con sus aliados occidentales y mantener el contacto casi permanente con Krenz y Gorbachov.

Internamente, se ensombrecía el panorama para Rodrigo Borja: cada vez estaba más claro que la DP se pasaba a la oposición. Aquello, a quienes estábamos en el Gobierno, nos sabía a traición, pero en política se aprende muy rápido que hay personas y partidos para quienes priman los intereses de corto plazo, en este caso, el de poner distancia con el gobierno antes de las elecciones de medio período, que renovarían el Congreso. Nos preocupaba eso, pero también la agitación estudiantil.

Respecto a los sucesos de Alemania algunas mentes clarividentes reflexionaban ya sobre los negativos efectos que para América Latina iban a tener los sucesos de Europa. “La apertura de los países industrializados de Occidente a Europa Oriental perjudicará al Tercer Mundo y a América Latina en particular” decía Diego Cordovez, el ministro de Relaciones Exteriores de Borja, en declaraciones antes de viajar a la asamblea ordinaria de la OEA. Cordovez pedía que no se abandonase a Occidente, ni se disminuyeran los aportes de la cooperación internacional al Tercer Mundo, y a América Latina en especial, sin dejar de reconocer la inmensa trascendencia que tendría, si se daba, la unificación de Alemania¹³.

13 Hoy, 15 de noviembre de 1989, 5-A.



Lo mismo expresaba Simón Espinosa Cordero en su columna semanal, en la que rápidamente se distanciaba del entusiasmo hueru y, con la agudeza de siempre, hacía ver otras dimensiones del suceso:

“Toda la bulla del muro significa para América Latina menos créditos, una confrontación directa con el Norte y el ensayo de nuevas formas de sobrevivencia. Está en la tradición del Norte el ayudar [al Norte]. Recordemos el Plan Marshall. Habrá pues menos dinero para América Latina. Esto ya ha comenzado a suceder en el estrato de las pequeñas ayudas que llegaban para proyectos populares”¹⁴.

Y volvía su mirada al continente:

“Caído el fantasma del comunismo, los conflictos internos de América Latina vuelven a aparecer en su cruda realidad. Lo de El Salvador y Nicaragua, por ejemplo, cesa de parecer un conflicto Este-Oeste para volver a ser lo que siempre fue: un conflicto entre los que tienen y los que no tienen, entre los suramericanos del Norte que sonrían con bocas desdentadas y el pueblo que padece tantas formas de muerte y que siempre ha sido el Sur. No habrá la ilusión de creer que era la Unión Soviética la que peleaba en El Salvador y Nicaragua. Las luchas se vuelven mucho más claras. El desprestigio de los partidos de izquierda a consecuencia de la perestroika ha creado un vacío en la orientación de la lucha popular. Este vacío ha de ser aprovechado por los populistas. De la racionalidad utópica de la izquierda puede América Latina deslizarse a la irracionalidad utópica del populismo. Esto

14 Espinosa, Simón “El muro de Berlín y la muralla de arriba”, *Hoy*, 14 de noviembre de 1989, 4-A.



significa nuevos aliados para la Noramérica Latina [sic]. Como los efectos de la crisis en América Latina van volviéndose cada vez más graves, la utopía del pueblo pobre en América Latina ha pasado de la liberación a la sobrevivencia (...). En este sentido, el esquema de izquierda, centro y derecha es obsoleto. Ahora el esquema es los de arriba y los de abajo, el instrumento de lucha ya no es el análisis teórico sino la solidaridad en la vida real. Ahora se está con el pueblo o se está contra él. La caída del muro acercará a las dos Alemanias pero volverá más separadas a las dos Latinoaméricas”¹⁵.

La clarividencia de Espinosa se confirmaba en los hechos: en esos mismos días recrudecía la ofensiva del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional que combatía en las goteras de San Salvador. El jueves 16 de noviembre se reportaban 600 muertos en El Salvador, en intensos combates ya dentro de la capital. Pero fue el 17 de noviembre en que los ecuatorianos nos conmovimos hondamente, igual que América Latina entera, con la brutal noticia del asesinato en El Salvador de seis sacerdotes jesuitas así como de dos colaboradoras, madre e hija, ésta última de 15 años, en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA)¹⁶. El

15 Ibid.

16 Fueron los padres Ignacio Ellacuría, rector de la UCA; Ignacio Martín Baró, vicerrector; Segundo Montes Mozo, director del Centro de Derechos Humanos; Juan Ramón Moreno, Armando López y Joaquín López, docentes; la empleada doméstica Elba y su hija Celina. “El jesuita vasco, nacionalizado salvadoreño, Ignacio Ellacuría, rector de la UCA, discípulo de Zubiri y editor de algunas de sus obras (...) era filósofo y teólogo de la liberación, científico social y e impulsor de la teoría crítica de los derechos humanos, cuatro dimensiones que son difíciles de encontrar y de armonizar en una sola persona, pero, en este caso, convivieron no sin conflictos internos y externos, y se desarrollaron con lucidez intelectual y coherencia vital”, dice Juan José Tamayo, en un artículo en *El País*, titulado “Ellacuría vive”, para conmemorar los 25 años de su asesinato. En http://cultura.elpais.com/cultura/2014/11/12/babelia/1415808080_942077.html (Consultado el 24 de octubre de 2014).



asesinato fue cometido con premeditación, nocturnidad y alevosía. A las cuatro de la madrugada, 30 hombres vestidos con uniformes del ejército los sacaron de sus habitaciones y los mataron en los jardines de la residencia de la universidad. Los asesinos dejaron señales falsas simulando que los crímenes habían sido cometidos por la guerrilla.

La barbarie de este brutal asesinato causó una ola de indignación en el mundo, pero en especial en Ecuador, pues la mayoría de los mártires de la UCA había estudiado en la Facultad de Filosofía San Gregorio de la PUCE y eran conocidos y apreciados por los jesuitas locales y por muchos círculos de laicos¹⁷. Sería el mismo Simón Espinosa, compañero de algunos de los mártires y profesor de otros, el que más reflejaría en sus columnas la indignación y el dolor ante estos salvajes asesinatos.

Otro columnista del diario *Hoy*, Jorge Ortiz García, reflexionaba ese día en su espacio sobre lo insignificantes y absurdos que resultaban los pequeños egoísmos y mezquindades de la política doméstica (una obvia referencia a la ruptura de la alianza de la DP con la ID), “frente a los grandiosos acontecimientos, que día a día ocurren en el mundo, hasta cambiar el mapa geopolítico del planeta y derribar muros de piedra y dogmas de granito”. Su columna finalizaba así:

“Al subirse al muro de Berlín, miles de jóvenes del Occidente democrático y del Oriente socialista le dijeron a la humanidad que el encuentro y la conciliación son ahora más posibles que nunca. Tan posibles que el abrazo de los

17 Años después se confirmó que los crímenes fueron cometidos por un pelotón del batallón Atlacatl, el más sanguinario del ejército de El Salvador, bajo las órdenes del coronel René Emilio Ponce (“Ellacuría debe ser eliminado y no quiero testigos”, habría sido la orden de Ponce). Varios testigos involucraron posteriormente al propio presidente de la República Alfredo Cristiani.



dos mundos ocurrió precisamente en la pared levantada para dividirlos. Desde ese momento, la vieja derecha y la vieja izquierda, cerradas e intransigentes, se convirtieron en irreversibles anacronismos, indefendibles para quienes no tienen el muro de Berlín atravesándoles la mente y partiéndoles en dos el entendimiento. Por estas tierras, tan ajenas a los temas del mundo, la derecha todavía no llegó a la modernidad democrática ni la izquierda superó el terrible estalinismo”¹⁸.

Al día siguiente, también monseñor Luis Alberto Luna, Arzobispo de Cuenca e importante figura de la Iglesia vinculada al pueblo, se refería a la cuestión en su columna de *Hoy*, adoptando una clara posición de apoyo a la unificación alemana. Bajo el título “Muros rotos: pueblo unido” expresó su expectativa personal por la unión y la necesidad de dejar al pueblo alemán hacer lo que desee:

“Europa egoísta tiene miedo a la organización solidaria de una Alemania unida. Los Estados Unidos aceptarán toda fusión condicionada a la presencia y vigencia europea de la OTAN. Entre el miedo europeo y la inseguridad norteamericana, crecerá la figura de Alemania, por encima de toda crisis y aún a costados del Mercado Común Europeo, imponiendo su técnica, su organización e interna solidaridad (...). Alemania Occidental afirma, más allá de cualquier cálculo, que ella asumirá todos los déficits de la porción oriental, aun deteniendo su desarrollo, porque la historia exige que Alemania sea una sola”¹⁹.

18 Ortiz García, Jorge “Los temas del mundo”, *Hoy*, 17 de noviembre de 1989, 4-A.

19 Luna, Luis Alberto “Muros rotos: pueblo unido”, *Hoy*, 18 de noviembre de 1989, 4-A.



En “Reflexiones sobre un fantasma” el director del diario, Benjamín Ortiz, trazaba la historia del marxismo y las dificultades que enfrentaban los países donde se había implantado el socialismo real, para desembocar en una reflexión más bien filosófica sobre el papel de los individuos en la historia:

“Esta agitada peripecia no significa algo tan ramplón como que el capitalismo haya tenido razón y no el comunismo. ¡Muestra tantas cosas! Pero ante todo enseña que el hombre, por gran ciencia que posea y por alto que vuele su pensamiento, quizá sea dueño en parte de su destino individual y hasta influya en su entorno inmediato, pero sólo es un obrero de la historia: no sabe cuál será el resultado final de su propia tarea”²⁰.

Antes de que termine el mes, Hernán Jouve, periodista de *Hoy*, lograba una primicia: una extensa entrevista a Agustín Cueva, uno de los pensadores marxistas ecuatorianos más reconocidos dentro y fuera del Ecuador; al que logra pillar antes de que saliera al aeropuerto para tomar el avión que le llevaría a México, a su trabajo en la UNAM y al cáncer que terminaría con su vida menos de tres años después.

Jouve tituló su entrevista con una declaración rotunda de Cueva: “La perestroika es socialista”. Ante la pregunta de cómo está afectando a la izquierda latinoamericana el proceso que está viviendo Europa, Cueva distingue:

“Yo diría más a la izquierda sudamericana porque la centroamericana es un cuento aparte. Creo que la izquierda sudamericana ha andado en reflujo últimamente. Habría

20 Ortiz Brennan, Benjamín “Reflexiones sobre un fantasma”, *Hoy*, 20 de noviembre de 1989, 4-A.



que matizar también, porque Brasil, Uruguay y Chile son diferentes. Pero ha habido, en general, un reflujo y una crisis muy grande en esta década”²¹.

Primera afirmación, que le da tiempo para pensar en lo que va a decir a continuación: “Yo creo que la perestroika dentro de eso es un ingrediente más de la crisis y eso crea más desconcierto; con un problema más: el nivel de información sobre la perestroika es muy malo”.

Cueva reconoce los problemas del socialismo real: la planificación inflexible, el “ningún apoyo a la creatividad”, la cual, por el contrario, “desde la cultura hasta la ciencia” ha estado “controlada y disminuida”. Por lo que cree necesaria la “democratización política”. Sin embargo, sostiene, “la URSS ya hizo su propia revolución y la perestroika no es un intento de salir del socialismo”.

En su análisis, lo sucedido en Polonia parece obvio, pues allí “el socialismo fue implantado desde arriba” y no ha funcionado. A su vez, cree que “Alemania, donde el socialismo ha sido el más exitoso y desarrollado, va hacia una liberalización política”.

Estas afirmaciones de alguien tan lúcido como Agustín Cueva llaman a la reflexión. ¿Cómo podía enorgullecerse de los supuestos éxitos de Alemania Oriental, mayores que el resto de los países comunistas, cuando hasta ella estaba tan retrasada con relación a Occidente? No necesitamos la perspectiva de un cuarto de siglo, donde nos fuimos enterando de los atletas prefabricados con hormonas ni de la frágil situación de la industria. Era cuestión de ver en esos mismos días los diarios y los televisores, para comprobar

21 Jouve, Hernán “La perestroika es socialista”, entrevista a Agustín Cueva, *Hoy*, 27 de noviembre de 1989, 5-A.



la felicidad un poco infantil de los habitantes de Berlín oriental que volvían de la parte occidental llevando bananos o radio receptores, una niña embelesada con una muñeca Barbie o una señora oronda con un abrigo de piel. Es que bastaba una visita a Berlín oriental, o dos, como las que el autor había hecho en 1975 y en 1984, para comprobar la escasez de productos, la monotonía de la ropa y la tristeza de la vida. Esos “ossies”, con lágrimas en la cara por la pura emoción de poder pisar por primera vez la parte occidental de la ciudad, quedarán como un ícono del siglo XX.

En fin, Cueva sostenía ese 27 de noviembre: “Yo creo que Alemania no pretende salir del socialismo sino rectificar”.

Jouve le pide explicar qué entiende Cueva por esa mayor democracia política que, según él opinaba, se necesitaba en los países del Este, y allí deja ver su humanismo:

“Yo me refiero a que los ciudadanos tengan más libertad de expresión, más libertad de asociación de todo tipo, (la cual) hasta ahora ha estado más restringida, y cosas inadmisibles como, por ejemplo, que la gente no tenga libertad de entrar y salir del país. Un socialismo que no deja salir a la gente, algo malo debe tener, porque (...) ¿cómo puede ser que les hagan felices a la fuerza? Y eso con el Muro de Berlín se ha visto muy claramente”²².

Otra interesante respuesta es cuando el periodista le pregunta si cree que puede darse la reunificación de Alemania. Cueva contesta que sí, que “es cuestión de tiempo. Creo que van hacia eso y que además es su derecho”.

22 Ibid.



Menos perspicaz resulta sobre el modo en que se daría esa reunificación, cuando Jouve le pide opinar sobre cuál de los dos sistemas se impondría, si el socialista o el capitalista:

“Tiene que haber un largo período de reajuste en ambos lados, en que funcionen con autonomía las dos partes, porque no pueden juntarse de la noche a la mañana. Y, desde luego, yo creo que esa unidad probablemente conserve por un tiempo indefinido las marcas de los dos sistemas y que incluso en Alemania Occidental pueden verse muchas de las ventajas que Alemania Oriental tiene. O sea, las ventajas de la seguridad social, entre otras”²³.

No iba a ser así, lo sabemos. La reunificación fue muy rápida; más rápida y valiente de lo que muchos lo hubieran pensado. Antes de que acabase el mes, ya Helmut Kohl presentaría sus diez puntos para la reunificación de Alemania. Pero en esos primeros días, las cabezas pensantes de la izquierda marxista no lo acababan de entender. Alfredo Castillo, entrevistado por *El Comercio*, decía: “Eso (el marxismo) no se derrumba en ningún caso. Se derrumba una concepción de la construcción del socialismo”²⁴.

Tampoco terminaría el mes sin otro anuncio importante: el de que Gorbachov visitaría al Papa Juan Pablo II. Esa entrevista, el 1o de diciembre, reforzaría la visión de que el Papa, con su visita a su tierra natal, Polonia, en 1979 y su constante prédica por la libertad de religión, de expresión y de conciencia, era uno de los corresponsables del debilitamiento ya palpable del comunismo. Esa visita de Gorbachov sirvió

23 Ibid.

24 Cit por Pallares, Martín ¿Cayó o no el muro en Ecuador?, *El Comercio*, 9 de noviembre de 2014, 20.



también para el reconocimiento oficial de Moscú al Estado Vaticano y la promesa de una ley de libertad de cultos en la Unión Soviética.

Justamente el domingo 9 de noviembre de 2014, al recordar los 25 años de la caída del Muro de Berlín, el Papa Francisco destacó el “rol de protagonista” que tuvo en ese cambio histórico el ahora San Juan Pablo II, cosa que ha reconocido varias veces a lo largo de estos años el jefe del sindicato Solidaridad y más tarde presidente de Polonia, Lech Walesa. El Muro, dijo el Papa, había sido un “símbolo de la división ideológica de Europa y del mundo entero”.

No puede dejarse de lado el papel de Mijaíl Gorbachov, especialmente, como lo destacaba Federico Mayor Zaragoza en un artículo reciente, por haber permitido que todo el proceso se desarrollase “sin una sola gota de sangre”²⁵. Decía que “Mijaíl Sergeyevich Gorbachov, el ‘mago de lo inesperado’”, tenía a su disposición centenares de miles de soldados e inmensos arsenales de armas de destrucción masiva. Según Mayor, “el presidente Ronald Reagan había elevado a escala galáctica el desarrollo del previsible enfrentamiento” y fue sólo la prudencia de Gorbachov lo que permitió que la marcha de los países hacia las libertades se diera en paz.

En lo personal, introduzco otra anécdota. Tras el año y pico que me desempeñé como Secretario Nacional de Comunicación, conservé la costumbre de proveer al Dr. Borja de algunas informaciones importantes, sobre todo, de aquellas que sabía no vendrían en los resúmenes de prensa que diariamente le proporcionaba la Senac. Y una de las cosas que le comenté, por teléfono, al presidente que

25 Mayor Zaragoza, Federico “Gorbachov, el hombre que cambió el mundo”, *El País*, 6 de noviembre de 2014, http://elpais.com/elpais/2014/10/20/opinion/1413817758_131251.html, consultado el 7 de noviembre de 2014.



se hallaba en Riobamba, fue el discurso que Willy Brandt había pronunciado el 10 de noviembre y en el que dijo: “Nada volverá a ser como fue. Siempre supe que la separación de hormigón, alambre de espino y franja de la muerte iba contra la corriente de la historia. Lo dije este verano, sin saber que iba a pasar tan pronto. ¡Berlín vivirá y el Muro caerá!”, había dicho el ex canciller alemán, quien había sido alcalde de Berlín durante la construcción de la barrera de la vergüenza, y que mantenía una estrecha amistad con el presidente Borja. Precisamente en conocimiento de esta amistad es que el discurso me había sido enviado para hacérselo llegar a Borja por el inolvidable Peter Schenkel, representante de la Fundación Friedrich Ebert para el proyecto de medios de comunicación con el Centro Internacional de Periodismo para América Latina (CIESPAL), quien lo había grabado de una transmisión en onda corta de la Deutsche Welle y lo había transcrito (recuérdese, de nuevo, que no había internet y que, por lo tanto, tampoco había ni documentos *online* ni radios *online*).

Una de las constantes reflexiones que nos hicimos en los días siguientes al conversar con Borja y el equipo político del Gobierno era, cómo había quedado demostrado, sobre el desgobierno que había en la RDA, cuando una maquinaria tan grande de espionaje y represión había quedado imposibilitada de reaccionar debido a la falta de mando sobre sus propias fuerzas de seguridad y por la negativa de las tropas soviéticas a inmiscuirse, lo que sólo había sido posible por el descontento creciente y la decidida lucha del pueblo de Alemania del Este por la libertad. No sabíamos, no podíamos saber, que la reunificación se vendría tan pronto, pero sí sopesábamos, como todos en el planeta, el papel que la Alemania del futuro, unida o separada, podía representar para el mundo.

Al año siguiente, en su mensaje al Congreso del 10 de agosto de 1990, que tituló “Mensaje de optimismo y esperanza”, el presidente Borja dijo:



“1989 y 1990 pasarán a la historia como dos de los años más interesantes de este siglo. Años de acontecimientos desconcertantes que se precipitaron con pasmosa velocidad. Tanta, que aunque los sucesos están ante nuestra vista, no acertamos todavía a desentrañar su contenido ni a interpretarlos con certeza. Nos hace falta perspectiva histórica para valorarlos en toda su dimensión. Sin embargo, intuimos que ellos entrañan un nuevo diseño del mundo internacional, la clausura de una etapa histórica –estigmatizada por la Guerra Fría, que tanto atormentó a la humanidad a partir de la segunda post guerra– y la apertura de otra que esperamos sea de paz, desarrollo y seguridad para todos los pueblos del mundo”²⁶.

“Cayó el muro de Berlín”, continuó en su mensaje el presidente. “Se desplomaron las monocracias marxistas para dar paso a regímenes capaces de combinar el socialismo con la libertad. Se han dado pasos firmes en el camino del desarme mundial”, expresó, e hizo referencia a la reunificación de Alemania, que para entonces era ya casi un hecho²⁷.

Para el presidente Borja, sin embargo, frente a todos estos avances, y a otros que mencionó en su discurso, que abrían, dijo “posibilidades

26 Borja, Rodrigo *Mensaje de optimismo y esperanza*, Informe del Presidente de la República al H. Congreso Nacional, 10 de agosto de 1989 (Quito, Secretaría Nacional de Comunicación Social, 1990), 35-36.

27 El proceso ya resultaba encaminado, a pesar de la oposición inicial de los gobiernos de Gran Bretaña, Francia, Italia y Holanda. Las elecciones del 18 de marzo de 1990, el cambio de gobierno, la firma del Tratado para la Unión Económica, Monetaria y Social entre las dos Alemanias y las negociaciones *Dos más Cuatro* que habían culminado en julio, allanaron el camino para la integración de los cinco Estados del Este y Berlín Oriental en la República Federal, que se habría de producir el 3 de octubre de ese mismo año. Dos factores que fueron decisivos fue el reconocimiento por parte del gobierno de Helmut Kohl de la frontera con Polonia trazada tras la derrota del nazismo, y la no objeción de la URSS a que la Alemania unificada fuera miembro de la OTAN.



reales de construir un mundo internacional más ético y racional, en el que los hombres trabajen para la vida y no para la muerte y en que los recursos financieros se destinen a la guerra contra la pobreza”, había una preocupación profunda: la situación de nuestra región. Por ello dijo:

“Pero en el claroscuro de los acontecimientos mundiales se proyecta una sombra para América Latina. A pesar de siete años de crecimiento sostenido de los países desarrollados de Occidente, los pueblos latinoamericanos hemos declinado, se han estancado las inversiones directas, se ha deteriorado la calidad de vida de nuestras poblaciones, se ha reducido el volumen de los nuevos préstamos a la región. América Latina, en suma, ha transferido hacia otros países, según datos que constan en el ‘Estudio Económico Mundial 1990’ de las Naciones Unidas, 28.000 millones de dólares netos durante 1989, en los precisos momentos en que declina el ingreso *per cápita* de nuestros países, hay bajas tasas de ahorro e inversión y carecemos de los recursos necesarios para financiar el desarrollo”²⁸.

Más adelante, al describir sus recientes conversaciones en Washington con el presidente de los Estados Unidos George Bush, Borja confesó ante el Congreso:

“No oculté al Presidente Bush la preocupación que tenemos los gobernantes de nuestros países de que los sucesos de Europa oriental afecten nuestros intereses. Le expresé que, para nosotros, ellos son ambivalentes: de un lado vemos con



simpatía la apertura y la democratización de los países del Este europeo, pero de otro lado tememos que ellos entren a disputarnos los limitados recursos que destinan los países industriales a la cooperación internacional. El Presidente Bush me dio las seguridades de que tal cosa no ocurrirá y de que los Estados Unidos adoptarán una actitud de solidaridad con América Latina. Esperamos que así sea”.

Ésta era la preocupación generalizada, como vimos desde el primer artículo clarividente de Simón Espinosa, un temor que, lamentablemente, se convirtió en realidad, no sólo por la falta de ayuda, sino por el desplazamiento geopolítico de América Latina como una región de menor peso e interés en el mundo.

Para los militantes comunistas y para los pensadores marxistas había otra preocupación más inmediata, que la refleja Agustín Cueva en la entrevista al diario *Hoy* antes citada: “Tengo temor de que algunos movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo dejen de seguir recibiendo el apoyo decidido de la URSS y esto sería muy grave porque estamos en una época de arremetida del imperialismo”²⁹.

No sólo los “movimientos de liberación nacional” sino también los partidos políticos que dependían de Moscú se quedaron sin apoyo económico y sin orientación hegemónica. Pronto habrían de desaparecer, convirtiéndose muchos de sus cuadros en militantes de otras causas, como el ecologismo, por ejemplo. Lo vimos en el Ecuador. El mayor impacto de la caída del Muro y de la posterior desaparición de la Unión Soviética lo tendría, sin embargo, Cuba,

29 Jouve, “La perestroika...”, op. cit.



que entró en el terrible “Período Especial”, carente como quedó de toda la ayuda de los países socialistas.

A su vez, la ayuda de Europa Occidental y, en especial, de Alemania, se alejó de toda América Latina. En el Ecuador dejó de tenerla incluso la Iglesia católica, que recibía importante ayuda de la diócesis de Múnich. El propio ILDIS, coorganizador de este encuentro y coeditor de este libro, redujo radicalmente su acción entre nosotros.

Era lógico: Alemania requería los recursos para atender a sus connacionales y, en general, Europa debía volcarse a sus vecinos que salían de años de represión y atraso. África y el Cercano Oriente, así como China, que crecía como un gigante en el horizonte, atraerían la atención europea. Se confirmaban así los tempranos temores al respecto. Como decía Borja, todos nos alegrábamos de la democracia reconquistada pero nos preocupaba la caída de América Latina al último escalón de las prioridades de Occidente.



LOS EFECTOS DE LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN EN LA SOCIEDAD ECUATORIANA

Ana María Larrea Maldonado

Antropóloga, Magíster en Desarrollo Local, con mención en movimientos sociales. Fue Secretaria Técnica para la Erradicación de la Pobreza en el Ecuador; Subsecretaria General de Planificación para el Buen Vivir; Secretaria del Consejo Nacional de Planificación, Rectora del Instituto de Altos Estudios Nacionales, Subsecretaria General de Democratización del Estado, Subsecretaria de Reforma Democrática del Estado, Asambleísta Constituyente Alterna, Directora del Instituto de Estudios Ecuatorianos y miembro del Comité Directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), en representación de Ecuador, Colombia y Venezuela. Actualmente realiza sus estudios doctorales en FLACSO-Ecuador.

El triunfo del pensamiento único y el fin de la historia

En pleno auge del neoliberalismo en América Latina, la caída del Muro de Berlín pasó a reforzar aún más la visión dominante en la región de que el capitalismo era el único camino posible para las sociedades del continente, pues el pensamiento hegemónico difundió rápidamente la idea de que este acontecimiento significaba el fracaso del socialismo. El fin de la historia postulaba de esta manera que el capitalismo y la democracia liberal eran lo mejor a lo que las sociedades podían llegar: no había más alternativa, por lo que se planteó entonces el fin de las ideologías.



Muy pronto los centros académicos se convirtieron en los principales difusores y defensores de la nueva ideología, logrando incluso cooptar a muchos intelectuales, otrora de izquierda. Quedaron pocos espacios para el pensamiento crítico. Cualquiera que se atreviera a hablar de lucha de clases, o de la necesidad de construir un orden social más igualitario, era tildado de dinosaurio. El pensamiento latinoamericano dejó de ser estudiado en los centros académicos y el proyecto hegemónico se enraizó en la intelectualidad desde los centros de producción de conocimiento y poder.

De esta manera, el supuesto “fin de las ideologías” entronizó a la ideología dominante de la acumulación y el consumismo sin límites y reforzó los planteamientos neoliberales, según los cuales el mejor asignador de recursos era el mercado, por lo que el Estado tan sólo debía garantizar la desregulación. Se reforzó el proceso de debilitamiento del Estado ya iniciado en el continente, promoviendo el libre comercio, la privatización, la flexibilización laboral, la desregulación financiera, y una serie de medidas que en pocos años condujeron a la peor crisis económica, social y política de la historia reciente del Ecuador. El triunfo ideológico del neoliberalismo provocó el desprestigio de lo público y la naturalización de la exclusión, la pobreza y la desigualdad.

“El período neoliberal (1980-2006) trajo consigo un aumento de la pobreza y de las desigualdades, acompañado de la peor crisis económica de la historia reciente del país (1999-2001), que provocó que millones de ecuatorianos migraran al exterior en busca de mejores oportunidades de vida. La crisis también tuvo su correlato en el ámbito político, generando una situación de inestabilidad pronunciada: entre 1996 y 2006 ningún presidente electo por el pueblo ecuatoriano en las urnas logró concluir su mandato, pues los gobernantes fueron derrocados por el propio pueblo que los eligió en medio de fuertes protestas sociales. En una década, el país tuvo ocho



presidentes, en medio de una aguda crisis institucional y política” (Larrea, 2014: 23)¹.

A fines de la década de los ochenta, las organizaciones sindicales ligadas a los partidos de izquierda y cuyo horizonte programático era la lucha por el socialismo fueron desmanteladas, como producto de la primera etapa de incursión del neoliberalismo en el país. En los noventa, el movimiento indígena cubrió el vacío dejado por los sindicatos y se convirtió en uno de los movimientos de resistencia al neoliberalismo más fuertes en América Latina.

“El levantamiento indígena de 1990 hizo visible ante la sociedad nacional un proceso organizativo de larga data. Mostró no solamente la existencia de un Ecuador profundo, con pueblos olvidados y excluidos, sino que además colocó serios cuestionamientos a un modelo de democracia absolutamente excluyente en el que los pueblos indígenas no tenían cabida y un modelo de desarrollo construido sobre ellos, de espaldas a ellos y sin ellos. A partir del ‘90, el movimiento indígena se constituye en el referente de los movimientos sociales en el Ecuador” (Larrea, 2004: 68).

1 El presidente electo para el período 1996-2000, Abogado Abdalá Bucaram, fue destituido en 1997 sin haber cumplido un año en su mandato. Su vicepresidenta, la Dra. Rosalía Arteaga, asumió la presidencia por pocos días y fue destituida por el Congreso Nacional, que nombró como presidente interino al Abogado Fabián Alarcón, con el fin de que convoque a elecciones generales. De este modo, el Abogado Jamil Mahuad llega a la Presidencia de la República para el período 1998-2002 y es destituido en el año 2000 por protestas populares e indígenas, y reemplazado por un triunvirato conformado por militares e indígenas, que dura un día en el poder, pues el Congreso Nacional nombra al vicepresidente Abogado Gustavo Noboa como Presidente de la República hasta que concluya el período para el que fue elegido el ex presidente Mahuad. En 2003, tras un proceso electoral, el Coronel Lucio Gutiérrez asume la Presidencia de la República para el período 2003-2007. Al igual que en los otros casos fue destituido por protestas populares en 2005 y sustituido por su vicepresidente, Doctor Alfredo Palacios, para concluir el período para el cual fue electo.



El tejido organizativo que se había iniciado en los años setenta bajo el amparo de la Iglesia, las ONG y los partidos de izquierda paulatinamente fue creciendo, desde otros horizontes, en una clara confluencia entre historias locales y procesos organizativos de mayor escala.

“En 1972 surge la ECUARUNARI en la sierra; en 1980, la CONFENIAE en la Amazonía y a comienzos de los ochenta se conforma el Consejo de Coordinación de las Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONACNIE) que devendrá en 1986 en la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE). Al cerrar la década de los ochenta, la CONAIE se constituye en la principal organización indígena del país y cuenta con una intelectualidad indígena y una dirigencia autónoma, formada en la lucha por la tierra y por el reconocimiento” (Ibíd.).

Las demandas indígenas durante la década de los noventa conjugan dos esferas: la primera, las demandas campesinas vinculadas a la lucha por la tierra, cuyos planteamientos más fuertes se dan de 1990 a 1995. La segunda esfera está relacionada con el tema de la dignidad y el reconocimiento de ese otro cultural por siglos relegado, maltratado y excluido. Este planteamiento fue una constante durante toda la década. Pese a que la lucha por la tierra y la reforma agraria fueron los pilares para la constitución del movimiento indígena como actor social y político, a partir de 1996 estos planteamientos fueron absorbidos por demandas más amplias de cuestionamiento al modelo neoliberal en su conjunto y al tipo de Estado y democracia vigentes en el país.

La propuesta que engloba esta lucha está relacionada con la creación del Estado plurinacional y está signada por la decisión del movimiento indígena de participar en las contiendas electorales. El planteamiento de crear un movimiento político y de participar



en las elecciones surge con un fuerte cuestionamiento al sistema de partidos y a la denominada clase política tradicional, por su carácter etnocéntrico, excluyente y corrupto (Larrea y Muñoz, 2000: 3; Larrea, 2004: 70).

Los partidos políticos vivieron un descrédito sin precedentes en la historia y fueron vistos, en el imaginario social, como los causantes de la crisis en sus múltiples dimensiones. La consigna “que se vayan todos” de la insurrección de “los forajidos” de abril de 2005, que tuvo como consecuencia la destitución del Presidente Gutiérrez, reflejó bien este sentimiento de insatisfacción con la política y con los políticos. En este contexto de profunda insatisfacción con la democracia y con el modelo de desarrollo vigente en el país, en 2006, un “outsider” del campo político ecuatoriano fue candidateado a la Presidencia de la República, con una serie de planteamientos que recogieron las demandas de la izquierda y de los movimientos sociales durante el período neoliberal.

En sintonía con los sentimientos de la insurrección quiteña de abril de 2005, Rafael Correa planteó como uno de sus ejes de campaña el enfrentamiento a la “partidocracia corrupta”, por lo que su movimiento político decidió no presentar candidaturas al Congreso Nacional, que era visto como la institución que expresaba los vicios del sistema político.

“En el año 2007, el Economista Rafael Correa asume la presidencia de la República. Su propuesta de gobierno, conocida como ‘Revolución Ciudadana’, planteó dar vuelta a la página de la ‘triste y larga noche neoliberal’ en el Ecuador, cambiando las relaciones de poder en el país, a partir de la convocatoria a un proceso constituyente que buscaba refundar el país. Con el apoyo del pueblo ecuatoriano, en un referéndum, se logra convocar a la Asamblea Constituyente y en 2008, la nueva Constitución es aprobada por la mayoría de los ecuatorianos



en las urnas. El nuevo pacto social en el Ecuador marca una ruptura con el viejo orden neoliberal y se estructura a partir de la idea del Sumak Kawsay o Buen Vivir, cuestionando profundamente la vieja idea del ‘desarrollo’ entendido únicamente como crecimiento económico y progreso unilineal. El Buen Vivir coloca al ser humano y a la naturaleza por encima del capital, y como principal objetivo de la política pública. Con el nuevo marco constitucional se inicia un proceso acelerado de cambio en el país” (Larrea, 2014: 24).

Este proceso se enmarcó en el contexto de cambios que empezó a vivir América Latina en la primera década del nuevo milenio, con la elección de Hugo Chávez en Venezuela (1999), de Néstor Kirchner en Argentina (2003) y de Luis Ignacio Da Silva en Brasil (2003), que luego se ven reforzados con la elección de Evo Morales en Bolivia (2006), Tabaré Vázquez en Uruguay (2006), Michelle Bachelet en Chile (2006) y Rafael Correa en Ecuador (2007). Gobiernos que han sido catalogados como “progresistas” y que han propugnado un nuevo socialismo para América Latina.

¿Cuáles son los puntos en común y las divergencias de este nuevo “socialismo”, con el socialismo de Europa del Este?

En el Socialismo del Siglo XXI confluyen lo mejor del socialismo científico con importantes contribuciones del pensamiento latinoamericano: el socialismo agrarista mexicano, el socialismo andino de Mariátegui y los aportes de la Teología de la Liberación. Comparte los principios básicos del socialismo clásico, particularmente, la idea de colocar al trabajo humano por sobre los intereses capitalistas: así, el trabajo no debe ser concebido como un medio de producción sino que el bienestar del ser humano es el objetivo mismo de todo proceso productivo. Concomitante con esta visión que pone como centro de todo proceso de desarrollo al ser humano está la búsqueda de una sociedad en la que las grandes



mayorías no sean explotadas por pequeños grupos que acaparan la riqueza y el poder, es decir, la búsqueda de la igualdad real y no solamente de la igualdad formal planteada por el liberalismo (Correa, 2008: 20-21, 25, 36; Correa: 2009: 11, 16-17, 20, 27-28).

Un segundo punto de confluencia entre el Socialismo del Siglo XXI y el socialismo tradicional es la importancia dada a la acción colectiva para el desarrollo, enfatizando el rol del Estado como su principal agente. En este marco se subraya la necesidad de la planificación estatal y su fortalecimiento. El Estado juega un rol fundamental para alcanzar la justicia y la equidad (Correa, 2008: 27, 29; Correa, 2009: 20-21).

El Socialismo del Siglo XXI comparte con el socialismo tradicional la importancia dada a la generación de valores de uso, antes que de valores de cambio. Generar valor no necesariamente es generar mercancías. Bienes que tienen alto valor suelen no tener buen precio, como el medio ambiente. En forma inversa, pueden existir bienes con alto precio, pero prácticamente sin valor, que son los que suele privilegiar el mercado. La asignación de recursos sociales a su uso más valioso requiere de la intervención pública, dado que el mercado mismo se guiará solamente por el valor monetario (Correa, 2008: 30-32; Correa, 2009: 22-24).

Un último punto de convergencia entre el socialismo clásico y el Socialismo del Siglo XXI es la búsqueda de un nuevo orden internacional. El Socialismo del Siglo XXI combate al imperialismo y promueve la integración de los pueblos hacia la construcción de un sistema-mundo multipolar, en el que los países puedan relacionarse entre iguales (Correa 2009: 14-15, 36-38).

Pero también hay diferencias entre el socialismo tradicional y el Socialismo del Siglo XXI. La primera, es que el Socialismo del Siglo XXI se basa en principios y no en modelos, confronta los dogmas y



busca soluciones creativas y heterodoxas a los problemas sociales. Está bajo constante reformulación y construcción, atraviesa mutaciones y cambios permanentes y no persigue ser uniforme. Algunos de los principios más importantes del Socialismo del Siglo XXI son un intenso humanismo, un profundo sentido de la ética y una total convicción democrática (Correa, 2008: 37-38; Correa, 2009: 11-12).

Una segunda diferencia es la crítica que hace el Socialismo del Siglo XXI a todo intento de explicar fenómenos tan complejos, como el avance de la sociedad humana con leyes básicas, como las plasmadas en el materialismo histórico. El Socialismo del Siglo XXI valora la diversidad y rechaza los planteamientos universalistas característicos del pensamiento evolucionista, según los cuales todas las sociedades atraviesan por las mismas etapas en su proceso de desarrollo. Justamente la habilidad para adaptarse constantemente a las realidades de cada país y región, es una de las virtudes del Socialismo del Siglo XXI. De este modo, se reconoce y respeta la individualidad de cada sociedad y cultura (Correa, 2008: 39-40; Correa, 2009: 12-13, 28-29).

Si bien ambos socialismos persiguen la justicia social enfrentando las desigualdades, en el Socialismo del Siglo XXI éstas no se reducen a la desigualdad económica: los aspectos de inequidad de género, intergeneracional, territorial, interétnica, etc. cobran especial relevancia en el mundo actual. Por ello el Socialismo del Siglo XXI plantea alcanzar la justicia en todas sus dimensiones: social, regional, de género, étnica, intergeneracional, etc. (Correa, 2008: 36; Correa, 2009: 27-28).

Otro punto de quiebre entre ambos socialismos es que el Socialismo del Siglo XXI es esencialmente democrático, no postula la violencia como la vía para alcanzarlo. De ahí que nace de procesos electorales legitimados por la democracia representativa, y postula fortalecer



y radicalizar a esta última impulsando procesos participativos y deliberativos (Correa, 2008: 5; Correa, 2009: 29). Junto a esta visión sobre la democracia, está la del respeto irrestricto a los derechos humanos y a las libertades de la ciudadanía, nociones desarrolladas por el pensamiento liberal.

El Socialismo del Siglo XXI promueve un rol más fuerte del Estado en el proceso de desarrollo. No busca el control de los medios de producción por parte del Estado: por consiguiente, reconoce a la propiedad y la iniciativa privada. Sin embargo, impulsa por una parte la democratización de los medios de producción hacia los sectores que tradicionalmente han sido excluidos y empobrecidos y, por otra, el control estatal de los sectores estratégicos con el fin de alcanzar mayores niveles de justicia y equidad (Correa, 2009: 30-34).

El socialismo tradicional nunca confrontó al capitalismo sobre su concepción de desarrollo: el marxismo postuló el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas sin tomar en cuenta, por ejemplo, la capacidad del planeta o los daños ambientales. El Socialismo del Siglo XXI es tremendamente crítico con esta visión y cuestiona profundamente el tradicional concepto de desarrollo basado exclusivamente en el crecimiento y con una visión unilineal y evolucionista. De ahí, la importancia de la naturaleza en la nueva concepción de desarrollo. La naturaleza no es el depositario de riquezas y recursos, que se debe explotar, apropiar y mercantilizar, sino que hace parte de la vida del ser humano: de ahí que el respeto a la naturaleza sea el respeto a nosotros mismos (Correa, 2008: 42-43; Correa, 2009: 13-14).



BIBLIOGRAFÍA

- Correa, Rafael (2008) *Conferencia magistral sobre el Socialismo del Siglo XXI*. Teherán, diciembre. Disponible en sitio web de la Presidencia de la República del Ecuador http://www.presidencia.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2014/02/12-08-Conferencia_socialismo_sigloXXI_Iran.pdf (Consultado el 12 de abril de 2015).
- Correa, Rafael (2009) *Ponencia magistral sobre Socialismo del Siglo XXI*. Asunción, Universidad Nacional de Asunción, 23 de marzo. Disponible en sitio web de la Presidencia de la República del Ecuador <http://www.presidencia.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2013/10/23-03-2009-CONFERENCIA-SOCIALISMO-SIGLO-XXI.pdf> (Consultado el 12 de abril de 2015).
- Larrea, Ana María y Juan Pablo Muñoz (2000) *Los caminos para la construcción de una democracia participativa en Guamote*. Quito, Grupo Democracia y Desarrollo Local, IEE, ODEPLAN. Mimeo.
- Larrea, Ana María (2004) “El movimiento indígena ecuatoriano: participación y resistencia”, en *Movimientos sociales y desafíos políticos*. Buenos Aires, CLACSO, Observatorio Social de América Latina (OSAL), Año V, N° 13, Enero-Abril.
- Larrea, Ana María (2014) “Pobreza y desigualdad en Ecuador: Un balance de 7 años de Revolución Ciudadana”, en *Revista Patria. Análisis político de la defensa*. Quito, Ministerio de Defensa Nacional. Vol. 1, N° 2, Abril-Julio.

LA CAÍDA DEL MURO Y ALGUNAS DE SUS CONSECUENCIAS EN LAS IZQUIERDAS ECUATORIANAS

Germán Rodas Chaves

Historiador y escritor ecuatoriano. Autor de diversas publicaciones sobre la realidad latinoamericana y ecuatoriana. Miembro de la Academia Nacional de Historia del Ecuador y de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC). Docente de la Universidad Andina Simón Bolívar. Ex Secretario General de la Coordinación Socialista Latinoamericana (CSL). Militante socialista.

“El verdadero hombre no mira de qué lado se vive mejor, sino de qué lado está el deber”.

José Martí

A manera de introducción

La caída del Muro de Berlín, es decir, la desarticulación de Europa del Este y de aquello que se concibió como el campo socialista, sigue siendo un tema de debate y de reflexión para el género humano. Tal debate, en el caso de las izquierdas ecuatorianas, no ha sido lo suficientemente riguroso en el marco de los razonamientos ideológicos y doctrinarios.



Inclusive en los mismos momentos de los acontecimientos históricos que provocaron el fin del “Socialismo Real” el análisis de aquellos sucesos fueron difusos –quizá hasta por el impacto del fenómeno– y en lo posterior no hubo el tiempo necesario para articular adecuadamente dicha reflexión, debido a que las izquierdas fueron arrastradas a las coyunturas políticas.

El vacío del análisis riguroso de los acontecimientos al que me refiero en este texto, forma parte de la ecuación que descubre que algunos sectores de la izquierda han llegado al extremo de confundir lo táctico y lo estratégico en medio de conductas estrictamente pragmáticas¹.

Precisamente por todo lo afirmado no han sido respondidas adecuadamente dos inquietudes que deben ser atendidas a la brevedad: ¿en qué fase del capitalismo viven nuestros pueblos latinoamericanos luego de haberse acabado la Guerra Fría? ¿Nos hallamos en la región y en el país frente a la edificación de un nuevo arquetipo del capitalismo en el siglo XXI?

Los interrogantes formulados, entre otros, están acumulados en el tiempo, lo cual nos demuestra que la izquierda ecuatoriana tiene una deuda en el ejercicio del pensamiento crítico y autocrítico.

Empero, tampoco podemos dejar de reconocer, en este texto, algunos comportamientos cualitativos válidos que ocurrieron como efecto de la caída del Muro en la epistemología del pensamiento de izquierda ecuatoriana. Si bien las limitaciones en este andarivel han

1 Esta conducta provino a causa de la suposición de algunos sectores de las izquierdas locales de ser parte del poder, o bien a causa de estar atrapados en los hilos administrativos del régimen que gobierna al Ecuador desde el año 2006.



sido evidentes, no es menos verdadero que se pueden encontrar algunas reformulaciones teóricas importantes –aunque limitadas– a la hora de aproximarnos a la realidad del pensamiento de las izquierdas, al momento de examinar sus interpretaciones de los acontecimientos de la caída del Muro, que se desplomó a causa de sus laberintos construidos en medio del dogmatismo, el sectarismo y el ejercicio de un modelo vertical.

Los entornos de la caída del Muro

Hay un riesgo al mirar los sucesos de hace 25 años, si sólo asumimos que la caída del Muro incidió, en una u otra forma, sobre las izquierdas. El hecho político de la “caída del Socialismo Real” –es decir, del desplome de aquel modelo burocrático, estalinista que no dio cuenta de la diversidad– modificó también los objetivos tácticos y estratégicos de las derechas, que en las circunstancias anotadas no solamente buscaron consolidar su hegemonía, en todos los órdenes, sino derrotar ideológicamente a sus contrarios, bajo la argumentación de que cualquier forma de socialismo era inviable en cualquier rincón del planeta. Este discurso fue evidente en el Ecuador.

Para comprender nuestra realidad en este tema, es fundamental aproximarnos a los entornos internacionales del período; fuimos testigos –y víctimas– al final de la llamada Guerra Fría, de la acción de los centros hegemónicos del capitalismo, particularmente norteamericanos, para potenciar el proyecto de la globalización neoliberal, un arquetipo que no sólo afectó a las economías de los pueblos, sino que se constituyó en una conducta para “desconstituir” a los Estados nacionales en medio de la depredación de las economías criollas y de la internacionalización de los objetivos de los grandes centros del poder.



Las izquierdas, entonces, fueron testigos no sólo del desplome de un modelo, sino de la aparente consolidación de uno distinto, el mismo que se erigió como único.

En Latinoamérica la circunstancia señalada se expresó en dos hechos concretos, en Nicaragua y en El Salvador, que a las izquierdas de la región y del Ecuador las afectó profundamente, porque dieron cuenta de la debilidad a la que habían sido conducidos el pensamiento y la praxis de la izquierda y por qué influenciaron en el discurso de la izquierda local².

Estos acontecimientos, a los que me refiero como factores de desaceleración ideológica y política, fueron los siguientes:

- a) La derrota electoral, en 1990, del Frente Sandinista que había expulsado mediante el uso de las armas al régimen somocista y,
- b) La firma de los acuerdos de Chapultepec, en 1992, mediante la cual se puso fin a doce años de insurgencia del Frente Farabundo Martí de El Salvador. Esto dio la impresión, unos años antes a la firma de los mentados acuerdos, de que la guerrilla estuvo a punto de lograr, mediante su proyecto político militar, el control del poder en ese país centroamericano.

2 No olvidemos que en el país los comités de solidaridad con las luchas del sandinismo nicaragüense y del Frente Farabundo Martí de El Salvador, articulados por los movimientos y partidos de la izquierda local, fueron ejes sustantivos de la política de finales de los años setenta y parte de los años ochenta para estos mismos partidos y movimientos.



Las preguntas no contestadas

Cuando ocurrió la caída del Muro se produjo en el Ecuador un deterioro orgánico-político de los partidos comunistas, particularmente, del sector vinculado con el PCUS, que había impulsado, desde 1931, más de un comportamiento táctico-estratégico a partir de los intereses de la metrópoli.

También quedó en claro –¿una vez más?– que los caminos que había diseñado la Revolución Cubana para construir su realidad no podían ser emulados en otras latitudes de la región, menos en nuestro país.

Fue una circunstancia histórica que correspondió a un punto de inflexión lo que demandaba a las izquierdas ecuatorianas rediseñar la construcción de sus proyectos políticos. Al menos aquello era lo que correspondía.

Debió ser, pues, el momento para que las izquierdas locales se respondieran varios interrogantes y preocupaciones acumulados desde su fundación en 1926. Estas respuestas, que pudieron constituirse en los antecedentes de los nuevos caminos doctrinarios de la corriente de izquierda, sin embargo, no fueron estructuradas con la prontitud del caso.

Las preguntas de aquel momento que invadieron los linderos de las izquierdas, hoy pueden resumirse en las siguientes:

- a) ¿Por qué hubo la obligatoriedad de resolver las discrepancias ideológicas y políticas desde el vértice que demandaba, únicamente, obediencia de la base?
- b) ¿Fueron adecuados los manuales y guiones para el proceso enseñanza-aprendizaje oficial de la ideología?
- c) El uso de un sistema de conocimiento que se cerraba sobre sí mismo, ¿fue un modelo científico?



- d) El haber privilegiado la lucha electoral, ¿constituyó un error que demostró que se había confundido la táctica con la estrategia?
- e) ¿Hubo un proceso de distanciamiento o de caminos paralelos, por lo tanto no convergentes, entre la izquierda social y la izquierda política?

El debate sobre estas realidades, entre tantas otras preguntas, terminó, lastimosamente, siendo tangencial y las respuestas a las interrogantes, por ende, no fueron adecuadamente trazadas como he afirmado en líneas precedentes.

El mayor esfuerzo, en esta línea reflexiva, provino de la corriente socialista que en los años noventa impulsó su proyecto alrededor de lo que se denominó “renovación socialista”, un espacio político que intentó ir más allá de la vida partidaria para ejercer, junto a sectores que nunca estuvieron alineados al estalinismo, una suerte de reflexión colectiva sobre los acontecimientos que provocaron la caída del Muro y, especialmente, respecto de las nuevas conductas que debían asumirse para enfrentar creadoramente los retos en ciernes.

Empero, la vorágine electoral desarticuló este espacio y, a pesar de lo temporal de su vida, dejó algunos frutos ideológicos que se expresan, de manera puntual, en su alejamiento de los cantos de sirena que se viven en la actualidad, los cuales se han lanzado al aire, precisamente, por la ausencia de comprensión de los sucesos de hace 25 años.

El proceso electoral de 1992: ¿una etapa del silencio ideológico de las izquierdas?

El proceso electoral de 1992, al que se vio convocada la izquierda con la urgencia que le interesaba al sistema hegemónico, jugó en contra de la reflexión ideológica que en ese momento debió proponerse dicha tendencia. Su participación electoral, incluso, ocurrió en tres frentes



distintos, lo cual demostró no sólo un nivel de dispersión política, sino fundamentalmente, ideológica y, además, puso en evidencia aquel comportamiento que condujo a la tendencia a priorizar la participación electoral a propósito de estar insertos –sin evaluación constante– dentro de un sistema eleccionario que ha impuesto las reglas necesarias para el mantenimiento de los partidos en el “orden electoral” y en la construcción de la democracia de “los otros”.

De tal suerte que la izquierda saltó, en los mismos momentos de la resaca de la caída del Muro, a la arena política a la que le convocó, ante todo, a defender los casilleros eleccionarios. El *status quo* le impuso la agenda en momentos en que era indispensable no solamente capturar votos para la supervivencia legal, sino explicar adecuadamente los acontecimientos que habían ocurrido en el mundo y definir, en este entorno, las variables de su componente ideológico, y a partir de ello, definir su rol sin precipitación alguna.

Esta realidad –el esclarecimiento de los contextos– constituía una demanda social no sólo para los electores, sino también para las bases sociales y populares donde la izquierda ha tenido injerencia histórica. Y algo más: la militancia de las izquierdas esperaron este momento para que se clarificaran los acontecimientos. No estoy hablando de justificaciones o de explicaciones –tanto en la militancia como en sus frentes sociales de incidencia– sino de reformulaciones teóricas que al no haberse diseñado y producido con la oportunidad del caso, contribuyeron a una dispersión en las bases sociales y partidarias de dicha tendencia.

Todo lo referido expresó la crisis ideológica de la corriente en sus diversas variantes, aún en aquellas que no estuvieron sometidas a las metrópolis ideológico-políticas que se habían derrumbado.

En este mismo proceso electoral al que hago referencia, las derechas actuaron con un discurso sagaz y de confrontación, insistiendo



perversamente en el fracaso del estatismo y del socialismo –incluso del llamado “socialismo democrático” o “tercera vía”– generando un efecto electoral que se tradujo en el hecho de que las dos candidaturas de las derechas disputaran en segunda vuelta la Presidencia de la República.

Lo más importante que apprehendió la izquierda ecuatoriana frente al drama de finales del siglo XX

Un gran sector de la izquierda hasta el momento de la caída del Muro, había partido de la percepción de que su rol debía ser el de “fuerza de vanguardia”. Una especie de iluminados que estaban llamados a “dar línea” para la acción política. No hablo de una desviación propia de los aparatos políticos verticales de la izquierda, sino que me refiero a una conducta diseminada, de una u otra manera, en el conjunto de la corriente.

Fue tanto así que el discurso político, los lineamientos tácticos y la concepción estratégica se edificaron, en las izquierdas ecuatorianas, alrededor de esta idea central. Los matices de esta circunstancia fueron distintos, pero el problema de fondo estuvo allí. La militancia de todas las variantes de la izquierda cerró la década de los años ochenta, precisamente, con la discusión sobre este tema³.

3 Las “correas de transmisión” de la política, desde el aparato político a las masas, o la comprensión de la dirección política del sentimiento y las necesidades de las masas, fue una especie de dicotomía a la hora de la reflexión sobre este asunto que se acompañó, adicionalmente, con el análisis del tipo de partido que se debía, entonces, construir: el partido de masas o el partido de cuadros.



Aquel comportamiento ideológico, aún en las filas socialistas –cuya tradición histórica fue la de no haberse sometido a ninguna internacional– se expresó en diversas etapas de la vida nacional. En todo caso, esta visión de la praxis respondió a otra particularidad: suponer que los trabajadores, artesanos, indígenas, poblaciones urbanas, grupos de profesionales, trabajadores, pequeños comerciantes –entre tantos otros– debido a la explotación que sobre ellos había provocado el sistema capitalista, podían de manera colectiva confrontar a la realidad y articular su lucha alrededor del anticapitalismo, como elemento catalizador único de su confrontación con el sistema.

Si bien la variedad de la sociedad pudo ser detectada en su amplia gama, no se asimiló que cada uno de los sectores sociales conducidos al sometimiento del “orden” o explotados por ese “orden” poseían una historia propia, tenían expectativas particulares, respondían a características económicas, sociales y culturales regionales y locales diferenciadas, etc. Expresaban, en suma, una profunda diversidad.

Precisamente, había sido sobre esa diversidad o heterogeneidad que se construyó el Estado Nacional. En efecto, las asimetrías, en todos los órdenes, existentes en el Ecuador contribuyeron a definir los rasgos del país. Las distintas culturas de nuestros pueblos, el desarrollo diverso regional formaron parte de la identidad de la Patria. Estas circunstancias fueron las que se entendieron de manera dramática con los sucesos de la caída del Muro. El socialismo, en lo ideológico, fue un artífice para tal comprensión⁴.

4 Diversos textos publicados, en ese período, por el historiador y dirigente socialista Enrique Ayala Mora, así lo demuestran.



Esta realidad, adicionalmente, fue asimilada debido a que en estos años ocurrió el momento de insurgencia del movimiento indígena y campesino. Dicha movilización, en las filas socialistas, por ejemplo, no sólo fue entendida como un despertar de los pueblos por sus derechos, sino como ruptura con las vanguardias de la izquierda que hablaban en su nombre y que desconocían su pensamiento⁵.

De tal suerte que la comprensión en las izquierdas de la existencia de la categoría de la diversidad a la hora de estudiar la realidad de nuestros pueblos, fue un factor asimilado en este período para entender las luchas sociales puntuales de los distintos grupos emergentes del país.

La izquierda social: refugio de un sector de la izquierda política hasta que se construyeron los vasos comunicantes entre ellas

En la misma década del noventa, y luego en los primeros años del siglo XXI, una importante militancia proveniente de la izquierda partidaria se entrelazó, casi siempre como resultado de una determinación individual, en la lucha de los sectores sociales. Adicionalmente a lo referido, no en pocos casos, militantes de la izquierda política articulados a la lucha social, renegaron de su antigua militancia partidaria de izquierda.

5 A manera de ejemplo permítaseme decir esta realidad: la activa militancia de izquierda cercana al movimiento indígena intentó convocarlo a la lucha y al apoyo electoral a partir de redescubrirle el protagonismo de los fundadores del pensamiento socialista científico. Para el efecto, esa misma izquierda pretendió organizar a la estructura campesina en células de trabajo, de discusión y acción, similares a los núcleos urbanos y particularmente de los sectores obreros. Este comportamiento de las izquierdas, ¿fue la expresión del desconocimiento del pensamiento y cosmovisión de las culturas andinas?

Fueron los tiempos de una falsa dicotomía que dio paso a momentos de escaramuza entre el movimiento social –particularmente la izquierda social– y la izquierda partidaria. Estos desencuentros estuvieron cobijados bajo el razonamiento que sostuvo que la izquierda partidaria, sin excepción alguna⁶, había representado el verticalismo y el dogmatismo, mientras que los movimientos sociales constituían los únicos espacios para recuperar los requerimientos específicos del pueblo, pues expresaban democráticamente la voluntad de las masas. Afirmaciones que, lamentablemente, también demostraron la carga dogmática en la interpretación de la realidad y que no contribuyeron a esclarecer los acontecimientos históricos del período, sino a levantar cortinas de humo en medio de la catarsis colectiva a la que había sido convocada la izquierda.

En todo caso, los “requisadores” de estas contradicciones fueron personas que provinieron de largas militancias en la izquierda, muchos de los cuales, posteriormente y en representación del “movimiento social”, optaron por la participación electoral o bien ocuparon funciones públicas, luego de haberse involucrado en proyectos políticos específicos⁷.

Los desajustes en la relación entre la izquierda política y la izquierda social no hicieron sino dejarnos al descubierto los efectos de las contradicciones a las que se llegó como resultado, a su vez, de

6 No descubrir las excepciones, en ese momento, abonó a la política vigente que establece desde el poder que la “partidocracia” es una misma y sola cosa constituida por los partidos de todas las tendencias.

7 Los pragmáticos de las izquierdas han optado en las últimas décadas por formar parte de los gobiernos, subordinándose a los mismos, y lo han hecho en la mayoría de las veces sin responder a intereses de grupo o colectivos, sino como un reto individual. Su comportamiento forma parte de la resaca de la caída del Muro.



las consecuencias provocadas por la caída del Muro. Desde luego, y como en toda realidad en donde el género humano es el actor de éstas y otras circunstancias, el campo de la subjetividad cumplió un rol importante.

Sin embargo, en medio de estas escaramuzas, la década del noventa correspondió al período en el cual, a propósito de la caída del Muro y de la guerra ideológica en contra del socialismo, en el país la corriente económica que impulsaba las privatizaciones –la derecha económica y política– fue consolidándose, de la mano con el cuestionamiento al Estado –¿quién podría defenderlo luego de los sucesos que los colapsaron en Europa Oriental?– como factor de regulación de la economía.

Así, el gobierno de Sixto Durán Ballén (1992-1996) pretendió modificar las condiciones del Estado ecuatoriano quitándole atribuciones de control sobre la economía, debilitándolo para luego favorecer las políticas privatizadoras. Este intento significó además la pretensión de que instituciones como las de la seguridad social fueran desmanteladas. Sólo la firme unidad del pueblo –articulado por la izquierda social y la izquierda política, a pesar de todas sus confrontaciones– impidió esta circunstancia.

Se habían construido, frente a la realidad descrita, los vasos comunicantes entre estos dos sectores y esta realidad no puede dejar de ser observada a la hora de hablar de las consecuencias de la caída del Muro. Desde luego, éste fue un segundo momento en las consecuencias de este hecho histórico. En una primera etapa, las desavenencias fueron priorizadas como ya lo he referido en este texto.



El socialismo: la búsqueda de su identidad en medio de la caída del Muro

La izquierda partidaria tuvo en los momentos de crisis provocados por la caída del Muro, un comportamiento diferente. De todas formas en este apartado me referiré, básicamente, a lo ocurrido en las filas del socialismo.

El socialismo intentó recomponer a la tendencia avanzando en un proceso de fusión, en 1995, con el FADI⁸ –lo cual supuso un entendimiento con el Partido Comunista– en la mira por articular una propuesta unitaria entre los sectores que tuvieron una misma matriz orgánica, pues del Partido Socialista, fundado en 1926, se escindió un núcleo de militantes que fundó el Partido Comunista en 1931.

Este proceso fue incomprendido por gran parte de los sectores comunistas que paulatinamente prefirieron la reagrupación de algunos de sus cuadros, y que finalmente han repetido las prácticas políticas que devienen de la concepción comunista que presupone que en cualquier gobierno siempre hay posturas progresistas y democráticas, lo cual fácilmente les ha llevado al colaboracionismo político.

En la práctica esta unidad, la socialista-comunista, nació fraccionada y no constituyó ninguna respuesta adecuada a la crisis ideológica de los años noventa, pues las concepciones y prácticas políticas de las dos vertientes se mantuvieron por separado, impidiendo el proceso de fusión. Dichas concepciones, al propio tiempo, no

8 Frente político del Partido Comunista desde la década de los años ochenta del siglo pasado, no obstante que inicialmente fue el nombre que tuvo la coalición de partidos y de movimientos de izquierda que se agruparon para articular su participación electoral en 1979, cuando luego de las dictaduras de esa década se retornó a las elecciones democráticas.



podieron procesar en forma unitaria, las circunstancias que habían llevado al fin del “Socialismo Real” pues, adicionalmente, tuvieron interpretaciones distintas sobre este acontecimiento.

Mientras que los comunistas “comprendieron” a la caída del Muro como efecto de las acciones perversas del sistema capitalista y de las traiciones de los dirigentes de la ex Unión Soviética, los socialistas abordaron el tema de la crisis a partir de identificar que se había caído en un modelo edificado gracias al estalinismo, al personalismo, al burocratismo y a la carencia de la crítica y la autocrítica, a más de que tal construcción societal estuvo basada en un sistema estatista ineficiente y con niveles de corrupción altos, todo lo cual había contrariado el pensamiento de los fundadores del socialismo científico.

Un análisis tan asimétrico entre comunistas y socialistas ecuatorianos no sólo expresó comprensiones diferentes de la realidad concreta, sino que dejó al descubierto dos modelos ideológicos. Dos posturas frente al mundo. Dos visiones políticas frente a una misma realidad. La ficción de la unidad, entonces, fue superada por la realidad.

En el mismo período, la izquierda socialista optó por la cooptación de figuras electorales en el marco de un accionar interesado, en lo principal, por mantener una línea esencialmente eleccionaria. Aquello le dispersó de un trabajo más cercano con las masas. Los apoyos eleccionarios a Abdalá Bucaram, Freddy Ehlers, Lucio Gutiérrez y Rafael Correa, así lo demuestran.

Pero esta conducta también evidenció, finalmente, la ausencia de un proyecto propio de poder y, adicionalmente, la formulación de una táctica para pasar inadvertidos frente al hostigamiento ideológico de las fuerzas de la extrema derecha del país.



El socialismo, en todo caso, por ser la expresión de izquierda que mantuvo distancias históricas con los partidos satélites de las metrópolis; debido a su conexión histórica con los frentes sociales; a causa de haber forjado el pensamiento intelectual más importante del país; como consecuencia de haber actuado a favor de la derrota de aquellos que pensaron en privatizar la economía ecuatoriana, logró sobrevivir a pesar de sus errores y de la oleada ideológica en su contra.

A manera de colofón

Veinticinco años después de la caída del Muro, las izquierdas del Ecuador se hallan atravesadas en su práctica y en su pensamiento, de una u otra manera, por los efectos de tal acontecimiento histórico. En todo caso, más allá de esta realidad que todavía forma parte de las asimetrías en su comportamiento, existen conceptos básicos que, al margen de los acontecimientos y por encima de ellos, le son intrínsecos.

Si bien la renovación y la evolución de las ideas son fundamentales, pues el “socialismo no es calco ni copia, sino creación heroica”, como nos enseñó Mariátegui, y sabiendo que es menester estar acordes con el siglo XXI y con sus demandas, hay preceptos, a mi entender, que no pueden ser soslayados por las izquierdas bajo ningún pretexto. Ni siquiera a propósito de que otros tiempos históricos han arribado después la caída del Muro.

Los sucesos de hace cinco lustros y sus consecuencias, por el contrario, deben dejar a las izquierdas del país la certeza de que existen conductas que no pueden ser subastadas y que tales comportamientos provienen, entre otras determinantes, de la aceptación de las siguientes circunstancias:



- a) Que vivimos en una sociedad en donde no es posible abdicar ni ideológica ni políticamente de la comprensión de la sociedad dividida en clases.
- b) Que hay un modelo económico y social predominante, en su fase posneoliberal, que expresa a la estructura capitalista, y que por lo afirmado, demanda a la izquierda una postura anticapitalista.
- c) Que es indispensable articular la lucha social y política para construir un proceso unitario, profundamente democrático en sus formas y no sólo de carácter transitorio –como el electoral– para dinamizar el Frente Unido del Pueblo en la perspectiva de construir un proyecto de poder, para cuyo efecto no es necesario enancarse en los caballos de Troya electorales, y menos aún en los arquetipos estructurales de otras clases.
- d) Que para que estas iniciativas, entre tantas otras, puedan llegar a buen puerto, la izquierda debe dotarse del más importante de sus atributos: la ética; y
- e) Que la unidad de las izquierdas será posible si todos coinciden en la transformación estructural del Estado.



LA PERSPECTIVA PARA EL SOCIALISMO EN EL SIGLO XXI

Xavier Garaicoa Ortiz

Doctor en Interpretación de los Derechos y Libertades Constitucionales Reconocidos (con sobresaliente Cum Laude) por la Universidad de Castilla-La Mancha (Toledo, España). Decano de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad de Guayaquil y Profesor Jefe de Área de Derecho Constitucional. Miembro Numerario de la Academia Nacional de Historia del Ecuador. Doctor Honoris Causa por la Universidad Inca Garcilaso de La Vega (Perú). Consultor, conferencista y Magíster en Gerencia de Proyectos. Fue Secretario General del Partido Comunista del Ecuador (1996-2000).

De la *perestroika* (reestructuración) a la desestructuración sistémica

Caída en nuestra lengua es sinónimo de desmoronamiento y/o descenso abrupto incontrolable desde la altura. Todos estos vocablos tienen una declarada génesis en los conceptos y regularidades de la física, ciencia que por cierto, fundamenta teóricamente a la práctica ingenieril destinada a construir edificaciones y rutas erigidas para enseñorear a la humanidad sobre el medio.

A este dominio pertenece también el concepto de estructura como armazón compuesta que cimenta y provee de solidez a cualquier construcción.



Las estructuras sociales, a su vez, se asientan en el tejido sutil y dúctil pero duradero de las relaciones sociales y de los vínculos que ellas despliegan a lo largo y a lo ancho de una sociedad¹.

Desde esa óptica, la desestructuración social de la República Democrática Alemana (RDA) precedió a la caída física del Muro, por lo que cabe interrogarse acerca de tal implosión. El punto de referencia al que suelen remitirse los comentarios es el proceso que se llevó a cabo en la URSS por la dirigencia de Mijaíl Gorbachov, conocido como “*perestroika*” (reestructuración o reconstrucción en ruso) que, pretendiendo reformar el modelo autoritario verticalista y centralista en el que habíase convertido el régimen soviético, culminó en su total desintegración.

Este modelo con variantes parlamentarias provenientes de la evolución específica de los países de Europa oriental, conformó una especie de paradigma del movimiento comunista. Durante la efímera época de Gorbachov se desató un verdadero torneo para rotularlo, concluyéndose en denominaciones absurdas como la de “socialismo autárquico” o “socialismo patriarcal”. En un pequeño opúsculo precisé mi punto de vista: *Reconstitución de la izquierda y regeneración nacional* (1994). El término que acuñé fue el de “socialismo autoritario centralizado”, el cual acogía tanto la etapa inicial del nuevo régimen –el llamado “comunismo de guerra”, que duró hasta 1921 pero cuyos mecanismos impositivos permanecieron latentes a lo largo de su evolución posterior, particularmente, la

1 “Sistema es el nombre para un todo que consta de elementos que forman una conexión y que se encuentran en una relación recíproca tal, que el cambio de uno de ellos acarrea el cambio de la posición de los demás. La forma en que estos elementos están unidos entre sí en el marco del sistema dado, es decir, el conjunto de las relaciones entre estos elementos lo designamos como la estructura del sistema” (Schaff, 1976: 19).



preeminencia del Partido–, cuanto la ulterior consolidación del dominio burocrático bajo el terror estalinista y la formación de un poder incontrolado de la misma burocracia sobre la sociedad.

Esta denominación incluye la extrema centralización de ese dominio a través de la disposición monopólica de la propiedad estatal elevada prácticamente al rango de única, y la utilización de métodos verticalistas para reproducir el régimen. Autoritarismo, a su vez, es sinónimo de una forma de ejercicio del poder que sólo reconoce su voluntad pura como fuente y límite del mismo, tanto bajo su manifestación abierta como bajo aquella que se cobija tras una legalidad controlada y dosificada desde el mismo poder.

Un poder de tal naturaleza desvirtúa a la larga la socialización de la producción, la maneja como su propiedad grupal elitista y sus maniobras para recurrir a mecanismos reguladores mercantiles solamente agravan los problemas acumulados. El líder del Partido Comunista ruso Guennadi Ziugánov, al hacer un recuento de la crisis de ese modelo y de sus contradicciones, expresaba: “A principios de los años ochenta se manifestaron claramente las siguientes contradicciones del desarrollo social: entre la forma casi única de propiedad estatal y el sistema centralizado de administración basado en ella y la creciente demanda de autogobierno en las grandes empresas industriales y agrícolas, en los centros científicos y en las regiones desarrolladas del país; entre el desarrollo intensivo de las diferentes empresas del grupo A, ante todo las del complejo de defensa, y el de las del grupo B; entre el alto desarrollo de la industria y el atraso de la agricultura, entre las anquilosadas relaciones de producción y el acrecentado potencial productivo, entre el aumento de la producción del surtido y la disminución del consumo de la población, en virtud de la limitada diversidad de artículos de amplio consumo dentro de los volúmenes totales; entre la tendencia a unificar la cultura y la aspiración de preservar y desarrollar las culturas nacionales, entre la política oficial atea y la religiosidad real



del pueblo. Se produjo un quebrantamiento social y psicológico que se manifestó claramente a través de la indiferencia de la mayoría de la población ante la sustitución del poder político y la eliminación de las palancas de dirección del PCUS” (1996: 27 y 28).

La práctica del socialismo ha demostrado que no es suficiente la desaparición de la estructura clasista antagónica y de la propiedad privada sobre los medios de producción, para asegurar la formación y mantenimiento de una voluntad común real. Aunque los métodos democráticos se hayan perfeccionado y depurado, aplicando incluso algunos novedosos como la representación condicional con mandato imperativo, responsabilidad ante los designantes y capacidad de revocatoria para éstos, o la participación en decisiones estatales de los organismos sociales, ello no ha evitado el fenómeno de la enajenación del poder con respecto a la sociedad y, a la larga, su colapso y la reversión del socialismo.

La causa última de esta situación sólo podemos explicarla apelando al mismo principio metodológico que utilizamos para develar la estructura de poder del Estado representativo que construyera la burguesía y que se mantiene incólume. El problema no reside por ende, en las formas más o menos democráticas de los Estados socialistas, sino en su estructura básica, donde se manifiestan contradicciones como las que enumera Ziugánov. Como hemos dicho, la centralización de los medios de producción, su masiva estatización no fue acompañada de una socialización completa de ellos ni significó el acceso de los trabajadores a su control real ni tampoco al de la producción. Es cierto que en este último campo, durante el “*deshiello*” de Kruschev, se introdujeron medidas para elevar la responsabilidad en cada una de las unidades y se les reconoció facultades para el manejo de una parte de sus resultados, pero en lo sustancial las decisiones fundamentales continuaron siendo administradas por una infinidad de órganos estatales que regían todo el proceso desde la planificación central hasta el control de la distribución y realización de las mercancías.



Tampoco puede buscarse el núcleo de la conflictividad en la circulación monetario-mercantil, donde simplemente encuentran su manifestación las contradicciones que tienen su origen verdadero en la producción. El mercado, como enseñaba Lenin, es un concepto completamente inseparable de la división social del trabajo y del tipo de producción mercantil, cuyo volumen está dado por el grado de especialización del trabajo social. Sobre esa base, es posible calcular los intercambios y vinculaciones entre ramas y sectores y los ciclos de su reproducción integral. Esos intercambios siempre han funcionado como compra-venta de mercancías y la medida para ellos ha sido el dinero. La coexistencia de la gran producción en manos del Estado y de pequeñas o hasta medianas unidades en el campo y la ciudad, así como la relación con el mercado internacional a través del comercio externo, no varían lo esencial, aunque no dejan de jugar su papel estructural. De manera que el problema siempre se ubica en las relaciones de producción que determinan y condicionan los intercambios así como asignan un papel a las formas de propiedad distintas bajo un plan en el socialismo².

Cuando la actividad productiva se enajena en sus fines y modalidades o extraña con respecto al producto convirtiéndose

2 Albert Einstein advertía en 1949, con clarividencia que “La anarquía económica de la sociedad capitalista, según existe hoy es, en mi opinión, la verdadera fuente de todos los males. (...) Tengo la convicción de que existe un único camino para eliminar estos graves males, que pasa por la adopción de una economía socialista, acompañada por un sistema educativo que esté orientado hacia objetivos sociales (...). En ese sistema económico, los medios de producción serán propiedad del grupo social y se utilizarán según un plan. Una economía planificada que regule la producción de acuerdo con las necesidades de la comunidad, distribuirá el trabajo entre todos aquellos capaces de ejecutarlo y garantizará la subsistencia a todo ser humano. (...) La realización del socialismo exige resolver problemas sociopolíticos de gran dificultad. En efecto, si consideramos la centralización fundamental del poder político y económico, ¿cómo se logrará impedir que la burocracia se convierta en una entidad omnipotente y arrogante? ¿Cómo es posible proteger los derechos del individuo para asegurar así un contrapeso democrático que equilibre el poder de la burocracia?” (Einstein, s/f: 110 y 113).



en actividad para otro, a consecuencia de la división social del trabajo, y se ve mediada por un sector social que ejerce su dominio sobre esas comunidades, aun incluso como fuerza representativa de la sociedad, los restantes aspectos de la enajenación que Marx enumera en sus *Manuscritos de París* (1844) mantienen su vigencia: los objetos del trabajo son separados de su productor, se erigen frente a él como fuerzas extrañas, como fetiches reificados, que son los que relacionan con otros productores. La facultad creativa de éste se diluye, consecuentemente, en una praxis enajenada y enajenante, y el conjunto de sus relaciones necesariamente adopta esa forma.

Ese otro que se interpone entre el todo social es el Estado, y más precisamente la administración centralizada donde imperan los funcionarios, la burocracia. Pero una vez más, no podemos dejar de observar que en este medio social existe una estratificación. La burocracia no representa ya los intereses de una clase social externa, cuyos intereses defiende. Formalmente representa los intereses del conjunto del pueblo, pero continúa su proceso de distanciamiento de la sociedad y la formación de sus propios intereses.

La élite burocrática, en esas condiciones, se convierte en un estamento profesional, un grupo social estable, permanente y diferenciado de los restantes componentes sociales, que ocupa instancias de poder y monopoliza las actividades de dirección y la capacidad de decisión sobre los asuntos de la sociedad, autonomizándose con respecto a ella; disponiendo para sí de ventajas y privilegios materiales gracias a su control sobre la distribución de los resultados del trabajo y sobre la adjudicación de bienes. Gracias a su situación, está en capacidad de regular por sí misma su composición, estructura y funcionamiento, sancionando estos aspectos con normas legales y administrativas. Posee por ello, su propio micro-ambiente psico-social, sus formas de comportamiento y sus creencias, las que afirman su identidad como expresión autorreputada de conciencia avanzada exclusiva.



La sola presencia de los primeros rasgos, aquellos que tienen un carácter objetivo como su posición en las funciones de dirección, así como sus características profesionales (técnicas y remunerativas), por sí solas no le hacen jugar el papel que señalamos. Su consolidación como grupo está condicionada por el ambiente y las condiciones sociales en que desarrolla su actividad, por el reforzamiento de su conciencia subjetiva y por el reconocimiento de su situación especial a través de mecanismos legitimadores como su designación o elección por colegios cerrados. El ambiente moral y la situación general juegan el papel decisivo en su conformación. De los mismos depende que incluso se produzcan violentos cambios en los requerimientos para integrarla, como las tristemente famosas “purgas” estalinianas o las algazaras de la “revolución cultural” maoísta. Asimismo, el mantenimiento del espíritu revolucionario, de la combatividad, de la transparencia y honestidad, limitan o impiden su consolidación.

No puede existir sociedad sin funcionarios especializados ni dirigentes representativos, por lo menos hasta que la división del trabajo haya perdido su carácter especializante sobre las actividades humanas y sea sustituida por el desarrollo multilateral de todos los individuos, desapareciendo la propia necesidad de trabajar ante la abundancia de riqueza social. Por tanto, el socialismo debe salvaguardar la capacidad de autogestión de su vida productiva, de sus intercambios y del conjunto de su vida social para todos los integrantes de la nueva sociedad. No sólo se trata de impedir el monopolio de la política en las instancias superiores del Estado por medio del aseguramiento de los mecanismos ya señalados (mandato imperativo y revocable, participación de las organizaciones sociales o el pluripartidismo), sino de imposibilitar la consolidación estamental de la élite burocrática con disposiciones obligatorias como la rotación permanente en el desempeño de cargos entre los distintos niveles de funcionarios; la alternabilidad en el desempeño de los mismos eliminando la permanencia indefinida;



el mandato fijo y sujeto a rendición de cuentas; el establecimiento de una remuneración proporcional similar a las fijadas para otros segmentos de trabajadores; y la regulación de privilegios, los cuales no pueden ser extensibles ni ampliables.

De los muros a los abismos como obstáculos al progreso social

Uno de los grandes méritos del pensamiento marxista que se reflejó en la acción de los partidos comunistas, fue el de poner en claro que el proceso de acumulación del capital expresaba una tendencia a la concentración y centralización de las fuerzas productivas expresadas en una ley de desarrollo desigual cuyo efecto era el producir relaciones coloniales, semi-coloniales y de dependencia, las cuales precisaban afrontarse por parte de las fuerzas revolucionarias apelando a una estrategia que combinase la independencia nacional y la liberación social con las transformaciones socialistas. El fundamento metodológico de esa visión lo dejó asentado el propio Marx con sus estudios sobre las sociedades asiáticas y sobre el despotismo ruso que le permitieron una revisión crítica de algunas de sus aseveraciones contenidas en *El Capital*. Lenin por su parte, con su tesis acerca de la etapa imperialista del capitalismo, fundamentará su concepción de la ruptura revolucionaria del sistema en los eslabones débiles a causa de sus contradicciones, de la construcción del socialismo en cierto espacio nacional y de la alianza entre los trabajadores y los movimientos de liberación nacional. Es cierto, por otra parte, que ese rumbo estuvo sembrado de desaciertos y de errores que ocasionaron incluso considerables descalabros, más, indudablemente colaboró a dar forma a vastos movimientos sociales que acumularon una rica experiencia y no pocas victorias señeras. Esa política posibilitó en el caso de nuestro país la conformación de federaciones inter-clasistas de trabajadores industriales, de servicios, artesanos y empleados, así como de estudiantes, campesinos e indígenas, cuya contribución al



afianzamiento democrático y a la apertura de conquistas sociales y jurídicas, fue innegable.

Pero lo que no había encontrado una cabal comprensión en esta visión era el hecho de que los clivajes denotados por esas categorías de oposición requieran ser percibidos como límites de exclusión/inclusión diversos y variados, de carácter étnico, de género, culturales y no tan sólo clasistas. Dichos límites tienen su procedencia en la estructura de distintos campos de dominación que se entrecruzan jerárquicamente sobre la urdimbre del poder y que no son absorbidos ni disueltos con los cambios que se puedan dar en la estructura productiva de la sociedad. Dramáticas expresiones de esta dinámica de exclusión bajo los regímenes socialistas han sido, por ejemplo, el (mal) trato dado a la diversidad sexual o las restricciones para el acceso a ciertos empleos que sufrieran los creyentes.

En esta carencia, precisamente, se fundamenta la justificación de una izquierda renovada que enfrenta, ya a partir de los decisivos años sesenta con una perspectiva crítica y revolucionaria, a la exclusión como problema político y jurídico a la vez que social y cultural. Desde la primera aproximación que efectuasen Herbert Marcuse en *El Hombre Unidimensional* acerca de los excluidos desde el punto de vista social (los marginados)³ y geográficos (los pueblos del “tercer mundo”), y Franz Fanon en *Los condenados de*

3 “Bajo la base popular conservadora se encuentra el sustrato de los proscritos y los ‘extraños’, los explotados y los perseguidos de otras razas y de otros colores, los parados y los que no pueden ser empleados. Ellos existen fuera del proceso democrático; su vida es la necesidad más inmediata y la más real, para poner fin a instituciones y condiciones intolerables. (...) Su oposición es revolucionaria incluso si su conciencia no lo es. Su posición golpea al sistema desde el exterior y por tanto no es derrotada por el sistema; es una fuerza elemental que viola las reglas del juego y, al hacerlo, lo revela como una partida trucada” (Marcuse, 1972: 285).



la Tierra, se vislumbra ya la necesidad de un nuevo enfoque cuya pertinencia fuese desechada de plano desde un reduccionismo ideologizado, por las dirigencias de muchos partidos comunistas, bloqueando la apertura de la cultura política anti-capitalista hacia esa sensibilidad particular.

De la desestructuración a la reformulación teórica y práctica del socialismo

Vivimos un punto de inflexión en la historia de la humanidad. No es el primero por cierto, ni probablemente sea el último. La historia es un proceso donde abundan los virajes con duración, en ocasiones, bastante prolongados. Las ondas y períodos parecen conformar ciclos espirales en los que se condensan contradicciones y emergen transiciones. En tales circunstancias, el orden establecido se tambalea hasta sus cimientos y extiende su agonía hasta donde le es posible, mientras lo nuevo no acaba aún de conformarse.

La conciencia social, aunque a rastras de la realidad, no deja de percibir esa conmoción. Entre los escombros del orden social y sometidos todavía a sus arcaicos ritos y creencias, los hombres buscan ansiosamente respuestas a sus interrogantes, que se han vuelto más acuciantes y reiterados. Emergen mitos a granel y nuevos nexos bajo una multiplicidad de formas.

Nuestra visión retrospectiva y selectiva de lo acontecido sólo nos permite juzgar los hechos consumados y su trascendencia, simplificando así el análisis y eludiendo la multiplicidad de su manifestación. Todo momento de transición es polivalente en sus opciones, expresa una fuerte negación paradigmática y axiológica, y una multireferencialidad disgregada en certezas grupales, válidas como cohesionantes de sus intereses.



Estas reflexiones nos permiten adentrarnos en lo que se ha dado en llamar la posmodernidad, que no sería más que una crisis total de los mecanismos de legitimación del capitalismo globalizado. Como certeramente señala Leonardo Boff: “Con la expresión posmodernidad se pretende pasar a la idea de que, en el medio de la historia, ya estamos al fin de la historia; en medio del capitalismo, ya estamos afuera de él; en medio del industrialismo, no existe más industrialismo; en medio de las estructuras de dominación, desapareció de una vez la dominación de pueblos sobre pueblos, de clases sobre clases, de personas sobre personas. No estamos más en el tiempo de ayer. El nuevo tiempo aún no surgió. Estamos en el entretiempos. Por falta de un nombre, se habla de posmodernidad. Tal vez estemos dentro de un cambio cualitativo de civilización” (s/f: 8).

La realidad, más exactamente la visión de ella, se fragmenta irremisible e irreversiblemente, perdiendo toda su legitimidad justificadora los sistemas precedentes de pensamiento y los valores que los acompañan. Por supuesto que tal eclecticismo conduce a un extremo subjetivismo, manifestación concentrada del individualismo como fórmula social, y a un nihilismo existencial. La posmodernidad abandona así su apariencia de evaluación situacional sobre las indudables consecuencias negativas de la modernidad, y se proyecta a una “disolución de la imagen ideológica”, cuya validez cuestiona por encontrarse supuestamente ligada a la etapa superada. Se trata, en muchos de sus cultores, de una variante tecnocrática del más vulgar sensualismo empirista combinado con un antirracionalismo declarado; y, en otros casos, de un justificado cuestionamiento epistémico al cientificismo que, sin embargo, no aborda el necesario carácter de-colonial y crítico que debe asumir la interculturalidad.

Esta extrema atomización de sujetos sociales que se sustenta en la diversidad de una estructura social compleja, reflejaría la



disgregación de las clases en ella y la sustitución de su rol prefijado por el desempeño de su performance en escenarios cambiantes por parte de actores, los cuales se congregarían en torno a orientaciones específicas con la finalidad de alcanzar metas reajustables y adquirir una presencia mensurable. La estructura social quedaría así conformada por redes ciudadanas móviles de la más variada composición estamentaria, étnica, espiritual y nacional.

Debemos entender dicha “ciudadanía post nacional” como una creación permanente de sujetos *trans-identitarios*, *activos* y *autónomos* circulantes en un conjunto de colectividades distintas e imaginarios de diversa adscripción, cuya igualdad simbólico-cultural se afianza en una pluralidad organizacional descentrada.

Al respecto, podemos afirmar que innegablemente se ha difundido una serie de movimientos sociales de activa participación en la vida social, algunos de los cuales han alcanzado incluso, significativa presencia política y un status considerable de influencia. Su compleja articulación y sus nexos múltiples los han convertido en una forma organizativa flexible y adaptable a las situaciones cambiantes del presente período. Sin embargo, aun a pesar del fuerte componente simbólico que los caracteriza, no poseen un signo común de identidad, sino que por su misma definición, ella se da en torno a sus metas y a los medios de los que se valen. Tomando en consideración estos aspectos, podemos clasificarlos sumariamente en movimientos funcionales al sistema de dominación, los cuales únicamente persiguen ciertas tareas asistenciales a través de una institucionalización de sus actividades; en reformadores, que serían los que buscan introducir cambios en los vínculos sociales a nivel local o global por medio de una movilización en la opinión; y en democráticos, aquellos otros que combaten por cambios en las relaciones de poder a favor de sectores oprimidos por motivos económicos, raciales, sociales, de género, edad, creencia u ocupación.



Las fuerzas del trabajo y la creación

Todo lo expuesto anteriormente en torno a los cambios en la producción, al sistema de poder y a la crisis civilizatoria, nos conduce inevitablemente a enfrentarnos con el problema de la subsistencia o desaparición de una centralidad clasista opuesta objetivamente al capitalismo contemporáneo, y al de su constitución subjetiva. En última instancia, este es el problema clave de la perspectiva que brinda la crisis, porque en dependencia de la respuesta que demos, podremos trazar una prognosis aproximada de las tendencias del desarrollo social ulterior.

Abordemos sin más trámite la estructuración de la clase obrera. Como es sabido, su definición clásica la vincula al lugar que ocupa en calidad de asalariada en la producción capitalista donde el empleador monopoliza los medios e instrumentos de trabajo. Por su situación, está sometida a la explotación que implica ceder su fuerza de trabajo para que el capitalista obtenga una plusvalía, la cual se efectiviza en el proceso de realización de la mercancía obtenida. Junto al sector de quienes laboran en la producción, existen otros destacamentos que con su actividad igualmente asalariada, ayudan a realizar la plusvalía en la circulación (transporte, comercio) o en los servicios vinculados a ella.

Esta definición no sólo ha tenido un valor heurístico desde el siglo XIX, lo que le ha permitido deslindar campos con concepciones que destacan como decisivos otros rasgos secundarios de las clases (sus niveles de ingresos) o casuales (su modo de vida o su autopercepción), sino que además ha servido para su organización gremial y la potenciación de sus intereses identificados como contrapuestos a los de los capitalistas, individual y socialmente considerados. Ha mostrado además su pertinencia en la fijación de un objetivo histórico para quienes la integran: la victoria sobre el



capitalismo y la construcción del socialismo, sistema en el cual los medios de producción pasan a ser propiedad de toda la sociedad.

Surgida en medio de la revolución industrial en la encrucijada de los siglos XVII y XIX, la clase obrera se enfrenta con el capital desde los primeros momentos. La pérdida de sus condiciones de producción y la concentración de ellas en manos de los capitalistas, que a su vez las convierten en máquinas a las cuales la supeditan, provoca su respuesta: la destrucción de tales instrumentos. Pero la división del trabajo avanza inexorablemente y el capital se apropia de nuevas ramas y sectores. Para obtener el máximo de rentabilidad, se prolonga la jornada de trabajo hasta límites casi intolerables y se apela hasta al trabajo infantil. La segunda forma que adquiere la contradicción histórica entre el capital y el trabajo es, precisamente, en torno a la duración de dicha jornada y a la remuneración de la misma.

En Ecuador, por su condición de retraso y dependencia, a fines del siglo XIX la pequeña producción mercantil se manifestaba en pequeños talleres manufactureros que satisfacían íntimas necesidades de consumo productivo y suntuario, quedando en manos de una fracción comercial. En esos talleres manufactureros se desarrollaba una precoz división del trabajo que abarcaba tanto al propietario como a sus operarios, sin separarlos totalmente ni enfrentarlos de una manera radical. La subordinación formal del proceso de trabajo manual, heredado de la artesanía, expresaba ya la contradicción entre la forma privada de apropiación y el carácter social de la producción que desplegará hasta sus últimas consecuencias el capitalismo. Con sus estrechos medios, los propietarios explotan la fuerza de trabajo en jornadas cuyos límites está marcados por la capacidad fisiológica de resistencia de sus operarios. El núcleo industrial del proletariado aparecerá mucho más tardíamente, de la mano de las inversiones del capital extranjero, en empresas de transporte, comunicaciones y servicios.



En 1909 se reportan en la ciudad de Guayaquil y sus aledaños 37 empresas fabriles y talleres manufactureros, 5 de servicios y 12 ingenios azucareros. Entre 1900 y 1919 en el país se habían inscrito 53 establecimientos industriales con un total de 4.924 trabajadores, cifra aún insignificante si la comparamos con el millón de habitantes que conformaba la población.

Sin embargo, eso no es óbice para que la contradicción de intereses se haga presente. En 1889 los panaderos de Guayaquil realizan una huelga exigiendo elevación de salarios por parte de sus patronos. Las mutuales y gremios van cediendo paso a la organización sindical. Para el mencionado año de 1919 existían 36 organismos gremiales en Guayaquil, 17 en Quito y 18 en el resto del país. Ya en 1920, el segundo congreso nacional de trabajadores recomienda la organización en sindicatos de trabajadores asalariados exclusivamente.

Como se aprecia, la contradicción básica se da en torno a tres temas claves: el control sobre el proceso de producción, la extensión de la jornada laboral y el reparto de los beneficios obtenidos por la venta del producto. Esta confrontación adopta múltiples formas concretas en cada etapa del desarrollo, pero se encuentra siempre presente.

Cabe interrogarnos si ella persiste en las condiciones actuales. En primer lugar, dejemos establecido que no ha variado la situación en cuanto al carácter social de la producción y la apropiación privada. Por el contrario, la revolución científico productiva la ha elevado a niveles insospechados, al colocar al servicio del capital la fuerza productiva de los conocimientos acumulados y en constante renovación, así como al conjunto de actividades de toda la sociedad. La división del trabajo, “expresión económica del carácter social del trabajo dentro de la enajenación” (Marx, 1969: 169), ha extendido sus redes hacia lo profundo de la sociedad y por toda la extensión



del planeta, originando nuevas formas de ocupación o dependencia que incluyen categorías científicas y técnicas, las cuales a su vez originan nuevas actividades de especialización y arrastran a las de escasa calificación así como a los servicios respectivos que las completan.

La estratificación constante por razones de calificación y especialización, acompañadas de diferencias remunerativas según la demanda ocupacional, así como la segmentación territorial por razones de expansión, traslado de actividades y movilidad de la propia fuerza laboral, son rasgos evidentes de los trabajadores contemporáneos que no dejan de incidir en su estructura, composición y formas de expresar sus intereses.

Ello no altera lo esencial en cuanto a su contraposición con la apropiación privada capitalista, aunque sí incide en su proyección. Se trata de una clase más diversificada en su composición y en su preparación, con expectativas más variadas e intereses más vastos, cuyo núcleo fundamental lo conforman trabajadores y técnicos e investigadores que se relacionan con la producción monopolizada, pero al cual se aproximan crecientemente otras capas y sectores.

Los gastos que demanda la permanente incorporación de nueva tecnología, son resarcidos por la intensificación del trabajo. El grado de explotación se ha incrementado notablemente, al punto que la relación entre trabajo necesario y adicional se inclina decididamente a favor del segundo. Pero no sólo la plusvalía relativa así obtenida se acrecienta, sino incluso la absoluta, por medio de la utilización sistemática de los sobretiempos, la jornada semanal incompleta y el trabajo a tiempo parcial, así como con el llamado “trabajo electrónico a domicilio”, sujetos a remuneraciones inferiores de hecho, ya que corresponde al trabajador cuidar por su seguridad social, pagar costos de transportación, asumir el gasto de consumos en el local cuando hace el encargo en su morada, etc. La



intensificación del paro por motivos de automatización y reclasificación es también una manera de presionar sobre las remuneraciones gracias al incremento del ejército de reserva en la desocupación.

Evidentemente, el abismo más marcado está en la distancia creciente entre las necesidades morales o sociales de los trabajadores, incrementadas considerablemente en la sociedad científica e informacional y la proporción que se les asigna por los ingresos percibidos a título retributorio por su actividad, los cuales son mermados, además, al pasar a ser convertidos en consumidores endeudados por medio de los sofisticados sistemas de créditos y de prepagos que les permiten acceder a un conjunto de servicios y bienes indispensables sometiéndolos a cambio al capital comercial. Adicionalmente, la masa remunerativa se comprime a causa de fenómenos como la degradación de los ingresos en su capacidad real como consecuencia de escaladas inflacionistas y las respectivas depreciaciones salariales.

En cuanto a la organización del trabajo y a su control, cabe señalar que persiste el deterioro en la situación de los asalariados dentro del proceso productivo. El control electrónico ejercido a las labores se da por vía doble: el que los trabajadores efectúan sobre los microprocesadores, sujetándolos a su programación, y el que éstos realizan sobre los trabajadores para informar sobre sus rendimientos, viéndose afectado así no sólo su desempeño autónomo y el desarrollo de su creatividad, sino incluso el resguardo de su intimidad. Por otra parte, en cuanto a la organización de dicho proceso, se organizan brigadas semiautónomas y círculos de calidad encargados de su propia estructuración y autorregulación, fijándoles objetivos y metas a cumplir. Bajo las circunstancias anotadas, las condiciones de riesgo e inseguridad, lejos de atenuarse, han incorporado nuevas situaciones que incluyen el desgaste psicológico y sus secuelas en las más variadas manifestaciones, aún fuera de la ocupación.



Un papel especial le corresponde, indudablemente, al trabajo científico que se realiza en los laboratorios experimentales y plantas especiales. Debido a sus características “inmateriales” (producción de conocimientos) se diferencia directamente del productivo, aun cuando tales conocimientos sean tratados igualmente como mercancías y el trabajo intelectual invertido en ellas sea gratificado con una remuneración mientras que el producto del mismo es apropiado por el capital individual o colectivamente. Pero la intelectualidad no deja por ello de ser heterogénea, aunque alguien la agrupe como un “*cognitariado*” (Alvin Toffler). No hay que olvidar que una parte de ella ocupa las funciones de dirección y organización del proceso productivo como mandatario del o de los capitalistas y que, por sus intereses y condiciones de vida –y en ocasiones por su participación accionaria en la empresa– se identifica con esa clase. Su labor, en este caso, no es creativa de valor sino organizacional en la división capitalista del trabajo.

Esto no significa de ninguna manera que hayan desaparecido otras clases o que las capas medias se hayan diluido. La monopolización globalizada del capital las subordina y transforma, pero las mantiene, provocando constantes conflictos con los intereses de ellas, lo cual las orienta hacia la confrontación y a una readaptación dificultosa en medio de la crisis. Continúan siendo, por tanto, aliados potenciales de los trabajadores.

Se perfila así un bloque histórico de fuerzas del trabajo y de la creación asociadas a otros sectores sociales y a un conjunto de demandas de soberanía, autonomía y desarrollo de los pueblos y naciones oprimidos. Una nueva etapa de transformaciones a niveles distintos –local, regional y global– anuncia su advenimiento para abrir paso a una perspectiva socialista renovada, profundamente liberadora y de dimensiones planetarias. Esta etapa requiere de un nuevo tipo de edificación simbólica e imaginaria: la de los puentes que se eleven sobre las abismales distancias sociales que



perduran bajo el capitalismo expandido sobre un mercado global en la sociedad de “hiperconsumo” (Gilles Lipovetsky) y de las clamorosas desigualdades acrecentadas por las posibilidades que brindan la ciencia y la información, para acortar las brechas que lo caracterizan y suprimir los privilegios que bajo él se consagran⁴.

La formación de la conciencia

El proceso de maduración del autorreconocimiento y autodeterminación de una clase o sector social tiene un carácter histórico y responde a condiciones concretas que se encuentran sujetas a ciertas regularidades. No existe algo así como una conciencia reputada y originaria, lo cual es particularmente notorio, sobre todo, entre las clases explotadas. Las etapas que éstas atraviesan para su formación autónoma responden tanto a los ritmos que adopta el papel que juega en la producción material, acordes con la relación de control o de subordinación que entabla con los medios de producción, cuanto a la intensidad y extensión de la confrontación a que se ve abocada con su antagonista. Por último, expresa también el peso de los hábitos y tradiciones del medio social donde se desenvuelve, así como la experiencia que adquiere según su grado de instrucción y de organización.

4 “La redistribución moderna no consiste en transferir las riquezas de los ricos a los pobres, o por lo menos no de manera tan explícita; reside en financiar servicios públicos e ingresos de reposición más o menos iguales para todos, sobre todo en el ámbito de la educación, la salud y las jubilaciones. En este último caso, el principio de igualdad se expresa mediante una casi proporcionalidad al salario obtenido durante la vida activa. En lo tocante a la educación y la salud, se trata de una verdadera igualdad de acceso para cada individuo, sin importar sus ingresos o los de sus padres, por lo menos así asumida como principio general. La redistribución moderna se edifica en torno a una lógica de derechos y a un principio de igualdad de acceso a cierto número de bienes considerados fundamentales” (Piketty, 2014: 423).



No se puede entender este proceso sino en el marco de los principios que regulan a la conciencia social, donde imperan las ideas y posturas de la clase dominante a través de un ramificado y vasto sistema de instituciones, de convicciones acumuladas y contemporáneas, de prejuicios y actitudes, así como de los componentes de una cultura específica. Lo característico de ese medio es su gradación en cuanto a la distinta elaboración de sus manifestaciones que van desde las más vastas y difusas hasta las más selectivas y abstractas.

Esta realidad se ha tornado mucho más compleja por la revolución científico-productiva en curso. La aparición y perfeccionamiento de las computadoras y el despliegue de nuevos sectores de la ciencia, así como la difusión masiva de la informática y de la comunicación, conmocionan la conciencia habitual, rutinaria y estable por naturaleza debido a su fuerte arraigamiento en la percepción sensorial, en la intuición y en el razonamiento elemental con los cuales se entremezclan creencias arraigadas de origen arcaico y el fetichismo típico del intercambio de mercancías. Es fácil comprender que en esa nueva galaxia en gestación, el centro lo pase a ocupar el pensamiento tecnocrático como expresión más elaborada de la visión sobre los objetos mercancías en torno a los que gira la actividad humana enajenada, sin descartar a los restantes niveles inferiores y anteriores.

El conjunto de experiencias prácticas en la producción y circulación, así como en la vida social determinada, entre las que se incluyen las situaciones de conflicto (económico o político), provocan estados de ánimo o predisposiciones que operan sobre el código informativo-cultural acumulado y generan así convicciones en las que se afianzan las necesidades e intereses de los individuos: "El comportamiento social es la manifestación exteriorizada de la actividad, correspondiente a la posición concreta del hombre y a su disposición. Es el modo en que la actividad se transforma en acción real respecto de los objetos socialmente significativos, o sea, es el sistema exteriormente



observable de acciones (procederes) de los hombres en el cual realizan sus incentivos internos. (...) La disposición es la propensión socialmente determinada del individuo o grupo social a una acción concreta en una situación concreta, es la forma en que reacciona el sujeto de la actividad, que aspira a satisfacer unas u otras necesidades, a los estímulos del medio exterior” (Ossipov, 1986: 51).

Es así como actúa espontáneamente la necesidad a través del interés como actitud, como acción, como disposición o como orientación. Tan sólo en el último caso, al separar uno sólo en calidad de principal, la conciencia se vuelve para sí, aunque los estados precedentes contribuyan a ello, sobre todo, con la participación en la actividad (una huelga o movilización) y con una prolongada interacción en un grupo y con el medio (la práctica social o gremial).

No se puede divorciar los momentos espontáneos y conscientes en la vida social ni mucho menos contraponerlos artificiosamente, aunque en ocasiones uno prima sobre el otro. Tampoco se puede enfocar mecánicamente su interrelación como superposición (según la “conciencia externa científica” de Kautsky), la cual desemboca en la imposición, en el vanguardismo y en la sustitución de los intereses representados por los representantes a título de interpretación consciente.

Veamos los elementos que deben conformar el arsenal teórico de los trabajadores en el momento actual y cuáles son sus presupuestos: una concepción diádica que integre los aspectos sociales y bióticos de la noosfera de manera sistémica, pronosticable y experimentable, que se enriquezca con distintas fuentes del saber y con la experiencia humana integrados íntimamente con el funcionamiento de las fuerzas naturales estableciendo sus interconexiones mutuas.

Hemos dicho ya anteriormente que el socialismo requiere nuevas fuentes desde las cuales reformularse como hipótesis, para readquirir su potencial científico y su fuerza revolucionaria. El



marxismo no sólo abrevó para su gestación de lo más avanzado de la investigación europea del siglo XIX, sino también de todo lo acumulado anteriormente, y se contrastó con disímiles ideas, aceptando algunas y combatiendo a otras. Lenin al asumir esa tradición, estudió atentamente el desarrollo del pensamiento y de los acontecimientos que le correspondió enfrentar.

De otra parte, las revoluciones socialistas y las luchas democráticas y anticoloniales forjaron nuevas realidades y produjeron cambios conceptuales notables, algunos tantos desechables y otros muchos perdurables.

El socialismo requiere en las condiciones actuales, formular una bioeconomía científica y sustentable. La concepción tradicional de la economía expresa como su objetivo el dominio sobre la producción, con todas sus fuerzas intervinientes (naturales y sociales), y el de las regularidades presentes en las relaciones sociales que posibilitan la valoración del objeto y su intercambio. Sus leyes giran en torno a esta problemática. Las leyes de la naturaleza, su funcionamiento vivo, sólo son consideradas como regularidades externas cuyo conocimiento particular sirve para convertirlo en capital constante, expresión de trabajo muerto o acumulado. Si la biosfera es un todo, precisaría ser enfocada en su funcionamiento global, en la interconexión de sus sistemas y en la integridad de sus nexos. La entropía⁵ como ley de los sistemas biótico y social,

5 "Entropía: es una medida de la cantidad de energía ya no capaz de convertirse en trabajo. (...) Cada instante que algo ocurre en el mundo natural alguna cantidad de energía termina siendo no disponible para uso futuro. Esto significa que en la tierra la entropía material está continuamente aumentando debiendo finalmente alcanzar a un máximo. (...) La entropía también es una afirmación que toda la energía en un sistema aislado se mueve de un estado ordenado a un estado desordenado. El estado de entropía es también el más desordenado" (Sánchez Torres, 1984: 140 y 141).



sobre la cual advertía Marx cuando decía que el capitalismo actúa agotando las bases de la riqueza que son la naturaleza y el hombre, no puede ser dejada de lado por esta bioeconomía para convertir al desarrollo en sustentable. La naturaleza se venga de la sociedad, proveyéndola de materias que se convierten en letales mercancías como los tóxicos y drogas que afectan al conjunto social. Debemos hacer las paces y recuperar la antigua armonía que consagraba la sociedad natural, el comunismo primitivo.

Ya está dicho lo fundamental sobre el contenido de la nueva estructura básica de la sociedad, pero aún no está cubierta toda su complejidad. ¿Cuál es el papel específico que le corresponde a la conciencia y a la capacidad humana de actuar conforme a una finalidad? Los problemas que se agrupan en torno a las manifestaciones ontológicas, gnoseológicas y praxiológicas de la realidad, que incluye tanto a lo objetivo como a lo subjetivo, nos conducen ineludiblemente hacia la definición de una metodología epistemológica que abarque los conceptos y categorías básicos, las regularidades sistémicas o leyes estructurales combinatorias, y las construcciones modélicas que den cuenta de ambos niveles en su funcionamiento y tendencias cambiantes y dinámicas.

Las teorías sociales pueden tener un carácter descriptivo de la realidad, de su funcionamiento sincrónico estructurado, en el que los cambios no sean más que acumulaciones predecibles no determinantes; o pueden adoptar una visión dialéctica de esa misma realidad, de su funcionamiento como totalidad determinada por su contradictoriedad interna y estructurada diacrónica y sincrónicamente a la vez, cuyos cambios incluyen acumulaciones y saltos cualitativos que muestran su dinamia objetiva. Las primeras son unilaterales, estáticas y conservadoras; las otras, ricas en su multilateralidad, cambiantes y revolucionarias. Sobre esa capacidad propia y esencial, pueden reflejar inadecuada o adecuadamente los sistemas factuales a los que se refieren, y reproducir artificialmente



un modelo virtual que exprese multifacéticamente las tendencias constantes o variables de su referente.

Las metateorías enfocan los aspectos generales de los fenómenos y su correspondencia con las manifestaciones particulares y singulares. Ellas pueden tener un carácter metafísico y especulativo, o bien, real y concreto. Descartando la primera variante, idealista y distorsionadora, nos queda la opción de aquellas que se limitan a los rasgos externos sensibles de la realidad, y otra que se esfuerza en esclarecer los vínculos internos que facilitan la comprensión de los fenómenos y la actividad encaminada a transformarlos.

La conciencia real precisa para su despliegue integral de una metateoría globológica creativa y remodelable, en la que se articulen de pleno derecho saberes de distinto nivel como concreciones de intereses progresistas en su contenido, valores y motivaciones trascendentes del horizonte monopólico enajenante, y expectativas fundacionales en busca de un *topos* donde realizarse. Más concretamente, se trata de un espacio teórico aplicable a la sistematicidad global que integra niveles diversos como el marxismo renovado, la concepción propia del pensamiento sistémico, un socio-ecologismo transformador, el autonomismo étnico, el integracionismo equitativo, el equiparacionismo estamentario (de género, edad o creencia) y el trascendentalismo religioso y ético de orientación democrático-revolucionaria. El potencial liberador de una tal “concepción” metodológica-praxiológica plural y compuesto, radica en su capacidad para convertirse en vehículo y expresión de ese bloque del trabajo y la creación, reformulando y ordenando en un todo cambiante y dinámico los múltiples niveles de convicciones y vivencias que se dan en sus componentes.

No se trata de clonar un híbrido multicéfalo ni de consagrar un interminable diálogo en el que cada cual habla para sí mismo y razona en su círculo de certezas. Actitudes como éstas sólo conducen a



frustraciones y resentimientos que perpetúan la separación y hasta conducen a enfrentamientos oportunistas para obtener supuestas ventajas. Lo eficaz y fructífero está en identificar honestamente los espacios de coincidencia conceptual concretos para diseñar una actividad concentrada y alcanzar objetivos definidos, y extraer así conjuntamente, las experiencias y conclusiones que se deriven de esa práctica e ir reformulando o remodelando las hipótesis básicas. Al mismo tiempo, se trata de posibilitar y estimular la iniciativa propia de los sectores en lucha, y contribuir a desarrollar desde su peculiar experiencia, la capacidad de decisión y la responsabilidad por su propio destino⁶.

Indudablemente que el marxismo no puede ser reducido a una metodología de interpretación y análisis, pese a su innegable valor en ese plano. Su fuerza radica en la capacidad de desentrañar los mecanismos del desarrollo social, de subrayar lo esencial y los múltiples nexos que se combinan para conformar la realidad en su concreción, y el establecer la historicidad de ésta por la inexorable ley que rige sus cambios: la contradicción entre sus fuerzas productivas en revolución constante y las relaciones de sojuzgamiento que rigen el proceso productivo. Esta ley fundamenta la objetividad de la lucha de clases, la legítima y provee de una posibilidad potencial

6 En un pasaje poco tomado en cuenta por sus panegiristas, Lenin expresa las vías distintas que recorren el intelecto y la actividad para arribar a conclusiones. Refugiado en casa de un obrero en los días previos a la revolución de 1917, en pleno avelar antilbolchevique y tras la decisiva derrota de la intentona golpista de Kornilov, ante la aseveración de su anfitrión sobre el mejoramiento del pan gracias a la combativa participación obrera, relata admirado: "Yo, que no he conocido la miseria, no habría pensado en el pan. Para mí, el pan era algo natural, una especie de subproducto del trabajo de escribir. El pensamiento llega a través del análisis político, siguiendo un camino extraordinariamente complicado y tortuoso, a lo que es la base de todo: a la lucha de clases por el pan" (Lenin, 1978: 461).



superadora de las condiciones de explotación y enajenación. Es una concepción revolucionaria por antonomasia, capaz de arraigar en la conciencia de amplios sectores, motivar su iniciativa y dotarla de una sólida convicción sobre los objetivos a obtener.

Ello hace que como toda ideología, con las que comparte su status gnoseológico, deba readecuar sus conceptos en tanto y en cuanto dejen de reflejar adecuadamente la realidad o sean incapaces de expresar nuevas circunstancias. En el primer caso, se produce una rectificación o reformulación que no altera su organicidad. En el segundo, una renovación que reestructura parcial o globalmente sus contenidos. Es su contraste permanente con la práctica social como criterio de eficacia y veracidad de sus hipótesis fundamentales, lo que determina la primacía de una u otra forma de readecuación.

La renovación del marxismo requiere la reestructuración de sus contenidos para extender su aparato hipotético-praxiológico hacia una noosfera racional y, simultáneamente, una reformulación a partir de la experiencia histórica de las sociedades socialistas, tanto de sus deformaciones degenerativas como de sus logros y aciertos, de sus avances innegables y de sus retrocesos circunstanciales.

Un socialismo liberador

Estamos ya ante el desenlace lógico de la reflexión: la necesidad de superar las estructuras de dominación, saqueo, explotación e inequidad articuladas por el capital en su fase actual. Y esa superación no puede ser otra que su sustitución por un nuevo régimen social, por el socialismo como movimiento histórico y realidad *in potens* (potencial).

Descartamos de antemano el considerar al socialismo un error o una desviación en el camino del progreso humano, conclusión con



la que se ajusta un mísero posibilismo que se asigna a sí mismo la tarea de mejorar las condiciones sociales de un mecanismo productivo declarado como límite para el accionar. De igual modo procedemos con la repetición de fórmulas sin beneficio de inventario. Ambas posiciones son círculos viciosos encasilladores en modelos estáticos e incapaces de abrir cauces a las fuerzas que se perfilan impetuosas y desbordantes desde la realidad.

Tampoco vamos a competir con una futurología que muchas veces raya en la especulación, aunque demandamos una capacidad de prognosis indispensable que proyecte las demandas y aspiraciones de las fuerzas del trabajo y la creación. No creemos sustentables los proyectos de socialismos locales (comunales a lo Proudhon o de guildas como G.D.H. Cole), circunscritos en pequeñas comunidades autónomas, aun incluso cuando se combinen con espacios de representaciones funcionales o clasistas en el poder central, como sugieren algunas formulaciones de la nueva izquierda, pese al incuestionable avance que implique su práctica sobre todo para la experiencia concreta de vastos sectores populares que aprenden por este medio el valor de la autogestión y de la solidaridad. Pese a todo, el acento para asegurar ese rumbo, no puede dejar de estar, indudablemente, en el desplazamiento del poder de los magnates del capital financiero en los grandes centros productivos y en la vida social.

El socialismo posee rasgos que la práctica histórica ha demostrado pertinente y confiable. Ellos son:

- Socialización de los medios de producción.
- Democratización del poder estatal: mandato imperativo y revocable.
- Autonomía territorial como libertad para elegir su gobierno y leyes en el marco de la sociedad.



- Cooperación y solidaridad a nivel de empresa, local, regional, nacional e internacional.
- Planificación y coordinación de actividades entre ramas y sectores.
- Autogestión en la dirección y control social, participación de las organizaciones sociales en el poder.

De estos componentes indisolubles, nos detendremos únicamente en sus aspectos más salientes, aquellos que ameritan una puntualización especial en los momentos actuales, por su indudable vigencia y por la necesidad de esclarecer las prácticas en que se manifestarán.

La representación y el parlamentarismo es el primero de ellos. Ya expresamos que sus fundamentos se encuentran en la separación del poder y su contraposición a los intereses de los explotados en la sociedad clasista. El socialismo ha buscado denodadamente la superación de esta realidad apelando a mecanismos diversos como el consejismo, cuya expresión más acabada fuera indudablemente el modelo de los soviets. Ésta combinaba inicialmente el poder directo (legislar y ejecutar) y la representación en distintos niveles (local, regional, urbano, estatal y federativo). Dicha estructura se consagró jurídicamente ya en los años veinte, aunque debió enfrentar los problemas derivados del retraso, el bajo nivel cultural y de la articulación entre el viejo y el nuevo burocratismo. La centralización extrema para llevar adelante la construcción del socialismo se tradujo en la concentración de un poder burocrático y autoritario y en la conversión de los soviets en aparatos de transmisión de la voluntad del poder.

No es suficiente por tanto, institucionalizar una orientación social que funcione subsidiariamente bajo un aparato burocrático como

apéndice de las relaciones de dominio que dimanan de la “economía de mercado” bajo un aparato burocrático, constriñéndola al procedimentalismo jurisdiccional para tutelar los derechos fundamentales y las reglas representacionales para la democracia política⁷.

Lógicamente, siempre serán necesarios resguardos y mecanismos que vigilen y controlen el desempeño de las instancias compartidas como también a las organizaciones que ejercen poder. Darío Azzinelli, refiriéndose a los Consejos Comunales de la República Bolivariana de Venezuela, señala el riesgo de que pudiesen convertirse en apéndices del poder y no en embriones de la nueva sociedad ya que “La lógica desde arriba entiende el Estado como el agente de transformación y ve el Poder Popular como anexo integrado de la Administración. Otra cosa es considerar, como la lógica desde abajo, al Estado con un gobierno progresista como

7 La ambigua pero atractiva demanda de una “República Social” que los obreros parisinos enarbolasen frente al régimen orleanista de la restauración monárquica, sirvió como reivindicación de un régimen político revolucionario, siendo alimentada por la remembranza del jacobinismo y de los sueños de reforma social. Jugó por tanto, un papel a manera de umbral para el movimiento revolucionario de 1848 según reseña Marx en su célebre obra *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. Por su parte, el llamado “Estado Social de Derecho”, propuesto por Herman Heller y Franz Neumann como reclamo para el desarrollo del contenido social de la Constitución alemana de Weimar (1918), encuentra su formulación en la constitución republicana española de 1931 por la cual se declaró a ese país como “una República democrática de trabajadores de toda clase que se organiza en régimen de libertad y de justicia”. Las constituciones brasileña (1934), cubana (1940) y la ecuatoriana de 1945 -tras la revolución popular de 28 de mayo de 1944- acogerán esas propuestas en América Latina. El Estado de Bienestar (*Welfare State*) en el que deviene la pretensión de implantar gradualmente la igualdad social sin conmociones, pondrá el énfasis en asegurar ciertas prestaciones básicas y mejorar los mecanismos políticos de representación. Su declive iniciado con la crisis económica de los años setenta, y profundizado con los procesos neoliberales de desregulación que acompañan al despliegue de la globalización desterritorializante, ha puesto fin a ese intento.



un marco conveniente para la construcción del poder popular en mira de superar al Estado en su forma” (“Un poder constituyente en movimiento”, en VV.AA., 2010: 123).

En conclusión, cabría dejar asentado que en ese proceso de la modernidad, los seres humanos concretos vamos adquiriendo en el sistema social una doble calidad: la de sujetos activos de obligaciones bajo relaciones de subordinación y dependencia dentro de una estructura socio-clasista compleja, y la de objetos pasivos mercantil-clientelares en el respectivo sistema electoral que da forma al poder político. Este mismo se articula además reticularmente con variadas estructuras históricas relacionantes donde se expresan otros tantos poderes de sumisión, entre las que enumeramos como básicas o primarias, cuanto menos, a las de carácter colonial que integran diferencias étnicas y culturales; las de género e identidad sexual en general, que fundamentan estructuras familiares, afectivas y de parentesco; y, las correspondientes a una inmensa gama de identificaciones y representaciones ficcionales de elección a las cuales nos sumamos, apelando a nuestra libertad de opción y a los respectivos nexos construidos por nosotros mismos.

La complejidad sistémica de estructuras relacionantes conformadas por tan diversos campos de poderío asimétrico nos permite conceptualizar, dentro de estos vínculos y correlaciones, a la ciudadanía en la integralidad de su multifacética actividad democratizante, la cual opera como rasero para homologar identidades múltiples: pueblos, mujeres, comunidades de opción sexual, trabajadores, urbanitas, migrantes, transgresores, marginales, etc.

En tales condiciones, la ciudadanía requeriría desplegarse por todos los espacios de actuación pública para un cabal desempeño de su capacidad de control sobre los aparatos estatales y societales,

de manera que configure un poderío extensivo hacia los más recónditos ámbitos donde se cobija el poder, valiéndose del cual le sea posible materializar eficazmente su presencia y ejercer la supervisión sobre los diversos campos de generación y despliegue del mismo, como serían:

- a) Las constelaciones socio-económicas diversas y variadas (relaciones mercantiles, comunitarias, familiares, asociativas) donde se generan jerarquías y desigualdades;
- b) Las constelaciones organizativas e institucionales (entre las que se incluyen a las educativas y a las jurisdiccionales), donde se consagran valores preceptivos así como normas que regulan comportamientos y diseñan actitudes; y,
- c) Las constelaciones simbólico-epistemológicas donde se estructuran institucionalmente saberes y discursos especializados (retórica).

Hago mía al respecto la profunda reflexión de Álvaro García Linera acerca de que: “No puede haber una nueva naturaleza del poder político sin una nueva correlación de fuerzas sociales en los ámbitos múltiples de las relaciones de poder, esto es, si no se ha construido desde todos los territorios de despliegue de la vida social, en todos los vasos capilares del cuerpo del poder social-nacional, un flujo de energía de pasiones, de imaginación, de autonomía, de capacidad transformativa, de resistencia y emancipación individual-colectiva frente al poder del valor mercantil, lo suficientemente denso como para traducirse en una configuración semi estatal (porque es la sociedad misma en proceso de autodeterminación), lo que inevitablemente también supone a la larga el camino a la emancipación contra el Estado en cualquiera de sus formas de nuevo contenido que las sintetice y luego las refuerce y expanda” (2009: 27).



Unas palabras sobre la libertad. La tradición que viene desde la filosofía clásica la identifica con el conocimiento de la necesidad concreta. El énfasis de esta concepción se ubica en el aspecto subjetivo y su interrelación con la naturaleza y con la sociedad. Se es libre –o no se es– frente a algo o alguna situación, y para hacer algo u obtener un cambio de esa situación. La necesidad en su manifestación concreta e histórica, cambiante y determinada constantemente, constituye una especie de límite para los sujetos igualmente históricos y condicionados por su estructura de relaciones clasistas.

Las condiciones actuales –sociales, tecnológicas y gnoseológicas– colocan en el orden del día no un simple sometimiento a lo existente, sino la permanente creación de lo nuevo que implica además el autodesarrollo del ser humano en todas sus potencialidades y diversidades como especie y no como excepción individual, lo cual conduciría al enriquecimiento conjunto de la humanidad. La contradicción entre nuestro funcionamiento limitado psicosocialmente y las posibilidades de que está dotado nuestro equipamiento fisiológico genérico, el cual restringe los aspectos creativos a instantes ocasionales socialmente y casuales individualmente (“iluminaciones”, las denominaba Walter Benjamin) mientras nos mantiene presos de rutinas y hasta de hábitos dañinos, puede encontrar finalmente una resolución.

La iniciativa histórica (el término es de Lenin) que conduce a la eliminación de toda forma de explotación, sometimiento y enajenación, es también el inicio del camino hacia una nueva libertad más plena y total. Por eso el socialismo es liberador. Para la sociedad en su conjunto y para cada uno de quienes la conformamos. Es la concreción del sugestivo llamamiento que el duende precursor Eugenio Espejo colocase en el anverso de sus banderas rojas sobre las cruces de piedra del Quito colonial: Liber esto... Seamos libres, consigamos felicidad y gloria.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio *et al.* (2010) *Democracia, ¿en qué estado?* Buenos Aires, Prometeo.
- Balibar, Etienne (2013) *Ciudadano sujeto vol. 1: El sujeto ciudadano.* Buenos Aires, Prometeo.
- Boff, Leonardo (s/f) “La posmodernidad y la miseria de la razón liberadora”, en *Revista América Libre*. Buenos Aires, Ediciones Liberarte.
- Einstein, Albert (s/f) *Mis creencias*. Buenos Aires, Editorial Leviatán.
- Foucault, Michel (2014) *Las redes del poder*. Buenos Aires, Prometeo.
- Garaicoa Ortiz, Xavier (1994) *Reconstitución de la izquierda y regeneración nacional*. Quito, El Quinde.
- Garaicoa Ortiz, Xavier (2003) *Soberanía, poder y globalidad*. Guayaquil, Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales y Políticas
- Garaicoa Ortiz, Xavier (2015) *Hacia un poder ciudadano autónomo y multicultural. Un caso testigo: La constitución ecuatoriana de 2008*. Bahía Blanca, Argentina: Editorial de la Universidad Nacional del Sur.
- García Linera, Álvaro (2008) *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires, Prometeo y CLACSO.
- García Linera, Álvaro (2009) *Forma valor y forma comunidad*. La Paz, CLACSO y Muela del Diablo coeditores.
- Hounie, Analía (comp.) 2010 *Sobre la idea del comunismo*. Buenos Aires, Paidós.



- Lenin, Vladimir (1978) “¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?”, en *Entre dos revoluciones*. Moscú, Editorial Progreso.
- Lipovetsky, Gilles (2007) *La felicidad paradójica*. Barcelona, Editorial Anagrama.
- Marcuse, Herbert (1972) *El hombre unidimensional*. Barcelona, Editorial Seix Barral S.A.
- Marx, Karl (1969) *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid, Alianza Editorial.
- Mészáros, István (2013) *Estructura social y formas de conciencia. La dialéctica de la estructura y la historia*. Caracas, Monte Ávila editores Latinoamericana C.A.
- Mignolo, Walter D. (2008) *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción de colonial*. Barcelona, Gedisa.
- Negri, Toni y Michael Hardt (2002) *Imperio*. Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica S.A.
- Núñez Sánchez, Jorge (coord.) (2014) *Ecuador: Revolución Ciudadana y Buen Vivir*. Barcelona, Editorial Yulca.
- OSSIPOV, Guennady (1986) “Las estructuras sociales y los individuos actuantes”, en *Revista Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de la URSS*. Moscú, N° 2.
- Piketty, Thomas (2014) *El capital en el siglo XXI*. México, Fondo de cultura Económico.
- Sánchez Torres, Serafín (1984) “La segunda ley de la termodinámica”, en *Revista Universidad de Guayaquil*. Guayaquil, Vol. 56, N° 2.



- Schaff, Adam (1976) *Estructuralismo y marxismo*. México, Editorial Grijalbo.
- Serrano Mancilla, Alfredo (2014). *El pensamiento económico de Hugo Chávez*. Quito, Instituto de Altos Estudios Nacionales.
- Sousa Santos, Boaventura de (2005) *El milenio huérfano. Ensayo para una nueva cultura política*. Madrid, Editorial Trotta.
- VV.AA. (2008) *Teoría y filosofía política. La tradición clásica y las nuevas fronteras*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- VV.AA. (2010) *Hugo Chávez. Una década en el poder*. Bogotá, Centro de Estudios Políticos e Internacionales, Universidad del Rosario.
- Ziugánov, Guennady (1996) *Rusia y el mundo contemporáneo*. Cuba, Informpechat.
- Zizek, Slavoj (2006) *Visión de paralaje*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.



La Caída del Muro de Berlín
y sus efectos en las
izquierdas latinoamericanas



LOS DILEMAS DE LA IZQUIERDA PERUANA

Alberto Adrianzén Merino

Sociólogo por la Pontificia Universidad Católica del Perú y Magíster en Ciencias Políticas por El Colegio de México. Actual Parlamentario Andino para el período 2011-2016. Ha sido Vicepresidente del Parlamento Andino (2011-2012) y Miembro Alterno del Consejo Superior de la Universidad Andina Simón Bolívar (período 2013-2018). Sus últimos libros son “La transición inconclusa”, “Apogeo y crisis de la izquierda peruana: hablan los protagonistas” y “Convergencia CAN-Mercosur. La hora de las definiciones”.

En 1989 el Perú se encontraba, acaso, en su peor momento. Luego de cuatro años de gobierno de Alan García, joven promesa que pertenecía al viejo Partido Aprista Peruano (APRA), la inflación calculada en cientos de miles devoraba nuestra economía, a lo que se sumaba un fuerte desempleo que terminó por desestructurar no sólo al aparato productivo, en el cual la rama industrial era importante, sino también al movimiento obrero que en la década anterior había sido uno de los actores más significativos en el regreso a la democracia peruana.

Por otro lado, también durante ese mismo año, Sendero Luminoso (SL) había centrado su ofensiva sobre Lima, la capital del país. A los atentados, muchos de los cuales consistían en la detonación de los llamados “coches bomba”, se sumó la crisis de los servicios públicos. En esos tiempos eran cotidianos los cortes de electricidad



y de agua. Y era común ver en las puertas de los negocios equipos electrógenos para paliar el corte del fluido eléctrico.

En noviembre, en las elecciones municipales en Lima, un independiente y dueño de un canal de televisión, Ricardo Belmont, derrotó a los llamados “partidos tradicionales” entre los cuales destacaba el Frente Democrático (Fredemo), que entonces lideraba el hoy Premio Nobel, Mario Vargas Llosa. El Fredemo era una alianza de derecha entre el Partido Popular Cristiano (PPC); Acción Popular (AP), del ex presidente Fernando Belaunde Terry; y el grupo liberal “Libertad”, que tenía entre sus filas a Mario Vargas Llosa y a Hernando de Soto, y que había nacido como respuesta al intento del gobierno de García de estatizar la banca dos años antes. En aquella oportunidad, también fueron derrotados el APRA y la izquierda, que se presentó dividida.

En enero de 1989 tuvo lugar el primer congreso de Izquierda Unida (IU), frente que se había constituido en setiembre de 1980 luego del retorno a la democracia y de las elecciones presidenciales ganadas por Fernando Belaunde, de Acción Popular. IU estuvo integrada por casi todos los partidos de izquierda, con la excepción de la corriente trotskista. La constituyeron el Partido Comunista Peruano (PCP), el Partido Comunista del Perú (Patria Roja), el Partido Socialista Revolucionario (PSR), Vanguardia Revolucionaria (VR), el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) y el Frente Obrero Campesino Estudiantil del Perú (FOCEP).

Izquierda Unida quedó segunda en las elecciones municipales de Lima de 1980, mientras que en otras partes del país obtuvo importantes triunfos. En 1983, también en elecciones municipales, ganó en Lima con el candidato Alfonso Barrantes Lingán quien se convirtió, en esos años, en el primer alcalde socialista de la región. En 1985 las elecciones presidenciales y congresales fueron ganadas por el APRA con su candidato Alan García, mientras que IU quedó



en segundo lugar con un tercio del electorado nacional. Luego de la derrota en las elecciones municipales de 1986, ganadas por el APRA, las dificultades para mantener la unidad de la izquierda se hicieron visibles.

Por eso, en enero de 1989, durante su primer congreso –que fue también el último– IU terminó por dividirse entre un sector que podemos llamar “radical” y otro “reformista”, liderado por Alfonso Barrantes. Ese mismo año, en las elecciones municipales y regionales a nivel nacional, la izquierda se presentó dividida en dos candidaturas y obtuvo un magro resultado. Al año siguiente, en las elecciones presidenciales que fueron ganadas sorpresivamente por Alberto Fujimori quien derrotó a Mario Vargas Llosa, la izquierda nuevamente se presentó en dos bloques, Izquierda Unida e Izquierda Socialista, obteniendo el cuarto y quinto lugar, respectivamente. En 1995, en las elecciones presidenciales que fueron ganadas holgadamente por Alberto Fujimori, Izquierda Unida, que fue la última vez que se presentó en elecciones, obtuvo el 0,6% de los votos. Once años después, en 2006, tres organizaciones de izquierda que habían obtenido su registro legal se presentaron a las elecciones presidenciales. La suma de los tres candidatos no llegó al 2%, perdiendo nuevamente su registro.

Fue más bien en ese mismo año 2006 que otro candidato, Ollanta Humala, que no provenía de sus filas sino más bien de las Fuerzas Armadas, que no recogía la tradición histórica e ideológica de esa misma izquierda pero sí un discurso nacionalista, el que se convirtió, en la práctica, en el candidato de la izquierda al levantar sus banderas y captar masivamente el voto popular. En 2011 ganó las elecciones con el 51,4% en la segunda vuelta derrotando a Keiko Fujimori. La crisis ya no sólo había tocado fondo sino que le planteaba a esa izquierda la necesidad de llevar a cabo una profunda reforma a su interior, lo que implicaba mirar de otra manera al país y a su práctica pasada.



Por eso, 1989 en la historia de la izquierda es una fecha simbólica porque es el año de la ruptura que la llevó a la derrota de la cual, hasta ahora, no ha podido emerger. Como la caída del Muro de Berlín, que significó la crisis de una matriz ideológica que era hegemónica, tanto en lo que podemos llamar la “vieja” como en la “nueva” izquierda.

El texto que ahora presentamos aborda sobre todo el itinerario de esa matriz ideológica porque nos ayuda a entender mejor el impacto que tuvo y que sigue teniendo la caída del Muro de Berlín, así como otros acontecimientos que marcaron el fin de un ciclo y de una época en la izquierda peruana.

La vieja izquierda

A diferencia de otros países, como Chile por ejemplo, en el Perú no existió (ni existe hasta ahora) aquella vieja diferencia entre el socialismo y el comunismo; ni tampoco entre una izquierda claramente socialdemócrata y otra de origen radical y comunista. El desarrollo de la izquierda peruana –pese a su nacimiento heterodoxo, como veremos después- ha estado marcado por un horizonte específico: el marxismo-leninismo.

Este signo fue posible debido a múltiples factores. Por motivos de espacio, sólo citaremos cinco, que nos parecen los más importantes:

- a) La hegemonía indiscutible en la izquierda peruana de la Internacional Comunista (Comintern) y del marxismo oficial, de su pensamiento y táctica tanto en los años iniciales, desde 1930, como en los posteriores. Como señala Manuel Caballero: “En la estructura piramidal que mundialmente tenía el Comintern, América Latina estaba situada muy abajo. Y sin embargo, la influencia de la Tercera Internacional fue



en Latinoamérica más penetrante y, en el ámbito teórico, más duradera que en muchos países de Europa y Asia, y ciertamente más que en los Estados Unidos, cuya clase obrera y partido habían sido destinados por los leninistas para dirigir la revolución socialista en todo el hemisferio occidental” (1988: 16). Cabe destacar que la principal influencia del Comintern, siguiendo siempre a Caballero, se dio en el campo de la teoría y la ideología.

- b) La existencia del Partido Aprista Peruano (APRA) como movimiento nacional popular. La fundación del APRA como partido en 1930, su posterior triunfo sobre el Partido Comunista (PC) y su conversión en un partido de masas, reforzó el aislamiento político y social, así como el radicalismo del PC. El PC pasó a convertirse en una organización minoritaria aumentando su dependencia de la III Internacional Comunista, impidiendo un mayor espacio para el desarrollo del socialismo democrático. Como diría Alberto Flores Galindo: “Partidos y nación comenzaban a separarse: el comunismo devenía en secta” (1982: 27).
- c) El fracaso de la llamada fracción socialista en 1930, cuando el Partido Socialista que fundó José Carlos Mariátegui en 1928 se convirtió, tras su muerte, en Partido Comunista. Nos estamos refiriendo al grupo de Luciano Castillo e Hildebrando Castro Pozo, quienes se opusieron al cambio de nombre para luego romper y fundar el Partido Socialista Peruano (PSP). Dicha opción, pese a contener interesantes propuestas políticas y de renovación teórica¹, con el correr de los años naufragó,

1 Al respecto, leer Franco (1990).



convirtiéndose no sólo en un partido regional y, diríamos, provincial, sino incluso familiar².

- d) La represión brutal contra el Partido Comunista en los años treinta. Flores Galindo sostiene que “La historia del comunismo en los años treinta es, en realidad, un capítulo de la oprobiosa historia carcelaria del país. No obstante todo esto, el partido no desapareció, mantuvo su actividad, persistió” (1982: 29).

Sin embargo, este proceso de frustración, si cabe el término, tiene mucho de trágico. Nos referimos en concreto a la ruptura política y teórica entre el PC –y, por lo tanto, el Comintern– con el fundador del marxismo y del socialismo en el Perú: José Carlos Mariátegui.

En un documento del PCP, publicado a fines de 1933 o comienzos de 1934, se afirma lo siguiente: “Nuestra posición frente al mariateguismo es y tiene que ser de combate implacable e irreconciliable puesto que entraba la bolchevización orgánica e ideológica de nuestras filas, impide que el proletariado se arme de los arsenales del leninismo y del marxismo (...). Y esta lucha ideológica hay que iniciarla con fuerza y llevarla hasta sus últimas consecuencias firme e inflexiblemente”³. Para el PC, como afirman sus documentos, el mariateguismo era un conjunto de ideas difusas y no proletarias, además de contener “grandes errores no sólo teóricos sino también prácticos”. En otras palabras: el PC y la

2 En 1919 hubo otro intento cuando Luis Ulloa y Carlos Barzo fundan el Partido Socialista en vinculación con la socialdemocracia argentina. En un inicio J.C. Mariátegui participa en este proyecto, pero luego se distancia por considerarlo prematuro. Al respecto, leer Flores Galindo (1982:10).

3 Ver *Bajo la bandera de Lenin. Instrucciones sobre la Jornada de las tres ILL* (1980: 120 y 121).



Internacional Comunista, representada en aquel entonces por el peruano Eudocio Ravines y la Comintern, terminaron por “derrotar” a J.C. Mariátegui quien, curiosamente, había sido el fundador del marxismo en el Perú. Para el PC, Mariátegui, antes que un fundador del socialismo, fue tan sólo un “precursor”.

Lo irónico vendría después. En 1943, Jorge del Prado, discípulo de Mariátegui en su juventud y dirigente del PCP en aquel tiempo, inicia, por llamarlo de algún modo, el “rescate” de la obra teórica y práctica del Amauta. Si el Comintern y el marxismo oficial consideraban a Mariátegui como un simple populista y precursor del comunismo peruano⁴, del Prado lo convierte no sólo en fundador del PCP sino también en un convicto “marxista-leninista-estalinista”, para emplear sus propias palabras⁵.

La “recuperación” de Mariátegui por del Prado se da en un contexto de cambios tácticos en el Comintern. En esos años se pasó de la línea de clase contra clase –muy típica de inicios de los años treinta– a la del Frente Popular Antifascista, lo cual requería, en ese entonces, de la más amplia unidad nacional. En 1938, como consecuencia de esta nueva línea política, Ravines, por ejemplo, inicia un documento con una cita del propio Mariátegui, su otrora enemigo jurado.

4 Aquí el término populista está referido a los populistas rusos que creían que la comunidad campesina, por su estructura colectivista, podía ser la base del socialismo en ese país.

5 Nos referimos al ensayo de Jorge del Prado *Mariátegui, marxista-leninista, fundador del Partido Comunista*, publicado en 1943. Este ensayo se encuentra en Aricó (1978).



En ese período se sientan las bases para lo que podríamos llamar los “usos de Mariátegui” fundándose así una nueva etapa en el comunismo peruano⁶. Del “purgatorio populista”, Mariátegui pasó a ocupar un lugar central en este nuevo santoral laico, pero profundamente religioso, que el comunismo había creado.

No es extraña la manera en que Del Prado recrea a Mariátegui y la forma en que sistematiza sus ideas, como queda demostrado en su famoso texto *Mariátegui, marxista-leninista, fundador del Partido Comunista*. Lo mismo se puede decir del ensayo de Moisés Arroyo Posadas, *A propósito del artículo ‘El populismo en el Perú’ de V. Miroshvski* (Aricó, 1978), publicado en 1946, tres años después del texto de del Prado.

6 La “utilización” que hace del Prado de Mariátegui es igual a la que realiza Stalin de Lenin. Ella se sustenta en lo siguiente: primero, en separar radicalmente no sólo ciencia e ideología sino también considerar a la ideología, como dice Valentino Gerratano, en “un engaño introducido desde el exterior para engatusar a los ingenios y para hacerles ver las relaciones sociales distinta de cómo son en realidad”. En este caso se produce una doble operación: de un lado, la ciencia termina por reemplazar a la ideología, es decir, la ciencia es ideología; y, del otro, se rompe el vínculo entre sentido común y percepción del mundo. De ahora en adelante, la única concepción (ideológica) del mundo válida para los hombres es la científica, la cual bien puede alcanzar un estatus de verdad oficial. Segundo, se separa también radicalmente la historia del marxismo del marxismo mismo. No se considera, como afirma el mismo Gerratano, “que el movimiento es el elemento constitutivo de la naturaleza del marxismo, en el sentido de que la historia del marxismo resulta ser una articulación directa de la estructura del mismo [marxismo]”. Por eso, una visión de esta naturaleza dará primacía a la noción de “sistema” antes que a la noción de “historia”. Lo cual determinará que éste no sólo se “aplique” a la realidad sino también que su desarrollo sea entendido como un proceso, según Stalin, de complementación de las “tesis generales” de sus fundadores, el cual se expresa a través de saltos “dialécticos” que serán siempre encarnados por individuos superiores: primero Marx y Engels, luego Lenin, más tarde Stalin y Mao, y aquí en el Perú, el llamado “Pensamiento Gonzalo” de Abimael Guzmán, fundador de Sendero Luminoso. Por ejemplo, cuando Sendero Luminoso fundamentó el llamado “Pensamiento Gonzalo” dijo (en realidad lo dijo Guzmán) que este pensamiento no era obra de Guzmán sino más bien del desarrollo de la materia y de la práctica de millones de comunistas. El “pensamiento Gonzalo” no era otra cosa que la “mutación de la materia consciente” encarnada en Guzmán ya que éste tenía la virtud de ver la realidad tal como es y no como aparenta ser. Dicho en otros términos, Guzmán, al liberarse de la “opresión” de la ideología, construyó un pensamiento infalible. Nació así una suerte de superhombre, alguien que había logrado escaparse de la caverna de Platón, liberarse de la ideología y convertirse en un nuevo dios porque veía lo que “es” y no lo que se creía ver. Al respecto leer Gerratano (1975). Asimismo, Degregori (2010).



La tradición socialista, si cabe el término, quedaba subsumida no sólo en el discurso marxista-leninista sino también prisionera de una matriz profundamente conservadora, al negarse a crear una tradición nacional de signo socialista, características que primarán por varias décadas en la izquierda peruana.

El texto de del Prado es bastante ilustrativo en uno de estos aspectos: los intentos del viejo dirigente comunista por “limpiar” a Mariátegui de toda visión romántica del campesinado, de todo populismo. Sin embargo, el aspecto central de la reflexión del Amauta no era tanto su visión “romántica” del campesinado, aspecto por lo demás cierto e inevitable en su época, sino más bien su preocupación por encontrar en el supuesto colectivismo inca, presente en las comunidades indígenas-campesinas, un hecho actual y contemporáneo capaz de fundar una nueva tradición socialista. Mariátegui se emparentaba así con el llamado populismo ruso.

En este caso la tradición no es un mero ritual ni tampoco una repetición mecánica del pasado, sino un hecho que le da pleno significado al presente. Por ello, el problema no era contraponer a un Mariátegui campesinista y, por lo tanto, populista, versus otro de indudable sello obrerista o proletario, como planteaba el marxismo-leninismo, sino más bien reconocer y entender lo que Guillermo Nugent ha llamado la declarada ambición de Mariátegui por “construir tradiciones futuras dentro del horizonte de la originalidad peruana” (1987).

Así, el pensamiento comunista (o de izquierda) terminó siendo cosmopolita, al subordinarse ideológica, política e institucionalmente al Comintern, más aún cuando éste servía a los intereses del Estado nacional soviético, y también tradicionalista al remitirse a una ideología ahistórica y cuasi religiosa, el marxismo-leninismo, y al quedar prisionero de imágenes pasadas, pero gloriosas, como la Revolución Rusa, que tarde o temprano tendría



que repetirse en el Perú. Desde este punto de vista, el comunismo peruano tuvo que reescribirse más de una vez, mitificar su pasado para encontrar una línea de acción siempre coherente, y buscar una aparente originalidad que se anclaba más en el proceso revolucionario soviético que en el peruano⁷. En contraposición, será el APRA quien logre fundar una nueva tradición, conquistando así la hegemonía en lo que podemos llamar el contingente popular.

En este contexto, para los comunistas peruanos el presente no era la materia prima de una nueva tradición política socialista y sí, más bien, un espacio temporal en el que gracias a un cierto pragmatismo, discutible muchas veces, había que sobrevivir esperando el día de la victoria final. La revolución se transformaba –al igual que la República– en una eterna promesa del proletariado y de las clases populares.

El horizonte ideológico y político que inauguró Jorge del Prado en 1943 dentro del comunismo peruano, si bien implicó parcialmente una ruptura con la propuesta de Ravines y con el marxismo oficial fue, al mismo tiempo, su continuidad, al mantenerse el quiebre con la temática mariateguiana.

7 Esta obsesión por el proceso revolucionario ruso llevará al PCP a sostener durante el conflicto entre Perú y Colombia por Leticia, lo siguiente: “Nosotros los trabajadores no tenemos patria en el Perú (...). Es por esto que nosotros miramos hoy como única patria a la Unión Soviética, donde nuestra clase edifica un mundo nuevo, sin explotación, sin hambre, sin desocupación, sin crisis. ~ Hermanos trabajadores, nuestra patria es la tierra socialista! Nosotros no tenemos ningún patrimonio que defender”. En “Manifiesto del Comité Nacional Antiguerrero del Perú”, en la obra de Ricardo Martínez de la Torre *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú*. Sin embargo, hay que destacar que esta visión utópica-romántica no sólo era patrimonio del pensamiento comunista. Víctor Raúl Haya de la Torre, sobre el problema de Tacna y Arica, dirá: “~ Hay que decirlo y repetirlo, que la cuestión no es que en Tacna y Arica el explotador sea peruano o chileno, sino que lo esencial es que los pueblos se rediman y que las líneas de fronteras que sirven de agarraderas del imperialismo yanqui y las tiranías criollas, desaparezcan para siempre en el gran amor de la justicia!” (s/a: 58).



En el período del '30 al '56 sólo dos partidos dominarán el horizonte popular: el APRA y el PC. De ambos emergerá con fuerza, a fines de los cincuenta y comienzos de los sesenta, la llamada Nueva Izquierda.

¿Nueva o vieja izquierda?

Es común sostener que la llamada Nueva Izquierda nace a fines de los cincuenta con el surgimiento del APRA Rebelde, luego Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), y Ejército de Liberación Nacional (ELN). Ambas organizaciones son desprendimientos del APRA y del PCP y, ambas también, entre 1963 y 1965, inician una guerra de guerrillas de corta duración. A ellas se añaden los grupos maoístas, producto de la ruptura del PCP en 1964 como consecuencia del debate internacional chino-soviético. Al año siguiente se funda Vanguardia Revolucionaria (VR), integrada por ex militantes de Acción Popular (AP), trotskistas⁸ y marxistas no identificados con ninguna de las corrientes ideológicas de aquel entonces; éstos últimos provenían de los centros universitarios. En síntesis, entre 1959 y 1965 fueron los inicios de lo que se llamó en el Perú la Nueva Izquierda.

Ahora bien, ¿por qué es NUEVA esta izquierda? Creemos que su aporte, novedoso, por cierto, radica de un lado, en proponer un nuevo espacio de militancia, distinto al del propio PC y el APRA y, del otro, en su intento, frustrado –como veremos más adelante–, de crear un nuevo horizonte marxista. Es interesante señalar que

8 Sobre la historia de la izquierda peruana ver Adranzen (2011). Sobre la historia del trotskismo en el Perú leer Valencia (1973).



todos estos grupos, salvo los maoístas, no formaban nuevos partidos comunistas; sino que desechaban, por lo menos en materia de siglas, el membrete de comunistas. Más bien, estos nuevos grupos continuaban el ejemplo de la Revolución Cubana de 1959 la cual, como sabemos, no fue hecha por el partido comunista de ese país sino más bien por un movimiento que, apelando al nacionalismo, a la democracia y a la lucha armada, logró derrocar a la dictadura de Fulgencio Batista; y también el camino abierto por el Movimiento Social Progresista (MSP) años atrás en el Perú, en cuanto expresión de las nuevas clases medias y crítica a una opción comunista.

Estas organizaciones intentarían fundar una nueva tradición socialista en el seno de la izquierda marxista. Como afirma Héctor Béjar (1987), el cuestionamiento a un marxismo congelado se vivió pero, lamentablemente, no se escribió. Hubo, pues, intentos en esa línea en el MIR y en el ELN y en lo que se llamó VR. También el maoísmo hizo otro aporte al reforzar el descubrimiento del mundo campesino puesto en evidencia años atrás por un trotskista heterodoxo: Hugo Blanco.

Sin embargo, este movimiento renovador, cuando intentó ser pensamiento político, se pasmó. Fue prisionero de la ideología y, más concretamente, de las imágenes de otras revoluciones, en particular, de la china y la cubana. En realidad, esta Nueva Izquierda no supo entablar un diálogo autónomo con esas revoluciones y con otras corrientes del marxismo y de la cultura universal, como lo hizo Mariátegui, ni tampoco entender, pese a algunos esfuerzos meritorios pero por lo general al margen de los partidos⁹, la compleja realidad nacional.

9 Me refiero, por ejemplo, a los aportes de Anibal Quijano, Jorge Bravo B., François Bourricaud, Julio Cotler y José Matos Mar, entre otros.



Su adscripción casi inmediata y sin reservas al marxismo-leninismo, esto es, a una ideología que cuestionaban en la práctica, fue una de las murallas que impediría esta renovación política. Su posterior fragmentación por razones aparentemente ideológicas y, en algunos casos, su aislamiento de los movimientos sociales, reforzaría esta camisa de fuerza ideológica y su condición de grupos sectarios. Por ello, la Nueva Izquierda será nueva en la búsqueda de espacios y también, aunque en menor medida, de prácticas políticas; pero será vieja en el plano ideológico y en lo referente al pensamiento y a la tradición política. Es interesante observar que desde fines de los sesenta y comienzos de los setenta, la llamada Nueva Izquierda fue incapaz de forjar colectivamente una nueva imagen e interpretación del Perú.

Si esto es así, es decir, si el pensamiento político no se renovó en la izquierda, ¿dónde radica lo nuevo en términos de ideas? Ello se ubica más bien en el pensamiento social y más concretamente en la literatura, en las ciencias sociales y en el pensamiento cristiano que se transformará radicalmente con la Teología de la Liberación, que tiene como antecedentes más inmediatos los cambios operados en el seno de la Iglesia católica. Lo interesante es que estas tres innovaciones también ocurrieron en el resto de América Latina.

Otro nuevo elemento será el velasquismo¹⁰. Cuando los militares en la región se lanzaban a sangre y fuego a instalar férreas dictaduras, en Perú, más bien, se construía un régimen militar de claro talante reformista y nacionalista. Este reformismo militar no se reducirá, como se dijo en ese entonces, a la aplicación del viejo y primigenio programa aprista de los años treinta, sino que constituirá una

10 El general Juan Velasco Alvarado dirigió el golpe de Estado del 3 de octubre de 1968, de carácter reformista.



suerte de síntesis del pensamiento político de los cincuenta: el socialismo de Sebastián Salazar Bondy, el humanismo de Francisco Miró Quesada y el tercerismo de la Democracia Cristiana.

El velasquismo (1968-1975) permitió en conjunción, conflictiva por lo demás con la Nueva Izquierda, la presencia definitiva en la escena nacional de las nuevas clases populares que se habían venido desarrollando desde los años cincuenta. De ahí en adelante será imposible desterrar su presencia.

La Nueva Izquierda es, por tanto, una suerte de suma entre los nuevos grupos políticos surgidos en la década de los sesenta y setenta, el velasquismo y sectores del mundo cristiano que superarán una visión socialcristiana de la política. Estos grupos representarán, como bien dice Osmar Gonzales (2011), a las nuevas clases populares que abandonando el campo y convirtiéndose en obreros y pobladores, llegaron a la capital y a otras ciudades del país.

Sin embargo, la década de los setenta pronto mostrará las virtudes y defectos de esta Nueva Izquierda. Los partidos, que en un inicio reclamaban para sí un horizonte marxista distinto al inaugurado por el PC, rápidamente marcharán al encuentro con el marxismo-leninismo, luego con el maoísmo y, más tarde, con un mariateguismo utilitario.

Una de las consecuencias será el abandono del castrismo cubano pero, al mismo tiempo, el reforzamiento de lo que habían sido aspectos medulares de la línea política de la Nueva Izquierda: identificar la vía electoral con la claudicación programática y, también, la lucha armada como la forma superior de lucha y principio revolucionario (Nieto, 1987). Se abrió así el camino para el culto a la violencia revolucionaria. Todo ello articulado por una visión extremadamente ideologizada del marxismo y que se expresará, por ejemplo, en el marxismo-leninismo-maoísmo.



Es sobre este nuevo telón de fondo que se produce el reforzamiento de lo que podríamos llamar la matriz ideológica de esta Nueva Izquierda: el llamado regreso a los principios supuestamente primigenios de la izquierda debido a la “claudicación” del APRA y del PCP. Esto es, el marxismo-leninismo de los años del Comintern y la táctica de clase contra clase. Se volvía a escindir programáticamente, como en los años treinta, la reforma de la revolución y la modernidad y la modernización del socialismo, temas cruciales en los años setenta por el desarrollo del proceso velasquista, abriéndose paso el maximalismo o radicalismo como ideología.

El regreso a las fuentes primigenias fue leído como la vuelta a los planteamientos originales de Mariátegui. Sin embargo, este regreso fue unilateral y utilitario, por decir lo menos. Sirvió, principalmente, para diferenciarse del velasquismo y del PCP. Se produce, entonces, un segundo uso de Mariátegui que, aunque rompía políticamente con el punto de vista de Jorge del Prado, lo continuaba ideológicamente.

El maoísmo, creemos, fue el mejor caldo de cultivo para que esto sucediese. Como sabemos, la polémica entre el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y el Partido Comunista de China (PCCH) derivó hacia una conclusión muy simple pero profundamente errónea: uno, el PCUS era “revisionista” (también se puede leer como “traidor”); otro, el PCCH, era el “auténtico revolucionario” marxista-leninista.

Por eso un debate medular de esta Nueva Izquierda con el PCP fue el que se dio en torno a la figura de J.C. Mariátegui, convertido a esas alturas en una suerte de ícono. Si los partidos comunistas eran “revisionistas”, era necesario expropiar al PCP la figura del Amauta y plantearse, según palabras propias de esta Nueva Izquierda, la reconstrucción o reconstitución del PCP, cuestión que compartieron tanto organizaciones como VR, el PCR o el MIR,



hasta otras aparentemente menos significativas en ese entonces, como el PCP-Sendero Luminoso. Si en 1943 Mariátegui fue rescatado del “purgatorio populista”, en la década de los setenta lo fue del “infierno revisionista”. La tradición socialista quedaba así sepultada, en esta ocasión, por el marxismo-leninismo-maoísmo. Será Sendero Luminoso, en los años ochenta, quien lleve hasta las últimas consecuencias esta matriz marxista, incorporando un nuevo término, el “Pensamiento Gonzalo”, que pasaba a ser una suerte de nueva religión fanática¹¹.

Cabe destacar que esta apropiación de Mariátegui, vía el maoísmo o un marxismo-leninismo remozado, así como la adscripción a un maximalismo o radicalismo político, sentó las bases para establecer una especie de muro entre esta Nueva Izquierda y la práctica social del movimiento popular. Práctica que, por lo general, estaba teñida de contenidos reivindicativos y democráticos, como el reclamo de una ciudadanía política. A ello habría que agregarle una estructura y organización verticales, así como una composición social de sus élites sociales que provenían principalmente de las clases medias.

La Nueva Izquierda se movía en un terreno brumoso y ambiguo. Era un factor importante en el proceso de modernización y de modernidad en el movimiento popular pero, al mismo tiempo, era una traba para la institucionalización política de este nuevo movimiento popular vía una nueva representación del mismo. Este proceso se acentuó en la década de los ochenta cuando la crisis del

11 Al respecto, leer nota a pie de página N° 9. Además, el llamado “pensamiento Gonzalo” era una suerte de variante más desarrollada, pero pervertida, que se movía en el horizonte que inaugura Jorge del Prado en 1943. Al igual que para del Prado, continuar a Mariátegui es seguir siendo marxista-leninista, para Abimael Guzmán, líder de Sendero Luminoso y conocido como Presidente Gonzalo, ser seguidor del Amauta es ser también, marxista-leninista-maoísta.



capitalismo peruano se agravó, Sendero Luminoso inició la lucha armada, el gobierno aprista fracasó y la izquierda se dividió, y cuando cayó el Muro de Berlín. En este contexto, la izquierda no logró dar respuesta a estos problemas, sobre todo, en su ubicación en el nuevo sistema democrático, lo que terminó por destruir un mundo que la Nueva Izquierda había contribuido a formar.

Por otra parte, los sectores más radicales del velasquismo fundan en 1976 el Partido Socialista Revolucionario (PSR). Es cierto que en dicho intento había cuando menos la voluntad de retomar la tradición de J.C. Mariátegui, sin embargo, éste rápidamente mostró sus limitaciones. El PSR fue identificado y se autoidentificó como un partido velasquista más que socialista. Sus fundadores, muchos de ellos militares del gobierno del general Velasco, y cuadros de dirección, buena parte provenientes de la Democracia Cristiana y del propio proceso velasquista, no lograron ni recrear esta tradición socialista en momentos en los cuales los sectores populares irrumpían de manera masiva y radicalmente en el escenario nacional, ni tampoco fundar una nueva política. Ya no desde el Estado sino desde la sociedad. Dos años después, en 1978, esta organización terminó por dividirse entre el PSR y el PSR Marxista-Leninista, siguiendo así el itinerario rupturista de la Nueva Izquierda.

Finalmente, los grupos cristianos de izquierda migraron masivamente a los partidos de la Nueva Izquierda. Resulta cuando menos paradójico que el contingente de cristianos radicales, nacidos bajo el paraguas de la Teología de la Liberación, la más importante tendencia en el siglo pasado y actualmente en el mundo católico, no hayan aportado de manera sustancial a la renovación del pensamiento socialista. Más aún si tenemos en cuenta que la Teología de la Liberación es, entre otros puntos, una crítica a la modernidad europea y al eurocentrismo y, por lo tanto, al marxismo. Su aporte caminó, más bien, por un acercamiento



al movimiento popular y por una innegable contribución a la construcción de una serie de organizaciones populares, sobre todo, en el mundo barrial. Este acercamiento, sin embargo, no estuvo libre de una visión romántica del mundo popular. Pero sería unilateral sostener que esto era una característica exclusiva del mundo cristiano. Por el contrario, este discurso era compartido por las organizaciones marxistas-leninistas. Todo ello permitió una suerte de anticapitalismo romántico en las filas de la izquierda.

Quizás una explicación que ayuda a entender mejor el comportamiento de los católicos de izquierda es lo que José Aricó (1988) llamó el “jesuitismo como ideología modernizante”. Esto es, la incapacidad de pasar a una fase de laicidad de la sociedad y del gobierno para posibilitar la construcción de un Estado moderno. Esto último es importante, más aún si tenemos en consideración que la fundación de una tradición socialista se sustenta en una sociedad secularizada y en un Estado laico.

Las múltiples crisis

La renovación, por ello, no vendrá tanto de los partidos de la izquierda sino más bien de los sectores populares, de los intelectuales alejados de las organizaciones políticas y del impacto de determinados hechos internacionales, así como y, principalmente, del regreso a la democracia en 1980 tras doce años de gobiernos militares.

A las jornadas obreras de la década de los setenta, que eran una mezcla –como bien dice Carmen Rosa Balbi (1989)– de radicalismo sindical y lucha por una ciudadanía dentro y fuera de la fábrica, les siguieron los movimientos barriales, que no sólo reivindicaron vivir en una ciudad para todos (como sucedió en 1983 con el triunfo de Alfonso Barrantes a la alcaldía de Lima), apelando a su condición de vecino, sino también a un trato igual y, por lo tanto, ciudadano.



En la década de los setenta, gracias a estos movimientos populares, organizados muchas veces por la Nueva Izquierda; a las reformas militares del velasquismo; al crecimiento de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP) y del sindicalismo; y a la presencia del mundo cristiano progresista, el Estado y la sociedad oligárquicos entraron en una crisis definitiva, estableciéndose un período de transición política.

Es este proceso, con las grandes movilizaciones de 1977 y 1978 –que posibilitan la Asamblea Constituyente y el regreso a la democracia– el que permite o, mejor dicho, provoca la crisis definitiva de los partidos de izquierda. La emergencia masiva de las capas populares pone en evidencia la inviabilidad de estos micropartidos, así como también el clima ideologizado en extremo que se vivía en la izquierda peruana.

No es extraño que a finales de los setenta e inicios de los ochenta se inicie un debate sobre, entre otros puntos, la izquierda, el partido y el marxismo de J. C. Mariátegui y su ubicación como pensador dentro de esta corriente¹². Se proponen fórmulas para superar el llamado “partido leninista”. Se sitúa a Mariátegui, para emplear una frase de Flores Galindo, entre el Comintern y el APRA, rompiéndose así con el horizonte ideológico inaugurado por Jorge del Prado. Se habla del “cholocomunismo” y de un “marxismo nacional”¹³.

12 En dicho debate participaron, entre otros, Alberto Flores Galindo, Carlos Franco, Sinesio López, Jorge del Prado, Manuel Miguel de Priego y Rafael Roncagliolo. También los extranjeros José Aricó, Antonio Mellis y Robert Paris.

13 El llamado “cholocomunismo” es propuesto por Carlos Malpica en 1979 en el semanario *Amauta*. El “marxismo nacional”, a su vez, por un grupo de militantes de la izquierda en 1980 que más tarde publicará la revista *El Zorro de Abajo*.



A estas nuevas propuestas, de por sí novedosas, hay que añadir dos hechos al final de la década de los setenta: el regreso a la democracia y la crisis no sólo de los socialismos reales sino también de un conjunto de experiencias tercermundistas de signo socialista, entre las que se destaca el genocidio en Camboya y la invasión soviética a Afganistán. En este contexto, también hay que ubicar la lucha de los obreros polacos en contra del gobierno “comunista” de ese país, lo que motivó un gran debate en el seno de la izquierda peruana.

El regreso a la democracia resitúa lo que había sido hasta ese momento uno de los pilares ideológicos de la Nueva Izquierda: la identificación entre claudicación política y camino electoral. Por eso la participación de la mayoría de partidos de izquierda en las elecciones de 1980 no sólo se dio de manera vergonzante sino también dividida. La derrota electoral de la izquierda en las elecciones presidenciales que marcaron el regreso a la democracia en ese año, luego de los resultados espectaculares obtenidos en la Constituyente de 1978, así como el inicio de la lucha armada de Sendero Luminoso en medio de las elecciones, obligará a formar Izquierda Unida e iniciar otro ciclo político que llevará a nuevas tensiones al interior de la izquierda.

La primera de ellas fue la tensión entre un discurso radical que exaltaba la lucha armada como vía de acceso al poder, y su instalación en la naciente democracia. En realidad, ella replantea las relaciones entre reforma y revolución, tema hasta ahora poco debatido al interior de la izquierda.

La segunda tensión se produce por el desencuentro entre ese mismo discurso radical y la existencia de Sendero Luminoso. En realidad, el accionar de SL, su presencia pública, en un inicio exitoso, como así también la del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), impidió resolver esa tensión en su momento.



La tercera tensión se origina en la emergencia de los sectores populares a la vida política nacional, lo que demandaba una nueva representación política y, frente a ello, el mantenimiento de los micropartidos de izquierda. IU, en este contexto, fue una posibilidad de representación: sin embargo, concretarlo suponía que estos micropartidos dejaran de lado sus lógicas corporativas (que eran al mismo tiempo sus bases de apoyo) y optaran ya no por una identidad clasista sino, más bien, por otra de claro signo ciudadano, popular y plebeyo, lo cual se debería haber manifestado en una nueva dirección política. Ello se reflejó, por ejemplo, en una capa dirigente de izquierda que se mantuvo en sus cargos pese a las derrotas sufridas.

La cuarta tensión estaba vinculada a los cambios operados en la sociedad peruana. Esta pasó de ser una sociedad estamental estratificada, rasgo del sistema oligárquico, a otra de masas. Su paso por la sociedad de clases fue importante e intenso, pero breve. De tal suerte que la izquierda peruana se vio atrapada por un discurso corporativo clasista que le impidió tomar en cuenta los procesos de modernización y democratización que se vivieron en esos años. El nuevo discurso de la informalidad, enunciado por Hernando de Soto a mediados de la década de los ochenta, resolvió esta tensión creando el discurso del capitalismo popular y redefiniendo así la nueva identidad popular. El “pueblo clasista”, que antes estaba compuesto por obreros, campesinos y pobladores, pasó a ser otro “pueblo” constituido, principalmente, por empresarios populares, llamados también emprendedores o informales, cuyo conflicto (o contradicción) ya no era con la clase “burguesa o empresarial” sino más bien con un Estado populista que otorgaba y mantenía privilegios tanto a un sector empresarial como a los trabajadores formales, sobre todo, sindicalizados¹⁴.

14 Al respecto, leer Adrianzen GB (2010 y 2014).



La quinta tensión fue la incapacidad por entender la crisis del socialismo real y del llamado Estado populista en América Latina. Cuando estalló la crisis en la región y se desplomó el Muro de Berlín a finales de la década de los ochenta, y dos años después la Unión Soviética, la izquierda prácticamente se quedó sin discurso. El silencio invadió sus predios a lo que sumó el repliegue social de la izquierda. Sin embargo, no pasó lo mismo con la matriz ideológica que hemos llamado “marxismo-leninismo”, que hasta ahora perdura en algunos grupos de la izquierda peruana.

En los años noventa esta crisis se profundizó por varios factores. El primero fue el triunfo inesperado de Alberto Fujimori en las elecciones presidenciales de 1990. Fujimori, gracias a los votos del APRA y las izquierdas, ya que se presentaron divididas, derrotó en la segunda vuelta a Mario Vargas Llosa que representaba en ese momento a una nueva derecha que levantaba un programa neoliberal. El segundo fue el golpe de Estado del cinco de abril de 1992 y la Constitución neoliberal de 1993 que permitieron a Fujimori y al fujimorismo construir una sólida hegemonía no sólo política y social sino también económica¹⁵. El tercero fue la permanencia de la división en la izquierda que tenía como principal razón los desacuerdos sobre cómo enfrentar el autoritarismo fujimorista. Ello se expresó en las elecciones para el Congreso Democrático en noviembre de 1992 y en las elecciones presidenciales de 1995. Sin embargo, cabe señalar que en dichas elecciones la izquierda procesó una nueva división: un sector se presentó como Izquierda Unida –que obtuvo, como hemos señalado, el 0,6% del electorado–

15 En realidad el fujimorismo, como han dicho varios, fue una alianza entre los pobres y las clases altas en contra de las clases medias. La izquierda perdía sus vínculos con los sectores populares como lo demostraron las elecciones presidenciales de 1995.



y el otro apoyó al candidato opositor Javier Pérez de Cuéllar, de tendencia democrática liberal. En el Congreso, en el período 1995-2000, no hubo un solo representante de la izquierda.

Por eso, cuando el fujimorismo entró en crisis a mediados de la década de los noventa y se desplomó en 2000, luego de las elecciones fraudulentas de ese mismo año, la presencia de la izquierda en este proceso fue menor. Los protagonistas fueron otros: Valentín Paniagua, elegido Presidente por el Congreso en noviembre de 2000, luego de la fuga de Alberto Fujimori a Japón; Alejandro Toledo, triunfante en las elecciones presidenciales de 2001; y los jóvenes¹⁶. Cabe señalar que tanto Paniagua como Toledo incorporaron a militantes de izquierda como ministros en sus respectivos gobiernos. Sin embargo, en las elecciones de 2006 la izquierda se presentó nuevamente dividida con tres candidatos que, sumados, no alcanzaron el 2% de los votos. La crisis tocaba fondo no sólo por los resultados electorales de ese año sino también por la aparición de Ollanta Humala con su propuesta nacionalista.

El fin de Izquierda Unida y una nueva etapa: la post izquierda

Eduardo Rinesi, en un interesante e inteligente libro (2003), plantea las relaciones entre la política y la tragedia, lo que podemos llamar el “pensamiento trágico”. Para este autor la tragedia es útil para entender y hacer política puesto que ésta “es un modo de tratar con el *conflicto*, con la dimensión de contradicción y de antagonismo

16 Al respecto, leer Adrianzen (2009).



que presentan siempre las vidas de los hombres y las relaciones entre ellos, y esa cuestión del conflicto es uno de los grandes problemas, uno de los núcleos fundamentales de la política”. Rinesi, siguiendo a Claude Lefort, sostiene “que el conflicto es un elemento *constitutivo de la política* (...), y que lo es en el sentido más radical de que *constituye su misma materia*”. De ahí que el conflicto “no es otra cosa que la realidad de la política”.

Desde ese punto de vista, para este autor, “el pensamiento trágico, en efecto, en la medida en que es un pensamiento capaz de convivir con el conflicto y de tratar de pensar en él y a partir de él (y no a pesar de él, ni mucho menos contra él) (...) es un tipo de pensamiento especialmente apto para el estudio de los fenómenos políticos”. Lo que se opondría al pensamiento trágico sería la filosofía (política) “porque se levanta contra el conflicto” y porque cuando piensa en éste lo hace “a partir y dentro del presupuesto del orden”. De ahí que “la filosofía política sólo podría pensar el conflicto en el mismo movimiento en el que piensa las formas de encuadrarlo, superarlo, disolverlo y, por esas vías, sacarlo de la escena”. La política, por su parte, supone la representación al admitir que el conflicto es permanente y que ello requiere, además de formas institucionales, la construcción de identidades colectivas (políticas) que expresen y representen los diversos intereses.

No es extraño entonces que la izquierda peruana, luego del fracaso de los años ochenta, se haya movido entre la búsqueda de un consenso que al reconocer que todos los intereses son iguales y que poco tienen que ver con el poder, sobrevalora así el orden en desmedro del conflicto, construyendo una democracia sin contenido y sin identidades colectivas; y el puro antagonismo, al plantearse que el conflicto por ser indeseable y contrario a los intereses de los trabajadores, es contingente y, por tanto, debe desaparecer. En ese nuevo orden no hay lugar para un conflicto regulado, ni espacio, como diría Chantal Mouffe, para una “izquierda agónica” que



entienda que reforma y revolución son parte de un mismo proceso, dramático por cierto, y no dos conceptos y prácticas supuestamente antagónicas.

La reforma y la revolución

La izquierda, como consecuencia de la persistencia de la matriz marxista-leninista, enfrentó a estas dos ideas como dicotómicas y alternativas, cuando todo indica que eran (y son) parte de un mismo proceso: no hay revolución sin reformas ni reformas sin revolución. Dicho de otra manera, hay que mantener y fortalecer la continuidad democrática y al mismo tiempo provocar rupturas al interior de esta democracia para cambiar el orden. Esto último supone la construcción de una democracia ciudadana lo suficientemente fuerte e inclusiva para incorporar el conflicto como “materia prima” de la política. Lo primero, sería la democracia social, lo segundo, la revolución social, es decir, un momento fundacional que supone la construcción de un orden (también se puede emplear el término “comunidad política nacional”) capaz de institucionalizar el conflicto y legitimar así los intereses diversos.

Así, la izquierda en los años noventa, en un nuevo contexto, definido, primero, por el triunfo electoral de Alberto Fujimori y, después, por el golpe de Estado del 5 de abril de 1992 y también por el fin, en la práctica, del senderismo, procesó otra fractura. De un lado, estaba un sector atareado en la búsqueda de un momento revolucionario pero que, como éste no llegaba, terminaba casi siempre en el mero pragmatismo político y, de otro, un sector que rendía culto al “realismo” de las reformas sobre la base de lo que hemos llamado la búsqueda de los consensos racionales. Los mejores exponentes de ello, como hemos señalado al inicio de este texto, han sido los partidos comunistas en sus diversas variantes, pero también la llamada Nueva Izquierda fundada en los sesenta. La “atracción” que ejercieron



Sendero Luminoso, el MRTA y la violencia armada en los años ochenta, pero también los espacios conquistados en la democracia, como el parlamento, reflejaba bien esta suerte de esquizofrenia política que condujo a la izquierda, finalmente, a su derrota.

Como señala Carlos Adrianzén GB (2009):

“En el escenario de los años ‘90 el marxismo-leninismo colisiona con temas que se convertirían casi en axiomas en el arco político nacional: el pluralismo y la vía electoral eran principios incontrovertibles para la casi totalidad de los partidos políticos (con la excepción quizás de Sendero Luminoso). El marxismo-leninismo, con su pretendida científicidad y una visión exacerbada del conflicto no podría ni siquiera acercarse al discurso liberal hegemónico. El pluralismo y el conflicto antagónico -en tanto implica la desaparición del adversario- se hacen incompatibles. Así las cosas, los que todavía no habían renunciado al marxismo-leninismo tuvieron, en la práctica, que relegarlo y abandonarlo paulatinamente.

El segundo elemento a partir del que se intenta construir una nueva imagen de la izquierda es la ruptura con SL y el MRTA. El tardío rompimiento de algunos sectores de la izquierda con ambos grupos había sido percibido como uno de los problemas para la izquierda de los años ochenta. Pero en los noventa, casi la totalidad de participantes de la experiencia de IU criticó duramente a Sendero y la lucha armada en general.

Así, la categoría de conflicto quedó marcada por el marxismo-leninismo y por otro lado por el proceso de guerra interna, más aún por el conflicto total que impulsaba SL. Ambas visiones del conflicto servirían como ejemplo negativo de lo que se buscaba construir en esta década que se iniciaba. En esta nueva etapa, aquellos provenientes de la experiencia de



IU apostaron (junto a otros sectores de la sociedad) por una “democracia sin apellidos” que, en vez de buscar transformar o sublimar las relaciones antagónicas y convertirlas en relaciones agónicas, aceptara la construcción de una identidad sin exclusiones donde lo propio no fuera el conflicto (en cualquiera de sus formas), sino la deliberación y el consenso”.

La izquierda demostró así que no tenía, pues, ni un pensamiento ni un horizonte trágicos sino más bien uno pragmático que la llevó a aislarse de la política (es decir, de la conflictividad social) y de los sectores populares. Tanto los “radicales” como los “reformistas” terminaban por moverse en un pragmatismo carente de sentido político que les impidió reconectarse con una sociedad que había cambiado.

Cuando se puso fin a la violencia política en el Perú en los años noventa; cuando una buena parte de los cuadros de izquierda migraron a las ONG y otros, en menor medida, al Estado, y decidieron “canjear” la revolución por la construcción de nuevos consensos al margen de los intereses en conflicto; y cuando triunfó el autoritarismo fujimorista en esos mismos años sobre la base de un pacto con los pobres y la destrucción de lo poco que quedaba del sindicalismo, la solidez de la izquierda terminó, como diría Marx, por disolverse en el aire. Se convirtió así en un fantasma, distinto por cierto al del *Manifiesto Comunista*, que no desafiaba el *statu quo* ni generaba miedo ni temor a las clases dominantes. No es extraño que en esos tiempos se inicie la “migración” de antiguos cuadros de la izquierda a la derecha, legitimada por un discurso que ponía énfasis en el pluralismo y en la defensa de una democracia que, al poco tiempo, demostró que estaba vacía de contenido y de significado al obviar el conflicto y los intereses divergentes e irreductibles que ésta contiene. Fueron los tiempos en que un discurso liberal mal entendido y peor digerido hizo su ingreso en la izquierda junto con la persistencia del marxismo-leninismo.



En realidad, esta falsa dicotomía ayudó a construir y perpetuar liderazgos y partidos que se legitimaban con la promesa de un lejano “asalto al Palacio de Invierno”, pero que se contentaban con “mantener” los espacios “ocupados” al interior del sistema democrático sin producir grandes cambios en ellos. Lo mismo se puede decir de la dirigencia sindical que terminó, al igual que los líderes de la izquierda, defendiendo los espacios ganados por estos mismos dirigentes. Por ello, uno de los muchos signos de estos grupos dirigentes, tanto políticos como sindicales, fue su perpetuidad en los cargos, como expresión de que no era posible la reforma y el cambio y sí más bien su burocratización. Así, paradójicamente, la izquierda y el sindicalismo dejaron de ser “revolucionarios” por no ser “reformistas” en los espacios en los que actuaban.

Es este proceso el que explica en parte no sólo la conversión de la izquierda en una minoría política sino también su incapacidad para administrar la tensión entre la reforma y la revolución. Cuando esta izquierda es ganada por la dinámica de una conflictividad permanente se vuelve “revolucionaria” y cuando opta por el consenso se vuelve “reformista”. No hay espacio ni horizonte para una nueva radicalidad que combine y administre ambos procesos. Por eso, el “limbo” es el nuevo espacio de la izquierda.

Colofón: dialogar con los “otros”

En el año 2011, a diferencia de 2006, una parte de la izquierda participó de la coalición política llamada Gana Perú que llevó al triunfo a Ollanta Humala en las elecciones presidenciales. Los sectores que no participaron de esta alianza y que se pueden identificar tanto como “reformistas” como “revolucionarios”, sufrieron una gran derrota. Sin embargo, a los pocos meses y como consecuencia de un “giro a la derecha”, Ollanta Humala rompió con el sector de izquierda que lo apoyó para conformar paulatinamente un gobierno abiertamente de derecha y continuador del neoliberalismo.



Hoy la izquierda o las izquierdas están fuera de un gobierno inicialmente progresista, buscando una unidad para enfrentar el próximo proceso electoral de 2016, como si ella fuera la única condición para salir de su marginalidad actual. Cuando, si la izquierda quiere salir de su propia crisis, además de aggiornarse intelectual y políticamente, debe iniciar una profunda discusión sobre su pasado y su futuro. Pero, además, preguntarse con absoluta honestidad por qué hoy es mínima su capacidad de representación política.

Se trata de pasar los límites de la mera y conocida autocrítica y de establecer un diálogo intelectual y político con una realidad que le ha sido esquiva todos estos años. Ello supone no sólo entablar un diálogo con un “nacionalismo” que fue la expresión de los sectores empobrecidos en 2006 y 2011, como así también con las nuevas generaciones desvinculadas de una experiencia concreta de izquierda; sino, sobre todo, con los sectores populares que la izquierda dice o pretende representar, para incluirlos nuevamente en el quehacer político del país y en la dirección de sus partidos. Ahí está, creo, la clave de una posible solución y acaso el reconocimiento de que en noviembre de 1989 el Muro de Berlín se derrumbó y con él las viejas ideologías.



BIBLIOGRAFÍA

- Adrianzen, Alberto (2009) *La transición inconclusa. De la década autoritaria al nacimiento del pueblo*. Lima, Otra Mirada.
- Adrianzen, Alberto (edit.) (2011) *Apogeo y crisis de la izquierda peruana: hablan los protagonistas*. Lima, Idea Internacional y Universidad Ruiz de Montoya.
- Adrianzen GB, Carlos (2009) *La izquierda peruana y los impases de su redefinición política (1978-2006)*. Lima, PUCP. Tesis
- Adrianzén GB, Carlos (2010) “De Soto y la (im)posible apuesta por un neoliberalismo popular”, en Portocarrero, Gonzalo et al. *Cultura política: tradición autoritaria y democratización anómica*. Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales.
- Adrianzén GB, Carlos (2014) “Una obra para varios elencos: apuntes sobre la estabilidad del neoliberalismo en el Perú”, en *Nueva Sociedad*. Buenos Aires. Fundación Friedrich Ebert. N° 254, Nov-Dic.
- Aricó, José (1978) *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. México, Editorial Siglo XXI, Cuadernos de Pasado y Presente.
- Aricó, José (1988) *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires, Editorial Punto Sur.
- Balbi, Carmen Rosa (1980) *El Partido Comunista y el APRA en la crisis de los años treinta*. Lima, G. Herrera Editores.
- Balbi, Carmen Rosa (1989) *Identidad clasista en el sindicalismo: su impacto en la fábrica*. Lima, DESCO.



Béjar, Héctor (1987) “Los orígenes de la Nueva Izquierda en el Perú. La izquierda guerrillera (período 1956-1967)”, en Adrianzén, Alberto *Pensamiento Político Peruano*. Lima, DESCO.

Caballero, Manuel (1988) *La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana*. Caracas, Nueva Sociedad.

Degregori, Carlos Iván (2010) *Qué difícil es ser dios. El Partido Comunista del Perú, Sendero Luminoso y el conflicto armado*. Lima, IEP.

Flores Galindo, Alberto (1982) *El pensamiento comunista. Antología*. Lima, Mosca Azul.

Franco, Carlos (1990) “Hildebrando Castro Pozo: El socialismo cooperativo”, en Adrianzen, Alberto *Pensamiento político peruano 1930-1968*. Lima, DESCO.

Gerratano, Valentino (1975) *Investigaciones sobre la historia del marxismo*. Barcelona, Grijalbo. Tomos I y II.

Gonzales, Osmar (2011) “La izquierda peruana: una estructura ausente”, en Adrianzen, Alberto (editor) *Apogeo y crisis de la izquierda peruana: hablan los protagonistas*. Lima, Idea Internacional y Universidad Ruiz de Montoya.

Haya de la Torre, Víctor Raúl (s/a) “Por la emancipación de América”, en *Obras completas*. Lima, Editorial Juan Mejía Baca. Tomo 1.

Nieto, Jorge (1987) “¿Vieja o Nueva izquierda?”, en Adrianzén, Alberto *Pensamiento Político Peruano*. Lima, DESCO.

Nugent, Guillermo (1987) “Tradición y modernidad en José Carlos Mariátegui”, en Adrianzen, Alberto *Pensamiento político peruano*. Lima, DESCO.



PCP (1980) “Bajo la bandera de Lenin. Instrucciones sobre la Jornada de las tres LLL”, en *Socialismo y Participación*. Lima, CEDEP. N° 11. Septiembre.

Rinesi Eduardo (2003) *Política y tragedia: Hamlet, entre Hobbes y Maquiavelo*. Buenos Aires, Editorial Colihue.

Valencia, B. (1973) *La bancarrota de la izquierda en el Perú*. Lima, Editorial Fondo de Cultura Popular.



EL MURO DE BERLÍN Y LA IZQUIERDA VENEZOLANA

Demetrio Boersner

Venezolano, nacido en Hamburgo, Alemania. Doctor en Ciencias Políticas. Profesor titular (jubilado) de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad Católica Andrés Bello. Entre sus especialidades académicas se encuentran la historia de las relaciones internacionales y la historia del pensamiento económico y social. Es autor de libros y periodista de opinión. Fue secretario ideológico y de asuntos internacionales de distintos partidos de la izquierda democrática. Entre 1984 y 1999 fue embajador en varios países europeos y director de política de la cancillería venezolana.

A partir del año 1931 existió una división dual de las izquierdas venezolanas, entre una corriente autoritaria y otra democrática. Esta dualidad original fue perturbada, no por la caída del Muro de Berlín, sino por acontecimientos anteriores en dos decenios –concretamente, en torno al año 1968–, que desacreditaron parcialmente a los “partidos viejos” e hicieron aparecer fuerzas progresistas nuevas. El período que sigue a la caída del Muro y al colapso de la URSS más bien tendió en Venezuela a reconstituir la vieja dualidad sobre bases ligeramente renovadas. No parecen haber ocurrido en el seno de la izquierda venezolana debates y deslindes profundos causados por la caída del Muro, sino que éstos fueron el resultado de anteriores crisis del comunismo: su descrédito universal por la represión de la “Primavera de Praga” y, por otro lado, el fracaso del guevarismo en América Latina. El



posterior surgimiento en Venezuela de un populismo militarista que se dice “socialista”, pero que interpreta ese concepto en términos autoritarios, ha vuelto a fraccionar a las izquierdas en dos campos antagónicos muy parecidos a los que existían antes de 1968. En ese sentido, seguramente nuestra experiencia actual difiere de la del resto de América Latina. Por ello, hemos optado por dividir este breve trabajo en tres secciones: una correspondiente al período “dualista” de 1931- 1968, la segunda referida a la situación “triangular” de los años 1968-1989, y la tercera dedicada a interpretar y resumir la contradicción, nuevamente dualista, entre las dos izquierdas venezolanas de la época actual.

Socialdemocracia vs. comunismo, 1931-1967

Luego de un siglo XIX marcado por estructuras señoriales, incesantes conflictos armados internos y la injerencia financiera y diplomática de potencias extranjeras, Venezuela halló el camino a la modernidad sobre la base material del reemplazo de la exportación de café y cacao por la de petróleo. Los altos ingresos derivados de la exportación petrolera permitieron la acumulación de capitales para un comienzo de diversificación económica que generó importantes cambios sociales y culturales. Bajo el régimen político represivo del “tirano liberal” (Caballero, 2003) Juan Vicente Gómez, se fue gestando imperceptiblemente una Venezuela nueva. Dentro de un lento proceso de migraciones del campo a la ciudad, se formaron los primeros núcleos de una clase obrera y de una clase media modernas (Godio, 1980: 33-96, Tomo 1).

Desde el año 1924, los venezolanos exiliados en distintos países de Latinoamérica fundaron las primeras organizaciones políticas anti-dictatoriales, algunas influidas por el marxismo y otras de tendencia liberal. En 1928 estalló una rebelión armada de estudiantes y militares jóvenes contra el régimen de Gómez y,



aunque el movimiento fue reprimido y sus líderes encarcelados o desterrados, este acontecimiento marcó un hito esencial en la historia contemporánea del país. La “Generación del 28” fue protagonista del futuro proceso de democratización de Venezuela, y creadora de sus movimientos políticos de izquierda. En 1931 se fundó clandestinamente en el país el Partido Comunista de Venezuela (PCV), y en el mismo año otro grupo, exiliado en Colombia, publicó el “Plan de Barranquilla”, que define la realidad venezolana con metodología marxista, pero que en sus conclusiones difiere del esquema de la Tercera Internacional y asoma una vía esencialmente socialdemócrata, con énfasis en la democracia política y en el carácter nacional específico de las tareas revolucionarias planteadas (Sosa y Lengrand, 1981: 126-140). Desde entonces en adelante, en Venezuela existe un claro dualismo entre una izquierda socialdemócrata y otra comunista (Ecarri, 2011: 13-34).

Juan Vicente Gómez murió en diciembre de 1935 y, desde enero de 1936 y hasta el año 1941, el país fue gobernado por el general Eleazar López Contreras, surgido del gomecismo pero de mentalidad humanitaria y abierta a las nuevas realidades. Bajo su égida paternalista-liberalizadora, Venezuela dio los primeros pasos hacia la democracia.

A veces toleradas y otras veces reprimidas, las dos izquierdas venezolanas pudieron respirar, crecer y organizarse en partidos políticos. Los comunistas fundaron el llamado Partido Republicano Progresista (PRP). La corriente socialdemócrata, con Rómulo Betancourt como su líder más destacado, se plasmó sucesivamente en las entidades Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI) y Organización Venezolana (ORVE), antes de fundar en octubre de 1936 el Partido Democrático Nacional (PDN), en el cual también militaron transitoriamente los comunistas venezolanos. Pero al cabo de unos meses se produjo la ruptura entre las dos izquierdas;



los comunistas se retiraron del PDN y tomaron un rumbo aparte, dejando al partido en manos de la corriente socialdemócrata.

También surgió bajo el amparo de López Contreras el movimiento sindical venezolano y, a fines de 1936, se celebró el primer Congreso de Trabajadores, seguido de la primera huelga petrolera (diciembre de 1936 – enero de 1937), la cual provocó medidas represivas por parte del gobierno, incluido el destierro temporal de la alta dirigencia de izquierda y la ilegalidad del PDN, a cuyas filas afluyó gran parte de la dirigencia sindical (Godio, 1980: 145-158). Otro factor progresista importante lo constituyó la creación de la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV).

En 1941 fue elegido por el parlamento venezolano (que a su vez había surgido de elecciones indirectas y con sufragio que excluía a las mujeres y los analfabetos), el general Isaías Medina Angarita, también de antecedentes gomecistas pero de espíritu abierto y deseoso de llevar al país hacia una democracia plena. El ambiente internacional –la Segunda Guerra Mundial y gran alianza antifascista– alentó grandemente los impulsos venezolanos hacia una democratización completa. Ya en 1941, el PDN fue legalizado con el nuevo nombre de Acción Democrática, y el PCV lo fue igualmente, primero con la denominación de Unión Popular (UPV) y después con la suya propia. Por otra parte, la importancia estratégica del petróleo venezolano para la causa aliada permitió al gobierno de Medina comenzar a desarrollar una política exterior soberana y fortalecer su posición frente a las compañías petroleras transnacionales, concesionarias en el país.

Durante la etapa medinista se desarrolló una fuerte rivalidad entre socialdemócratas y comunistas por la influencia sobre el movimiento obrero y popular, y esta competencia fue ganada por los socialdemócratas. El PCV, siguiendo las instrucciones de Moscú, se adhirió estrictamente a la línea de unidad con todas las fuerzas



antifascistas, incluida la burguesía más conservadora, con tal de que se opusieran al Eje germano-italiano-japonés, y ello lo llevó a oponerse a cualquier reivindicación laboral conflictiva dentro del país. En cambio, AD abrazó el sano principio de que una alianza global contra el fascismo no debe significar que se sofoquen los reclamos laborales justos y enmarcados en el orden legal, y por ello apoyó ese tipo de acciones. Esto le valió una creciente confianza y adhesión mayoritaria de los trabajadores organizados en el país (Ecarri, 2011: 52-56).

Infortunadamente, en 1945 Medina se negó a dar el paso hacia la implantación del sufragio universal y la elección directa de su sucesor, y ello dio lugar a una conspiración militar cuyos promotores invitaron a Acción Democrática a participar en un golpe revolucionario. El 18 de octubre de 1945 Medina fue derrocado y se instaló una Junta Revolucionaria de Gobierno cívico-militar, presidida por Rómulo Betancourt. Los socialdemócratas justifican este episodio golpista señalando que en los tres años de gobierno “adeco”, de 1945 a 1948, se llevó a cabo una profunda transformación democrática del país. Por primera vez en la historia de Venezuela, se incorporó a la vida política activa a la totalidad del pueblo hasta la más remota aldea del país. Se realizaron comicios por sufragio universal –hombres y mujeres mayores de 18 años, incluidos los analfabetos- para elegir una asamblea constituyente y después al poder legislativo y al presidente constitucional de la república, que sería el insigne escritor Rómulo Gallegos. Se realizó una labor enorme en materia de educación y sanidad, se empoderó a las clases obrera y campesina a través del auge del sindicalismo y se promovió la soberanía económica del país mediante la adopción del principio de “no más concesiones” y la implantación del esquema “50-50” para la tributación de las compañías petroleras, así como por la creación de la Flota Mercante Grancolombiana en asociación con países hermanos. En el dominio de la política exterior, Venezuela rompió sus relaciones con la España franquista



y con las dictaduras de derecha en Latinoamérica y actuó como agresiva promotora de la democracia y del respeto a los derechos humanos en la región (Consalvi, 2010).

El Partido Comunista estuvo dividido frente al “trienio adeco”, como ya lo había estado en el año final del medinismo. Un sector del partido había defendido la tesis “browderista” de que había que consolidar y prolongar indefinidamente la alianza con la burguesía democrática, mientras que el otro bando adoptó una línea más radical y clasista. Frente al golpe revolucionario del 18 de octubre, los unos defendieron a ultranza al gobierno de Medina y adoptaron luego una posición hostil a la Junta Revolucionaria de Gobierno, a la que acusaron de estar al servicio del imperialismo yanqui. Quienes así actuaron fueron los antiguos “browderistas”, ahora radicalizados y reorganizados en el Partido Revolucionario del Proletariado (PRP), comunista disidente. En cambio, el PCV “oficial”, dirigido por el respetado líder Gustavo Machado, adoptó una línea de apoyo crítico al gobierno “adeco” y ayudó a defenderlo de intencionadas golpistas de derecha (Ecarri, 2011: 69-82).

En el año 1948 se inició una nueva etapa. La Guerra Fría indujo al gobierno de Estados Unidos a priorizar la represión anticomunista y a mirar con suspicacia a todo régimen latinoamericano ubicado a la izquierda del centro. Desde el Norte se dio luz verde a golpes militares antiprogresistas, y el 24 de noviembre de 1948 fue derrocado el presidente Gallegos, con el beneplácito de la derecha venezolana e internacional. La dictadura militar, inicialmente moderada, se tornó extremadamente represiva bajo el mando del general Marcos Pérez Jiménez. Acción Democrática, y no el Partido Comunista, fue la principal fuerza de resistencia y la más temida y odiada por la dictadura, pero el PCV compartió su lucha clandestina: las dos izquierdas quedaron hermanadas en el heroísmo, el sufrimiento y el martirio de hombres y mujeres entregados a la causa de la liberación de su pueblo.



La dictadura de Pérez Jiménez cayó el 23 de enero de 1958, por un levantamiento liberador de casi todas las fuerzas del país, tanto civiles como militares. Después de haber dado máxima satisfacción al capitalismo nacional y extranjero durante unos ocho años, el régimen se había topado con dificultades económicas, a la vez que su despotismo, su abuso del poder y su corrupción habían acabado por antagonizar a todos los sectores del país, incluida la alta burguesía empresarial. Al mismo tiempo, Estados Unidos comenzaba a liberalizar su política hacia América Latina, y no se oponía a cambios democráticos en la región.

Durante cuarenta años, de 1958 a 1998, Venezuela vivió bajo un régimen de democracia liberal, con pluralismo político, libertades y garantía de derechos humanos y cívicos. Fue una época estelar, durante la cual se realizaron, en un marco de libertad democrática, extraordinarias transformaciones progresistas en materia económica, social y cultural, cumpliéndose gran parte de la etapa “democrático-burguesa” prevista en tiempos anteriores por los teóricos de la izquierda. Dos partidos políticos –Acción Democrática y el Partido Socialcristiano (COPEI), de centroderecha– constituyeron los dos principales polos de poder. Junto con fuerzas centristas liberales, tales como el partido Unión Republicana Democrática (URD), habían suscrito en 1958 el llamado Pacto de Punto Fijo, conforme al cual respetarían las parcelas de influencia de cada uno de ellos y defenderían juntos al sistema democrático, independientemente de quien ejerciera la presidencia. El PCV quedó excluido del pacto y, pese a ser legal y a tener representación parlamentaria, no participó en ninguno de los gobiernos democráticos, y ello fue la causa de una nueva etapa de fuerte antagonismo entre las dos izquierdas. Sin embargo, la exclusión del PCV, por insistencia sobre todo de Rómulo Betancourt, era comprensible y necesaria en términos políticos prácticos: la Guerra Fría continuaba, y no sólo en América Latina sino hasta en Europa occidental, el bloque estratégico dirigido por Estados Unidos



no toleraba ninguna participación comunista en los gobiernos. Tampoco la hubieran tolerado dentro de Venezuela unas fuerzas e instituciones de derecha que –a diferencia del caso cubano– quedaron intactas después del derrocamiento de la dictadura.

Desde 1960 en adelante, el ala izquierda de Acción Democrática, de tendencia marxista radical, se separó del viejo partido y tomó el nombre de Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Aliados, el PCV y el MIR acogieron las ideas castristas y guevaristas más extremas y, con fuerte apoyo y ayuda de Cuba, realizaron una estrategia de insurrección armada contra los gobiernos de coalición presididos por los socialdemócratas Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, entre los años 1959 y 1969. La insurrección urbana fue derrotada hacia 1963, pero se mantuvieron frentes guerrilleros rurales durante varios años más. Desde mediados de la década de los sesenta, logró imponerse dentro del PCV la corriente de los dirigentes maduros que desde el comienzo habían desaprobado la lucha armada y sólo la compartieron por disciplina partidista. Hubo un creciente enfrentamiento entre comunistas venezolanos y cubanos y, desde 1965, el PCV decidió su cambio de línea, de la lucha armada a la aceptación de la “paz democrática” que le ofrecía el gobierno socialdemócrata. El MIR tardó más pero luego se plegó a la misma estrategia. Sin embargo, un sector del PCV, conducido por Douglas Bravo y otros dirigentes partidarios de una “guerra larga”, dio la espalda a su viejo partido y creó organizaciones nuevas al margen de la legalidad, siendo una de ellas el Partido Revolucionario de Venezuela (PRV), que –conservando el espíritu autoritario y verticalista del comunismo leninista– efectuó revisiones ideológicas parciales, sustituyendo el concepto de “proletariado” por el de “pueblo”, enfatizando el carácter nacional de la revolución y dando gran importancia a la captación de los militares para la causa revolucionaria. Esta corriente ejercería luego un importante papel en la formación ideológica de Hugo Chávez y sus camaradas militares “bolivarianos” (Garrido, 2000 y 2003).



Cuba, Checoslovaquia y nuevas fuerzas de izquierda, 1968-1988

Desde la Crisis de los Misiles en Cuba (1962), la alta dirigencia comunista de la Unión Soviética tuvo serias dudas con respecto al extremismo revolucionario de Fidel Castro y sobre todo del Che Guevara. No sólo Stalin sino también sus sucesores y la “nueva clase” en su conjunto conservaron una honda desconfianza hacia toda iniciativa revolucionaria surgida –como lo pregonaba el marxismo clásico- desde abajo, y en lugar de ello anhelaban una expansión “ordenada” del comunismo, desde arriba por vía militar y de imposición burocrática y diplomática desde Moscú. Temían el surgimiento de nuevos “titoísmos” y “maoísmos” nacional-revolucionarios e incontrolables.

Nunca les gustaron los arrebatos autonomistas y “trotskoides” del Che, y recordaban con escalofrío al Fidel indisciplinado y apocalíptico que, durante la Crisis de los Misiles, les pidió desencadenar el Armagedón más bien que salvar la paz haciendo concesiones a Kennedy. La sucesiva derrota de las intervenciones revolucionarias cubanas en Venezuela y otros países latinoamericanos –la última y más catastrófica en Bolivia, resultando en la muerte del Che en 1967-, aunada a los sostenidos fracasos de la economía cubana y a su creciente dependencia de la ayuda soviética, hicieron que la URSS aumentara su presión sobre Cuba para que renunciara a la fallida estrategia de exportación de la revolución y adoptara una nueva línea de coexistencia pacífica con los gobiernos “burgueses” de Latinoamérica. Así ocurrió en el año 1968, y los anuncios de Fidel en ese sentido abrieron una nueva era en las relaciones interamericanas: Cuba ganó amigos y socios en la región y pudo ejercer influencia por la vía no violenta, y las democracias reformistas latinoamericanas pudieron desarrollar estrategias soberanistas más audaces (Boersner, 2007: 242-256).



La violencia del guevarismo antes de 1968 había prolongado la Guerra Fría en el hemisferio occidental y había impedido el surgimiento de una corriente tercermundista “no alineada”. Ahora, de pronto, sí era posible estar “no alineado” entre los bloques: no sólo lo permitiría la nueva quietud cubana, sino también la política exterior norteamericana relativamente tolerante, tanto de Carter como incluso de Nixon y Kissinger.

En Venezuela, a fines de 1967 ocurrió una nueva división de Acción Democrática y nació el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP). En su tesis política, ese partido se declaró socialista democrático de izquierda, más radical que la socialdemocracia tradicional, pero se deslindó del comunismo o “socialismo autoritario”. Aunque en años posteriores sufrió cierto grado de infiltración y dominación por el PCV, el MEP constituyó un ejemplo de la nueva corriente de izquierda socialdemócrata tercermundista, más radical que la tradicional, que surgía en América Latina (MEP, 1970).

Otro acontecimiento de fuerte impacto sobre la izquierda venezolana en el año 1968 fue la “Primavera de Praga” y su represión por el Pacto de Varsovia. Las izquierdas humanistas del mundo se habían emocionado con la esperanza de que el ensayo de “socialismo con rostro humano” conducido por Alexander Dubček marcaría el ascenso de un modelo de nueva sociedad que conciliara a comunistas y socialdemócratas. Esta esperanza quedó aniquilada en el mes de agosto, cuando los tanques soviéticos entraron a Praga. En ese momento histórico se alzó en Venezuela la importante voz de Teodoro Petkoff, líder comunista que diez años antes había sido uno de los principales abanderados de la lucha armada pero que ahora, con espíritu autocrítico, encabezaba dentro del PCV la corriente favorable a la paz democrática y un rumbo liberalizador. Petkoff publicó el libro *Checoslovaquia, problema para el socialismo* (1969), que dio la vuelta al planeta y



se convirtió en texto inspirador de disidentes anti-estalinistas en el seno de los PC latinoamericanos, así como del eurocomunismo en el viejo mundo. Moscú condenó con virulencia al libro y su autor, y el PCV se dividió expulsando de su seno a Teodoro Petkoff y a los dirigentes que le seguían, incluido el veterano Pompeyo Márquez (“Santos Yorme”), otrora líder de la resistencia antidictatorial comunista, admirado por José Stalin. Los disidentes fundaron el partido socialista democrático Movimiento Al Socialismo (MAS) que en su primera época fue objeto de admiración e imitación en varios países de Latinoamérica.

De esta manera, 1968 –más que 1989, año de la caída del Muro– fue significativo para los deslindes venezolanos, esta vez no entre socialdemócratas y comunistas de viejo cuño, sino entre éstos y nuevas corrientes socialistas democráticas deseosas de diferenciarse de ambas agrupaciones tradicionales.

Las esperanzas políticas de las nuevas izquierdas venezolanas no se realizaron, por una parte porque ambiciones partidistas y personalistas rivales en su seno impidieron su unidad electoral, y por la otra porque en la década de los setenta se inició la larga crisis de reajustes del sistema económico mundial, causante mediata de los cambios sociopolíticos finiseculares: la contrarrevolución neoliberal de Thatcher y Reagan, el colapso de la Unión Soviética, el debilitamiento global de las izquierdas y del Tercer Mundo, la “década perdida” de América Latina y el deterioro de la democracia liberal en Venezuela. Se hicieron intentos de unidad electoral de las nuevas izquierdas venezolanas en los años 1968, 1973, 1978, 1983 y 1988, pero a pesar de la similitud de los planteamientos doctrinarios y programáticos, en cada una de esas ocasiones hubo por lo menos dos candidaturas presidenciales rivales de la izquierda enfrentada a los “partidos del status”, Acción Democrática y COPEI (Alvarez *et al.*, 1974).



Retorno al dualismo: dos izquierdas, 1989-2015

El año 1989 fue de impacto dramático en Venezuela, no porque se derrumbara el Muro de Berlín –acontecimiento que fue reportado debidamente en los medios pero que no suscitó grandes debates– sino porque a comienzos de ese año el sistema democrático del país fue afectado gravemente por el estallido social comúnmente denominado “El Caracazo”. En diciembre de 1988 había sido elegido como presidente de la república, por segunda vez luego de un intervalo de diez años, el líder socialdemócrata Carlos Andrés Pérez, quien en su primer mandato, marcado por la bonanza petrolera de los años setenta, había gobernado en forma generosa, propiciando una situación de pleno empleo y de creciente inclusión social. El pueblo que lo reeligió esta vez abrigaba la errónea esperanza de que repetiría el mismo estilo de gobierno. En realidad Pérez, consciente de la difícil situación fiscal que atravesaba el país, de inmediato dictó inevitables medidas de ajuste económico, y confió la ejecución de éstas a jóvenes tecnócratas sospechados de “neoliberalismo”. La decepción popular fue grande, y el 27 de febrero estalló, en Caracas y otras ciudades, un enorme e incontrolable movimiento de ataques y saqueo de establecimientos comerciales. Ello condujo a una dura represión que, ante la impotencia de la policía y la guardia nacional, fue asumida por el ejército y ejecutada con armas de guerra, causando la muerte de centenares de personas. A partir de estos sucesos, avanzó con creciente rapidez el proceso de deterioro de la democracia venezolana. El crecimiento económico fue lento y accidentado. La banca comenzó a sufrir una serie de crisis. Se ahondó la brecha entre pobres y ricos y crecieron el desempleo y el subempleo. Sobre esta base material negativa, desmejoró la calidad de la llamada “clase política” y de los partidos políticos de todas las tendencias. La socialdemocracia adeca se derechizó parcialmente, y muchos de sus dirigentes se volvieron indiferentes ante los reclamos populares. La corrupción creció a todos los niveles



y en todos los ámbitos, incluido el sindical. Resurgió una élite reaccionaria vinculada a la oligarquía vieja y nueva, enemiga de la democracia existente y proponente de un sistema de “gobierno de los mejores”, por cooptación desde arriba en vez de elección desde abajo. Un grupo promotor de estas ideas se autodenominaba “Los Notables”, e incluía a algunos intelectuales brillantes.

Aunque AD había renunciado a su viejo radicalismo, todavía la odiaban. En ese ambiente general, se generó el fracasado golpe militar dirigido por el teniente coronel Hugo Chávez, el 4 de febrero de 1992.

Chávez y su grupo de compañeros militares fueron influidos por el PRV de Douglas Bravo desde la década de los años ochenta, no en un sentido abiertamente marxista, sino para un proyecto nacionalista revolucionario en el cual ese estamento militar jugaría el papel de vanguardia que interpreta y ejecuta la voluntad del pueblo. Contrariamente al marxismo-leninismo clásico, la corriente douglista procuraría conciliar la revolución social con la aceptación de patrones culturales tradicionales, incluidas las creencias y prácticas religiosas. No obstante, Chávez y sus amigos también recibieron insumos ideológicos de tipo fascista o de ultraderecha, provenientes de grupos como los “carapintada” argentinos, y del sociólogo de la misma nacionalidad, Norberto Ceresole, feroz antisemita y admirador del nazismo, quien fue asesor de Chávez por algún tiempo y le infundió la noción de una revolución latinoamericana motorizada por la “tríada líder-ejército-pueblo” (Garrido, 2000).

Desde el conato golpista de 1992 hasta después de la elección de Chávez a la presidencia del país en diciembre de 1998, los sectores autoritarios de la izquierda venezolana –que seguramente no habían captado la lección liberadora de la caída del Muro- tendieron a cerrar filas en torno al nuevo caudillo, aprobando y respaldando



su “proyecto” o “proceso” de “revolución bolivariana”. Durante esa etapa se efectuó en Venezuela una re-polarización de las izquierdas entre las agrupadas en el “Polo Patriótico”, que hasta hoy apoya al régimen presidido sucesivamente por Hugo Chávez y por Nicolás Maduro, y aquellos grupos de tendencia izquierdista democrática que se le oponen y que han aceptado formar parte de un amplio frente opositor que abarca desde tendencias democráticas conservadoras hasta los partidarios del socialismo democrático.

El viejo PCV se ha mantenido en posición de apoyo al chavismo, aunque a veces emite críticas a algunos aspectos de su gestión. En el Polo Patriótico también conserva su propia identidad el partido Patria para Todos, desprendido de una formación política llamada La Causa R, que a su vez se separó del Partido Comunista en 1971, y que en la actualidad se encuentra en el frente democrático opositor. Los demás grupos oficialistas venezolanos de tendencia izquierdista han aceptado fusionarse en el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), fundado en 2008.

El MAS y el MEP, frutos de los fraccionamientos de fines de la década de los sesenta, vacilaron frente al chavismo ascendente. Mientras que el MEP decidió apoyar a Chávez y entrar al Polo Patriótico, el MAS se dividió entre un grupo que, conservando el nombre del partido, se plegó al chavismo y otro –encabezado por dirigentes fundamentales como Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff y Víctor Hugo D’Paola– se alineó con la oposición bajo el nuevo nombre de Izquierda Democrática.

Desde 1999 para acá, el régimen chavista y el PSUV han atravesado diversas etapas en su evolución general hacia una posición socialista autoritaria, muy cercana a la del Partido Comunista de Cuba. En sus primeros años en el poder, Chávez hablaba de una revolución bolivariana que constituiría una “tercera vía” entre el capitalismo y el socialismo. De 2004 a 2007 radicalizó el planteamiento ideológico



con el concepto del “Socialismo del Siglo XXI”, muy influido por el pensamiento de Heinz Dieterich. Después de 2007-2008 –con el distanciamiento entre Chávez y Dieterich y la fundación del PSUV–, la referencia al siglo XXI comenzó a desaparecer del discurso chavista, en el cual hoy en día se habla de “socialismo” sin adjetivos, dando a entender, implícitamente, que ha sido abandonado el intento de deslinde crítico frente a los socialismos (autoritarios) tradicionales.

Venezuela ha vuelto a una sencilla gran dualidad antagónica entre los “dos socialismos” definidos por Teodoro Petkoff en su conocido libro (2005): un socialismo “borbónico”, tradicionalista y autoritario, que no aprende ni olvida, heredero de colectivismos burocráticos fracasados, y otro socialismo “viable” y democrático. El primero de estos modelos ha sido acogido por el chavismo y el PSUV, en tanto que el segundo recoge las aspiraciones máximas de los partidos de centroizquierda o izquierda democrática (AD, Un Nuevo Tiempo, Alianza Bravo Pueblo y otros) que tienden a constituir el “polo socialdemócrata” de la Mesa de Unidad Democrática (MUD), opositora al gobierno actual.



BIBLIOGRAFÍA

- Acción Democrática (1962) *AD, doctrina y programa*. Caracas, Secretaría Nacional de Propaganda.
- Acción Democrática (1991) *Acción Democrática en la historia contemporánea de Venezuela 1929-1991*. Mérida, Venezuela, Eds. De la Universidad Popular Alberto Carnevali. Tomo II.
- Alexander, Robert J. (1971) *El Partido Comunista de Venezuela*. México, Ed. Diana.
- Álvarez, Federico, Manuel Caballero y otros (1974) *La izquierda venezolana y las elecciones del 73 (un análisis político y polémico)*. Caracas, Síntesis Dosmil.
- Betancourt, Rómulo (1967) *Hacia América Latina democrática e integrada*. Caracas, Ed. Senderos. Prólogo de Mariano Picón-Salas.
- Betancourt, Rómulo (1992) *La segunda independencia de Venezuela*. Caracas, Ed. Fundación Rómulo Betancourt, 3 vols.
- Betancourt, Rómulo (1999) *Venezuela, política y petróleo*. Caracas, Monte Ávila Editores.
- Biblioteca de Documentos Históricos (1971) *Aportes a la historia del PCV*. Maracaibo, B.D.H.
- Boersner, Demetrio (1988) *¿Qué es el socialismo democrático? Socialdemocracia para Venezuela*. Caracas, ILDIS, Ed. Nueva Sociedad. Prólogo de Carlos Andrés Pérez.
- Boersner, Demetrio (2007) *Relaciones internacionales de América Latina, breve historia*. Caracas, Grijalbo. Sexta edición.
- Bruni Celli, Marco Tulio (1980) *AD y los primeros programas políticos*. Caracas, Ed. Centauro.



- Caballero, Manuel (2003) *Gómez, el tirano liberal: anatomía del poder*. Caracas, Ed. Alfa.
- Castro Leiva, Luis (1988) *El dilema octubrista 1945-1987*. Caracas, Cuadernos Lagovén.
- Consalvi, Simón Alberto (2010) *La Revolución de Octubre 1945-1948, la primera República liberal-democrática*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt.
- Ecarri Bolívar, Antonio (2011) *Socialdemócratas vs. comunistas, historia de una controversia venezolana*. Caracas, Libros de El Nacional.
- Garrido, Alberto (2000) *La historia secreta de la Revolución Bolivariana*. Caracas, ed. del autor.
- Garrido, Alberto (2003) *Guerrilla y Revolución Bolivariana, documentos*. Caracas, ed. del autor.
- Godio, Julio (1980) *El movimiento obrero venezolano*. Caracas, Ed. Ateneo de Caracas e ILDIS. 3 vols.
- López Maya, Margarita (coord.) (2007) *Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI*. Caracas, Ed. Alfa.
- López Maya, Margarita (2011) *Democracia participativa en Venezuela (1999-2010). Orígenes, leyes, percepciones y desafíos*. Caracas, Fund. Centro Gumilla, Temas de Formación Sociopolítica.
- Magallanes, Manuel Vicente (1959) *Partidos políticos venezolanos*. Caracas, Tipografía Vargas.
- Magallanes, Manuel Vicente (1977) *Los partidos políticos en la evolución histórica de Venezuela*. Caracas, Monte Ávila Editores.



- Maihold, Günther (coord.) (2007) *Venezuela en retrospectiva. Los pasos hacia el régimen chavista*. Madrid y Frankfurt a. M., Biblioteca Ibero-Americana y Ed. Vervuert.
- Movimiento Electoral del Pueblo (MEP) (1970) *Liberación Nacional y Democracia Socialista*. Caracas, edición mecanografiada.
- Pérez, Samuel (1996) *Los partidos políticos en Venezuela II: los partidos modernos*. Caracas, Fund. Centro Gumilla, Temas de Formación Sociopolítica.
- Petkoff, Teodoro (1969) *Checoslovaquia, el socialismo como problema*. Caracas, Ed. Domingo Fuentes.
- Petkoff, Teodoro (2000) *La Venezuela de Chávez, una segunda opinión*. Caracas, Grijalbo Mondadori.
- Petkoff, Teodoro (2005) *Dos izquierdas*. Caracas, Alfadil Ediciones.
- Petkoff, Teodoro (2010) *El chavismo como problema*. Caracas, Ed. Libros Marcados. 2ª edición.
- Salcedo-Bastardo, José Luis (1997) *Historia fundamental de Venezuela*. Caracas, Fund. Gran Mariscal de Ayacucho. 7ª edición.
- Sosa, Arturo y Eloy Lengrand (1981) *Del garibaldismo estudiantil a la izquierda criolla. Los orígenes marxistas del proyecto de AD (1928-1935)*. Caracas, Ediciones Centauro.
- Velásquez, Ramón J. (1979) "Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo", en Velásquez, Ramón J., Arístides Calvani y otros *Venezuela moderna, medio siglo de historia 1926-1976*. Caracas, Fund. Eugenio Mendoza, Ed. Ariel, Segunda edición.



LA IZQUIERDA ARGENTINA Y LA CAÍDA DEL MURO

Alberto Bonnet

Doctor en ciencias sociales por la Universidad Autónoma de Puebla, México, y licenciado en filosofía y magister en economía por la Universidad de Buenos Aires. Docente e investigador en la Universidad Nacional de Quilmes y en la Universidad de Buenos Aires en problemas relacionados con la sociedad argentina contemporánea. Autor y compilador de varios volúmenes y de numerosos artículos en libros y revistas locales y extranjeros.

Introducción: precisando el problema

Es indiscutible que la caída del Muro de Berlín acarreó, y no podía sino acarrear, serias consecuencias para la izquierda latinoamericana en general y argentina en particular. Pero la constatación de este hecho general no alcanza a la hora de entender con mayor precisión qué repercusiones tuvo y en qué medida la trayectoria de esa izquierda, con sus avances y retrocesos, estuvo determinada por la caída del Muro o por otros factores. La intención de este breve artículo es aportar algunos elementos para precisar este asunto. Naturalmente, en estas pocas páginas, apenas podremos proponer algunas ideas e ilustrarlas con algunos hechos y discursos puntuales. El asunto merecería una investigación más exhaustiva.

Vamos a comenzar, en este apartado, con algunas consideraciones



generales. La caída del Muro fue, naturalmente, el acontecimiento que simbolizó por excelencia un proceso mucho más prolongado de descomposición de los regímenes burocráticos reinantes en la ex Unión Soviética y en sus Estados satélites, cuyo momento culminante se extendió entre este hecho, ocurrido en noviembre de 1989 y, una vez sucedida la pérdida de todos sus satélites de Europa del Este, la desintegración de la propia URSS, formalizada en diciembre de 1991. Este proceso, en sí mismo, fue un proceso revolucionario de emancipación de las masas sometidas por esos regímenes burocráticos. Pero no dejó de acarrear algunas consecuencias negativas para la izquierda anticapitalista, a escala internacional, por la simple razón de que esos regímenes burocráticos habían sido erigidos en nombre de la propia izquierda. El socialismo se había convertido en el Este en una ideología de Estado para la legitimación de la explotación y la opresión burocráticas.

La descomposición de los regímenes burocráticos trajo consigo, en nuestra opinión, dos grandes consecuencias. Por una parte, implicó un avance del capitalismo, tanto en términos materiales (expansión de las relaciones sociales capitalistas a sociedades antes sustraídas a ellas) como ideológicos (aparición del capitalismo como único horizonte político posible, popularizada en las tesis neoliberales de entonces acerca del fin de la historia)¹. Así como durante la Guerra Fría el mal llamado *socialismo real* había aparecido en buena medida ante los explotados y oprimidos del mundo como la única alternativa realmente existente al capitalismo, la única alternativa realmente

1 Estamos presuponiendo aquí que los regímenes burocráticos en cuestión, aunque naturalmente no eran comunistas sino que descansaban en un nuevo modo de explotación y opresión clasistas, no eran capitalistas. Pero no podemos detenernos en estas pocas páginas en la compleja y controvertida cuestión de la caracterización de dichos regímenes (para un buen *survey* de las discusiones suscitadas alrededor de esta cuestión, puede consultarse van der Linden, 2007).



existente frente a la descomposición de ese socialismo real sería un regreso al capitalismo. Este avance de las relaciones sociales capitalistas se convertiría, desde entonces, en uno de los aspectos constitutivos de la llamada *globalización*. Por otra parte, tanto la importancia histórica del experimento llevado a cabo en la URSS como la importancia histórica de la catástrofe a la que condujo fueron tan grandes que el destino de esos regímenes burocráticos operaría, desde entonces, como una sombra sobre la dimensión estratégica de la práctica política de la izquierda anticapitalista en su conjunto². Si la caída del Muro sólo abriría paso al capitalismo, el socialismo dejado atrás quedaría asociado únicamente con el encierro.

Ciertamente, estas dos grandes consecuencias de la descomposición de los regímenes burocráticos no implicaban por sí mismas la extinción sin más de la izquierda. El capitalismo seguiría siendo el mismo sistema de explotación y opresión de siempre y la lucha contra esa explotación y esa opresión seguiría alimentando a la izquierda. Pero esas consecuencias modificaban por completo las reglas de juego de la izquierda anticapitalista. Y esto es importante para precisar el efecto de la caída del Muro sobre la izquierda. Por una parte, la globalización del capitalismo cambió el terreno en el que la izquierda desarrollaría su práctica política, exigiendo por sí misma importantes cambios en su propia estrategia. Por otra parte, el derrumbe del socialismo real confirmó que esa estrategia ya no podía inspirarse en el modelo ruso. Ninguna de estas dos cosas volvía imposible la práctica política de la izquierda pero ambas, combinadas, le planteaban un complejo desafío estratégico.

2 La comparación de Hobsbawm (1996: 55 y ss.) entre la importancia de la Revolución Rusa para el siglo XX y la Revolución Francesa para el siglo XIX es interesante en este sentido específico: así como la izquierda del XIX había estado signada por la experiencia francesa, la izquierda del XX estaría signada por la rusa.



La práctica política de la izquierda seguía siendo posible pero, si esquivaba este desafío, quedaría condenada a ser una práctica reformista encerrada dentro de los límites del capitalismo. Y agreguemos, de paso, que el punto de partida insoslayable para encarar ese desafío era una crítica verdaderamente radical de ese modelo ruso. Todavía no pudimos responder a este desafío y, en este sentido, puede decirse que la caída del Muro sigue gravitando negativamente sobre nuestra práctica política.

Pero también es imprescindible recordar que, desde décadas antes de la caída del Muro, el modelo ruso ya no inspiraba ni podía inspirar sino las peores estrategias para la izquierda y que, en los hechos, las estrategias de las nuevas izquierdas emergentes del ascenso de la lucha de clases de los sesenta y setenta ya no se habían inspirado sino muy marginalmente en ese modelo ruso. Desde las barricadas de París hasta las guerrillas de la Sierra Maestra se había luchado entonces a espaldas, cuando no abiertamente en contra, de la ortodoxia moscovita. Y en este otro sentido la caída del Muro acaso gravite positivamente sobre la izquierda a más largo plazo, en la medida en que desbrozó definitivamente el terreno en el que puede imaginar nuevas estrategias³.

También esto último es importante para precisar el efecto de la caída del Muro sobre la izquierda en general. Cuando se produjo este acontecimiento, el universo de la izquierda estaba compuesto, y sigue estándolo, por un conjunto de organizaciones sociales y políticas muy diversas, forjadas en experiencias de luchas

3 Recuérdese la idea de Holloway de una "liberación de Marx" (1992: 19 y ss.) después de la caída del Muro.

4 Es interesante, en este sentido, el tratamiento del sistema de partidos políticos franceses como "documentos histórico políticos anacrónicos" por parte de Gramsci (2000: 52 y ss): un juicio semejante puede emitirse a propósito de la situación de la izquierda frente a este desafío estratégico.



sociales del pasado igualmente diversas⁴. Y, así como no todas esas organizaciones estaban inspiradas en el modelo ruso, los efectos de la caída del Muro sobre ellas fueron diferentes. Conviene aislar, en este sentido, al sub-conjunto de organizaciones sociales y políticas más directamente inspiradas en esa experiencia rusa respecto del resto de la izquierda.

Para este sub-conjunto, al que podemos denominar como *izquierda leninista* y que está integrado por los comunistas pero también por los trotskistas, los maoístas y algunas otras corrientes político-ideológicas menores, la caída del Muro tendría efectos más directos que para el resto de la izquierda. Los efectos de este acontecimiento sobre la izquierda en su conjunto, en cambio, dependerían en gran medida de cuán estrecha era la vinculación de estas corrientes con la experiencia rusa y de cuán influyentes eran dichas corrientes en el conjunto de la izquierda.

Algo de razón tiene en este sentido Massimo Modonesi cuando, en un artículo reciente, se refiere a un “mito de la caída del Muro de Berlín”: “El mito de la caída del Muro de Berlín –escribe– se desvanece en el aire en el que fue creado porque, en el interior del movimiento socialista y comunista pesaba más la realidad, las luchas concretas, los hombres y las mujeres que las animaron, y los otros, los enemigos. La Guerra Fría y el modelo soviético eran coordenadas contextuales y símbolos que animaban a algunos, pero pesaban menos que, por ejemplo, los movimientos de liberación nacional, mucho más cercanos en sus formas a la realidad cotidiana de la lucha latinoamericana” (Modonesi, 2007: 63). En efecto, como veremos, para la explicación de la trayectoria de la izquierda argentina en su conjunto durante el cuarto de siglo posterior a la caída del Muro y, especialmente, para la explicación de sus desventuras, las consecuencias de la descomposición de los regímenes burocráticos del Este no siempre jugarían el papel determinante.



La izquierda argentina ante la caída del Muro

Vayamos ahora a la izquierda argentina de entonces. La caída del Muro coincidió en América Latina en su conjunto y muy exactamente en Argentina con el clímax de la ofensiva neoliberal de reestructuración del capitalismo de posguerra y, en este sentido, incidió político- ideológicamente dotando de mayor impulso a esta ofensiva. La caída del Muro, siempre entendida como símbolo de la acelerada descomposición de los regímenes burocráticos del Este registrada entre 1989 y 1991, coincidió más precisamente en Argentina con el ascenso al poder y la consolidación en él del gobierno que encararía una profundización sin precedentes de esa reestructuración neoliberal, a saber, el encabezado por Carlos Menem. Recordemos que Menem, que se había impuesto en las elecciones gracias a una campaña de perfil populista, asumió la presidencia en medio de la crisis hiperinflacionaria que acabó anticipadamente con el gobierno de Raúl Alfonsín y se encontró desde el comienzo enfrentado al desafío de construir un nuevo consenso alrededor de las políticas neoliberales que implementó para salir de dicha crisis⁵. Esta coyuntura decisiva de la historia política reciente de nuestro país se extendió, precisamente, entre su asunción a mediados de 1989 y la estabilización alcanzada gracias al establecimiento de la convertibilidad de la moneda argentina, el peso, con el dólar durante la segunda mitad de 1991.

Si hubo un acontecimiento que simbolizó por excelencia la disputa hegemónica librada en aquellos meses fue el duelo entre las plazas *del sí y del no* de mediados de 1990. La llamada *Plaza del sí* fue

5 Para un análisis más minucioso de esta coyuntura y, en general, de la construcción de la hegemonía neoliberal en cuestión, véase Bonnet (2009).



una inédita movilización masiva en apoyo al rumbo adoptado por el gobierno de Menem y, especialmente, al ambicioso programa de privatizaciones y concesiones de empresas públicas que había puesto en marcha mediante la sanción de la Ley de Reforma del Estado a mediados del año anterior y que ya para entonces estaba implementando a toda marcha, convocada por partidarios suyos a través de los medios masivos de comunicación para el 6 de abril de 1990. La plaza mostró que el neoliberalismo podía gozar de consenso. Su contrapartida, la llamada *Plaza del no*, fue una movilización igualmente masiva realizada el siguiente 1° de mayo de 1990 y convocada por organizaciones de izquierda y sindicatos que en esos meses estaban librando las batallas cruciales contra esa política menemista en general y contra la reforma del Estado en particular, como las grandes huelgas telefónica y ferroviaria. Esta otra plaza mostró, por su parte, que seguía existiendo una oposición al neoliberalismo. Y evidenció también que la izquierda, incluso la extrema izquierda, desempeñaba un papel bastante importante dentro de esa oposición. Basta con recordar que los principales oradores de esa *Plaza del no* fueron Néstor Vicente y Luis Zamora, las principales figuras públicas y candidatos de la alianza Izquierda Unida, para poner en evidencia ese protagonismo⁶. Pero, en cualquier caso, no fueron estos discursos los que impusieron la orientación político-ideológica dominante dentro de la oposición a la política menemista, sino más bien discursos abiertamente

6 Izquierda Unida (IU) era la principal fuerza de izquierda de entonces, un frente integrado por el Partido Comunista Argentino (PCA), el Movimiento al Socialismo (MAS) y otras fuerzas menores que se había conformado en 1987 y se disolvería en 1991. Había tenido como predecesor a otro frente de una composición similar, el Frente del Pueblo (FrePu), formado en 1985. Y sería reeditado, aunque con menor incidencia, por la alianza integrada por el PCA y el Movimiento Socialista de los Trabajadores (MST, un desprendimiento del mencionado MAS) entre 1997 y 2005. Enseguida volveremos sobre estas organizaciones y frentes.



estadistas y populistas como el que había pronunciado unos días antes el secretario general de la Confederación General del Trabajo–Azopardo, Saúl Ubaldini, en la misma Plaza de Mayo⁷. Ubaldini había repetido entonces que “las empresas públicas son del pueblo” porque, para el dirigente sindical, el Estado mismo era del pueblo...

La oposición contra la política menemista y contra la reforma del Estado planteada en estos términos, es decir, en términos de una defensa acrítica de la relación entre el Estado y el mercado vigente en el capitalismo argentino de posguerra, estaba condenada al fracaso de antemano. Y en los hechos, en la disputa hegemónica librada en aquella coyuntura, se impusieron cómodamente los neoliberales. La izquierda, dentro de esa disputa, no pudo o no quiso imponer una orientación político-ideológica claramente diferenciada. Pero esto poco tuvo que ver con los efectos de la caída del Muro sobre la izquierda y mucho más con la impronta que esa misma orientación estatista y populista tenía en amplias filas de la izquierda –y no sólo de la izquierda nacional y popular, sino incluso de algunas organizaciones de origen leninista. Desde luego, la caída del Muro dotó al neoliberalismo de mayor consenso y confirmó que la izquierda carecía de horizonte estratégico anticapitalista. Pero ninguna de estas dos cosas explica sin resto la impotencia de la izquierda ante el avance del neoliberalismo, que dependió en mayor medida aún de otros factores.

7 La Confederación General del Trabajo se había dividido ante el menemismo, en su congreso de octubre de 1989, entre una fracción oficialista encabezada por Luis Barrionuevo (la CGT San Martín) y una fracción opositora encabezada por Ubaldini (la CGT Azopardo). La movilización del 21 de marzo de 1990 fue, precisamente, la primera gran manifestación de oposición de esta última. El *ubaldinismo* enseguida declinaría, pero una orientación político-ideológica semejante predominaría en la Central de Trabajadores Argentinos (CTA, central opositora escindida de la CGT en 1991) y en el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA, línea interna opositora de la CGT conformada en 1994), para no mencionar incontables organizaciones sociales y políticas que enfrentaron al menemismo.



Ahora bien, para entender los efectos de la caída del Muro en la izquierda en su conjunto, no alcanza con revisar su desempeño en esa disputa hegemónica general con el neoliberalismo, sino que hay que atender a otros aspectos más específicos de su trayectoria y hay que distinguir entre los distintos sub-conjuntos e incluso entre las distintas organizaciones que la integraban⁸. La caída del Muro impactó de manera más directa, como era esperable, sobre las distintas variantes de la izquierda más subsidiarias político-ideológicamente de la Revolución Rusa, es decir, el mencionado sub-conjunto integrado principalmente por comunistas, trotskistas y maoístas. Y, en la medida en que la caída del Muro confirmó que la izquierda carecía de un horizonte estratégico anticapitalista, puede haber impactado también sobre otras variantes no-leninistas de la izquierda anticapitalista como, por ejemplo, la izquierda autonomista. Pero este impacto, si es que existió efectivamente, fue mucho más indirecto porque esta variante de la izquierda comenzó a emerger más tarde (durante la segunda mitad de los noventa) y no era subsidiaria de la Revolución Rusa sino de procesos mucho más recientes (como las luchas de los zapatistas o los alterglobalizadores). La caída del Muro, finalmente, tampoco tuvo un impacto directo sobre la izquierda nacional y popular y la centroizquierda porque, además de no ser izquierdas subsidiarias de la Revolución Rusa, ni siquiera son anticapitalistas y, en consecuencia, este acontecimiento no presentó ante ellas desafío estratégico alguno. Concentrémonos un momento, entonces, en los efectos de la caída del Muro sobre el sub-conjunto de la

8 La distinción entre estos sub-conjuntos dentro de la izquierda argentina se asemeja a la distinción entre "grandes familias" empleada por Kohen (2010) para la década siguiente. Los cuatro sub-conjuntos en cuestión están integrados por la izquierda leninista, la izquierda nacional-popular, la izquierda autonomista y la centroizquierda.



izquierda leninista, que en Argentina gozaba y continúa gozando de una presencia relativamente importante, y de sus distintas variantes. La profundidad del impacto de la caída del Muro sobre esta izquierda leninista no dependió solamente de la importancia del acontecimiento mismo y de su subsidiariedad político-ideológica respecto de la Revolución Rusa, sino también del modo en que sus distintas variantes interpretaron y asimilaron el proceso.

Muy golpeados por la caída del Muro serían los comunistas, naturalmente, debido a su estrecha vinculación previa con los regímenes burocráticos en crisis. El Partido Comunista Argentino (PCA) incluso se había distinguido históricamente entre sus pares latinoamericanos por la extrema estrechez de su vinculación con la burocracia soviética. Este vínculo redundó en que la caída del Muro, asimilada sin más como una derrota del socialismo en manos del capitalismo, desanimara a muchos de sus integrantes y, especialmente, a sus cuadros más antiguos. Pero es necesario tener en cuenta que el PCA había iniciado unos años antes de la caída del Muro un viraje que ya lo había distanciado de su orientación histórica. En efecto el PCA, desde su XVIº Congreso, reunido a fines de 1986, había oficializado el abandono de su histórica orientación etapista centrada en la conformación de un Frente Democrático Nacional y, adoptando ahora como referencia a la Revolución Cubana y a los procesos de lucha armada que por entonces estaban desarrollando el Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua y el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional en El Salvador, adoptó una nueva línea centrada en la conformación de un Frente de Liberación Nacional y Social⁹. Este

9 Sobre este viraje, véase Casola (2014).



viraje significó, a corto plazo, una radicalización de los comunistas argentinos, que se expresó en la conformación de las mencionadas alianzas con los trotskistas del FrePu en 1985 y de IU en 1987 y en otras decisiones¹⁰. Pero esta radicalización sería efímera. Después del siguiente XVII° Congreso, realizado en 1990, el PCA se embarcaría en un rumbo mucho más reformista y desarrollaría una política de alianzas con fuerzas centro-izquierdistas y populistas, como el Frente del Sur en 1992 y el Frente Grande en 1993, más asimilables a experiencias meramente institucionales como la del Frente Amplio uruguayo que a experiencias extra-institucionales como las mencionadas guerrillas centroamericanas. La tardía reivindicación del guevarismo se convertiría así en el atajo específico que el PCA adoptaría para reconvertirse, como la mayoría de sus pares de América Latina y de Europa, en un partido reformista.

El curso abierto por ese *viraje* no impidió que el partido sufriera una continua sangría de cuadros, en la que la caída del Muro jugó un papel importante pero no excluyente, y que acabaría en nuestros días con un comunismo dividido en dos pequeños grupos perdidos en medio de las innumerables organizaciones de izquierda que se encolumnaron detrás del kirchnerismo. Pero, en cualquier caso, fue ese PCA posterior al viraje el que lidió con la caída del Muro y es necesario tener en cuenta este hecho para entender su posición. Un documento, la llamada *Carta de los cinco*, es especialmente

10 Téngase en cuenta que la autocrítica que precedió a este viraje incluyó despropósitos de la envergadura del apoyo al General Videla y de la convocatoria a una “convergencia cívico-militar” con la dictadura que encabezó a partir de 1976. Véase acerca de las posiciones del PCA ante la dictadura, entre otros, Campione (2005) y Casola (2013).



revelador en ese sentido¹¹. Se trataba de una carta abierta firmada en La Habana por Patricio Echegaray, el nuevo secretario general del partido, junto con los máximos dirigentes de otros cuatro partidos comunistas centroamericanos, en 1990. La carta volvía a referirse a los regímenes burocráticos en crisis como regímenes socialistas y atribuía su crisis a la necesidad de la URSS de embarcarse en la carrera armamentística, es decir, no contenía revisión alguna de la caracterización previa de dichos regímenes. Y a la vez intentaba relativizar la importancia de esa crisis mediante el recurso de afirmar que también el capitalismo se hallaba en crisis. Pero el punto más importante era que afirmaba a continuación que, desde la época de la Revolución Cubana, el eje de la revolución se había desplazado hacia el Tercer Mundo en general y hacia América Latina en particular. Los firmantes concluían entonces convocando a “pensar con cabeza propia”, intentando desentenderse así de medio siglo de complicidad con aquellos regímenes burocráticos en descomposición.

Pero también otras variantes de la izquierda leninista más distanciadas de esos regímenes burocráticos sufrieron los efectos de la caída del Muro. La izquierda trotskista, siempre fiel a la caracterización originaria de Trotski de dichos regímenes como Estados obreros degenerados, asumió la caída del Muro como una revolución política que democratizaría a esos presuntos Estados obreros. Así sucedió especialmente con la principal organización trotskista argentina de entonces, el Movimiento al Socialismo

11 Se trata de la “Carta abierta a las fuerzas revolucionarias y progresistas de América Latina y el Caribe”, incluida como apéndice en Echegaray (2010), firmada por los secretarios generales de los partidos comunistas de Argentina, Costa Rica, Honduras, República Dominicana y El Salvador, a instancias del comandante cubano Manuel Piñero.



(MAS)¹². El MAS recibió la noticia de la caída del Muro de Berlín como el inicio de un movimiento que conduciría a una reunificación revolucionaria de la Alemania dividida de posguerra y a la revolución política democrática en los regímenes del Este¹³.

Naturalmente, el problema sería que, aún suponiendo que el oxímoron *Estado obrero* tenga algún significado, esos regímenes burocráticos no eran obreros en ningún sentido concebible de la palabra, sino que eran regímenes sustentados en la explotación y la opresión clasistas y, en consecuencia, las masas movilizadas en el Este no los reconocerían como propios y actuarían en consecuencia. Este error de caracterización, tanto de los regímenes en cuestión como de su descomposición, agravaría enormemente el impacto que tendría la caída del Muro en la izquierda trotskista. La cuestión del Este ya había ocupado un lugar relevante en la primera ruptura importante que sufriría el MAS: la escisión del Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS), en 1988, sería uno de los motivos de la ruptura de la alianza con los comunistas en 1991 y estaría en el centro de la agenda en la posterior deserción de la mayoría de sus miembros hacia el Movimiento Socialista de los Trabajadores

12 La otra organización trotskista relevante, el Partido Obrero (PO), aunque partiendo de la misma caracterización de los regímenes en cuestión como Estados obreros degenerados, interpretó la caída del Muro de una manera más cauta, prestando mayor atención a la posibilidad de que desembocara en una restauración del capitalismo, y todo indica que sus efectos fueron menos devastadores entre sus filas. Pero aquí vamos a concentrarnos en la trayectoria del MAS porque era la organización más importante por aquellos años.

13 Véase *Solidaridad Socialista* y también Massa (1989), y la extensa serie de artículos posteriores dedicados a esta problemática en la revista *Correo Internacional*. Aunque el líder histórico del MAS, Nahuel Moreno, había muerto dos años antes de la caída del Muro, sus análisis sobre los antecedentes de este proceso (en Hungría y Polonia) influyeron en las posiciones que adoptaría posteriormente su partido (véase Moreno, 1990).



(MST), en 1992, y en otras rupturas posteriores. Actualmente, la vertiente del trotskismo que había alcanzado en el MAS de mediados de los ochenta su expresión más exitosa, el *morenismo*, se encuentra dispersa en una decena de organizaciones, la mayoría de las cuales tomaron distancia además de su origen en común. Y la caída del Muro, como reconocen explícitamente sus militantes, jugó un papel clave en esta diáspora¹⁴.

La izquierda maoísta, finalmente, encontró ante el problema de la posición a adoptar ante la caída del Muro la peor de todas las soluciones posibles. Los maoístas argentinos del Partido Comunista Revolucionario (PCR) consideraban que desde hacía ya más de tres décadas y, más exactamente, desde la muerte de Stalin en 1953, el viraje del XX° Congreso del PCUS de 1956 y el ascenso al poder de Jruschov en 1957, la URSS había degenerado en un “social-imperialismo” de naturaleza capitalista. La restauración capitalista ya había sucedido. La caída del Muro, simplemente, venía a sincerar el resultado de esa degeneración¹⁵. Así, los maoístas hicieron frente a la caída de los regímenes burocráticos sin pagar aparentemente grandes costos gracias al insólito expediente de reivindicar, frente a la burocracia en descomposición, ¡la saludable burocracia de los tiempos de Stalin!

14 Hay que agregar que a diferencia de los comunistas, que optaron más bien por desentenderse del asunto, algunos trotskistas encararon interesantes revisiones de sus anteriores caracterizaciones de los regímenes burocráticos del Este y de su descomposición (véanse, por ejemplo, los trabajos de Romero, 1995, y de Astarita, 2011).

15 Véase *Hoy* y los documentos de su VI° Congreso de 1990; para una caracterización más extensa de los regímenes del Este y de su evolución, véase Echagüe (2010).



Conclusión: a 25 años de la caída del Muro

La caída del Muro, como pudimos apreciar, impactó de manera directa en la izquierda leninista, la más subsidiaria político-ideológicamente respecto a la Revolución Rusa. Y quizás también, aunque de una manera mucho más indirecta y en una medida difícil de precisar, en otras variantes no-leninistas de la izquierda anticapitalista, pues ratificó su carencia de un horizonte estratégico anticapitalista. Pero, como ya señalamos, no puede achacarse sin más a ese impacto de la caída del Muro la impotencia de la izquierda ante el avance del neoliberalismo a comienzos de los noventa. Ahora agreguemos que la trayectoria posterior de la izquierda confirmaría con creces esta última afirmación.

En efecto, la izquierda en su conjunto, aún con su carencia de horizonte estratégico a cuestas, se reorganizaría e intervendría activamente en el nuevo ascenso de las luchas sociales que se registraría a partir de las grandes *puebladas* del interior del país de 1996-1997 y culminaría en la insurrección de fines de 2001. Este nuevo ciclo de la lucha de clases ya no enfrentaría la ofensiva inicial del neoliberalismo, sino las consecuencias que había acarreado su implementación, como el desempleo de masas. Este nuevo ciclo traería además una profunda metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases. Se registraría un desplazamiento desde la centralidad de los segmentos de la clase trabajadora empleados en el sector privado, particularmente en la industria, con sus organizaciones sindicales, sus demandas predominantemente salariales y sus huelgas en los lugares de trabajo, hacia la centralidad de otros segmentos de esa clase trabajadora expulsados o amenazados de ser expulsados de sus puestos de trabajo, con sus demandas predominantemente vinculadas con sus empleos y sus nuevos modos más comunitarios de organización y de lucha. Pero igualmente la izquierda, en sus distintas variantes, sería capaz de participar ampliamente en este nuevo ciclo de la lucha de clases. Recordemos, para mencionar



apenas algunos ejemplos, la participación de la Corriente Clasista y Combativa impulsada por el PCR en los sindicatos o en las puebladas del interior; la intervención del Partido Obrero en el movimiento piquetero, la proliferación de los Movimientos de Trabajadores Desocupados de orientación autónoma o la influencia del PTS en algunas empresas recuperadas por sus trabajadores.

Ahora bien, en este nuevo ascenso de las luchas sociales se combinarían, de una manera dramática, la potencia social de la izquierda con su impotencia política. Su potencia social, en cuanto a la resistencia al neoliberalismo. La insurrección de fines de 2001 clausuró en los hechos la feroz ofensiva reestructuradora que la burguesía había desplegado contra los trabajadores durante la década previa. La insurrección acabó con los administradores de turno de esa ofensiva (el gobierno encabezado por Fernando de la Rúa), y terminó con el marco general dentro del cual se había desplegado esa ofensiva (la mencionada convertibilidad de la moneda), finalizando con la hegemonía política que el neoliberalismo había logrado articular alrededor de ella (a partir de la también mencionada disputa hegemónica librada a comienzos de la década)¹⁶. Pero también estaba su impotencia política, en cuanto a la construcción de una salida anticapitalista a ese neoliberalismo en crisis. En esta impotencia política, una vez más, puede haber jugado un papel la carencia de un horizonte estratégico anticapitalista de la izquierda más radicalizada, carencia que la caída del Muro había ratificado una década antes. Pero indudablemente fue la orientación estatista y populista dominante en la izquierda argentina, y especialmente en el resto de la izquierda, la que empujaría a la mayor parte de la misma a colaborar activamente con los gobiernos posteriores en su triste empresa de restaurar el orden.

16 Un análisis de este proceso de ascenso de las luchas sociales que acabó con el menemismo se encuentra también en el citado Bonnet (2009) o, para una síntesis, en Bonnet (2011). Y, para un análisis del período abierto con posterioridad a esa crisis del menemismo, puede consultarse Bonnet (2015).



BIBLIOGRAFÍA

- Astarita, Rolando (2011) *¿Qué fue la URSS?* Disponible en <https://rolandoastarita.wordpress.com/2011/02/20/%C2%BFque-fue-la-urss/> (consultado el 15 de febrero de 2015).
- Bonnet, Alberto (2009) *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en la Argentina, 1989-2001*. Buenos Aires, Prometeo.
- Bonnet, Alberto (2011) “Diciembre de 2001: la resistencia de los ajustados”, en *Herramienta*. Buenos Aires, Herramienta, N° 46.
- Bonnet, Alberto (2015) *La insurrección como restauración. El kirchnerismo, 2002-2015*. Buenos Aires, Prometeo (en prensa).
- Campione, Daniel (2005) “Hacia la convergencia cívico-militar. El Partido Comunista 1955-1976”, en *Herramienta*. Buenos Aires, Herramienta. N° 29.
- Casola, Natalia (2013) “‘Los comunistas no somos subversivos!’ El PC y la dictadura militar argentina (1976-1983)”, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*. Buenos Aires. N° 2.
- Casola, Natalia (2014) “De la ‘convergencia cívico-militar’ al ‘viraje revolucionario’. La crisis del Partido Comunista durante los años 80”, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*. Buenos Aires. N° 5.
- Echagüe, Carlos (2010) *Revolución y restauración en la URSS: del socialimperialismo al imperialismo, de Jruschiov a Putin*. Buenos Aires, Ágora.
- Echegaray, Patricio (2010) *Notas sobre la revolución latinoamericana*. México, Ocean Sur.



- Gramsci, Antonio (2000) *Cuadernos de la cárcel*. México, Era. Tomo V.
- Hobsbawm, Eric (1996) *The age of extremes. A history of the world, 1914-1991*. New York, Vintage.
- Holloway, John (1992) “La liberación de Marx”, en Lucita, Eduardo (coord.) *La liberación de Marx. El debate actual en el socialismo*. Buenos Aires, Tierra del Fuego/FFyL-UBA.
- Hoy*. Buenos Aires, 29 de noviembre de 1989.
- Kohen, Daniel (2010) *La familia de la izquierda argentina. Entre el kirchnerismo, las nuevas luchas sindicales y la amenaza de la fragmentación*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Massa, Gabriel (1989) “El estallido del Este”, en *Correo Internacional*. Buenos Aires, noviembre, N° 43.
- Modonesi, Massimo (2007) “El bosque y los árboles. Reflexiones sobre el estudio del movimiento socialista y comunista en América Latina”, en Modonesi, Massimo; Elvira Concheiro y Horacio Crespo (coords.) *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México, UNAM.
- Moreno, Nahuel (1990) *Escritos sobre revolución política*. Disponible en <http://www.nahuelmoreno.org/pdf/revpol.pdf> (consultado el 15 de febrero de 2015).
- Romero, Andrés (1995) *Después del estalinismo. Los Estados burocráticos y la revolución socialista*. Buenos Aires, Antídoto.
- Solidaridad Socialista*. N° 307, Buenos Aires, 15 de noviembre de 1989.
- Van der Linden, Marcel (2007) *Western Marxism and Soviet Union. A survey of critical theories and debates since 1917*. Leiden, Brill.



LAS IZQUIERDAS EN CUBA

Julio César Guanche

Nacido en Cuba en 1974, fue profesor en la Universidad de La Habana. Ha dirigido varias publicaciones y editoriales nacionales. Trabajó por varios años en la Casa del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano. Algunos libros de su autoría son “En el borde de todo. El hoy y el mañana de la revolución en Cuba”, y “La verdad no se ensaya. Cuba: el socialismo y la democracia”.

En 1959 el presente cubano se liberó del pasado y pudo conquistar así un rumbo no regimentado por las trayectorias de su historia. Sin embargo, el futuro de Cuba nunca había estado tan incierto –tan abierto– como después de 1991. El derrumbe soviético, el recrudecimiento de la agresión norteamericana y parte de las políticas cubanas post 1959 arrojaron al país a una enorme crisis, pero también a una posibilidad múltiple y única a la vez: resistir la ofensiva de un enemigo que, a su vez, había constituido la imagen de la modernidad deseable para buena parte de la cultura política cubana durante el primer medio siglo republicano; rehusar un concepto de socialismo con el que se había convivido durante (casi) la otra mitad del siglo en condiciones de “hermandad”, y refundar la imaginación del presente sobre el porvenir.

El “Período Especial”, nombre de la estrategia oficial de contención de la crisis de los noventa, colocó la “apertura política” como clave de la gobernabilidad. El proceso ocurrido entre 1986 y la mitad de los años noventa comprendió “apertura” como la voluntad de afirmar



el rumbo socialista opuesto a las consecuencias de las reformas en los países del Este; distribuir los costos de la crisis a escala social; capitalizar los valores de justicia social y de independencia nacional; recuperar tradiciones de pensamiento sobre la nación; convertir al laicismo al Partido y al Estado; reevaluar el papel del mercado; avanzar en eludir la sobreimposición estatal en el ámbito de lo social; “nacionalizar” al Estado sobre su carácter “clasista”; franquear el pensamiento social a la exploración de alternativas; habilitar formas de propiedad alternativas a la estatal; promover la participación ciudadana en el debate sobre la agenda de cambios; reconvertir las fuerzas armadas, etc., entre otra serie de claves que consiguieron lo esencial: detener la caída y relanzar un proyecto de sobrevivencia y desarrollo a partir de la segunda mitad de los años noventa.

No obstante, el socialismo cubano experimentaba en la fecha problemas de más antigua data. Desde los sesenta, marxistas como Leo Huberman, Paul Sweezy y Adolfo Gilly criticaron la combinación cubana de personalismo con burocracia. En su lógica, el primero denunciaba periódicamente a la segunda para destruir los límites que la burocracia podía oponer al despliegue del poder personal. Los socialistas occidentales K. S. Karol y René Dumont interpretaron como “soviéticos” ciertos rasgos que iba adquiriendo el modelo cubano. Jorge Edwards añadió otros en el campo cultural. Entre las trazas autoritarias y pro soviéticas descritas estaban las siguientes: la influencia de los pro soviéticos en la conducción del proceso; la calificación de la disidencia ideológica como “traidora” y “enemiga”; el repudio a la independencia política de todo proyecto no concebido por el Estado; la legitimidad otorgada al marxismo-leninismo y al realismo socialista; el recorte de derechos políticos y ciudadanos; la identificación de patria, revolución y socialismo; el “burocratismo” del proceso; la alta concentración de poder en el máximo liderazgo; la consolidación de estilos personalistas de dirección; el “voluntarismo” y el monopolio de la propiedad estatal.



Interpretaciones diversas podrían aceptar este punto en común: el cubano es un socialismo “desde arriba”, que ha consagrado la soberanía del poder central y la prioridad absoluta de la verdad oficial, mientras que al mismo tiempo ha limitado la autoorganización ciudadana. Dichas interpretaciones no podrían consentir en núcleos duros de desacuerdo, por ejemplo, en lo que atañe a las consecuencias del modelo. Para algunos el proceso habría resultado un “comunismo de tipo totalitario” que ha traído la “ruina económica” y el “completo sometimiento de su ciudadanía”. Para otros, la Revolución Cubana fue decisiva para el nacimiento de otra América Latina, por su influencia sobre el lanzamiento de la Alianza para el Progreso y las políticas desarrollistas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), por la denuncia de la ilegitimidad de la deuda externa en los ochenta y por el desplazamiento hacia la izquierda del centro político latinoamericano verificado desde 1999.

La izquierda en el gobierno

El concepto de democracia desde el que opera el poder estatal cubano responde a núcleos duros de lo que tradicionalmente se ha entendido por “izquierda”: defensa de la soberanía nacional; compromiso con la justicia, la igualdad social, la participación popular (con gran presencia de mecanismos consultivos); y la visión crítica sobre el carácter “despiadado” del capitalismo. Desde esos presupuestos, el gobierno cubano ha alcanzado grandes performances en las áreas privilegiadas por esta noción de democracia.

Las estrategias actualmente en curso, cobijadas bajo el nombre genérico de “actualización del modelo económico”, han implicado diversas redistribuciones de poder desde la cúpula estatal hacia la sociedad. Se busca implementar ciertas prácticas de desconcentración y descentralización del poder, se prometen determinadas garantías al



pluralismo político (los no militantes del partido deben tener mayor acceso a cargos políticos, y se reduce a dos mandatos la posibilidad de reelección de los más altos cargos del Estado); se introducen prácticas de transparencia y responsabilidad estatal (lucha contra la corrupción); se reconocen nuevos actores políticos (es una novedad el papel desempeñado por las iglesias, en particular la Católica); existe un empeño en la lucha contra discriminaciones antes no consideradas, o incluso cometidas, por el propio poder (homofobia); y se han generado nuevos problemas de representatividad política respecto a izquierdas revolucionarias críticas del gobierno. En política exterior, el gobierno se compromete con proyectos de construcción contrahegemónica a la dominación norteamericana. En una lógica más “pragmática”, se relaciona más con los gobiernos y se desconecta de los movimientos sociales y populares que apoyó durante décadas.

En materia social, la política estatal cubana ostenta sus mejores rendimientos. Cuba cumplió los compromisos para 2010 respecto a los primeros cuatro Objetivos del Milenio: erradicar la pobreza extrema y el hambre, lograr la enseñanza primaria universal, promover la igualdad entre los géneros y el empoderamiento de la mujer, y reducir la mortalidad de los menores de cinco años. Para 2015, debe cumplir los objetivos 5 y 6: mejorar la salud materna y combatir al VIH/SIDA y al paludismo. La Isla ocupa el lugar 44 (sobre más de 180) del Índice de Desarrollo Humano (IDH). Según el Índice de Desarrollo Humano No Económico, se ha encontrado en el puesto 17 a nivel mundial y ha sido el primero de los “países en desarrollo”. Asimismo, cuenta con una de las tasas de alfabetización más altas del mundo y con uno de los mejores sistemas de respuesta médica ante desastres. No obstante, desde 2008, los gastos en educación, salud, bienestar social y vivienda han disminuido como proporción del presupuesto del Estado y del PIB. El último dato público sobre pobreza en Cuba es de 2004: 20% de la población urbana. La política de hostilidad del gobierno de los Estados Unidos



hacia Cuba ha perjudicado los rendimientos de las políticas en materia social. Por ejemplo, por el “bloqueo/embargo”, Cuba “no ha tenido acceso a equipos médicos, medicinas ni materiales de laboratorio fabricados bajo patente estadounidense”.

La imaginación oficial que impulsa la “actualización del modelo económico” propone innovaciones notables en campos como la economía, hecho que comporta consecuencias políticas también novedosas para el contexto cubano. En ello, se está modificando la relación Estado-economía: el Estado ha renunciado a una parte importante de su monopolio sobre la economía, el empleo y sobre el control de los ingresos personales. Con esto, se han multiplicado los actores económicos e institucionales, lo que equivale a una renuncia al monopolio estatal de la actuación política. Un mayor número de personas se independiza del Estado, y queda sometido a la única disciplina de pagar impuestos, una cultura nueva en Cuba. Se introducen otros mecanismos de mercado y formas privadas de organización económica, se potencia un proceder basado en la “eficiencia económica” y se define al “socialismo” a partir de estas dimensiones: “el plan prevalecerá sobre el mercado”, “nadie quedará desamparado” y “se evitará la concentración de la propiedad”.

En este marco, la organización económica se orienta hacia una economía mixta, con sector nacional y extranjero, y con formas públicas, cooperativas y privadas. De modo diferente a lo que sería esperable por la pretendida “hostilidad” del discurso oficial cubano contra el mercado, se amplían los espacios regulados por la lógica mercantil. A la Inversión Extranjera Directa se le otorga un rol fundamental. Como se estiman necesarios 2 mil millones anuales de inversión, se ofrecen garantías a los inversionistas: exoneración del pago por 8 años del impuesto sobre utilidades, del pago de aranceles durante el proceso inversionista y del pago de impuesto por la utilización de la fuerza de trabajo. Se descentralizan funciones que antes eran de los ministerios y pasan esas responsabilidades



a ser atendidas desde esquemas empresariales. Hace 20 años, el 95% de las personas empleadas eran trabajadores estatales. Hoy en el sector no estatal de la economía labora alrededor de 26% de los ocupados, y tiene ingresos más elevados. La población que tenía acceso a moneda fuerte, hacia 2010, fue estimada en 60%. Se ha anunciado que 40% de la fuerza laboral debe pasar al sector no estatal. Se permitió la compraventa de casas y terrenos, y de automóviles. Cerca del 85% de las viviendas del país son propiedad de quienes las viven. Se elevó a 99 años el tiempo en el que los inversores extranjeros pueden utilizar tierras estatales para negocios inmobiliarios. Se extendió el tiempo y la cantidad de tierra entregada en arrendamiento a campesinos privados.

Ahora, la ampliación del mercado se hace a expensas de dejar sin regulación tópicos fundamentales. Desde el punto de vista constitucional, como señala Jorge Domínguez, no existe tope sobre las tasas de interés financiero, ni sobre precios, ni está fijado salario mínimo ni máximo (2006). No se impide la entrada de empresas internacionales en la inmensa mayoría de la economía cubana. No existen restricciones (salvo para la inversión extranjera) sobre el desarrollo de mercados laborales flexibles. En el proceso, se consolidan estructuras de desigualdad, injusticia y corrupción, con escasos canales de disputa desde lo social. Los sindicatos, por ejemplo, tienen escaso papel como actores en disputa real por las condiciones de trabajo.

Lo antes mencionado introduce el problema de los núcleos críticos a los que se enfrenta el modelo de democracia descrito. Las críticas más recurrentes a este modelo son las siguientes: existencia de partido único; ideología de Estado; penalización de la oposición; militarización de la cultura política; monopolio estatal de la economía, que produce estancamiento en la productividad; presencia de mucha administración y poca política (escasa agencia ciudadana, dependencia del gobierno, Estado con altas cuotas de



autonomía), y la institucionalización de la intolerancia y carencia de reconocimiento del pluralismo societal.

El tema de los derechos humanos es, desde los noventa, punta de lanza de las hostilidades contra el proyecto político cubano. Si bien Cuba es Estado Parte en 42 instrumentos de derechos humanos (el gobierno permitió, entre otros temas, la libertad de viajar y no existe hoy ningún condenado a pena de muerte), por otra parte, sectores opositores de la sociedad civil exigen la ratificación de los Pactos de Derechos Humanos, Sociales, Políticos, Culturales y Económicos, y la posterior adecuación de la legalidad cubana a sus contenidos.

Desde 1992 el Estado cubano es laico. La Iglesia católica ha sido interlocutora del gobierno. Se han construido instituciones religiosas, devuelto propiedades y multiplicado actividades de difusión y educación. Se ha elevado la visibilidad y el reconocimiento a las iglesias ecuménicas y a la comunidad judía. Una nueva generación, diferente a la de Fidel y Raúl Castro, ocupa puestos de poder en el país. Hace un año, según Rafael Hernández (2014), de los 15 presidentes de asambleas provinciales del Poder Popular, 80% tenía menos de 50. Los dirigentes del PCC en los 167 municipios de Cuba tenían todos menos de 50 años (menos uno). La edad promedio del Consejo de Ministros de Raúl Castro era de 58 años, y la del Comité Central del PCC, era de 57.

Ahora bien, una idea se repite: “no estamos ni estaremos ante una reforma”, pese a la escala de las transformaciones actuales o en ciernes. Ello indica lealtad discursiva al tipo de socialismo construido por décadas, más que un celo ideológico antirreformista, pero también muestra la falta de integralidad y coherencia interna del programa de cambios, así como la dificultad para elaborar otro tipo de política, inclusiva y convocante, y una renovada propuesta ideológica, democrática y popular, que recree las energías ciudadanas hasta ser capaz de encuadrarlas en un nuevo horizonte nacional.



El discurso oficial explica que el rumbo del proceso está aprobado (la “actualización” a través de los Lineamientos del VI° Congreso del PCC) y el destino está fuera de discusión (“el socialismo”). Esa declaración entiende al socialismo como un único significado y se estima autorizada por los procesos afirmativos de debate popular convocados sobre determinados cursos de acción. Ese enfoque no reconoce la cuestión de cuántos socialismos se cobijan a la sombra de su concepto, y desconoce el enorme debate social existente en Cuba sobre cuál es y debe ser su carácter.

Otros actores, otras izquierdas y la renovada sociedad civil

Desde los noventa habitan en la Isla imaginarios que responden más a las culturas políticas de la contemporaneidad que a las clasificaciones de los orígenes del socialismo y el comunismo. Sólo como excepción, las filosofías de vida que pueden hallarse en la sociedad cubana actual se dirimen como disputas ideológicas entre izquierdas y derechas, entre marxistas y liberales, entre socialistas y defensores del libre mercado. Tales polémicas se comunican con otros códigos. Los alcances de este hecho no son sólo retóricos: representan cambios en la cultura política cubana.

La izquierda es un concepto relativo: se es de izquierda si también se está a la izquierda. En Cuba, ante la ausencia formal de la derecha, se complejiza la definición de la izquierda. Si así se afirmase, la diferencia se pluraliza en el interior de tal izquierda únicamente existente. Sugiero un rasero para comprender tal hecho: existe una “derecha de la izquierda” que afirma la necesidad de la participación popular, mas desconfía de ella; apuesta por el debate pero niega la discusión; sobreentiende poseer la verdad del sistema, aunque no la verifica con la decisión popular; considera a la sociedad civil como acólito del poder político; piensa que el modelo presente es



el único posible, que sólo es necesario “perfeccionar”; difunde el monologismo discursivo por los medios a su alcance y entiende que el avance de las relaciones capitalistas de producción no son un problema en presencia de un Estado socialista que (prometa) controlar sus consecuencias, a través de “evitar la concentración de la propiedad” y que “nadie quede desamparado”.

Del mismo modo, existe una “izquierda de la izquierda” que reivindica el contenido anticapitalista del socialismo; considera que la radicalización de la democracia es el modo de construir el socialismo y de evitar la restauración capitalista; entiende la apertura de espacios de discusión pública, participación popular y control de la gestión política –y, con ello, la recuperación de la diversidad socialista–, como la razón de ser del socialismo; y valoriza el contenido igualitario en lo que respecta a la justicia social y a la construcción horizontal de la política.

Ha surgido una nueva izquierda, con distintos contenidos socialistas y democráticos, una zona de la cual es calificable de “centroizquierda”, hacia la cual se mantiene una política de no reconocimiento ideológico (el liderazgo ha asumido históricamente que nada existe a la izquierda de sí mismo), y de no aceptación institucional de sus formas de organización. Estas izquierdas resultan nuevas en el campo político –se oponen a la “disidencia”– y señalan problemas de representatividad respecto a la expresión de la propia diversidad revolucionaria (como es el caso de colectivos políticos como el “Observatorio Crítico”, o el Taller Libertario Alfredo López, entre otros de filiación socialista y anarquista).

También ha aparecido una nueva oposición política –parte de la cual se considera a sí misma como democrática liberal–, potencialmente capaz de identificarse con parte de sus contemporáneos, sin implante social pero con visibilidad internacional y apoyo de gobiernos y otras fuentes extranjeras que adversan el proceso



político cubano. Alrededor del año 2000 una plataforma de opositores, con apoyo internacional, quiso presentar al parlamento una propuesta de corte socialdemócrata, conocida como “Proyecto Varela” (éste consistía en un programa de reformas políticas, que debía inscribirse en la Constitución, a favor de mayores libertades individuales). Éste la juzgó como “antisistémica”. En respuesta, reformó la Constitución (2002) y declaró el carácter “irreversible” del socialismo que ella refrenda.

Como parte del debate sobre el reconocimiento de esta diversidad realmente existente, en Cuba ha aparecido el término “oposición leal”. Diversas personas (Roberto Veiga, Lenier González, Rafael Hernández, Arturo López Levy) y grupos, como “Cuba posible”, han declarado, a través de este concepto, un compromiso con la inclusión social, la democratización política, el desarrollo social y la soberanía nacional. Otros (Haroldo Dilla, Rafael Rojas, Armando Chaguaceda) han cuestionado la necesidad de calificar de “leal” a una oposición que, si operase en un marco regulatorio legal para su actuación, dentro del contexto de un Estado de Derecho, no necesitaría de “certificados de lealtad”.

La diversidad existente cuenta hoy con distintos canales de expresión. La sociedad civil ha construido por sí misma espacios de desarrollo. Por la prensa internacional, es más conocida la oposición tradicional. Es ilegal y en algunos casos tolerada. Amnistía Internacional denuncia represión, acoso y detenciones de corta duración sobre este sector. Como consecuencia de acuerdos con la Iglesia Católica y con el gobierno de EE.UU. ha habido excarcelaciones de presos por motivos políticos.

Sin embargo, existen otros actores de importancia. Funcionan con o sin el PCC, tienen agendas propias, y se organizan y presionan para alcanzar intereses propios. Dos de los actores más destacados son los LGTB (lesbianas, gays, transexuales y bisexuales) y los antirracistas.



Como resultado del empoderamiento de la comunidad LGBT, el Estado provee cirugías de reasignación de sexo y tratamiento de reemplazo hormonal a personas transgénero, se hacen marchas de calle, y el gobierno comenzó a votar a favor de resoluciones de la ONU que apoyan los derechos de personas homosexuales. Esta actuación se ha considerado como un modelo potencial para expandir otro tipo de derechos civiles.

La comunidad negra cubana cuestiona que sufre discriminación (condiciones de vivienda, acceso a empleos y emprendimientos mejor remunerados, beneficios en las remesas, acceso a alquiler de casas y autos y a restaurantes, y emprendimientos de servicios). Los datos reflejan que los no blancos no padecen de una situación de exclusión o de discriminación en las organizaciones políticas del sistema, pero su presencia en altos cargos de dirección política y empresarial es mucho más escasa. En ello, se exigen políticas contra el racismo, que remuevan estructuras de discriminación y desigualdad.

Existe gran debate crítico en el campo cultural. Aparecen nuevas formas cívicas de organización, como formas de autoorganización de cineastas para obtener una ley de cine. Aumenta la blogosfera y las esferas públicas alternativas: comunicación a través de correos electrónicos, blogs, y mecanismos privados de difusión de contenidos, como el “Paquete” (especie de Netflix, que circula en discos duros portátiles por todo el país a bajos precios). El hecho es correlativo a la exigencia de acceso a internet con precios justos y de democratización de la prensa. En la última década se ha estructurado otra “esfera pública” a través del intercambio de correos electrónicos que facilita el intercambio de información y el ejercicio crítico, y han aparecido sitios webs, blogs, revistas, en tanto que actores de opinión (cerca del 27% de la población accede a internet, aunque otras fuentes estiman que la penetración de Internet es del 5%: el acceso privado actual tiene un costo muy alto, y ofrece servicios muy limitados).



El espacio transnacional que es hoy la comunidad cubana “participa” a través de estos medios en los debates nacionales. Los periódicos, aunque no recogen la mayor parte de este debate, han incorporado líneas críticas estables dentro de su perfil editorial, dando cabida, aunque muy tímida, a reportajes críticos y a las cartas de lectores. Atender a la movilización y a la diversidad de esta sociedad civil, sin atribuirle etiquetas ideológicas rígidas, de “izquierda” o de “derecha”, es imprescindible para comprender el actual campo político cubano.

El futuro de la izquierda

Después de la historia transcurrida es pertinente pensar en escenarios para el futuro cubano, no agotables en esta lista que ha hecho notar Francisco López Segrera: 1. apertura socialista, inmovilismo y cierre político; 2. adopción de una economía socialista de mercado al estilo de China o Vietnam; 3. derrumbe e implosión a la manera de los países socialistas; 4. derrocamiento del gobierno debido a una invasión militar de los Estados Unidos o de una rebelión interna.

Tales escenarios podrían conducir hacia horizontes como estos: socialismo democrático y participativo, estalinismo de mercado, capitalismo socialdemócrata o capitalismo neoliberal. La esperanza revolucionaria de los socialistas cubanos se ha sostenido siempre sobre una tesis martiana: la necesidad de unir la independencia nacional con la independencia personal y social de los cubanos. Esa tesis debería dialogar hoy con la agenda socialista global: ecopolítica, sociodiversidad, economía en función de la vida, democracia de base y orden internacional solidario.



La cultura política de la izquierda en Cuba en el siglo XXI tendrá que recrear el prestigio del sector estatal como clave de resolución del bien común y reelaborar el concepto de lo público. Ello arrastrará reformulaciones en muchos campos, desde el patriotismo de Estado hasta el nacionalismo popular, desde el rol del Estado hasta el papel del individuo y de la política misma.

Una agenda común a estas propuestas del futuro puede encontrarse en estos contenidos: reclamo de mayor espacio a los ciudadanos para organizarse, crear decisiones políticas y controlar y disputar las existentes; concepción interdependiente de los derechos; mayor peso al derecho (hacer valer el papel de la ley frente al decreto y al reglamento) y del derecho a resistir el derecho cuando su aplicación resulta ilegítima; democratización del acceso a la propiedad, frente a su monopolización y oligarquización, y del control sobre la organización económica, que garantice, o contribuya, a ganar en control sobre las condiciones de vida; reclamo de función social y ambiental de la propiedad; exigencia de intervención pública orientada a disputar las fuentes de reproducción de la exclusión, la desigualdad y la injusticia; fomento de valores y de instituciones que favorezcan prácticas de reconocimiento y tolerancia; y necesidad de reconstruir las relaciones con los Estados Unidos sobre bases distintas a las de la historia de su relación con Cuba.

La práctica futura demostrará si el socialismo es un lugar para el encuentro de estos imaginarios. De serlo, la ausencia de diálogo entre ellos garantizaría un modelo soberbio y estéril. Del diálogo sería esperable la reinención del socialismo cubano.



BIBLIOGRAFÍA

Domínguez, J. I. (2006) *Cuba hoy. Analizando su pasado, imaginando su futuro*. Madrid, Colibrí.

Hernández, Rafael (2014) “Demografía política e institucionalidad. Apuntes sociológicos sobre las estructuras políticas en Cuba”, en *Espacio Laical*. Disponible en <http://www.espaciolaical.org/contens/38/3243.pdf>.



LA IZQUIERDA EN CENTROAMÉRICA: DE LA GUERRA A LA PAZ EN LA DESAPARICIÓN DEL SOCIALISMO

Héctor Ernesto Mairena

Periodista y abogado nicaragüense (Universidad Centroamericana-UCA, Nicaragua), con especialidad en comunicación política y comunicación para el desarrollo. Ha sido docente universitario en la Universidad Centroamericana (UCA)-Managua, Universidad del Valle-Managua y en la Universidad del Norte de Nicaragua. Es investigador social y articulista en varias revistas y periódicos como “El Nuevo Diario” y “Confidencial”. Ha publicado “Aprobación de la Ley General del Ambiente y los Recursos Naturales: un caso de incidencia (1997)” San José Costa Rica, Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano; “Mittelamerikanisch kochen Aus der Reihe Gerichte und ihre Geschichte (2012)” Berlin, Verlag die Werkstatt; y “Reformas a la Constitución Política 2014: Análisis comparativo de los artículos reformados y sus efectos en la vida nacional (2014)”, Managua, Fundación Friedrich Ebert. Actualmente reside en Berlín.

Mientras la Guerra Fría entraba en su etapa final, en Centroamérica prevalecía la confrontación bélica. En Nicaragua, El Salvador y Guatemala, fuerzas insurgentes confrontaban a los respectivos gobiernos. Honduras, con una fugaz guerrilla entre 1981 y 1984, funcionaba como base militar estadounidense y retaguardia de la “contra” nicaragüense. Panamá fue intervenida militarmente por los EE.UU. en diciembre de 1989. En Costa Rica la democracia



lograda después de la guerra civil de 1948, había traído consigo la paz, sólo aturrida a intervalos por repercusiones del conflicto nicaragüense, particularmente entre 1977 y 1984.

Centroamérica en los ochenta: crisis política y guerras. Antecedentes

En los años setenta, el modelo agro exportador con predominio del monocultivo latifundista establecido dos décadas atrás, empezaba a mostrarse en crisis. Aunque todos los países presentaban estabilidad macroeconómica e incluso crecimiento, las diferencias sociales se profundizaban¹. El fracaso del Mercado Común Centroamericano y la crisis internacional, acicatearon el desgaste del modelo. Al menos tres desastres naturales agravaron las consecuencias: los terremotos de diciembre de 1972 y 1976 en Managua y Ciudad Guatemala, respectivamente, y el huracán Fifi de 1974 que afectó a Honduras.

Los regímenes autoritarios, alianza entre las oligarquías y los militares, apadrinados por los Estados Unidos, funcionaban eficazmente preservando el estado de dominación y asegurando los intereses norteamericanos. Intentos reformistas democráticos y nacionalistas en Guatemala, en 1954, y a inicios de los sesenta en El Salvador y Honduras, fueron abortados por las respectivas fuerzas armadas y los EE.UU.; en Nicaragua, sostenida en esos mismos pilares, se había establecido la dictadura somocista desde 1934.

Los regímenes gobernantes, en tanto representaban el control usufructuario oligárquico del Estado, restringían la libertad de mercado y generaban con ello contradicciones interburguesas que se sumaban al descontento popular en gestación. Si en lo social

1 Ver el Cuadro N° 1: Producto Interno Bruto de Centroamérica (1970-1988).



la contradicción principal se daba entre las clases trabajadoras, los sectores medios y las oligarquías en el poder, en lo político se expresaba entre las fuerzas democráticas y el autoritarismo. Y era en este terreno que el conflicto empezaba a manifestarse con mayor nitidez. Como afirma Edelberto Torres Rivas:

“En las sociedades que están políticamente bloqueadas, la subordinación o las exclusiones, ya sea vividas o imaginadas, son superiores como fuerza movilizadora, a la explotación económica como tal. La contradicción clasista es inferior a la tensión política, agravada con la represión. Nada pudo estar más lejos de los espacios iniciales de las luchas por la democracia en el decenio de 1960 que estas coaliciones policlasistas, ya impacientes por ir a la guerra en el decenio de 1970” (2007: 109-110).

La Revolución Cubana estimuló la radicalización de sectores medios y el nacimiento de organizaciones de izquierda que sostenían como tesis central que la vía armada era la principal forma de lucha para lograr las transformaciones revolucionarias. A diferencia de los viejos partidos comunistas² -pioneros socialistas en la región pero anclados en las luchas economicistas-, esta izquierda emergente logró pronto protagonismo³. Ambas son las vertientes básicas de la izquierda regional.

2 Los partidos comunistas en Centroamérica surgieron principalmente entre la década del treinta y del cuarenta del siglo XX: el Partido Comunista de Honduras (PCH) en 1922, el Partido Comunista de El Salvador (PCS) y el Partido del Pueblo de Panamá (PPP) en 1930, el Partido Vanguardia Popular (PVP-Costa Rica) en 1931, el Partido Socialista Nicaragüense (PSN) en 1944 y el PGT en 1949.

3 Las principales organizaciones nuevas de izquierda fueron en Guatemala, las Fuerzas Armadas Revolucionarias-FAR (1962), la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas-ORPA (1971) y el Ejército Guerrillero de los Pobres-EGP (1974); en El Salvador, las Fuerzas Populares de Liberación-FPL (1970), el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos-PRTC (1975) y Resistencia Nacional-RN (1975); en Nicaragua, el Frente Sandinista de Liberación Nacional-FSLN (1961); en Costa Rica, el Movimiento Revolucionario del Pueblo-MRP (1974).



La izquierda emergente asumió el antiimperialismo como bandera y el socialismo como “objetivo estratégico”. Éste se concebía más como resultado de la lucha armada eventualmente victoriosa y no como un proyecto sustentado en el análisis de las condiciones particulares de la región. Asimismo, rechazaba la “democracia burguesa” -etapa que los comunistas asumían como indispensable- por reformista.

En los setenta, especialmente en Nicaragua y El Salvador, la izquierda revolucionaria se fortaleció con la integración de una generación proveniente del cristianismo comprometido políticamente, lo que enriqueció el análisis marxista y ayudó -en sectores medios aun expectantes- a superar prejuicios anticomunistas.

En Nicaragua, en julio de 1979, una insurrección popular derrocó a la dictadura. Amén de la crisis estructural del somocismo y de años de lucha política y armada, ello fue posible por la conformación -entre 1977 y 1979- de una alianza política y socialmente diversa, alrededor de tres ejes: el pluralismo político, la economía mixta y el no alineamiento en política exterior. Alianza que concitó igualmente un apoyo plural en el escenario internacional.

La victoria popular en Nicaragua irradió rápidamente a los movimientos revolucionarios en la región, que contaban ahora con un referente inmediato. Una consecuencia directa consistió en la unidad de la izquierda. Así, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) se conformó en 1980 y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) en 1982. Este paso fue relevante para que la izquierda, constantemente asediada por el divisionismo, compareciera unida en la etapa que se iniciaba.

A partir de 1981, la administración Reagan puso en práctica la “contención activa” para revertir la revolución sandinista y evitar



sus réplicas en la región. Tenía dos componentes. En primer lugar, el militar⁴, concretado en el establecimiento de las bases en Honduras a partir de 1983, en la ayuda militar al gobierno salvadoreño hasta por USD 6 billones, y en el financiamiento a las fuerzas contrarrevolucionarias alzadas contra el sandinismo. Así, entre 1982 y 1990, EE.UU. proporcionó ayuda a estas fuerzas por un monto de USD 300 millones (McClintock, 1998: 221).

El otro componente fue el político. Al despuntar la década de los ochenta se promovieron reformas políticas en tres países: en Honduras en 1981, en El Salvador en 1982 y en Guatemala en 1986, y el poder fue asumido por civiles. Ninguno de estos cambios trastocó las estructuras de dominación, como tampoco lo hicieron las elecciones de 1984 en Nicaragua. El conflicto militar continuó e incluso se agravó.

La radicalización de la revolución sandinista, expresada en la ruptura de las alianzas políticas internas, el estatismo económico y el estrechamiento de lazos con los países socialistas a contrapelo de sus vínculos con la socialdemocracia, colocó a Nicaragua -y por derivación, a Centroamérica- como uno de los focos de la Guerra Fría. Paralelamente al hecho de que la ayuda de Estados Unidos y de los países occidentales disminuyó hacia Nicaragua⁵, la proveniente de la comunidad socialista aumentó ostensiblemente. Para 1985 constituía el 50% del total que recibía, y en 1987 era del 85% (Miller, 1989: 214ss).

4 Véase el Cuadro N° 2: Venta de armamento de EE.UU. a Centroamérica (1970-1985).

5 Véase el Cuadro N° 3: Asistencia económica de EE.UU. a Centroamérica (1975-1989).



Cansancio de las guerras y la búsqueda de la paz

A finales de los ochenta las sociedades centroamericanas experimentaban las consecuencias económicas del ya prolongado conflicto militar.

“Durante la década de 1980 la economía centroamericana retrocedió en términos per capita casi 17 por ciento: más del doble de la pérdida de América Latina y el Caribe. El producto por habitante de Costa Rica cayó seis por ciento, el de El Salvador 17,4 por ciento, el de Guatemala 18,2 por ciento, el de Honduras 12 por ciento, el de Guatemala 18,2 por ciento, el de Honduras 12 por ciento y el de Nicaragua 33 por ciento (...). La deuda externa regional en dólares pasó de 9 mil 843 millones en 1981 a más de 20 mil millones en 1989” (Vilas, 1991: 352).

Los desplazados por las guerras alcanzaron cerca del 10% de la población de 25 millones, la mitad de ellos en El Salvador. Los indígenas guatemaltecos refugiados en México llegaron a 50 mil. Las víctimas mortales en los diez años de conflicto se estiman entre 400 mil y 450 mil personas⁶. Particularmente severas eran las consecuencias económicas en Nicaragua:

“Las secuelas de la guerra afectaron a la economía nacional de manera radical, llevando al país a un período de hiperinflación único en Centroamérica. En el período 1979-1983, la variación de los precios al consumidor había sido de 32%; para el período siguiente, 1984-1988, la variación fue de 3.232,9% y en 1990 aumentó a 6.850%” (OIT-Equipo Técnico Multidisciplinario, 1999).

6 Se tienen en cuenta diversas fuentes, como el Stockholm International Peace Research (SIPRI) y el Instituto de Estudios Estratégicos y Políticas Públicas (IEEPP), de Nicaragua.



No menos importante era el agotamiento moral y emocional. Sergio Ramírez, vice presidente de Nicaragua entre 1984 y 1990, señala:

“El contexto era ya intolerable tanto para la Contra como para nosotros. Después de una década de conflicto armado estábamos exhaustos. La economía había entrado en un pantano, no había recursos materiales (...), eran ya demasiadas muertes y amarga la desilusión. Ya nadie creía en la idea de la muerte de sus hijos como un sacrificio necesario” (Cherem Sacal, 2004: 221).

En El Salvador, la toma parcial de la capital iniciada por la guerrilla el 11 de noviembre de 1989 y prolongada por dos semanas, terminó por convencer a los antagonistas que la solución militar no era viable. David Escobar Galindo, uno de los representantes gubernamentales en las negociaciones con el FMLN, afirmó al respecto: “la ofensiva del 11 de noviembre de 1989 abrió la posibilidad de la paz al demostrar que la guerra no se podía decidir militarmente” (De la Grange, 2014). Facundo Guardado, jefe guerrillero de dicha campaña, ponderando los objetivos de la misma, declaró después: “no habíamos cambiado nuestra convicción de que una negociación razonable sólo iba a ser posible de manera posterior a una demostración de fuerza de nuestra parte” (Tejada, 2009).

En el segundo lustro de los ochenta, con las guerras empantanadas y sus consecuencias allende las fronteras regionales, se intensificaron los esfuerzos pacificadores. El Grupo Contadora⁷ intermedió repetidamente entre el gobierno sandinista y la Fuerza

7 Conformado por México, Panamá, Colombia y Venezuela en 1983.



Democrática Nicaragüense (FDN). Entre 1983 y 1987 se dieron tres rondas negociadoras entre el FMLN y el gobierno salvadoreño y un encuentro entre la URNG y el gobierno guatemalteco. La asunción de tres nuevos presidentes en 1986⁸ indicó que, a pesar de todo, había una tendencia a la institucionalización y a la renovación de parte del liderazgo regional, dando paso a que los jefes de Estado asumieran directamente las negociaciones.

La cumbre presidencial Esquipulas I, en mayo de 1986, durante la toma de posesión de Vinicio Cerezo en Guatemala, si bien no llegó a acuerdos trascendentales y reiteró las posiciones de cada gobierno, estableció un espacio de diálogo que después sería definitivo para las negociaciones.

El Plan para la Paz propuesto por el presidente Arias en febrero de 1987 fue también una de las bases de la última etapa de negociaciones, aunque de su suscripción fue excluido Daniel Ortega en virtud de las tensiones provocadas por la demanda que Nicaragua había introducido contra Costa Rica y Honduras en La Haya en julio de 1986.

Entre febrero y agosto de 1987 se crearon las condiciones para los acuerdos de Esquipulas II denominado “Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica”, suscrito por todos los presidentes centroamericanos:

“La definición misma del documento suscrito (...) marca un compromiso, un mecanismo, a un curso de acción común más allá de la formalidad jurídica. Es una declaración de los

8 Vinicio Cerezo en Guatemala; José Azcona en Honduras y Oscar Arias en Costa Rica.



jefes de Estado y no la suscripción de un tratado que requiere ratificación parlamentaria. Los acuerdos establecidos en Guatemala se pueden considerar como partes fundamentales de un proceso para establecer Medidas de Confianza Mutua. Es decir, el establecimiento de diversos procedimientos para construir confianza y credibilidad” (Rojas Aravena, 1989: 10).

Que los acuerdos consignaran un calendario de ejecución e introdujeran los conceptos de simultaneidad y simetría, implicaba el reconocimiento mutuo de los gobiernos suscriptores y de las fuerzas insurgentes como contendientes beligerantes.

Establecidos los mecanismos, incluyendo el acompañamiento internacional, restaba el cumplimiento de los acuerdos en cada uno de los países. Ello no estuvo exento de vicisitudes: sin embargo, todas fueron superadas mediando la intervención directa de los presidentes. Especial relevancia tuvieron para el impulso al proceso pacificador el inicio de las conversaciones directas entre el gobierno sandinista y el FDN en marzo de 1988 y el adelanto de las elecciones en Nicaragua, las que originalmente debían realizarse en noviembre de 1990 y que, mediante las reformas constitucionales pertinentes, fueron adelantadas para febrero de ese mismo año.

Las dificultades en El Salvador fueron mayores. Los gobiernos de Napoleón Duarte primero y de Alfredo Cristiani (electo en junio de 1989) después, continuaron su política de terrorismo de Estado. En ese período se dieron varios encuentros fallidos entre los contendientes salvadoreños. El 12 diciembre de 1989, el FMLN reaccionó al llamado a la desmovilización hecho en una declaración de los presidentes centroamericanos publicada ese mismo día; afirmaba en su pronunciamiento que la misma no contribuía “a las posibilidades de una solución negociada en El Salvador. El FMLN no puede ser desmovilizado en virtud de acuerdos entre gobiernos” (Equipo Envío, 1990). Mientras tanto, en Guatemala, el presidente



Cerezo enfrentaba la resistencia de la cúpula militar por haber invitado a la URNG a negociar, realizándose el primer encuentro en octubre de 1987.

EE.UU. y la URSS, la caída del Muro de Berlín y el fin de las guerras en Centroamérica

Para los intereses estadounidenses Centroamérica era una zona de su natural hegemonía. La intervención militar en Panamá en diciembre del '89 fue una señal inequívoca de esa concepción. En cambio, para los soviéticos siempre representó un interés marginal, que sólo despertó su atención con la revolución sandinista.

La distensión que procuraban la URSS y los EE.UU., desempeñaría una incidencia importante en las negociaciones en marcha. La sentencia de la Corte de La Haya de junio de 1986, que condenó a los EE.UU. por sus agresiones contra Nicaragua, y el escándalo Irán-Contras, agitaban a la opinión pública estadounidense. Su involucramiento en el conflicto centroamericano era objeto de crecientes críticas y la necesidad de lograr una salida política cobraba fuerza incluso en círculos oficiales.

La política exterior soviética, derivada de las reformas de Gorbachov, se planteó contribuir a la distensión con los EE.UU., respetando sus tradicionales zonas de influencia, y concentrar la atención en sus prioridades. En octubre de 1989 el canciller soviético Eduard Shevardnadze visitó Nicaragua inmediatamente después de haber sostenido conversaciones con su homólogo estadounidense, James Baker. La visita misma y la declaración al concluirla, dejaron pocos entresijos.

El tema centroamericano evidentemente había figurado en la agenda de las negociaciones. La URSS comparecía como parte interesada, y a la par de los EE.UU., expresaba su apoyo para que



las negociaciones culminaran con éxito. A tono con el concepto de simetría de Esquipulas II, suspendía el suministro de armas a Nicaragua “si los Contras cesan totalmente las acciones bélicas” (Equipo Envío, 1989). La declaración expresaba claramente que Nicaragua salía de la guerra y que la vida posconflicto planteaba “tareas nuevas”. La Cumbre de Malta entre Bush y Gorbachov, en diciembre de 1989, con relación a Centroamérica no hizo más que reiterar las coincidencias entre una URSS que pronto desaparecería y los Estados Unidos, que se alzaba vencedor de la Guerra Fría.

Inmersa en el umbral de una nueva etapa histórica, la izquierda regional percibió la caída del Muro de Berlín como un fenómeno lejano y sus consecuencias no fueron valoradas de manera inmediata. Causaba mayor preocupación los acontecimientos regionales que incidían directa e inmediatamente en una dirección u otra en la coyuntura. Sergio Ramírez afirma:

“A la caída del Muro ni siquiera le dimos mucha importancia; no entendimos que era el principio del fin de la guerra fría (...). La invasión a Panamá fue mucho más temible porque tensó la relación con Estados Unidos y golpeó nuestra perspectiva electoral. Quizá perdimos definitivamente por esto” (Cherem Sacal, 2004: 222).

Joaquín Villalobos, uno de los miembros de la Comandancia del FMLN, por su parte, diría tiempo después: “La derrota electoral de los sandinistas fue nuestro Muro de Berlín: estábamos convencidos de que iban a ganar” (De la Grange, 2014). En efecto, la derrota del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en las elecciones del 25 febrero de 1990 impactó de manera definitiva en la coyuntura regional. El cambio de la naturaleza del gobierno en Nicaragua marcó la desaparición del único régimen de izquierda en la región y del principal óbice para la paz, visto desde la perspectiva del resto de gobiernos centroamericanos. Con ello llegó el fin de



la guerra, toda vez que el objetivo de desplazar del gobierno a los sandinistas se había logrado electoralmente.

En diciembre de 1989, de forma separada, el gobierno salvadoreño y el FMLN solicitaron la mediación de la ONU para lograr la paz. En abril de 1990, en Ginebra, quedó suscrita la voluntad de “terminar el conflicto armado por la vía política al más corto plazo posible” (Acuerdos de Ginebra, 1990). Aunque el acuerdo no menciona a Esquipulas II, sí hace referencia a “la solicitud de los Presidentes centroamericanos” al Secretario General de la ONU para apoyar las negociaciones bilaterales.

La firma de la paz en El Salvador se concretó en enero de 1992. Los acuerdos dieron fin a la guerra de doce años y sentaron las bases para la democracia en ese país. Joaquín Villalobos, uno de sus firmantes por el FMLN, apunta: “Para Naciones Unidas, fue una de las operaciones de paz más exitosas del presente período histórico. El Salvador pasó simultáneamente de la guerra a la paz, y del autoritarismo a la democracia” (1999: 24).

En Guatemala el proceso fue mucho más lento. A la par que se daban los primeros intentos negociadores, en 1995 la izquierda participó en las elecciones bajo la figura del Frente Democrático Nacional (FDN). “La URNG vio que los espacios políticos se iban abriendo (...). Era absurdo no aprovechar esos espacios y debían crear una plataforma política para no presentarse en 1999 desde cero. Entonces surgió la idea de hacer este Frente” (Sichar, 2011). Las negociaciones se encaminaron a paso firme a partir de 1991 “ante la imposibilidad insurgente de tomar el poder por la vía armada” (Rosada Granados, 1997: 18). La URNG estaba ya concentrada no en conseguir cambios revolucionarios, sino en lograr “las libertades fundamentales y constituir una institucionalidad democrática”. Los Acuerdos de Paz firme y duradera, suscritos el 29 de diciembre de 1996, significaron el fin del conflicto militar en Guatemala después de 36 años.



Aunque en Guatemala “ni las elecciones (limitadamente competitivas) ni las negociaciones con la guerrilla supusieron nunca una cesión real de poder por parte de las élites tradicionales” (Marti i Puig y Figueroa Ibarra, 2006: 45) y en El Salvador el conflicto terminó “sin vencedores ni vencidos” (Handal, 1992), en ambos casos las ex organizaciones guerrilleras habían dado un aporte sustantivo para lograr la democracia. Lo mismo ocurrió en Nicaragua, donde el FSLN había garantizado elecciones transparentes y traspasado cívicamente el gobierno a la UNO (Unión Nacional Opositora). Como afirma Edelberto Torres Rivas: “la mayor contribución a la democracia política en Centroamérica ha sido dada por los efectos que en diversos planos han producido las luchas de las fuerzas de las izquierdas revolucionaria y democrática” (1998: 69).

La izquierda centroamericana en el nuevo escenario mundial y regional

En el nuevo escenario regional con paz y democracia y en un nuevo contexto mundial con el “socialismo real” desmoronado y el capitalismo victorioso, la izquierda enfrentaba retos inéditos. Se trataba de insertarse en la lucha electoral como la vía exclusiva para lograr espacios de poder –eventualmente, el poder mismo– y reformular las propuestas alternativas ahora que la revolución social ya no tenía cabida. Ante estos desafíos las izquierdas experimentarían conflictos internos de diferentes dimensiones y consecuencias. Más que un problema de identidad, se trataba de la manera de asimilar y adaptarse al cambio.

Particulares problemas experimentó la URNG. Desde su conformación en 1982 había sobrevivido a varios cismas ocasionados en las intenciones hegemónicas especialmente del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT). A partir de 1998 pasó a ser un partido político. Su participación en las elecciones de 1999



fue relativamente exitosa al obtener el tercer lugar con un 12,36% de los votos. Sin embargo, en el período siguiente se desprendieron de su seno cinco nuevas organizaciones, atomización que debilitó su incidencia posterior en los siguientes eventos electorales.

En Honduras, la guerrilla se había auto disuelto. El Partido Comunista se disolvió en 1990 para integrarse al Partido Renovación Patriótica, que a su vez pasó a ser parte del Partido Unificación Democrática⁹, definido como de izquierda, legalizado en 1993 y que en las sucesivas elecciones de 1997, 2001 y 2005, no superó el 1% de los votos. Después apoyaría al gobierno de Manuel Zelaya, electo en 2005 y destituido mediante un *sui generis* golpe de Estado en 2009. Con posterioridad al golpe, Unión Democrática denunció ser víctima de la represión oficial y se ha visto más debilitada por nuevas divisiones.

En el FMLN se suscitaron significativos debates acerca de la ideología a adoptar. Mientras que el sector ortodoxo propugnaba mantener la lucha por el proyecto socialista, otros -en su mayoría del ex Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)- planteaban una definición socialdemócrata. Finalmente, ante la prevalencia de los primeros, se dio la salida de connotados dirigentes encabezados por Joaquín Villalobos, que fundaron el Partido Demócrata, el cual no logró sobrevivir a las elecciones de 1999. En 2001 la “Corriente Revolucionaria Socialista”, del ex Partido Comunista, logró la expulsión de Facundo Guardado que pasó a fundar el Movimiento Renovador, de izquierda democrática y que igualmente desaparecería como entidad legal después de las elecciones de ese año.

9 También lo conformaron el Partido Revolucionario Hondureño, el Partido por la Transformación de Honduras y el Partido Morazanista de Liberación Nacional.



El sandinismo tampoco escapó a los cismas internos. En 1995, cerradas las posibilidades de la democratización como condición para un debate transparente sobre la estrategia a adoptar, se dio la separación de relevantes miembros que, encabezados por Sergio Ramírez, fundaron el Movimiento Renovador Sandinista (MRS), de izquierda democrática. El MRS, con el propio Ramírez como candidato presidencial, obtuvo en las elecciones de 1996, un 0,44% de los votos. En 2006, primero con un militante histórico del sandinismo, Herty Lewites -quien fallecería cuatro meses antes de las elecciones-, y luego con Edmundo Jarquín como candidato presidencial, encabezando una alianza electoral de centro izquierda, el MRS logró el 7%. Despojado de la legalidad desde 2008 por el Tribunal Electoral controlado por Ortega, en 2011 fue parte minoritaria de una coalición electoral de centro que cosechó el 31%.

En Costa Rica, en los últimos 24 años, distintos esfuerzos unitarios entre el Partido Vanguardia Popular (PVP), el Partido Socialista Costarricense (PSC) y el MRP, no prosperaron electoralmente y quienes participaron de manera individual obtuvieron resultados irrelevantes. Sin embargo, las elecciones de 2014 revelaron un viraje del electorado. El Partido de Acción Ciudadana (PAC), de centroizquierda, ganó con el 30% y el Frente Amplio, identificado con el "Socialismo del Siglo XXI", obtuvo un sorprendente 17%.

Si bien los resultados de los eventos electorales de los noventa no fueron favorables a ninguna de las organizaciones de izquierda en Centroamérica, las consecuencias de los ajustes estructurales neoliberales del período pos bélico provocaron descontento social e hicieron perder legitimidad a la democracia y a los partidos tradicionales ante los ciudadanos, que optaron por las alternativas "revolucionarias" votando mayoritariamente por el FSLN en 2006 y por el FMLN en 2009.



En Nicaragua, el FSLN osciló entre el colaboracionismo y la oposición a las administraciones que le sucedieron, y pactó en 2000 con el Partido Liberal Constitucionalista (PLC) reformas constitucionales que redujeron el mínimo para ganar la presidencia, lo que le permitió en 2006 regresar al poder con apenas el 38% de los votos. En 2011 replicaría la victoria electoral, en unos comicios señalados como fraudulentos por la oposición y parte de la comunidad internacional.

No es casual que sean precisamente las dos organizaciones de mayor bagaje las que cosecharon esas victorias electorales: el FSLN, que contaba con experiencia de gobierno, y el FMLN, la única fuerza insurgente que en los ochenta fue opción real de poder. Pero tampoco puede verse al margen del apoyo político y material del gobierno de Hugo Chávez, con quien particularmente el FSLN sostuvo una alineación política y económica absoluta, continuada con Nicolás Maduro.

En ambos casos, sin embargo, las políticas gubernamentales poco o nada tienen de socialistas. El FSLN ha mantenido las políticas económicas de sus antecesores, cobijadas ahora por la asistencia social y un discurso populista. El académico José Luis Medal comenta:

“El que el actual gobierno sea fondomonetarista neoliberal no es en sí negativo, es incluso positivo. El problema está en la contradicción entre la retórica, supuestamente socialista, y la práctica neoliberal fondomonetarista del gobierno. La retórica afecta la inversión y el pragmatismo fondomonetarista permite mantener la economía a flote, pero sin vislumbrarse ningún despegue económico que permita un desarrollo sostenible” (Canales, 2010).

Especial objeto de críticas es la sistemática concentración de poder llevada a cabo por Ortega. Las reformas constitucionales de enero de 2014 han revertido las principales conquistas



democráticas logradas en Nicaragua en los últimos treinta años: se ha reestablecido la reelección indefinida, afianzado el control presidencial unipersonal sobre las fuerzas armadas, y anulado la independencia de los poderes del Estado¹⁰.

En El Salvador los resultados electorales de 2014 evidenciaron una sociedad polarizada. Las elecciones se resolvieron en segunda vuelta, con un 50,11% para el FMLN y un 49,89% para la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA). Sin duda, ese contexto ha obligado al FMLN a adoptar una conducta realista. “El gobierno del FMLN hasta el momento no ha implementado transformaciones estructurales en la economía del país, pero tampoco ha renunciado a su intención de hacerlo, y siguen expresando sus aspiraciones socialistas” (Perla Jr. y Cruz-Feliciano, 2014).

Algunas reflexiones finales

El surgimiento del conflicto centroamericano que alcanzó su punto extremo en los ochenta y su ulterior resolución, obedecieron a factores endógenos, si bien es innegable la incidencia secundaria del factor extrarregional. Aunque la descomposición del socialismo real hasta la desaparición de la URSS coincide en el tiempo con el desarrollo de las negociaciones por la paz en Centroamérica, fueron procesos independientes, aunque recíprocamente se afianzaron. En tanto que el primero estimuló la concreción de la inminente solución negociada, el segundo mostró el fracaso de pretensiones de revoluciones de inspiración socialista que violentaban el marco institucional.

10 Véase el estudio *Novena reforma constitucional 2014: el cambio de las reglas del juego democrático en Nicaragua*, publicación del IEEPP disponible en www.iepp.org/wp-content/uploads/downloads/2014/11/NovenaReformaConstitucional.pdf



La izquierda centroamericana, con sus respectivas particularidades nacionales, fue protagonista indispensable en las negociaciones por la paz y en la conquista de la democracia, como lo había sido antes de la guerra.

Sometida a contradicciones y a escisiones internas, la izquierda centroamericana ha preservado desde el punto de vista declarativo su identidad. Se distinguen sin embargo, una “izquierda” de vocación autoritaria que asume la democracia como una condición necesaria pero eventualmente prescindible, y la izquierda democrática, que reconoce que las transformaciones sociales y económicas y la defensa y profundización de la democracia son concomitantes.

El crimen organizado, la corrupción, el desempleo y la inseguridad ciudadana son desafíos que exigen a las fuerzas progresistas, y entre ellas a la izquierda democrática, propuestas programáticas novedosas y realistas. En caso contrario, la paz social podría estar nuevamente en riesgo.



Cuadro N° 1:

Producto Interno Bruto de Centroamérica (1970-1988)*
En millones de dólares de 1980

PAIS	1970	1975	1980	1985	1987	1988
Guatemala	4.492	5.893	7.801	7.363	7.648	7.938
El Salvador	2.582	3.354	3.497	3.162	3.262	3.311
Honduras	1.467	1.769	2.497	2.571	2.810	2.920
Nicaragua	1.999	2.561	2.070	2.136	2.100	1.932
Costa Rica	2.079	2.761	3.545	3.579	3.969	4.081
Panamá	2.049	2.552	3.455	3.931	4.151	3.468

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Anuario estadístico 1984 (230-231), 1988 (182-183), 1989 (180-181); CEPAL-Balance Preliminar de la economía de América Latina y el Caribe (1989: 18).

* Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA)-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) (1992); *Centroamérica en Gráficas*, San José Costa Rica.



Cuadro N° 2:

Venta de armamento de Estados Unidos a Centroamérica
 (1970-1985)*. En miles de dólares

PAIS	1970	1975	1980	1985
Guatemala	701	3.849	2.343	1.212
El Salvador	35	1.727	1.316	11.4531
Honduras	26	916	1.247	27.989
Nicaragua	423	724	18	1
Costa Rica	123	325		18.156
Panamá	206	1.903	29.428	2.721

Fuentes: *Diario Prensa Libre* - Guatemala (PL) (1985: Nov. 6); Centro de Asesoría y Promoción Electoral (CAPEL) *Boletín Electoral Latinoamericano*, San José, Ediciones CAPEL 1 (1989: N° 1, 8); Instituto Histórico Centroamericano (IHC) (1990: N° 102, 4, 6); *Informe de Centroamérica*, Guatemala (INFORPRESS) (1990); Tribunal Supremo Electoral de Guatemala (TSE)-Memoria de la elección de la Asamblea Nacional Constituyente (1984: 5,60); Centro de Documentación de Honduras (CEDOH) - *Boletín informativo* (1985; N° 55, 1); Instituto de Investigaciones Socioeconómicas de Honduras (INSEH), *Intervencionismo y ascenso de la nueva derecha* (1989: 14).

* Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA)-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) (1992); *Centroamérica en Gráficas*, San José Costa Rica, 81.



Cuadro N° 3:

Asistencia económica de Estados Unidos a Centroamérica*
En millones de dólares

PAIS	1975	1980	1985	1986	1987	1988	1989
Guatemala	18	11	104	106	172	133	142
El Salvador	10	58	434	315	396	320	300
Honduras	41	51	224	126	187	150	74
Nicaragua	47	39	0	0	0	0	0
Costa Rica	9	14	217	148	175	102	115
Panamá	52	2	40	63	0	0	0

Fuente: *Policy Alternatives for the Caribbean and Central America* (PACCA), *Perspectivas sobre la ayuda de Estados Unidos a Centroamérica en la década de los '90* (1990: 5); Secretaría de Estados Unidos (SE) 1 (1985); Wilkie, James y Adam Perkal (eds.) (1984) *Statiscal abstract of Latin America*. Los Angeles, California, Universidad de California (680-683).

* Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA)-Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) (1992); *Centroamérica en Gráficas*, San José de Costa Rica, 43.



BIBLIOGRAFÍA

Acuerdos de Ginebra (1990) en *El Diario de Hoy*. San Salvador. Disponible en <http://www.elsalvador.com/noticias/especiales/acuerdosdepaz2002/> (consultado el 4 de marzo del 2015).

Canales, Giselle (2010) “Ortega trajo deterioro del salario y menos inversión”, en *La Prensa*. Managua, Sección Nacionales, 8 de enero. Disponible en <http://www.laprensa.com.ni/2010/01/08/nacionales/12493-ortega-trajo-deterioro-del-salario-y-menos-inversion> (consultado el 10 de marzo de 2015).

Cherem Sacal, Silvia (2004) *Una vida por la palabra. Entrevista con Sergio Ramírez*. México, Fondo de Cultura Económica.

De la Grange, Bertrand (2014) “Los huérfanos del Muro”, en *El País*. Madrid, Sección Internacional, 8 de noviembre. Disponible en http://internacional.elpais.com/internacional/2014/11/08/actualidad/1415480733_145989.html (consultado el 28 de febrero de 2015).

Equipo Envío (1989) “La URSS ante el conflicto USA-Nicaragua”, en *Revista Envío*. Managua, número 98, octubre. Disponible en <http://www.envio.org.ni/articulo/608> (consultado el 4 de marzo de 2015).

Equipo Envío (1990) “Texto de la respuesta del FMLN a Esquipulas VI”, en *Revista Envío*. Managua, Sección Centroamérica, número 101, Enero. Disponible en <http://www.envio.org.ni/articulo/619> (consultado el 4 de marzo de 2015).

– Handal, Jorge Shafick (1992) “Discurso en la Firma de los Acuerdos de Paz”, en *El Diario de Hoy*. San Salvador. Disponible en <http://www.elsalvador.com/noticias/especiales/acuerdosdepaz2002/> (consultado el 10 de marzo).



IICA/ FLACSO- (1992), *Centroamérica en Gráficas*, San José Costa Rica, Ediciones IICA-FLACSO.

Marti i Puig, Salvador y Carlos Figueroa Ibarra, Carlos (2006) *La izquierda revolucionaria en Centroamérica: de la lucha armada a la participación electoral*. Madrid, Catarata.

McClintock, Cynthia (1998) *Revolutionary Movements in Latin America: El Salvador's FMLN and Peru's Shining Path*. Washington DC, Institute of Peace Press.

Miller, Nicola (1989) *Soviet relations with Latin America 1959-1987*. Cambridge, Cambridge University.

OIT-Equipo Técnico Multidisciplinario (1999) *El proceso de integración centroamericano en perspectiva*. Disponible en http://www.ilo.org/public/spanish/region/ampro/mdtsanjose/worker/integ_ca/final.htm (consultado el 1º de marzo de 2015).

Perla, Héctor Jr. y Héctor M. Cruz-Feliciano (2014) "Las aparentes contradicciones dentro del FMLN: El Socialismo del siglo XXI en El Salvador", en *El Faro*. San Salvador, El Faro Académico, temporada 2014. Disponible en <http://www.elfaro.net/es/201404/academico/15070/>(consultado el 10 de marzo de 2015).

Rojas Averena, Francisco (1989) *El Proceso de Esquipulas: el desarrollo conceptual y los mecanismos operativos*. Costa Rica, Escuela de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional. Disponible en PDF en <http://www.corteidh.or.cr/tablas/4693.pdf> (consultado el 3 de marzo de 2015).

Rosada Granados, Héctor (1997) "Guatemala. El desafío de la paz", en *Revista Nueva Sociedad*. N° 147, enero-febrero.



- Sichar Moreno, Gonzalo (2011) "Izquierda en Guatemala. Del levantamiento a la pérdida del horizonte", en *Revista Iniciativa Socialista*. Guatemala, N° 60, primavera. Disponible <http://www.inisoc.org/sichar4.htm> (consultado el 10 de marzo de 2015).
- Tejada, Rossy (2009) "Cuando la guerra bajó de los cerros", en *La Prensa Gráfica*. San Salvador, Revista Séptimo Día, 14 de noviembre. Disponible en <http://www.laprensagrafica.com/revistas/septimo-sentido/72963-cuando-la-guerra-bajo-de-los-cerros.html> (consultado el 3 de marzo de 2015).
- Torres Rivas, Edelberto (1998) *La izquierda centroamericana en la encrucijada*. San José, Costa Rica, Fundación Friedrich Ebert.
- Torres Rivas, Edelberto (2007) *La piel de Centroamérica: una visión epidérmica de setenta y cinco años de su historia*. San José, Costa Rica, FLACSO.
- Vilas, Carlos M. (1991) "De una década a otra: Centroamérica de cara a los noventa", en Vereá, Mónica y Jorge Luis Barros (coords.) *La política exterior norteamericana hacia Centroamérica: reflexiones y perspectivas*. México, Centro de Investigaciones sobre Estados Unidos de América, UNAM/ Porrúa, FLACSO/México.
- Villalobos, Joaquín (1999) "'Sin vencedores ni vencidos'. Pacificación y Reconciliación en El Salvador", en *Revista FASOC*. San Salvador, N° 3, julio-septiembre.



LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN EN BOLIVIA

Fernando Molina

Periodista y escritor boliviano. En 2012 ganó el premio Rey de España de periodismo iberoamericano. Es columnista de Infolatam y colaborador de varias publicaciones bolivianas e internacionales, entre ellas, “El País” de España. Fue subdirector del diario “La Prensa” y director de los semanarios “Nueva Economía” y “Pulso”. Ha publicado numerosos artículos en medios escritos y digitales de su país y de Chile, España y México. Autor de ensayos políticos y económicos, de biografías y textos de historia contemporánea: es uno de los escritores más prolíficos y reconocidos de Bolivia.

La caída del Muro de Berlín y la disolución de la URSS, que la primera anunció, se inscriben en un período de grandes transformaciones sociales que condujeron a la izquierda mundial a lo que podríamos llamar, tomando un término del marxismo althusseriano, una “ruptura epistemológica”.

Usamos este concepto de forma libre para referirnos a una profunda brecha en el flujo del pensamiento social, que determina que aquello que se pensaba en un momento dado, las ideas en uso, se convierta años después en “no pensamiento” (Balibar, 2004: 14), es decir, en ideas de las que ya nadie da cuenta y que, por el otro lado, nadie toma en cuenta. Una “ruptura epistemológica”, nos dice Gastón Bachelard –el inventor de este concepto en el contexto de la historia de la ciencia–, designa el momento en que un conocimiento



hasta entonces “oficial” se torna “caduco” y, por lo tanto, deja de inspirar las prácticas de la sociedad, entre ellas, la tecnología, al mismo tiempo que se retira de los sistemas regulares de enseñanza. Uno de los ejemplos que usa Bachelard es el flogisto. Otro podría ser la astrología (Balibar, 2004: 19).

Como muestran estos ejemplos, la caducidad de un conocimiento no significa que éste desaparezca, sino que pierda su importancia social, cese de ser una referencia de las prácticas sociales, por ejemplo la política, y también quede fuera del programa de instrucción de las nuevas generaciones.

La ruptura epistemológica que la caída del Muro simboliza y explicita visualmente encuentra sus raíces en procesos bastante anteriores a 1989, algunos anteriores incluso al propio Muro, que se erigió en un momento tardío (1961) de la historia del llamado “campo socialista”.

La lista de causas de este corte es tan amplia que enumerarla por completo resultaría imposible. Para nuestro propósito, baste mencionar las principales cadenas de sucesos sociales e ideológicos de las dos décadas previas a 1989:

1. La revolución científica que entraña la informática y el descubrimiento de nuevos materiales, y sus efectos en la producción económica. Esta transformación inició la llamada “globalización” y amplió el rezago y aislamiento económicos de los países socialistas. También produjo cambios en el modo productivo de los países desarrollados que desdibujaron el perfil tradicional de la clase obrera industrial y la redujeron; al mismo tiempo que los cambios productivos en los países subdesarrollados disminuyeron el número de los obreros manufactureros o, en otros casos, generaron colectivos de trabajadores no sindicalizados y sin conciencia de clase.



2. Los efectos ideológicos del proceso de descolonización de los países africanos y asiáticos en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial; efectos tales como la superación de la visión jerárquica sobre el ser humano, sus distintas culturas, y la relación entre la “razón” radicada en el centro europeo y estadounidense y el “error” esparcido por el mundo no moderno y no occidental. Al mismo tiempo, la difusión de nuevos valores como la igualdad de las culturas (y por consiguiente, el relativismo cultural), el reconocimiento del otro, el respeto a las identidades minoritarias, etc.

3. La crisis de los años setentas de las economías desarrolladas, que se debió al encarecimiento del petróleo, y el agotamiento de los modelos estatistas de la posguerra; así como la crisis financiera de los años ochentas, generada por la incapacidad de los “capitalismos de Estado” de América Latina para pagar la deuda externa que habían contraído gracias a la abundancia de “petrodólares” en la década previa. Estas dos crisis –así como la derrota de las economías socialistas en la competencia contra el capitalismo que fuera parte de la Guerra Fría– desprestigiaron la planificación económica e hicieron necesarios programas de contención o “ajuste estructural” tanto en los países desarrollados como en los periféricos. Estos programas estuvieron orientados a recortar el tamaño, el gasto y la presencia del Estado en la economía, y generaron la “ola neoliberal”. El neoliberalismo, que se probara por primera vez en Chile después del golpe de Pinochet, inició su andadura en los ochentas como la respuesta del sentido común económico a los excesos estatistas y pronto se tornó una minuciosa y totalizadora refutación de la doctrina económica izquierdista. En el nivel cultural y de las mentalidades, el vacío causado por la ruptura epistemológica de la que hablamos fue llenado por el posmodernismo o el conservadurismo, o por mezclas de diferentes dosis de ambos.



4. La impotencia de la “idea comunista” para procesar exitosamente los sucesivos y graves reveses ideológicos que sufrió, en mayor escala, desde que dejara de ser el espíritu del antiguo imperio zarista –una porción del planeta siempre condenada a los rigores del poder absoluto– y se convirtiera, después de la Segunda Guerra, en la base doctrinal de la mitad de la población mundial. Un escueto listado de estos reveses debe comenzar con la muerte de Stalin y la lectura por parte de Jruschov del informe sobre sus crímenes en el XX° Congreso del PCUS, en 1956. Y debe seguir con el aplastamiento de la revolución húngara, el mismo año; la fragmentación del bloque en distintos comunismos nacionales; la expectativa y la decepción provocada por la revolución cultural china; el fracaso de los intentos cubanos de exportar su revolución; la lucha *obrero* en contra del gobierno *obrero* polaco, que terminó en otra intervención rusa, y muchos otros hechos hasta la aceptación por Mijaíl Gorvachov (1987), al justificar la adopción de la *perestroika* o reforma del sistema soviético, de que la economía de su país estaba estancada y que no sólo era incapaz de alcanzar los estándares productivos occidentales, sino incluso de satisfacer todas las necesidades de consumo de los habitantes de la URSS. Todo esto, como íbamos diciendo, socavó la “idea comunista”, que es a la vez más sencilla y más amplia que la doctrina marxista, aunque sea indiscernible de ella, de la que emerge y a la que presta el don de ilusionar a millones.

La idea de que la dictadura del proletariado constituye un resultado del cumplimiento de las leyes científicas de la historia, dice François Furet (1995: 11), genera una ilusión “de otra naturaleza que la que puede nacer de un cálculo de fines y medios, y hasta de una simple fe en la justicia de una causa, ya que ofrece al hombre perdido en la historia, además del



sentido de su vida, los beneficios de la certidumbre. No fue algo parecido a un error de juicio, que con la ayuda de la experiencia se puede reparar, medir y corregir; más bien, fue una entrega psicológica comparable a la de una fe religiosa, aunque su objeto fuese histórico". La desaparición del campo socialista constituyó el cataclismo final de esta fe. "Siendo una creencia en la salvación por la historia", dice Furet, solo pudo ser destruida completamente por un "mentís radical de la historia", esto es, por el hecho de que la URSS y sus satélites se desplomaran sin dejar detrás de ellos ninguna institución, forma de vida o fidelidad popular; solamente "el familiar repertorio de la democracia liberal" (1995: 11) y el nacionalismo.

5. La aparición de filosofías y teorías en todos los campos del saber humano que, descartando la comprensión ilustrada de la historia como un acontecer determinado por leyes y causas finales –que encontrara su expresión más extrema en el hegelianismo y el marxismo–, ven al mundo ya no como expresión y cumplimiento de "universales" normativos, sino de una forma radicalmente "nominalista", como un conjunto de singularidades o "casos únicos", esto es, inconmensurables entre sí e irreductibles frente a cualquier generalización o jerarquía –algo que se ve como emancipador (Jameson, 2012: 90). Es el *posmodernismo*, pero no en la acepción de corriente filosófica o estilo literario particular, sino de estadio del pensamiento social, en el que también entraron el marxismo y el pensamiento de la izquierda en general. El *posmodernismo* declaró el final de los "grandes relatos ideológicos" y, con ellos, de la posibilidad de legitimar la historia, que se había probado como impredecible, y pintó al saber como un conjunto no jerárquico, abigarrado y finalmente impotente de "juegos de lenguaje" (Lyotard, 1989: 10).



Efectos ideológicos en la izquierda boliviana

En Bolivia, el lapso que va entre 1985-1986 –fecha de la derrota del intento izquierdista de conservar democráticamente el modelo estatista heredado de los años cincuenta o, en otros casos, de radicalizarlo por la vía del poder obrero campesino– y la caída del Muro en 1989, fue el parteaguas definitivo entre el discurso izquierdista tradicional, profundamente influido por la “idea comunista” y que por eso todavía se enunciaba dentro de la modernidad, y el izquierdismo posmoderno.

De la obra de los intelectuales de izquierda más activos en ese momento, en especial Jorge Lazarte (1988, 1993), así como Henry Oporto, René Antonio Mayorga, Ramiro Velasco y otros (ILDIS, 1991), podemos colegir qué ideas antes defendidas por la izquierda tradicional quedaron perimidas por este tajo histórico:

1. *La justificación de la violencia política en la “necesidad histórica”*. En 1987, el comunista Marcos Domich todavía publicaba un libro sobre la estrategia marxista de la insurrección (*La insurrección de Octubre. La experiencia militar de los bolcheviques*): éste era obsoleto desde el momento mismo de aparecer. De 1989-1990 en adelante, quienes se muestran partidarios de la violencia política ya no pueden presentarse como parteros de la historia, porque la historia ya no se halla preñada; por eso la mayoría los consideraba “terroristas”, es decir, voluntarios y arbitrarios agresores. La desaparición de la URSS probó que ninguna causa puede justificar los millones de muertos y los crímenes que en el pasado se solían considerar como el peaje exigido para lograr el avance histórico.
2. *Los “grandes relatos”*. La historia no tiene otro sentido que el que se le imprime a cada momento. Por tanto, los momentos son favorables y adversos por lo que contienen en sí mismos,



no a causa de una razón trascendente. Cuenta lo concreto y, por tanto, la técnica y no la ideología, la economía y no la política; el impulso utópico se considera equivalente a la superstición y se desprecia, por peligrosa y hueca, la épica política; mientras que lo cotidiano, lo “normal”, el cálculo de costos y beneficios, las “decisiones racionales”, las concesiones que garantizan la paz, se valoran por su racionalidad y su capacidad constructiva.

3. *El afán totalitario.* No puede llamarse “democracia” a la imposición violenta de una hegemonía política popular, como era de uso hasta entonces. Incluso los mayores denostadores de las doctrinas liberales sobre la democracia como medio de garantizar el pluralismo, deben admitir el pluralismo de hecho de la sociedad y descartar la posibilidad de reducir esta pluralidad por medios violentos. En suma, el totalitarismo se convierte en sinónimo de lo detestable. La sociedad busca caminos que la alejen de él, tales como la libertad de pensamiento, la descentralización del Estado, la exaltación del individuo, etc.
4. *El clasismo y el economicismo.* La pertenencia a una clase es una de las dimensiones de la existencia de las personas, no la única y ni siquiera la principal. La clase obrera es uno de los sujetos de la política, no el único y ni siquiera el principal. El mundo social es diverso y su representación sociológica se acerca más al “estado de naturaleza” de Locke que a la “base-superestructura” de Marx o a la “sociedad fabril” de Lenin.

A la vez, las ideas que adquirieron nueva carta de ciudadanía fueron las siguientes:

1. La definición de “democracia” como la suma de igualdad política (libertad de elección y postulación), derecho al pensamiento y la expresión libres, derecho a la asociación, etc.;



es decir, como “democracia + Estado de derecho” o democracia representativo-parlamentaria.

2. La admisión de la democracia como uno de los aspectos de la emancipación política y moral del ser humano, antes que como un mero medio subordinado a estrategias no democráticas de lucha por dicha emancipación.
3. La concepción de la democracia como un espacio por ocupar, sobre el que librar batallas, antes que como un *instrumento* de la burguesía en contra de las otras clases, un timo, etc. En otras palabras, la confianza en la posibilidad de transformar la realidad por la vía democrática.
4. La “lógica democrática” –o de competencia, pero en simultánea coexistencia, entre distintas visiones de la sociedad– en sustitución de la “lógica de la guerra” que dividía al mundo en dos bandos y buscaba la victoria absoluta de uno y la derrota sin paliativos del otro.

La pérdida de confianza en la previsibilidad y la certidumbre del avance de la sociedad fue vivida por los militantes e intelectuales marxistas bolivianos igual que los religiosos viven una crisis de fe. Los hechos les exigían degradar la justificación “científica” de su lucha y pasar a sustentarla en una voluntad ética de mejorar el mundo en el que habían sido programados para despreciar, ya que era la razón equivocada –por subjetiva, romántica y “utópica”– por la cual lanzarse en contra del capitalismo. Se les pedía renunciar al recurso de las “leyes de la historia” como guía y explicación última de sus concepciones sobre el mundo y sus decisiones políticas.

Veamos como ejemplo esta intervención del socialista Ramiro Velasco (ILDIS, 1991):



“A mi modo de ver se trata de una crisis existencial [de la izquierda]. No en vano el socialismo real, exceptuando Rumania, ha sido desmantelado de forma pacífica. Esto tiene un enorme peso. El hecho de que las reconstrucciones capitalistas ocurran a través de movimientos revolucionarios casi pacíficos, sin grandes eclosiones ni grandes resistencias, demuestra hasta qué punto la paralización económica había afectado la construcción del socialismo. En esa medida, el desmantelamiento del socialismo no sólo puede significar una reorientación de la economía, sino también el fin de una creencia. Esto último es muy grave, puesto que la fuerza de una idea se revela en cuanto ésta es capaz de constituirse en el ánimo colectivo en una creencia. En la medida en que la idea se debilita como creencia, pierde fuerza la capacidad de hacer pronósticos. Ésta es la parte más pesada de la crisis de la izquierda: su incapacidad actual de difundirse como pronóstico, de ser proyecto, de anticiparse como futuro con un grado verosímil de cumplimiento” (43).

Frente a ello, Velasco propone lo que años antes hubiera sido anatema:

“Dadas las condiciones de la época que se está viviendo resulta casi obvio que no se pueden ofrecer grandes programas revolucionarios, a menos que la política se convierta en neurosis. Más bien, se hace necesario plantearse un programa coherente de reformas que signifiquen ciertas soluciones para los sectores más empobrecidos y para los intereses del país” (1991: 44-5).

Por el corte epistemológico, solo los “neuróticos” pueden seguir proponiendo “grandes programas revolucionarios”, es decir, pueden ignorar la invitación histórica a valorar la democracia de otra manera:



“Además, esta crisis nos está mostrando la enorme importancia del elemento democrático en el sistema de valores de toda sociedad y del hombre universal. La democracia, en los nuevos desarrollos teóricos de la izquierda, está dejando de ser un medio para convertirse en un fin. La democracia definitivamente tiene que ser asimilada por la izquierda de una manera nueva y con todas sus consecuencias (...). La democracia representativa, el pluripartidismo (...), estos conceptos van a tener una aplicación universal ineludible” (Velasco en ILDIS, 1991: 45).

Transformaciones políticas de la izquierda boliviana

La izquierda marxista llegó a la derrota que simbolizaba la caída del Muro ya vencida de antemano por el coletazo de algunos de los procesos que condujeron a la era neoliberal que comenzaría en 1989. De estos procesos, el de más larga duración fue la paulatina valoración izquierdista de la democracia durante las luchas antidictatoriales de la década de los setenta. La expresión más relevante de este cambio fue la nueva orientación del principal partido marxista de esta época, el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR). En 1971, cuando se creó, el MIR aspiraba a dirigir el “bloque obrero-campesino y popular” para llevar a la sociedad creada por la Revolución Nacional de abril de 1952 al socialismo, allí donde ésta no había podido conducirla por la traición de su dirección política y social, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), un partido de clases medias. En 1978, luego de su valiente lucha contra la dictadura de Hugo Banzer (1971-1978), el MIR quería algo bastante diferente: “entroncarse” con la Revolución Nacional, lo que significaba llegar a acuerdos con sus líderes históricos para ganarse a las “masas de Abril”, y construir una alternativa electoral a las dictaduras militares. Así fue como se alió con el MNR de Izquierda y el Partido Comunista en la Unidad



Democrática Popular (UDP), que se convertiría en el frente más votado en las elecciones de 1979 y 1980 (Peñaranda y Chávez, 1992). La UDP no tenía un programa directamente socialista, pero tampoco se había decantado por abocarse exclusivamente a reformar el capitalismo (“reformismo”). Esta ambigüedad desaparecería durante su corto período de gobierno (1982-1985).

Otro factor de la derrota de la izquierda, quizá el más directo, fue la debacle económica que causó este gobierno, presionado por la quiebra de las empresas estatales de las que el país había vivido en las décadas anteriores, que a su vez se debió a la ineficiencia de éstas y a la supresión, durante la crisis de la deuda, del financiamiento del que las mismas se habían beneficiado previamente. Al alimentar estas empresas quebradas con emisión sin respaldo, la UDP provocó la mayor hiperinflación y el peor descontrol económico de la historia del país, y perdió el poder.

El desastre económico disminuyó a la clase obrera a su mínima expresión: en 1986 el Estado despidió a 25 mil trabajadores, la mayoría mineros, que ya no podía mantener después de la drástica caída de los precios internacionales de los minerales acaecida el año precedente. Como es obvio, la desaparición del proletariado minero, la vanguardia del movimiento trabajador, resultó nefasta para la izquierda radical, cuyas perspectivas dependían de la fuerza de los sindicatos. Todas las corrientes y todos los partidos de izquierda se fragmentaron en varios agrupamientos menores. El MIR, por ejemplo, se partió en tres pedazos (Molina, 2015).

En 1989-1990, la derrota local se complementó con el hundimiento del campo socialista. Las condiciones globales compulsionaban a la izquierda a abandonar el pensamiento que habían cultivado a lo largo de décadas. Pero algunas organizaciones y personalidades izquierdistas lo hicieron y otras no. Resultó imposible para los partidos comunistas, trotskistas y guevaristas, que se rehusaron.



Estas agrupaciones terminaron disolviéndose, retirándose o, si se mantuvieron activas, perdieron paulatinamente su influencia política. Otros grupos e individuos quedaron sumidos en la perplejidad y se quebraron, abandonando la política.

Los que en cambio dejaron atrás los dogmas del pasado se dividieron entre los que lo hicieron para adecuarse, así fuera de manera crítica, al nuevo orden neoliberal, como el MIR Nueva Mayoría, el MIR Bolivia Libre (más tarde Movimiento Bolivia Libre), los partidos socialistas y personalidades de distintas procedencias progresistas; y los que exploraron otras formas de oponerse al libre mercado y de reorganizar el bloque popular, como el militante sindical Filemón Escobar y cuadros aislados del trotskismo, el comunismo y el MIR Masas. Los primeros terminaron adoptando posiciones dentro del liberalismo democrático, engrosaron a la centroderecha y, por eso, desaparecieron cuando acabó la ola neoliberal. Los segundos constituyeron uno de los afluentes de la nueva izquierda, fuertemente vinculada con el indianismo, que se organizaría a partir de la Marcha por la Vida y el Territorio que los indígenas realizarían en 1990.

En suma, fueron muy pocos, no más que un puñado de individuos, los que consiguieron saltar el foso histórico de la desaparición de la URSS y caer del otro lado todavía dentro de la izquierda. Pero sería una izquierda muy distinta de la que habían conocido.

El surgimiento de la nueva izquierda

A mediados de los ochenta, el grueso de la izquierda, con el MIR a la cabeza, trató de insertarse en las nuevas formas de hacer política resultantes de la institucionalización de la democracia. Pero no toda la izquierda derrotada por la frustración de la UDP y el posterior programa de ajuste que inició la privatización del Estado siguió este



camino. Una parte se dedicó a la lucha sindical, en algunos casos con resultados estériles, como cuando los dirigentes de la Central Obrera Boliviana quisieron continuar en la dirección política de una organización que ya no tenía influencia política determinante, y mantuvieron su estructura “obrerista”, pese a que los obreros ya no eran la parte más importante del movimiento popular. En otros casos, en cambio, la lucha sindical, libre de la tutela de los partidos de izquierda del pasado, mostró un potencial creativo formidable, como por ejemplo dentro del movimiento campesino. Y en particular en el Chapare (en el centro del país), donde estaban los cocaleros, que se revelarían como una base sindical con recursos económicos, conocimientos políticos –traídos desde las minas por los despedidos de ellas, como el ex dirigente de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) Filemón Escobar, fundador del Movimiento al Socialismo (MAS) y mentor de Evo Morales–, y capacidad de presión sobre el Estado a través del bloqueo a la principal carretera del país y del sabotaje de la única política pública de interés de los Estados Unidos, la erradicación de coca. De este vuelco al ámbito sindical, del descubrimiento de este sector, de la lucha del mismo contra la política contra las drogas, así como de las posibilidades abiertas por la Ley de Participación Popular (1994), que municipalizó al país y abrió un espacio para la “ruralización de la política” (Zuazo, 2008), surgirían a principios de los noventa el MAS y el liderazgo de Evo Morales.

Esta parte, por así decirlo, “afortunada” de la izquierda llevó al Chapare una ideología que era la “ideología promedio” en las minas antes de la “ruptura epistemológica” de la que hemos hablado más arriba: nacionalismo de izquierda, es decir, nacionalismo desarrollista pero redistribuidor; confianza en el Estado y desconfianza en las élites estatales; odio al ala “gorilista” del ejército y esperanza en su ala “patriótica”; defensa a muerte de las organizaciones corporativas populares y capacidad para proyectar los intereses de éstas como necesidades nacionales. Ésta también



sería, con el correr del tiempo, la ideología básica del MAS y de su actuación como partido de gobierno (desde 2006) aunque, como veremos, con incorporaciones provenientes del indianismo.

Una minoría de la izquierda no tomó ninguno de los caminos ya descritos y se lanzó a combatir en guerrillas y focos urbanos sin ninguna perspectiva, terminando invariablemente con todos los alzados (y algunas de sus víctimas) ejecutados o, en el mejor de los casos, presos. El intento más interesante de los varios que hubo fue el del Ejército Guerrillero Tupak Katari, no sólo porque en él militaron Felipe Quispe (líder del partido katarista Movimiento Indio Pachakuti) y Álvaro García Linera (quien se convertiría en el vicepresidente de Evo en 2006), sino porque este grupo comenzó a experimentar con una aproximación ideológica entre el marxismo y el indianismo que se probaría como una mezcla muy atractiva. Expuesta posteriormente en clave no guerrillera por García Linera, le proporcionarían a éste algunos de los recursos que lo convertirían en el intelectual más original y de más proyección durante el tiempo de la crisis del neoliberalismo que comenzó a principios de siglo, razón por la que Evo Morales lo escogería como candidato vicepresidencial.

No sólo García Linera, sino toda la nueva izquierda tuvo su oportunidad cuando la era neoliberal llegó a su fin, poniéndose en el orden del día la estatización de las principales empresas del país (las mismas que habían sido privatizadas en la década anterior), a fin de emplear los excedentes extractivos en el “desarrollo”, así como la redistribución de tierra y riqueza. La nueva izquierda no inventó algo completamente nuevo, sino que volvió a formular el proyecto económico de la Revolución Nacional, abandonado en los años ochenta por la quiebra del Estado productor.

Pero con una diferencia: postuló un nuevo sujeto social para realizarlo. Si antes el pensamiento de la Revolución Nacional había



confiado la tarea de la emancipación en una alianza de “clases nacionales” dirigida por un bloque de profesionales y obreros, ahora se esperaba que la revolución la realizara el movimiento indígena, es decir, los campesinos y los inmigrantes pobres de las ciudades, pero despojados de sus determinaciones económicas y convertidos en sujetos étnico-culturales. Y, detrás de ellos, los otros sectores “plebeyos” de la población.

Este desplazamiento se debió, en primer lugar, al desprestigio del marxismo ortodoxo y de los proyectos de homogeneización clasista o nacional que se trató de llevar a cabo en el siglo XX. Del fracaso de estos intentos, como hemos visto, surgieron ideologías que conciben la política en términos de lucha cultural y que, fundadas en un relativismo antropológico, propugnan un Estado capaz de respetar y, aún más, de reflejar la diversidad de identidades de la sociedad.

Pero el ascenso de “lo indígena” también tuvo un origen material: las transformaciones que por varias décadas sufrió la base económica del país, tales como la disminución del proletariado, la modernización “a medias” o frustrada de los habitantes rurales a través de la migración a las ciudades y el acceso a servicios educativos y sociales mediocres, etc. Estos procesos convirtieron a dos sectores sociales, los campesinos que viven parte del tiempo en las ciudades (en particular, los aimaras) y los vecinos empobrecidos de las periferias urbanas, en la mayor fuerza de masas del país. Estos grupos protagonizaron los principales acontecimientos políticos que sepultaron al neoliberalismo.

Finalmente, el sesgo indianista del proceso de superación del neoliberalismo fue el resultado de la lucha política de los partidos indianistas. El indianismo como tal surgió del fracaso del proyecto de “asimilación” indígena impulsado por la Revolución Nacional, y lo hizo justamente allí donde ese fracaso había sido más rotundo: en



el altiplano aimara, la zona del país en la que el mestizaje es menor y donde se combina de forma más contrastada una cierta elevación del nivel educativo y un aumento de las expectativas populares, con la carencia de oportunidades reales de ascenso social. Su expresión fue el “katarismo” (por Tupak Katari, líder aimara del tiempo de la Colonia). Para tener éxito electoral, el katarismo, dividido en varios partidos, tuvo que esperar por muchos años a que desaparecieran las otras organizaciones que también se asentaban sobre la frustración aimara por los resultados contradictorios de la Revolución: la izquierda marxista y sindical, primero, y luego el populismo “cholo”. Finalmente, a principios de siglo, impulsado por la rebelión social general, tuvo un ascenso electoral y político que imprimió la principal marca indianista a la revolución que, sin embargo, no fue esta corriente, sino Evo Morales, el que terminó por comandar.

Morales superó a los kataristas en un terreno relativamente extraño para la izquierda sindical de la que provenía, el campo electoral, en el que el MAS se introdujo en 1995, cuando decidió participar en las elecciones municipales de ese año.

No tenemos espacio para explicar cómo lo logró. Más bien nos interesa anotar que el MAS recuperó la experiencia de su antecesora, la “izquierda del siglo XX”, y decidió permanecer en el ámbito de la democracia representativa, tanto en su lucha por el poder y en el ejercicio que hizo de éste, como en el rediseño del sistema político a través de un proceso constituyente que culminó en 2009.

El éxito del MAS no tiene nada que ver con la “teleología” que muestran algunos análisis que se han realizado sobre él; no se debe al destino, sino a la capacidad de este partido para tomar en cuenta y aprovechar las fuerzas existentes y eficientes de la política nacional e internacional, entre las cuales la democracia ocupaba, desde la caída del Muro, el sitio más destacado.



BIBLIOGRAFÍA

- Balibar, Étienne (2004) *Escritos por Althusser*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Domich, Marcos (1987) *La insurrección de Octubre. La experiencia militar de los bolcheviques*. La Paz, Unidad.
- Furet, François (1995) *El pasado de una ilusión – Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Gorvachov, Mijail (1987) *Perestroika*. Bogotá, Oveja Negra.
- ILDIS (1991) *Desafíos para la izquierda*. La Paz, ILDIS.
- Jameson, Frederic (2012) *El postmodernismo revisado*. Madrid, Abada Editores.
- Lazarte, Jorge (1989) *Movimiento obrero y procesos políticos en Bolivia. Historia de la COB 1952-1987*. La Paz, ILDIS.
- Lazarte, Jorge (1993) *Bolivia: Certezas e incertidumbres de la democracia. Procesos de ruptura y crisis de la izquierda*. La Paz, ILDIS-Los Amigos del Libro.
- Liotard, Jean-François (1989) *La condición posmoderna*. Madrid, Cátedra.
- Molina, Fernando (2015) *Democracia e izquierda: el encuentro de dos tradiciones. 30+7 años de historia de la Friedrich Ebert Stiftung*. La Paz, FES.
- Peñaranda, Susana y Chávez, Omar (1992) *El MIR entre el pasado y el presente*. La Paz, s.e.
- Zuazo, Moira (2008) *¿Cómo nació el MAS? La ruralización de la política en Bolivia. Entrevistas a 85 parlamentarios de este partido*. La Paz, FES.



LA IZQUIERDA MEXICANA EN EL ÚLTIMO CAMBIO DE SIGLO

Araceli Mondragón González

Licenciada y maestra en Ciencia Política y doctorante en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha realizado estancias de investigación en la Universidad de California, Berkeley, y en la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es Profesora-Investigadora en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM)-Xochimilco. Es coautora y coordinadora de libros como "Interculturalidad. Historias, experiencias y utopías" (2010) y "No nos alcanzan las palabras. Sociedad, Estado y violencia en México" (2014).

Introducción

1989 es el año que simboliza el cambio de siglo y también el cambio de una época. Esta última es, como señalaba el filósofo Luis Villoro, un lapso histórico que se abre y cierra simbólicamente a partir de ciertos acontecimientos de especial significación, y que implica creencias colectivas de orden ontológico, de carácter epistémico y de adhesiones valorativas (1993) En otras palabras, de ciertos presupuestos o estructuras sociales básicas sobre lo que existe, lo que se puede conocer y lo que es válido para una colectividad. Estos elementos, y las formas históricas en las que se articulan, nos permiten entender los rasgos fundamentales de un orden político.



En el caso que nos ocupa, hablamos particularmente de un nuevo régimen de acumulación y su correspondiente modo de regulación social y política (Harvey, 2008: 143)¹ a nivel planetario, impuesto por el fin del sistema bipolar propio de la Guerra Fría. Este cambio marca el comienzo de la hegemonía del proyecto neoliberal, en términos económicos, y del discurso *ultraliberal* de un capitalismo triunfante, en términos políticos, que parecía ensombrecer o debilitar los discursos críticos y los movimientos de resistencia evidenciándolos como obsoletos en el nuevo contexto mundial. Evidentemente, esta nueva formulación reconfigura las creencias colectivas y replantea las posibilidades, los límites, el papel e incluso el sentido o las razones de ser de los movimientos y discursos de izquierda en todos los rincones del planeta.

En este contexto, y como rasgo estructural a nivel global, fue la democracia la que emergió como la clave de los discursos hegemónicos y de legitimación en el terreno político y que vino a reposicionarse ante la debilidad de conceptos tradicionales como los de soberanía, nacionalismo y, sobre todo, revolución. Y particularmente, en el caso de México, la posibilidad de la transición no parecía asunto menor o deleznable, incluso como bandera de la izquierda, menos aún si tomamos en cuenta la historia secular de los fraudes electorales. No debemos olvidar que el lema con el que se inició la Revolución de 1910 fue “sufragio efectivo”².

1 Un régimen de acumulación describe la estabilización en un largo período de la asignación del producto neto entre el consumo y la acumulación e implica cierta correspondencia entre la transformación de las condiciones de producción y las condiciones de reproducción de los asalariados.

2 La imposibilidad del sufragio efectivo se encuentra estrechamente relacionada con las formas específicas como se configuraron las relaciones sociales en la larga duración histórica: son las huellas de un pasado colonial y de una sociedad no sólo de clases sino de castas, donde el señor manda y el siervo obedece. En algunos países con un pasado colonial fueron las viejas castas señoriales las que aliadas a una clase política corrupta –para la que sus actividades han sido primordialmente un medio de enriquecimiento personal y de movilidad social- se convirtieron en burguesía, aunque sin la mentalidad propiamente “burguesa” que tiene que ver tanto con la secularización como con la lucha por ganar derechos políticos frente a la rancia nobleza (Mondragón, 2013: 294).



¿Qué decir de la coyuntura histórica de finales de la década de los ochenta después de más de siete décadas de dominación del PRI³, de un régimen articulado en relaciones corporativas y clientelares, de clandestinidad y guerra sucia⁴, respecto a los partidos y organizaciones de izquierda y los movimientos populares?

Frente a estas formas de dominación no está por demás mencionar, aunque sea someramente, la importancia de algunos movimientos de resistencia que se reconocen como momentos de ruptura que anunciaban la crisis del sistema político del Estado en México en el siglo XX: a) el momento histórico de la emergencia del movimiento estudiantil de 1968; b) los movimientos guerrilleros de los años setenta como alternativa radical después de la represión del 2 de octubre en la Plaza de Tlatelolco⁵; c) la organización de la sociedad civil frente a la incompetencia del gobierno para responder a la devastación del terremoto de 1985 en la Ciudad de México; y d) la huelga universitaria de 1987.

De acuerdo con lo anterior, y como premisa para analizar la izquierda mexicana en el siglo XXI, es pertinente distinguir dos grandes campos de acción: a) la izquierda político-institucional, la de los partidos

3 Las dos instituciones pilares del sistema político mexicano en el siglo XX fueron la presidencia y el partido de Estado. El Partido Revolucionario Institucional (PRI), nacido en 1929 como Partido Nacional Revolucionario (PNR), se transformó en 1938 en Partido de la Revolución Mexicana (PRM), se consolidó como un partido corporativo de masas, y en 1946 cambió a PRI (Garrido, 1986).

4 El período conocido como “guerra sucia en México” abarcó desde finales de los sesenta y toda la década de los setenta, y se trató de una estrategia de contrainsurgencia para contener la insurrección popular. Los cuerpos militares y policiales realizaron detenciones, desapariciones y ejecuciones extrajudiciales que hasta el día de hoy permanecen impunes.

5 El movimiento de 1968 implicó un cambio en la conciencia política de la sociedad mexicana pero, sobre todo, en las clases medias y en los intelectuales. Estas protestas fueron reprimidas y el 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, culminó con una masacre y con la detención y persecución de un gran número de personas. Esta masacre fue seguida por la llamada *guerra sucia*.



políticos y las organizaciones sindicales reconocidas formalmente desde el gobierno; y b) la izquierda como movimientos sociales que se articulan en la resistencia desde la sociedad y donde podemos ubicar al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y otros movimientos armados, y las luchas estudiantiles y la organización de resistencia desde de la sociedad civil. En este último caso, podemos incluir formas tan divergentes como el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad⁶ y diversas organizaciones de familiares de muertos y desaparecidos; el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra; los movimientos en defensa de la explotación minera, como Wirikuta⁷; municipios autónomos, como el de Cherán⁸ o San Juan Copala⁹; y las policías comunitarias de Guerrero y la organización de autodefensas ante la anulación del estado de derecho por la presencia del crimen organizado, siendo el caso más significativo el de Michoacán.

-
- 6 Este movimiento está encabezado por el poeta Javier Sicilia, cuyo hijo Juan Francisco fue asesinado en Morelos, en marzo de 2011, en el contexto de la "guerra contra el narcotráfico" emprendida por el gobierno de Felipe Calderón.
 - 7 Wirikuta es uno de los territorios sagrados para los huicholes, está en San Luis Potosí y actualmente se encuentra en peligro por las concesiones que ha entregado el gobierno mexicano a mineras, principalmente extranjeras, para la extracción de oro, plata y otros minerales.
 - 8 Cherán es un municipio purépecha que se encuentra en el estado de Michoacán y que a partir de abril de 2011 se declaró municipio autónomo ante la inseguridad y presencia de grupos del narcotráfico y del crimen organizado. Los habitantes nombraron un Concejo de Honor y Justicia para encargarse de su propia seguridad y expulsaron a los partidos políticos, los policías y representantes del gobierno municipal por considerar que estaban en colusión con los criminales. Existe también un Concejo Mayor que coordina las actividades de los demás concejos y el máximo órgano de decisión es la Asamblea.
 - 9 San Juan Copala es un municipio triqui ubicado en Oaxaca. En 2006 se declaró municipio autónomo y ha sido blanco de ataques, no sólo por parte del gobierno, sino de organizaciones y grupos de la región, ya que en este caso no existen sólo conflictos políticos o presencia del crimen organizado sino que hay conflictos ancestrales de lucha por los territorios.



La izquierda político-institucional después de 1989

En el terreno de los partidos de izquierda es imprescindible señalar que, dado el dominio del PRI como partido de Estado, éstos no se ubicaron dentro de la arena electoral, no al menos los que eran auténticamente de izquierda, pues había algunos como el Partido Popular Socialista (PPS) o el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) que de *facto* operaban como satélites del PRI. En este sentido, las auténticas organizaciones de izquierda operaron en la clandestinidad hasta 1977¹⁰.

Fue después de una fuerte crisis de legitimidad en el ámbito electoral cuando en 1976 José López Portillo se postuló como el único candidato a la elección presidencial ante la decisión de no participar del Partido Acción Nacional (PAN)¹¹. Así, en 1977 se implementó la reforma política que dio como resultado la Ley Federal de Organizaciones Políticas y Procedimientos Electorales (LOPPE), que permitió el registro de partidos de izquierda como el Partido Comunista de México (PCM) y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST).

10 Nos señala Luis Medina Peña que para 1970 existían más de 15 grupos clandestinos que reivindicaban la lucha armada como medio de promoción del cambio social. En el campo, estos grupos provenían de las guerrillas rurales de los años sesenta, en tanto que los grupos urbanos provenían principalmente de dos vías: la del activismo estudiantil que se radicalizó después de 1968, o la de jóvenes católicos con fuertes convicciones sociales (Medina Peña, 2010a).

11 El Partido Acción Nacional fue fundado en 1939 por Manuel Gómez Morín y desde sus orígenes se ubicó como un partido de derecha opuesto a la política cardenista y cercano al sinarquismo (movimiento nacionalista, católico y anticomunista).



La nueva coyuntura y la posibilidad de ocupar escaños en el Congreso reavivaron el impulso de la “unificación de la izquierda”¹² y orientó sus objetivos y agendas hacia el tema de la democracia y la contienda electoral.

En este contexto, la caída del Muro de Berlín coincidió en el caso mexicano con la crisis del régimen corporativo que se había apuntalado en dos instituciones: el presidencialismo y el partido de Estado, y con la perspectiva de la izquierda orientada a las posibilidades de la democracia y las elecciones. Cabe señalar que en México la verdadera crisis política en términos institucionales se habría de manifestar en 1988, a partir de la escisión de la corriente democrática dentro del propio PRI en 1987, teniendo como líder al hijo del General Lázaro Cárdenas, Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano. Este liderazgo no fue casual si tomamos en cuenta que la corriente democrática fue una respuesta nacionalista al proyecto globalizador del neoliberalismo que estaba en ciernes y que pugnaba por rescatar la soberanía nacional frente a una política entreguista, la renovación del PRI mediante una reorganización democrática, y la autonomía respecto al gobierno a partir de procedimientos de selección de candidatos de elección popular mediante métodos de consulta transparentes con la participación de los militantes y las organizaciones (Ortega y Solís de Alba, 2012: 52).

12 El abigarrado mapa de la izquierda mexicana de la segunda mitad del siglo XX se podría clasificar en cinco grandes corrientes históricas: comunismo, lombardismo, trotskismo, maoísmo y cardenismo. Al interior de estas corrientes había fragmentaciones y se pueden mencionar al menos 17 organizaciones con presencia nacional: el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM), la Organización Revolucionaria Punto Crítico (ORPC), la Corriente Socialista (CS), el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), la Unión de Lucha Revolucionaria (ULR), la Organización Comunista Proletaria (OCP), la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (CNR), el Partido Obrero Socialista (POS), la Liga Obrera Marxista (LOM), la Línea Proletaria (LP), la Unidad Obrera Independiente (UOI), la Unidad de Izquierda Comunista (UIC), el Partido Socialista Revolucionario (PSR) y la Unidad Democrática (UD) (Ortega y Solís de Alba, 2012: 33).



En 1987 la ruptura se consumó tras el anuncio de la candidatura de Carlos Salinas de Gortari y se fundó el Frente Democrático Nacional (FDN)¹³ como una coalición de partidos y organizaciones que postularon al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas como candidato a la presidencia. Pero tuvo lugar el fraude electoral con todos los recursos de los que se pudo echar mano. “Rellenar” o robar urnas, el “acarreo”, el “carrusel”, las personas muertas que votaron y aquellas que fueron eliminadas del padrón electoral no fueron suficientes y culminaron la noche del 6 de julio de 1988 con la “caída del sistema” de cómputo de los votos para que el presidente Miguel de la Madrid anunciara al día siguiente el triunfo de Carlos Salinas de Gortari.

La movilización popular y la indignación tomaron las calles y muchos ciudadanos se manifestaron incluso en disposición de tomar las armas para defender los votos. Sin embargo, Cuauhtémoc Cárdenas llamó a la calma y a la lucha en los marcos institucionales. Por su parte, el PRI y el PAN se aliaron no sólo para avalar en el Congreso los resultados oficiales de las elecciones, sino que acordaron quemar las actas y paquetes electorales para que no quedaran pruebas del fraude.

De lo que fuera el FDN se fundó el Partido de la Revolución Democrática (PRD), que se convirtió en la tercera fuerza política a nivel nacional y en la primera en el Distrito Federal. En este contexto,

13 El FDN se constituyó el 21 de enero de 1988 con la participación de la Corriente Democrática, el PARM, el PPS, el Partido Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (antes PST), el Partido Social Demócrata, la Unidad Democrática, el PSR, las Fuerzas Progresistas, el Consejo Nacional Obrero-Campesino y la Asamblea de Barrios del Distrito Federal. En febrero de ese mismo año hubo una escisión dentro del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y de la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM) para crear el Movimiento al Socialismo (MAS) y sumarse a la candidatura cardenista. Finalmente, en junio de 1988, el candidato del Partido Mexicano Socialista (PMS), Heberto Castillo, declinó a favor de Cárdenas.



en 1997 Cuauhtémoc Cárdenas ganó la Jefatura de Gobierno del DF, pero cuando se postuló en 2000, el PRI fue derrotado por Vicente Fox, el candidato del partido de derecha (PAN) quien capitalizó, mediante la estrategia del “voto útil”¹⁴, los impulsos de democratización que se habían abierto por múltiples movimientos de resistencia, sobre todo, de izquierda, desde los años sesenta.

Correspondió al “gobierno del cambio”, y al PAN como relevo del PRI, instrumentar nuevamente las elecciones fraudulentas en 2006. Aún antes de las elecciones, se realizó un proceso de desafuero del candidato del PRD, Andrés Manuel López Obrador (el pretexto fue la construcción de una calle para acceder a un hospital en una expropiación aparentemente irregular), con el fin de que no pudiese postularse como candidato a la presidencia de la República. Este acto movilizó a miles de personas que, aún cuando no fuesen partidarios de este personaje, veían injusticia y arbitrariedad en un empeño de Vicente Fox por impedir que el candidato más popular en ese momento contendiera con el candidato de su partido, Felipe Calderón.

En este sentido, tendríamos que preguntarnos si la transición mexicana fue en verdad una derrota del PRI. De este modo transcurrieron dos sexenios panistas y fue consumado el triunfo del modelo económico neoliberal, para el que no ha habido rupturas sino continuidad en los sucesivos gobiernos PRI-PAN-PRI incluso en muchas ocasiones, con la participación de diputados y senadores del PRD y de otros partidos, como fue el caso del incumplimiento de los Acuerdos de San Andrés

14 En febrero de 1999 algunos sectores de izquierda propusieron la alianza con Vicente Fox, con el argumento de que había que priorizar “sacar al PRI” del gobierno. Esto dejaba en segundo lugar al proyecto político-económico, en el cual Fox, pese a ser de otro partido, garantizaba la continuidad del modelo neoliberal que había comenzado a implementar el PRI desde la presidencia de Miguel de la Madrid en 1982.



Larraínzar sobre Derechos y Cultura Indígena, los que habían sido firmados entre el gobierno mexicano y el EZLN en 1996 y que, sin embargo, fueron rechazados el 25 de abril de 2001 en el Senado con la alianza PAN-PRI-PRD en un acto significativo de una ruptura de las élites políticas de izquierda con la sociedad.

Sin embargo, y pese a esa clara tendencia de la mayor parte de la élite política de todos los partidos, debemos reconocer que las luchas electorales y los movimientos que pugnaban por la democratización abonaron, incluso con vidas, a la transición del régimen. En este sentido es revelador que simplemente entre 1988 y 2007 fueran asesinados 696 militantes del PRD.

En cuanto a los movimientos sindicales debemos decir que su adhesión al PRI durante buena parte del siglo XX se dio por el hecho de estar sujetos a las formas políticas que Pablo González Casanova definió como *la dialéctica de coalición y clase*¹⁵ (1986). Esto no impidió que en el proceso de ciudadanización y de la crisis de las relaciones corporativas un gran número de obreros y campesinos se adscribieran a otros proyectos políticos. Sin embargo, las condiciones impuestas por el neoliberalismo, el crecimiento del desempleo y la precarización de las condiciones de trabajo dismantelaron la fuerza política de los sindicatos. Un golpe muy fuerte al sindicalismo mexicano fue el que Felipe Calderón dio a una de las organizaciones con más tradición y fuerza, el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME), con la disolución de la Compañía de

15 De acuerdo a González Casanova, la contradicción que surge de la división de clases se ve compensada por una política de coalición que caracterizó al Estado mexicano en el siglo XX, por la negociación o cooptación en una red de relaciones corporativas o por la represión cuando éstas no funcionaban.



Luz y Fuerza del Centro. Esta decisión respondió a varios objetivos: dejar sin empleo a uno de los sindicatos más combativos, opositor al partido en el gobierno y que más derechos laborales conservaba, aún en las condiciones neoliberales, y terminar con un obstáculo al proyecto de privatización de la energía eléctrica en el país.

La izquierda social y los movimientos de resistencia en México en el siglo XXI

Mientras los partidos de izquierda en México concentraron sus acciones en el marco del mercado electoral, los movimientos populares de resistencia se posicionaron contra el modelo económico-político neoliberal y reorientaron el término democracia hacia proyectos sociales y populares de horizontes más amplios que los que el programa político neoliberal perfilaba en esos momentos como posible. Por otra parte, la emergencia de nuevos actores del cambio social, como los grupos indígenas, vinieron a revitalizar a este proyecto democrático social y popular con conceptos como igualdad y pluralidad, equidad y diversidad, y derechos humanos: “un mundo donde quepan muchos mundos”, como expresaron los zapatistas.

Y es precisamente aquel “¡Ya basta!”, manifestado en 1994 por el EZLN, el primer grito de indignación ante la reestructuración global del capital, tal como lo expresaron los intelectuales que en octubre de 2011 firmaron el manifiesto *Unidos por una democracia global*¹⁶ en apoyo a los indignados del 15M. La experiencia zapatista

16 Los firmantes fueron la periodista e investigadora canadiense Naomi Klein; la científica, filósofa y escritora hindú Vandana Shiva; el lingüista, escritor y analista político estadounidense Noam Chomsky; el escritor y periodista uruguayo Eduardo Galeano, y el filósofo y analista político estadounidense Michael Hardt.



rompió, por una parte, con el discurso triunfante que aseguraba que no había otra opción de vida que la dictada por el capitalismo, y experimentó, por otra, formas de resistencia y organización muy interesantes como los Municipios Autónomos Rebeldes donde se han puesto en práctica formas de autogobierno coordinadas mediante Concejos Autónomos donde se privilegian proyectos de educación y salud, y donde la experiencia después de 20 años ha dado frutos alentadores en cuanto a formas alternativas de vida, de organización social y de conciencia política ciudadana, y nuevas formas de construir las subjetividades en las comunidades.

Otra experiencia significativa de resistencia y organización social en México fue la que surgió en junio de 2006 en Oaxaca con la conformación de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO). El movimiento comenzó con una huelga de maestros que demandaban aumento salarial y desembocó, tras un intento de desalojo, en enfrentamientos y barricadas. Los maestros fueron apoyados por los estudiantes de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca. Los enfrentamientos dejaron muchos desaparecidos y varios muertos, entre ellos, el periodista estadounidense Brad Will.

Otro caso paradigmático de resistencia popular es el del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (FPDT), surgido en el municipio de San Salvador Atenco, en el Estado de México en 2001, organizado por un grupo de campesinos para defender su tierra ante la amenaza de expropiación de más de 5.000 hectáreas para la construcción de un nuevo aeropuerto. Esta organización fue protagonista en 2006 de una brutal represión por la Policía Federal Preventiva y la Policía del Estado de México después de un enfrentamiento por el bloqueo de una carretera. Hubo casi 300 detenidos (incluidos menores de edad y muchas mujeres), un adolescente de 14 años y un joven de 20 fueron asesinados, y se denunciaron violaciones a los derechos humanos y abusos sexuales contra mujeres detenidas.



Este caso quedó grabado en la memoria colectiva como un agravio contra la sociedad, y resurgió en la campaña electoral de 2012 expresándose el 11 de mayo durante la visita de Enrique Peña Nieto, candidato del PRI a la presidencia -y, en su momento, gobernador del Estado de México y responsable de la represión y abuso policiaco en San Salvador Atenco-, a la Universidad Iberoamericana. Al grito de “¡Atenco no se olvida!” los jóvenes universitarios cuestionaron la actuación de Peña Nieto para irrumpir y reprimir a una comunidad que se organizó para defender de manera legítima sus tierras. Sin embargo, y de acuerdo con la tradición autoritaria del priísmo, la respuesta del político mexiquense fue desafortunada y cínica: “Asumo personalmente para restablecer el orden y la paz en el legítimo derecho que tiene el Estado mexicano de hacer uso de la fuerza pública como además, debo decir, esto fue validado por la Suprema Corte de Justicia de la Nación”.

Peor aún sería la manipulación de los medios de comunicación en las horas siguientes señalando que la participación de Peña Nieto en la Iberoamericana había sido “un triunfo”, y acusando a los jóvenes que protestaron de ser apenas una decena de “acarreados”¹⁷ y “porros”¹⁸, y de no ser estudiantes de dicha universidad. Al día siguiente, los estudiantes difundieron un video donde participaron 131, mostrando su credencial y ratificando su rechazo al candidato del PRI. La protesta se extendió a más universidades, tanto públicas como privadas, que con el lema #YoSoy132 realizaron manifestaciones multitudinarias extendidas desde la Ciudad de México a decenas de ciudades de todo el país.

17 En el lenguaje coloquial, este término define la acción de personas que obligadas o a cambio de una retribución económica asisten a un acto político.

18 Personas que actúan como grupos de choque al interior de instituciones educativas.



Las demandas del movimiento #YoSoy132 fueron libertad de expresión, democratización de los medios de comunicación, y voto informado y, a pesar de que el objetivo inmediato era impedir que Peña Nieto y el PRI ganaran la presidencia, cabe señalar que la protesta no se orientó sólo a la crítica coyuntural del proceso electoral, sino que también criticó en esencia al poder estructural y simbólico, no sólo del capitalismo neoliberal, sino de la configuración histórica de dominación colonial acuñada a lo largo de cinco siglos en la sociedad mexicana siendo que, al igual que en otros países latinoamericanos o de Oriente, la instauración del capitalismo fue concretada históricamente sobre formas oligárquicas y patrimoniales de poder (Mondragón, 2013: 294).

A pesar de las protestas y de muchas denuncias de fraude, Enrique Peña Nieto asumió la presidencia el 1 de diciembre de 2012 en el marco de manifestaciones, de abuso policíaco, de heridos y del encarcelamiento de gente que participó en las movilizaciones.

Actualmente, la situación en México para las organizaciones y la resistencia popular se torna cada vez más difícil, ya que hay que afrontar, por un lado, al aumento de la criminalización de las protestas, al abuso policíaco y la amenaza de represión por el aparato estatal; pero, por otro lado, se encuentra la amenaza del crimen organizado que a principios de 2014 -de acuerdo con datos del investigador Edgardo Buscaglia¹⁹- tenía control sobre el 77% de los municipios en todo el país.

19 Estos datos fueron expresados por el investigador en entrevista concedida a la periodista Carmen Aristegui en *Noticias MVS* el 26 de septiembre de 2014.



No obstante, algunos de los movimientos con más fuerza y legitimidad en la sociedad mexicana son precisamente aquellos organizados por familiares de desaparecidos²⁰, como el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad que encabeza el poeta Javier Sicilia. La importancia de estas organizaciones no sólo radica en su empeño por la demanda de justicia, ya que en muchas ocasiones éstas se encargan de las tareas e investigaciones de los crímenes y desapariciones, con lo que han puesto en evidencia la incompetencia, la corrupción y la colusión de las autoridades en los distintos niveles de gobierno (federal, estatal y municipal).

En este contexto se inscribe la desaparición de 43 estudiantes de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos, de Ayotzinapa, lo que ha cimbrado a la sociedad mexicana, precisamente, por exhibir la inseguridad y disolución del estado de derecho en muchos lugares del país. No es que se trate de un caso aislado, pero sí ha sido la punta del iceberg que permite dimensionar el “estado de guerra”²¹ hobbesiano que impera de facto en territorios que son enclaves

20 Sería injusto no señalar el antecedente del comité Eureka, creado en 1977, y que ha permanecido en lucha por la exigencia de la presentación con vida de desaparecidos desde la época de la “guerra sucia”. Este comité fue fundado por Rosario Ibarra de Piedra luego de que su hijo Jesús Piedra fuera secuestrado y desaparecido en Monterrey tras ser acusado de pertenecer a la Liga Comunista 23 de Septiembre.

21 En un contexto de “estado de guerra” o de disolución de la efectividad de las instituciones y del estado de derecho, los terrorismos, tanto “de Estado” –entendido aquí como aparato-, como extra-legales, se desbordan y generan una desregulación de la violencia que anula la seguridad de la sociedad. Por otra parte, el miedo es utilizado como instrumento ideológico-político desmovilizador. Es en este contexto que un autor como Thomas Hobbes, que vivió en el siglo XVII, puede resultar tan actual en algunas líneas de su famoso *Leviathan*: “En esta guerra de todos contra todos, se da una consecuencia: que nada puede ser injusto. Las nociones de derecho e ilegalidad, justicia e injusticia están fuera de lugar. Donde no hay poder común, la ley no existe: donde no hay ley, no hay justicia. En la guerra, la fuerza y el fraude son las dos virtudes cardinales”.



importantes para la industria del narco²² y para el tráfico de armas y el comercio humano, que son sus actividades colaterales.

El 26 de septiembre de 2014 un grupo de estudiantes de Ayotzinapa abordó en Iguala (Guerrero) un par de autobuses para asistir a las manifestaciones en conmemoración del 2 de octubre en la Ciudad de México, cuando fue atacado por policías municipales. Como saldo de ese primer ataque hubo 6 muertos: 3 estudiantes y 3 personas que pasaban por el lugar. Posteriormente, 43 estudiantes fueron detenidos por policías y entregados a sicarios del cartel “Guerreros Unidos”, sin que aún se sepa qué pasó con los jóvenes. Este hecho generó una movilización nacional y trascendió hacia la opinión pública internacional por mostrar claramente, por una parte, la colusión entre autoridades de todos los niveles de gobierno, policías y militares, con el crimen organizado; y, por la otra, por exhibir la incapacidad del sistema judicial mexicano para investigar y sancionar los crímenes.

Este caso no sólo ha exhibido la inseguridad en que viven muchas personas en México, sino que hizo gala del terror que se ha instaurado en la cotidianidad. Además de que no ha quedado clara la participación de los policías y del ejército en este caso, los propios delinquentes hicieron circular la foto de uno de los estudiantes al que desollaron vivo.

22 El problema del narcotráfico no puede ser entendido si se le considera sólo como asunto del crimen organizado. El narco debe ser también explicado como una empresa que genera muchas ganancias no solamente para el crimen, sino para muchas empresas legales. De acuerdo a datos de Edgardo Buscaglia, en México el 78% de las actividades económicas ligadas al PIB están infiltradas por el narco, y el 65% de las campañas electorales son financiadas total o parcialmente por grupos delincuenciales. Otro dato importante es que en los últimos años son las actividades ligadas al narcotráfico las que más empleos generan para los jóvenes.



La situación es tan grave en algunos lugares de México, en territorios del norte como Ciudad Juárez o en estados como Michoacán y Guerrero que, ante la presencia de grupos delincuenciales y ante la ausencia de la ley, las comunidades han tenido que organizarse e incluso armarse y defenderse contra los delincuentes y narcotraficantes. Este es el caso de las policías comunitarias y de los grupos de autodefensa.

Sin embargo, es difícil ubicar a todos estos movimientos y organizaciones populares como de izquierda, ya que por las circunstancias mencionadas, su conformación y sus ideologías son muy heterogéneas. En este sentido, es muy importante distinguir, por ejemplo, la organización de autodefensas indígenas como la guardia comunitaria de la comunidad purépecha de Nurío, la de Ostula y la del municipio autónomo de Cherán, todas en el Estado de Michoacán, y que se conformaron desde 2008 en diálogo con la experiencia zapatista de Chiapas y con un programa explícito de organización y resistencia. Estas experiencias se han replicado por todo el país y están muy vinculadas a la lucha frente al despojo y explotación de recursos naturales, y a la creciente intervención del narco en todas estas actividades (Hernández Navarro, 2015: 32).

Por otra parte, y como respuesta frente a la fuerte presencia en Michoacán del cartel de “Los caballeros templarios”, a partir de 2012 se organizaron grupos de autodefensa de agricultores y comerciantes que, ante la extorsión y la violencia, conformaron una movilización social armada en varios municipios. A diferencia de los casos anteriores, estas organizaciones populares no tienen una agenda frente al neoliberalismo o a las formas capitalistas imperantes, sino que se conformaron de manera defensiva y su principal objetivo es que se restablezca el orden político, la aplicación de la ley y el estado de derecho. Estos casos de ciudadanos armados para defenderse del crimen organizado hoy ocupan un tercio del territorio mexicano.



Otro caso es el de las policías comunitarias en el estado de Guerrero, particularmente, en la región de la montaña. Esta policía tiene también raíces profundas de organización contra los abusos de caciques y autoridades, además de que en los años setenta en este estado hubo una importante presencia guerrillera²³. La tradición de resistencia y organización campesina teje un intrincado mosaico de formas de organización, de ideas y proyectos: sin embargo, vale la pena señalar que estas circunstancias ubican a las policías comunitarias de Guerrero como formas de organización fuertemente politizadas y con objetivos definidos.

Conclusiones

En México, como en el resto de América Latina, el nuevo contexto impuesto por la reestructuración neoliberal del capital puso en crisis tanto los discursos socialistas y comunistas, como los paradigmas populares y populistas. Sin embargo, las circunstancias de violencia estructural, simbólica y subjetiva²⁴ impuesta también por este nuevo paradigma de producción, han generado múltiples y variadas respuestas de organización y resistencia popular.

Las exigencias del nuevo modelo de acumulación terminaron por romper las formas corporativas de dominación en que se fincó el

23 Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, los guerrilleros más importantes de los años setenta, nacieron en Guerrero y desempeñaron ahí una intensa actividad, primero como líderes magisteriales y después en la clandestinidad.

24 De acuerdo a Žižek, podemos distinguir tres tipos de violencia: a) la subjetiva, directamente visible y practicada por un agente identificable; b) la simbólica, encarnada en el lenguaje; y c) la estructural, relacionada con los órdenes económico y político y que no es tan evidente por su carácter objetivo, sistémico y anónimo (2009: 23).



Estado mexicano en el siglo XX: la llegada de los “tecnócratas” para sustituir a los políticos “tradicionales” (Gilly, 1986) es apenas la punta del iceberg de una reconfiguración de lo político que tiene que ver con el estrechamiento y privatización de lo público y con asumir o hacer públicos los gastos y deudas privadas.

En este proceso de más de dos décadas hoy podemos distinguir dos caminos de la izquierda:

- a) El formal-institucional, en el que una buena parte de antiguos militantes de izquierda han optado por adscribirse únicamente al mercado electoral y a la obtención de escaños o puestos gubernamentales y han renunciado a la crítica anti-sistémica en pos de constituir a las izquierdas “responsables” o “modernas”. En esta línea, han optado por algunas reformas, cuando no por la vía de la adhesión total, a la agenda neoliberal y a los intereses de la oligarquía económica, aún cuando esto implique acciones de corrupción y colusión con la delincuencia. Sin embargo, es justo decir que aún en este terreno de la política formal quedan actores de izquierda que se comprometen con la posibilidad de proyectos sociales alternativos y de defensa y reivindicación de derechos ciudadanos, democracia, soberanía, defensa de los recursos y bienes públicos, libertad de opinión, etc.
- b) El de la resistencia popular y social que ha convertido la indignación en re-dignificación, y cuyo primer grito fue aquel “¡Ya basta!” del 1 de enero de 1994 en Chiapas, pero que se ha extendido a los municipios autónomos por todo el país y a la organización y exigencia ciudadana por garantizar una vida libre, digna, democrática y segura.

A pesar de la distinción de estos dos puntos con fines analíticos, es importante señalar que en términos histórico-concretos, hay



muchas formas entreveradas de estas dos dimensiones de lucha y que para entender los procesos de la izquierda mexicana es necesario partir de la premisa de la complementariedad entre ellas.

Señala Raúl Zibechi que las revoluciones actuales son las que hace la gente común, la que sale a las calles y ocupa las plazas: así, nos hace conscientes de las nuevas circunstancias de la izquierda, no sólo en México, sino en todo el mundo. En las formas políticas actuales de dominación y de resistencia parece que el objetivo revolucionario primordial ya no es, como se planteaba en el siglo XX, conquistar el poder estatal, sino transformar y experimentar con las formas sociales y con la organización colectiva (Zibechi, 2011: 77-79). En este sentido, si bien es cierto que la izquierda en México en este momento y en algunos lugares no tiene la solidez programática que tenía la izquierda del siglo XX, sí está cargada de las tradiciones y experiencias de carácter popular que han permitido la organización y la resistencia en los momentos críticos y de violencia exacerbada por los que estamos atravesando.

Y si volvemos a la distinción del comienzo de esta reflexión cuando Luis Villoro nos marcaba las coordenadas o figuras en las que se define una época, debemos decir que la disputa entre aquello que es posible en las coordenadas del saber, y aquello otro que es válido, en el caso de México, al igual que en todos los rincones del mundo, se dirime entre el capitalismo como única opción o el empeño en que otro mundo sea posible; entre la aceptación de lo que existe como inexorable (aunque esto sea el laboratorio de muerte en que se han convertido muchos lugares) o la esperanza en un futuro abierto a múltiples posibilidades; entre la sustitución de las distinciones entre “bueno” o “malo” y “justo” o “injusto” por “*loser*” o “*successful*”, o la conciencia de que si no se quiere ser indigno hay que convertirse en indignado.



BIBLIOGRAFÍA

- Bartra, Armando (2015) *Guerrero bronco. Campesinos y guerrilleros en la Costa Grande*. México, Rosa Luxemburg Stiftung/Para leer en libertad. Disponible en <http://brigadaparaleerenlibertad.com/programas/guerrero-bronco/> (consultado el 20 de mayo de 2014).
- Carr, Barry (1996) *La Izquierda mexicana a través del siglo XX*. México, ERA.
- Contreras, Gabriela, Araceli Mondragón e Isis Saavedra (coords.) (2014) *No nos alcanzan las palabras. Sociedad, Estado y violencia en México*. México, Ítaca/UAM Xochimilco.
- Echeverría, Bolívar (1995) *Las ilusiones de la modernidad*. UNAM/El equilibrista.
- Echeverría Bolívar (2006) *Vuelta de siglo*. México, ERA.
- Garrido, Luis Javier (1986) *El partido de la Revolución Institucionalizada*. México, SEP/Siglo XXI.
- Gilly, Adolfo (1986) "Nuestra caída en la modernidad", en *Revista NEXOS*. México. Disponible en <http://www.nexos.com.mx/?p=4620> (consultado el 20 de mayo de 2014).
- González Casanova, Pablo (1986) *El Estado y los partidos políticos en México*. México, ERA.
- González Casanova, Pablo y Jorge Cadena Roa (coords.) (1988) *Primer informe sobre la democracia*. México, Siglo XXI.
- Guillén Romo, Héctor (1990) *El sexenio del crecimiento cero*. México, ERA.
- Harvey, David (2007) *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid, AKAL.



- Harvey David (2008) *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Hernández Navarro, Luis (2015) *Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas*. México, Brigada Para leer en Libertad. Disponible en <http://brigadaparaleerenlibertad.com/programas/hermanos-en-armas/> (consultado el 18 de mayo de 2015).
- Medina Peña, Luis (2010a) *El siglo del sufragio. De la no reelección a la alternancia*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Medina Peña, Luis (2010b) *Hacia el nuevo Estado mexicano. México 1920-2000*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Mondragón, Araceli (2013) “De la Primavera árabe a la primavera mexicana. Lo público, lo privado y lo virtual en la reconfiguración de lo político”, en *VEREDAS. Revista del pensamiento sociológico*. México, UAM Xochimilco, Año 14, N° 26.
- Ortega, Max y Ana Alicia Solís de Alba (2012) *La izquierda mexicana. Una historia inacabada*. México, Ítaca.
- Villoro, Luis (1993) “Filosofía para un fin de época”, en *Revista NEXOS*. México. Disponible en <http://www.nexos.com.mx/?p=6760> (consultado el 28 de mayo de 2014).
- Zibechi, Raúl (2011) “Las revoluciones de la gente común”, en Muñoz Ramírez, Gloria (comp.) *Indignados*. México, Ediciones Bola de Cristal.
- Žižek, Slavoj (2009) *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires, Paidós.



FRONTERAS DE LA IZQUIERDA: EL URUGUAY A 25 AÑOS DE LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

Constanza Moreira

Licenciada en Filosofía por la Universidad de la República (UDELAR-Uruguay); Magister y Doctora en Ciencia Política por la Universidad Candido Mendes (Brasil). Profesora Titular en la Facultad de Ciencias Sociales de la UDELAR. Se ha especializado en cultura política de élites y opinión pública en Uruguay y América Latina, partidos políticos y gobiernos en América del Sur, procesos electorales y agendas de gobierno en el Cono Sur, y participación política de la mujer en Uruguay. Actualmente se desempeña como senadora por el Frente Amplio.

Introducción

Uruguay recuperó su democracia en 1985, luego de una larga década de dictadura cívico-militar, en el marco del terrorismo de Estado¹. El período de transición a la democracia que se inició

1 La Ley N° 18596 (2009) establece el reconocimiento de la "actuación ilegítima del Estado" entre 1968 y 1985, y el "quebrantamiento del Estado de Derecho que impidiera el ejercicio de derechos fundamentales a las personas, en violación a los Derechos Humanos o a las normas del Derecho Internacional Humanitario", entre 1973 y 1985. Dicha normativa reconoce asimismo, el derecho a la reparación integral de las víctimas de la actuación ilegítima y del terrorismo de Estado durante esos años.



tras la derrota del plebiscito de 1980, con el cual los militares pretendían reformar la Constitución para institucionalizarse en el poder², y que culminó con las elecciones nacionales de 1984, estuvo fuertemente condicionado por un proceso de negociación cívico-militar que impuso importantes restricciones y condicionamientos. Como resultado de ello, los comicios de 1984 se realizaron bajo el impedimento de presentarse como candidatos presidenciales a dos de las principales figuras políticas del momento: el presidente del Frente Amplio (FA), Líber Seregni (preso político durante casi toda la dictadura), y el líder del Partido Nacional o Blanco (PN), Wilson Ferreira Aldunate.

Este último, figura emblemática del arco tradicional de los partidos políticos, había sido un firme defensor de las libertades públicas y, desde el exilio, había actuado destacadamente en el ámbito internacional denunciando las violaciones a los derechos humanos que se estaban produciendo en el país. Estas dos proscripciones condicionaron el resultado electoral y colocaron como ganador de la elección a Julio María Sanguinetti, representante del Partido Colorado (PC), el mismo partido al que pertenecía Juan María Bordaberry, quien siendo presidente de la República había

2 En noviembre de 1980, el régimen cívico-militar convocó a un plebiscito para reformar la Constitución de 1967, que estaba rigiendo al país, cuando se produjo el golpe de Estado de 1973. Independientemente del contenido del texto a plebiscitar, fuertemente signado por el propósito de institucionalizar la tutela de los militares en el poder, con el recorte de los derechos civiles y políticos mediante, el planteo fue interpretado en términos del respaldo *versus* el rechazo al régimen de facto. A pesar de la fuerte propaganda oficial desplegada por el gobierno dictatorial, y del escasísimo espacio que tuvo la oposición política para manifestarse en contra del proyecto, la opción por el "NO" a la propuesta de Constitución se impuso con el 57% de los votos frente al 43% del "SI". Así, "el pueblo dijo no" y los militares recibieron un fuerte revés que implicaría un punto de inflexión en el proceso autoritario.



perpetrado, junto con la corporación militar, el golpe de Estado de 1973³.

En tales condiciones, no es difícil imaginar que los primeros cinco años postdictadura estuvieron fuertemente condicionados por diversas continuidades entre el régimen autoritario anterior y el nuevo gobierno democrático. A pesar de los intentos impulsados por el FA, los sindicatos y las organizaciones sociales nucleados en la Concertación Nacional Programática (CONAPRO)⁴, con miras a moldear el primer gobierno democrático con fuertes acuerdos en el campo de las relaciones laborales, el sistema de salud, la educación

-
- 3 Entre julio y agosto de 1984 se llevó adelante una serie de reuniones entre altas autoridades militares, el PC, el FA y la Unión Cívica (UC) (pequeño pero histórico partido de cuño cristiano). Como resultado de las conversaciones, las partes sellaron el llamado "Pacto del Club Naval" (en referencia al recinto donde se celebró el mismo), en el que acordó la convocatoria a elecciones nacionales en noviembre de ese año, luego de once años de dictadura. El acuerdo fue rechazado por el PN que no participó de las negociaciones y cuyo líder, Ferreira Aldunate, se encontraba encarcelado luego de haber retornado del exilio semanas antes. La proscripción de Ferreira Aldunate para participar de los comicios era inadmisibles para los nacionalistas, que consideraban que esto dejaba el camino libre a los colorados, de la mano de Sanguinetti, para ganar la elección. El PC, por su parte, argumentaba que el pacto alcanzado era la única opción viable para que los militares aceptaran salir de la dictadura. En tanto, para el FA, a pesar de que la proscripción en las elecciones regiría también para su candidato natural, Líber Seregni, y para varios de sus sectores, la participación en las negociaciones y en el acuerdo eran la manera de recuperar su legalidad, habida cuenta de que era el partido con más presos, exiliados y desaparecidos (además de otros cientos y cientos de militantes de izquierda en iguales condiciones) (Nahum, 2002: 344-347).
- 4 La CONAPRO fue una instancia multipartidaria y multisectorial creada en setiembre de 1984 con la finalidad de formular propuestas de soluciones respecto a los principales problemas que abatían al Uruguay de fines de la dictadura. El espíritu era que tales propuestas fueran puestas en marcha a partir del 1° de marzo de 1985, en el marco de la inauguración de un nuevo gobierno democrático, independientemente de qué partido político ganara las elecciones. La CONAPRO estuvo integrada por el PC, el PN, el FA, la UC y diversas fuerzas sociales, gremiales y empresariales. Previo a los comicios de 1984, los candidatos presidenciales de los cuatro partidos firmaron los acuerdos de la CONAPRO.



y la justicia, el presidente Sanguinetti rápidamente trasladó a la esfera de los partidos políticos toda la responsabilidad por hegemonizar la marcha de las reformas que debían ser encauzadas.

De más está decir que, en forma similar a lo sucedido en Brasil, Argentina o Chile, en Uruguay, las demandas por verdad y justicia respecto a los crímenes cometidos por militares y civiles durante el régimen de facto fueron sepultadas por la ley de impunidad conocida como “Ley de Caducidad de la pretensión punitiva del Estado”, cuyo principal defensor fue el propio presidente Sanguinetti, y que logró detener en forma casi absoluta cualquier juicio o investigación sobre lo sucedido. Así, se logró enterrar por más de veinte años las pretensiones de esclarecimiento de los asesinatos, torturas, desapariciones forzadas, secuestro de niños e ilícitos económicos cometidos durante el período autoritario.

El año 1989 marcará, entre otras cosas, la derrota que sufre la sociedad uruguaya para interpelar a su propia historia. Es el año en el que se estrena y se pierde el primer referéndum que jalonará un ciclo democrático caracterizado por el uso constante de mecanismos de democracia directa con los que la izquierda y los movimientos sociales “interpelarán” las decisiones de gobierno⁵. Es el año en el que naufraga en las urnas el referéndum para derogar la Ley de Caducidad, que había sido votada por el Parlamento menos de tres años antes. Es un año de derrota para la izquierda y para los movimientos de derechos humanos en su intento por interpretar la historia política reciente como “terrorismo de Estado”. Triunfa la idea -en la formulación realizada por el entonces Presidente

5 Entre 1989 y 2015 se celebraron once instancias de plebiscitos y cuatro de referendums en Uruguay.



Sanguinetti- de que en Uruguay había habido “excesos” como resultado de las fuerzas de izquierda “antidemocráticas”. La víctima se transformaba así en el victimario y esta lectura condicionará todo el ciclo democrático siguiente.

Luego de la aprobación de la Ley de Caducidad en 1986, la izquierda uruguaya, las organizaciones sociales, los movimientos de derechos humanos, el movimiento sindical y algunos sectores de los partidos tradicionales realizan lo que sería el primer gesto por dirimir problemas de la sociedad uruguaya en clave de democracia directa, llamando a un referéndum para derogar la ley de impunidad. En el referéndum se enfrentaron dos posiciones claras, representadas por el llamado “voto verde”, favorable a la derogación de la ley y “el voto amarillo”, defendido entonces, no sólo por el Presidente Sanguinetti y el PC, sino también por el “viejo” amigo de los derechos humanos, Ferreira Aldunate, quien llamó a “la paz” y a la “reconciliación nacional”. El argumento era poner en contradicción la “ética de la responsabilidad” (votar la ley de impunidad) contra la “ética de las convicciones” (el voto verde), amparados en un eventual desacato de las Fuerzas Armadas al ser llamadas a los juzgados a declarar (en aquel momento los militares estaban siendo citados por la Justicia). La derrota fue importante y la norma fue ratificada: el voto verde perdió el referéndum con 42,4% de los votos frente al 57,5% del voto amarillo. A partir de allí, y durante los años venideros, la pérdida en el campo popular es gigantesca y se cierne un manto de silencio sobre los crímenes ocurridos durante la dictadura.

Luces y sombras de la elección de 1989 en Uruguay

1989 no será recordado en el país como el año “en el que cayó el Muro de Berlín”, sino como el año en que Uruguay tuvo, por primera vez desde los comicios de 1971, elecciones libres y sin proscripciones.



En estas elecciones nacionales, ganó el PN, principal contendor del PC a lo largo de casi un siglo y medio bipartidista⁶. Ahora bien, el PN no gana de la mano de su figura emblemática, Wilson Ferreira Aldunate -quien había fallecido recientemente-, sino de un nuevo liderazgo situado a la derecha ideológica del espectro “nacionalista”, y que será recordado en la historia del Uruguay como el líder que realizó el intento más sistemático, consistente y fecundo por instalar la agenda del neoliberalismo en el país. Los años que seguirán estarán signados por esta agenda, y ello se enlaza, una y otra vez, con la caída del Muro de Berlín.

Sin embargo, en 1989, a pesar de los pronósticos “agoreros” que hacían pensar en una derrota de las izquierdas tras el derrumbe del Muro, y en el marco de las dos derrotas vivenciadas a nivel nacional, el triunfo del PN y el fracaso del “voto verde”, el FA gana sus primeras elecciones obteniendo, en un hecho inédito, el gobierno municipal de Montevideo, la capital del país. Es en este año también cuando se “estrena” en el liderazgo quien más tarde se convertiría en el primer Presidente de la República de izquierda:

6 El FA no obtendría el gobierno nacional sino hasta quince años más tarde. De hecho, aun cuando registraba un crecimiento de cinco puntos porcentuales de elección en elección, en medio de un posible triunfo frenteamplista en 1999, blancos y colorados lograron mantenerse en el poder tras aprobarse en el país una reforma constitucional que, mediante la instalación del instituto del balotaje, les permitió acumular fuerzas de manera conjunta. En los últimos comicios de fin de siglo, el FA obtendría el 39,1% de los votos en la primera vuelta electoral, dejando muy atrás a blancos y colorados con el 31,9% y 21,7% de votos cada uno. La coalición entre el PC y el PN, que gobernó durante el primer lustro del nuevo siglo (y que ya había formado coaliciones en las administraciones anteriores), tuvo entre sus responsabilidades más salientes la del llevar al país a una de las crisis económicas más profundas de su historia. Cuando el FA finalmente ganó el gobierno nacional en 2004, Uruguay estaba devastado, y la crisis de legitimidad de los partidos tradicionales, pero especialmente del PC (que desde entonces no logró superar un techo de 18% de los votos), llevó a que éstos no volvieran a ganar otra elección nacional hasta el presente.



Tabaré Vázquez. Pero también fue en ese año cuando el FA sufrió su primera fractura. Un gran mérito del FA había sido mantener unida a una compleja coalición de fuerzas que ahora experimentaban un desprendimiento “desde el centro”, que amenazaba a su propia identidad.

El FA nació en 1971 a partir de una amplia amalgama de grupos políticos. La unificación de las distintas corrientes sindicales en la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), entre 1964 y 1966, había generado el antecedente para la creación de un “gran frente popular” entre partidos, movimiento sindical, movimiento estudiantil y distintas expresiones políticas y sociales que confluían entonces en un rechazo generalizado a la crisis socio-económica, al ajuste, a la represión de los trabajadores y a la escalada autoritaria de fines de los años sesenta. En esa amalgama, el FA conjuntó a los comunistas, los socialistas, los democristianos, a escisiones de blancos y colorados, y a distintos grupos políticos que representaban electorados diversos.

Trece años después, a la salida de la dictadura, el FA estaba malherido. Con la mayoría de sus líderes presos o exiliados, y encontrándose con el triunfo del mismo partido (el PC) que había protagonizado la ruptura democrática, el FA tuvo que rearmarse. Luis Eduardo González, sociólogo y politólogo uruguayo que escribió por esos años el influyente libro *Estructuras políticas y democracia en Uruguay* (1993), había afirmado que el sistema partidista uruguayo era un sistema de “dos partidos y medio”. Estaban el PC y el PN, y el FA era un “medio” partido, puesto que una parte de sus votantes -y líderes- eran efectivamente “de izquierda”, en sus distintas vertientes, pero otra parte eran votantes moderados, progresistas, que no se sentían muy cómodos con los grupos de izquierda (comunistas, socialistas, terceristas, etc.). El libro daba cuenta de lo que sería la principal ruptura experimentada por el FA desde su nacimiento. En 1989, aunque el FA ganó en Montevideo,



perdió previamente a dos de sus grupos más relevantes en aquel entonces: el Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP), liderado por Hugo Batalla, y el Partido Demócrata Cristiano (PDC), que una vez escindidos del FA fundaron el partido Nuevo Espacio (NE).

Batalla, dueño de un caudal electoral propio⁷, reconocido abogado defensor de los presos políticos durante la dictadura, y originalmente escindido del PC junto con Zelmar Michelini⁸, fue bloqueado en sus intentos de presentarse como candidato a la Presidencia de la República por el FA por parte de varios grupos políticos -que insistían en que el candidato fuera Seregni-, y resolvió armar su propio partido político. Se cumplía así la profecía de que el FA no era “un” partido, sino un conglomerado de tan distintas opciones políticas e ideológicas (una “colcha de retazos”, como le llamaba la oposición), que en algún momento se fragmentaría y partiría. La salida del FA de un grupo importante como el PGP, con gran arraigo electoral, y que podía representar el sentir de muchos uruguayos que sin identificarse ideológicamente como “de izquierda”, aspiraban a un gobierno más en sintonía con los reclamos de las grandes mayorías nacionales, fue vivida por la fuerza política como el inicio de la gran escisión de las izquierdas que experimentó el mundo tras la caída del Muro de Berlín.

Pero la izquierda uruguaya sobrevivió a esa escisión. Triunfó por primera vez en su historia política en una elección, conquistó

7 El PGP había sido la fracción más votada dentro del FA en la elección de 1984, consagrando casi el 40% de los votos a la interna.

8 Zelmar Michelini, uno de los líderes históricos y co-fundador del FA, fue asesinado en Buenos Aires en 1976, en el marco del terrorismo de Estado instalado en el Cono Sur en esos años.



el gobierno de la capital departamental, renovó su liderazgo de la mano de Tabaré Vázquez y se aprestó a vivir el desplome del “Socialismo Real” con el mismo espíritu crítico, amplio, diverso y secular que la había caracterizado siempre. Más aún, el Partido Comunista del Uruguay (PCU) fue el partido más votado en las elecciones que se conmemoraron en noviembre de 1989, en el mismo momento en que se derrumbaba el Muro. Esto fue festejado durante mucho tiempo, como la paradoja de la izquierda uruguaya.

Lecturas de la caída del Muro de Berlín en Uruguay: el día después

Los editoriales de *El País* -uno de los más importantes diarios del Uruguay, de clara impronta conservadora y posicionamientos muy cercanos al PN-, posteriores al 9 de noviembre de 1989, anunciaban que el FA no tendría ninguna posibilidad de ganar las elecciones, ahora que el mundo asistía al desmoronamiento de todas las izquierdas. Pero tras la salida del PGP, el FA no sólo no menguaba (se mantuvo electoralmente con el 21% de los votos, frente al 9% del novel NE)⁹, sino que se afirmaba por primera vez como partido “gobernante”, al quedarse con la frutilla de la torta: el gobierno de Montevideo.

En buena medida, sobrevivió a la caída del Muro de Berlín y al derrumbe del “Socialismo Real” porque su identificación con todo

9 En los años siguientes, el NE se corrió hacia la derecha del continuo ideológico y, hacia los comicios de 1994, sufrió una fractura producto de una alianza celebrada con el PC. A partir de dicha alianza, Hugo Batalla fue electo Vicepresidente de la República acompañando la candidatura de Julio María Sanguinetti, quien se convirtió nuevamente en primer mandatario del Uruguay. Por su parte, los dirigentes nuevoespacistas que rechazaron el acuerdo con los colorados, refundaron el NE y obtuvieron el 5% de los votos en las elecciones de ese año.



eso estaba básicamente restringida al PCU y no mucho más. El FA era una amalgama de todos los progresismos y en su seno confluían amigos y críticos del “Socialismo Real”, anarquistas, trotskistas, comunistas, socialistas, y grupos apenas “progresistas” pero muy lejanos del campo de acumulación del marxismo y el “Socialismo Real”. De hecho, el militante frenteamplista “promedio” podía declararse “socialista” y criticar durísimamente al “Socialismo Real”. Una parte del corazón del FA era “tercerista”, y los principales intelectuales de izquierda de la época no se sintieron mayormente afectados ni por el derrumbe del Muro de Berlín ni por el colapso del “Socialismo Real”, a los que consideraban como “crónica de una muerte anunciada”.

El día en que cayó el Muro de Berlín, el diario *La Hora*, de reconocida filiación comunista, hablaba de la “renovación del socialismo” e interpretaba este signo como un triunfo de la izquierda que buscaba su propia renovación. En sus páginas se consignaba: “se trata de un verdadero plan de desarrollo integral del continente a través de la cooperación sincera entre regímenes económicos y sociales de signo distinto (...). La caída del Muro de Berlín es también una prueba más de las profundas reservas ideológicas, políticas y éticas del socialismo que una vez más ante el mundo exhibe la valentía de transformar sus reflexiones autocríticas en hechos prácticos tendientes a la reafirmación del socialismo como única forma de plasmar una sociedad democrática y humanista”¹⁰.

El medio de prensa del PCU refería a “un triunfo de la distensión internacional que con tanta firmeza ha liderado Gorbachov”

10 La cita está tomada de la columna radial (en formato audio) del historiador Gabriel Quirici en *El Espectador*, publicada en el sitio web de la radio el 15 de noviembre de 2011.



(Quirici, 2011). Desde su perspectiva, con este gesto, el comunismo ganaba. Ganaba Gorbachov y el comunismo “reformulado”. Desde voces comunistas, como la de la historiadora Marisa Silva Shultze, autora del libro *Aquellos comunistas* (2009), se argumentaría luego que fue la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) lo que mató al Partido Comunista, pero no la caída del Muro de Berlín, de algún modo, entendida como una necesaria “evolución” del proceso. La disolución de la URSS referiría a otra cosa, puesto que como señala Silva Shultze, la URSS era la “utopía territorializada”. Un lugar que como “sión”, era la tierra prometida. Lo que hiciera la URSS era positivo y, por consiguiente, la perestroika era positiva. Cuando viene el colapso del “Socialismo Real”, hay otros elementos en juego: la crisis económica, la implosión de las nacionalidades, la burocracia obsoleta, las mafias (Quirici, 2011).

Pero “la otra izquierda”, la que se expresaba en las publicaciones semanales, *Marcha* primero y *Brecha* después¹¹, la de los intelectuales “terceristas”, la *Brecha* de Eduardo Galeano y Mario Benedetti, reacciona con firmeza en lo que había sido su postura sobre la Unión Soviética. En palabras de Ernesto González Bermejo (co-fundador de *Brecha*): “No hay muros capaces de contener el ansia de libertad de los hombres. No hay país socialista que merezca llamarse tal si tiene que encarcelar a sus ciudadanos para hacerlos

11 *Marcha* se publicó en Montevideo bajo la conducción del abogado y periodista Carlos Quijano desde 1939 hasta su clausura por la dictadura en 1974. Significó un influyente espacio de reflexión y análisis político y cultural en el cual se formaron varias generaciones de intelectuales, pródigos periodistas, literatos y críticos de diversas artes. En 1985, año de la recuperación democrática en Uruguay, y tras el fallecimiento de Quijano en el exilio un año antes, parte del elenco de redacción que había colaborado con *Marcha*, junto con otros periodistas, fundaron *Brecha*, un semanario autodefinido como “de izquierda e independiente” abocado al análisis de temas políticos, culturales y de actualidad que continúa publicándose hasta nuestros días.



felices. Del otro lado del Muro los este-alemanes no van a encontrar el paraíso, aunque muchos lo crean; van a encontrar el desempleo, la discriminación, la inseguridad, o con mejor suerte, la vacuidad del consumo. Pero por ahora se lo ha hecho preferible a una vida regimentada, uniforme, condicionada por dictámenes abstractos sobre el bien colectivo que rigen para la penuria cotidiana del ciudadano común pero no para una nomenclatura acomodada y corrupta¹².

La posición de *Brecha* no podía ser más clara: la caída del Muro de Berlín era la antesala del derrumbe de un “Socialismo Real” corrompido por dentro, que jamás podría funcionar ni de “sión” para el ciudadano de a pie, ni de ejemplo ético, político o ideológico para ninguna izquierda del mundo.

El golpe grande de la caída del Muro de Berlín pero, más especialmente de la derrota del “Socialismo Real”, lo tuvo el Partido Comunista Uruguayo que era, hacia 1989, el sector más grande dentro del FA, concebido y reproducido éste último como un conjunto de partidos y grupos políticos, una “coalición” que se complementaba con el llamado “movimiento”, compuesto por los llamados “comités de base”, donde el PCU tenía gran poder manteniendo una importante influencia hasta la actualidad. Tal como lo apunta el historiador Federico Lanza (2011): “El éxito electoral de 1989, tanto del FA como de la lista 1001 integrada por el PCU, pudo haber puesto a la dirigencia comunista ante el problema de cómo mantener esa ganancia política en un mundo que iba cambiando en su contra”.

12 Citado en Quirici (2011).



El PCU vivía, en 1989, una época de crecimiento. A la salida de la dictadura había concitado el entusiasmo y la militancia de miles y miles de personas. Para los años noventa había llegado a tener más de cincuenta mil afiliados lo cual, para un país de menos de tres millones y medio de habitantes, era un logro político más que significativo.

En las elecciones de 1984 los comunistas se habían presentado bajo la denominación “Democracia Avanzada”, en el entendido de que “la democracia era un régimen que reunía las condiciones para aproximarse a las metas programáticas de la izquierda, como también recordaba el carácter insuficiente de la misma para satisfacer las expectativas de cambio en un sentido progresista” (Lanza, 2011).

Ya la propaganda de 1989 se centraba en temas generales del programa político y en denunciar aspectos negativos de los partidos tradicionales. De cara a los comicios de ese año, la renuncia del PCU a la primera banca al Senado (que seguramente “pagaría” por ser el partido más grande del FA) en favor del nombre de Danilo Astori, candidato a la vicepresidencia e independiente, lo mostraba en un proceso de apertura y búsqueda de afirmación de su “identidad FA”.

Hacia fines de 1989 moría el líder indiscutido del PCU en los últimos cuarenta años: Rodney Arismendi. Jaime Pérez, su sucesor, tuvo una tarea difícil: la de renovar al partido ante la crisis del “Socialismo Real” y el cambio drástico que se había producido en la propia Unión Soviética sobre el camino a seguir.

A pesar de la victoria que los comunistas lograron dentro del FA en 1989, y de su aparente “blindaje” ante la caída del Muro de Berlín, el PCU no pudo sobreponerse a la disolución de la Unión Soviética ni al colapso del “Socialismo Real”. El 28 de abril de 1991, en el XXI Congreso del PCU, Jaime Pérez, su entonces Secretario General, refirió la idea de avanzar hacia el socialismo pero “un



socialismo pluralista, a la uruguaya, que tenga en cuenta el amor a la libertad que nos legara Artigas” (citado en Lanza, 2011). Pero según lo consignó el diario *La República*, Pérez fue aún más lejos en sus declaraciones, expresando que se definía contra “todas las dictaduras, sean tanto de izquierda como de derecha” (citado en Lanza, 2011), lo que causó conmoción, puesto que la dictadura del proletariado había sido hasta entonces como un canon en el PCU.

En agosto de 1991 se produjo una aguda crisis financiera, una gran fractura interna, y el partido perdió su espacio en radio y su diario, debiendo clausurar varios de sus locales proselitistas. Con este telón de fondo, y sumado a las reacciones encontradas que generó el fallido intento de golpe de Estado contra Gorbachov, se produjo un violento debate donde las acusaciones de traición y divisionismo fueron audibles y “debilitaron los vínculos de confianza y camaradería necesarios para el funcionamiento de todo colectivo” (Lanza, 2011).

En el mes de setiembre, Jaime Pérez propuso realizar un plebiscito interno sobre la conveniencia de construir un partido del socialismo democrático. Otros militantes recolectaron firmas para convocar a un congreso que sustituyera el plebiscito. A partir de allí, se desencadenó un proceso en el cual se dividieron dos fracciones: la “renovadora” y la “histórica”.

En el Congreso del año 1992, y luego de una serie de querellas en Montevideo, Canelones y en el resto del país, triunfaron los “históricos” sobre los “renovadores”. León Lev, connotado dirigente del ala renovadora, diría respecto de esta derrota: “cuando una mayoría circunstancial se considera dueña de la verdad, es el principio del fin. Se han quedado con el mango quizá, pero no con el sartén. Han confundido una hegemonía consensual con un hegemonismo coercitivo” (citado en Lanza, 2011).



El Secretario General, la casi totalidad del Comité Central y del Comité Ejecutivo, todos los legisladores e integrantes del gobierno municipal, es decir, todos los referentes que el partido tenía, lo abandonaron después de perder la disputa interna. Tal como reflexiona Lanza (2011): “los dirigentes fueron derrotados por una fracción que supo organizarse mejor y que tenía claro su objetivo: mantener la identidad del partido (...). Los renovadores no llegaron a definir con claridad el concepto de socialismo democrático”.

Mientras tanto, el FA se iba afirmando en el gobierno de la capital del país y, por tanto, comprometiéndose con el ejercicio del poder. Denotados representantes del PCU -identificados con lo que sería luego su “ala renovadora”- hicieron parte de ese gobierno (Directores de Transporte, Cultura y Turismo). De hecho, nuevamente como señala Lanza (2011), el FA funcionó como un “muro de contención” para la crisis del PCU, como un “contenedor de sus tensiones internas (...)”. Para los comunistas uruguayos descontentos con el carácter que tenía (o que estaba adquiriendo con el proceso de renovación) su partido, tenían en el FA una alternativa que los cobijaba y que los salvaba de quedar a la intemperie (que no habían tenido los comunistas de otros países)”.

Finalmente, como lo sintetiza Lanza (2011), “el fracaso del intento renovador del PCU no impidió que el FA realizara exitosamente el suyo bajo el nuevo liderazgo de Tabaré Vázquez. El proceso de renovación comunista, abortado en 1992 por la oposición interna más tradicionalista, puede haber servido de ensayo previo al que luego realizó el FA para habilitar el Encuentro Progresista para las elecciones de 1994, luego de vencer las resistencias a renunciar a ciertos postulados sostenidos desde 1971”.

En efecto, el debilitamiento del PCU coincidió con el inicio del proceso de “actualización ideológica” que reclamaban muchos integrantes del FA, incluyendo al propio y escindido PGP, y que



tenía dos vertientes: por un lado, la de los cambios programáticos orientados a una plataforma más “socialdemócrata” que socialista¹³ y, por el otro, la de ampliar el arco de las alianzas buscando rescatar a todo lo que sobrara de progresismo en los partidos tradicionales, incluyendo la recomposición de los lazos con los “escindidos” en 1989¹⁴.

Así, la crisis que experimenta el PCU y su disolución en 1992 serían la antesala del propio cambio que procesaría el FA hacia una mayor moderación ideológica y una política de alianzas más amplia. El resultado de ello es el cambio gradual y progresivo que se produce en los diversos Congresos del FA que se suceden en el período 1989-1994 y, especialmente, a partir de 1991, cuando comienza a producirse una cierta inflexión. Esto se consolida en 1994 de la mano de Tabaré Vázquez, quien sensiblemente va reemplazando en la conducción política al líder histórico Líber Seregni, en el marco de la consolidación del denominado “Encuentro Progresista” (EP). Hacia 1994, el FA dejó de llamarse “FA” para pasar a denominarse “EP-FA”¹⁵. En esta reformulación de una “alianza ampliada”, el EP

13 Si bien se mantuvieron algunas de las líneas más importantes del programa del FA, como la propuesta de la nacionalización de la banca o del comercio exterior, se cuestionaba, a modo de ejemplo, el no pago de la deuda externa, o la inclusión de la reforma agraria.

14 A modo de ejemplo, vale citar el llamado “Documento de los 24” del año 1991, que firmaban tanto los comunistas “renovadores” como destacados historiadores y miembros de otros sectores del FA, en el cual se afirmaba que “sacar adelante el Uruguay no es tarea que las izquierdas puedan realizar por sí solas (...). Nuevas confluencias se hacen posibles. Confluencias con el Nuevo Espacio (...). Confluencias de las izquierdas con sectores progresistas de los partidos tradicionales en ruta hacia una coalición para un gobierno alternativo de mayorías” (Garcé y Yaffé, 2004: 59).

15 Luego, hacia las elecciones nacionales de 2004, en las que la izquierda resultaría victoriosa, la denominación pasaría a ser “EP-FA-NM”, donde “NM” quiere decir “Nueva Mayoría”.



nuclea a integrantes de los partidos tradicionales¹⁶ y, más tarde (con la consolidación de la “Nueva Mayoría”-NM), a los “retornados” de la división de 1989¹⁷.

Las mutaciones de la izquierda y la resistencia al neoliberalismo

El colapso del “Socialismo Real” y el derrumbe de la URSS tuvieron efectos más profundos y duraderos sobre la izquierda de lo que parecería haberse constatado en las reacciones inmediatas a los hechos. En primer lugar, cabe mencionar la identificación del proyecto de la izquierda con el “socialismo”, ya que éste pasó a designar un proyecto fracasado y, para algunos, obsoleto. Los trabajos de Hayek (1990) y de Fukuyama (1992), el primero sobre la inextricable relación entre capitalismo y democracia, y el segundo sobre el fin de los grandes relatos históricos, si bien contestados y controvertidos, marcaban a las claras quiénes eran los ganadores de la Guerra Fría.

El socialismo, aunque no se abandonó como concepto, pasó a designar un horizonte utópico y lejano, casi un ideal abstracto, poco comprometido con la peripecia de los socialismos que se

16 A modo de ejemplo, Rodolfo Nin Novoa, dos veces Intendente del departamento de Cerro Largo en el interior del país, y otrora dirigente del PN, se convertiría en el compañero de fórmula de Tabaré Vázquez en 1994 y 1999, siendo investido como Vicepresidente de la República cuando el FA ganó las elecciones en 2004.

17 El Presidente de la Comisión de Programa del FA pasaría a ser Héctor Lescano, connotado dirigente del PDC que se había escindido del FA en 1989, junto con el PGP de Batalla. Asimismo, la creación de la “Nueva Mayoría” incluyó la incorporación de Rafael Michelini, líder del NE e hijo del histórico co-fundador y senador del FA Zelmar Michelini.



implantaron luego de la Revolución de Octubre¹⁸. A partir de allí, y tras la creación del EP primero, y de la NM después, el FA tuvo que aceptar soluciones de compromiso a sus acuerdos programáticos, que comenzaron a “lavar” sus compromisos originales. La nacionalización de la banca y del comercio exterior, el no pago de la deuda externa o la reforma agraria, aspectos centrales del programa fundacional del FA en 1971, y que se mantuvieron hasta 1989, salieron de agenda a partir de 1994.

A partir de allí, había que saber que en filas frenteamplistas existía una convivencia entre quienes creían en el socialismo y quienes no lo compartían, entre laicos y católicos, entre reformistas y revolucionarios. Sin embargo, los cambios más profundos se producirían a partir de fines de los años noventa, cuando algunos de los dirigentes más emblemáticos del frenteamplismo “fundacional”, como Danilo Astori, viraron hacia posturas más moderadas y de mayor compromiso con el capitalismo. O cuando figuras de más reciente aparición, como la de José Mujica, referente de la guerrilla de los sesenta y setenta, reivindicaron un pragmatismo a ultranza. O cuando Tabaré Vázquez, ya consolidado como líder indiscutido del FA, se opusiera a la despenalización del aborto por “razones de conciencia”, decretara tres días de duelo por la muerte del Papa Juan Pablo II, recibiera al ex presidente estadounidense George W. Bush, o intentar volcar a su favor al FA para celebrar un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos.

18 En el documento “Una reflexión sobre la base de la renovación”, aprobado por el Comité Central del Partido Comunista en junio de 1989, se señala: “Este modelo traiciona la esencia democrática del socialismo (...) [y] es la consecuencia de graves desviaciones que se desarrollaron en la época de Stalin y posteriormente. Éste no es ni debe ser nuestro camino” (Garcé y Yaffé, 2004: 47).



Pero en las postrimerías del decenio de los ochenta había tareas más urgentes que declararse revolucionario o reformista, socialdemócrata o socialista: había que resistir al neoliberalismo encarnado en por el entonces flamante presidente Luis Alberto Lacalle, dispuesto a impulsar el programa de reformas estructurales que campeaba en el continente. Y esto le dio al FA su objetivo, su identidad, su razón de ser y su estrategia –a la postre ganadora– de capitalizar enteramente la lucha contra el neoliberalismo. No precisaba un programa propositivo propio: precisaba armarse para resistir la arremetida reformista.

En 1992, a un año de la fractura del PCU y de la disolución de la URSS, el FA ganaba su primera batalla en la arena de la democracia directa. Luchaba para derogar una ley que permitía la privatización de las empresas públicas, y salió victorioso. El referéndum para desactivar la llamada “Ley de Empresas Públicas” se impuso por holgada mayoría, con el 72% de los votos.

Ya toda América Latina, en ese decenio, luchaba para superar la llamada “década perdida” enfrentando las penosas y humillantes condiciones que le imponían los países acreedores y los organismos multilaterales de crédito, selladas en los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y consignadas en el llamado “Consenso de Washington”.

Si Uruguay ya había perdido su “excepcionalidad” como país de modernización temprana, igualitario, democrático y progresista al enfrentar la larga dictadura de los setenta y primera mitad de los ochenta, que lo equiparó al autoritarismo brasileño, argentino y chileno, los años noventa terminaron por ponerlo en igualdad de condiciones con el resto de los países de la región. Ya no éramos “la Suiza de América”. Ahora, éramos el Tercer Mundo, empobrecido, brutal y desigual.



Para los organismos internacionales, si la década de los ochenta había sido la década perdida, la de los noventa se llamó la “década de la reforma estructural”. Durante ese período, la mayor parte de los países latinoamericanos emprendieron reformas orientadas, al mismo tiempo, a la estabilización y a la implementación de programas de ajuste estructural. Hoy, a esa etapa, nosotros le hemos llamado “la década del neoliberalismo”. Al período posterior, donde triunfan los gobiernos progresistas y se genera un punto de inflexión a las políticas de reforma, se le llamaría después la “década ganada”.

El paquete de medidas fue igual en la mayoría de los países: disciplina fiscal, reforma tributaria, liberalización comercial y financiera, privatización, desregulación y estabilización. Luego, sobrevendría una segunda generación de reformas que tenían a la reforma del Estado en su centro, y que abarcaban vastos aspectos de las políticas sociales, el Poder Judicial, y la reforma política que, en la mayor parte de los países, fue en dirección a un aumento de las atribuciones y funciones del Poder Ejecutivo, entendido como único garante de la “governabilidad” frente a sociedades fragmentadas, mercados de trabajo precarizados y ciudadanos apáticos o refractarios a una “modernidad” que no les había traído más que promesas incumplidas.

Uruguay experimentó buena parte de ese proceso, las reformas fueron importantes y abarcaron a la mayor parte de la sociedad, la economía y la política. Dada la precocidad con que el Cono Sur acometió sus procesos de liberalización de la mano de dictaduras que reprimieron cualquier levantamiento popular contra el deterioro de las condiciones de vida, las reformas comenzaron en los años setenta. Uruguay, al igual que Chile, fue un reformador precoz (Morley *et al.*, 1999). La liberalización comercial y financiera constituyó el primer componente a ser adoptado: once países en América Latina estaban altamente liberalizados en 1990. Luego vino



la muy significativa apertura al capital externo. Las privatizaciones, en cambio, fueron alcanzadas por muy pocos países al final del período (Morley *et al.*, 1999)¹⁹.

El período 1989-1994 estuvo inaugurado por un ajuste fiscal que tuvo como objetivo la reducción del déficit fiscal: el mismo se dio sobre la base de un shock tributario que implicó un mayor gravamen al consumo y la implantación del impuesto a los sueldos. La apertura comercial combinó una apertura regulada y concertada en la región (fue el momento en el que se firmó el Tratado de Asunción, que consagró la creación del Mercado Común del Sur-MERCOSUR) con una apertura relativamente irrestricta y sin contrapartidas hacia el resto del mundo. La negociación tripartita entre empresarios, trabajadores y Estado inaugurada a la salida de la dictadura (y que había permitido recuperar los salarios reales, fuertemente deprimidos durante el período autoritario), fue prácticamente desmantelada, iniciándose la desregulación en materia laboral. Finalmente, la política antiinflacionaria se sustentó en el llamado “ancla cambiario” (una evolución del tipo de cambio por debajo de los precios internos), lo que generó un profundo atraso cambiario respecto a los costos internos, en particular, los financieros y tarifarios que, por el contrario, crecieron por encima de la inflación. La combinación de la apertura externa y el atraso cambiario significó un encarecimiento de la economía uruguaya y un abaratamiento de los productos importados con efectos nocivos sobre la producción nacional. Cayó el empleo en el sector público,

19 Morley *et al.* (1999: 18) señalan que, para el período comprendido entre 1970 y 1995, “in particular, Uruguay appears as the most reformed country in the region, followed by Argentina and El Salvador. Chile, the quintessential early reformer, is only seventh by 1995”.



los salarios se deterioraron, se redujo el empleo en el sector industrial y aumentó la desigualdad. Los efectos, sin embargo, no se harían sentir sino hasta 1998, cuando el país entró en una crisis de estancamiento importante, que llevó a la histórica crisis de 2001-2002, conocida como la crisis más aguda de la última mitad del siglo en el país.

Hacia 1994, el PC volvió a ganar las elecciones, desplazando al PN del gobierno nacional, otra vez de la mano de Julio María Sanguinetti. Sin embargo, la izquierda continuó creciendo, y la distancia entre los tres primeros partidos en competencia se hizo tan menor que para todos resultó evidente que el FA sería el favorito para ganar los comicios siguientes en 1999.

Ello llevó a los partidos tradicionales a impulsar una reforma constitucional para instalar el instituto del balotaje, junto con otros cambios en materia de ingeniería electoral. Sometida a consulta popular en 1996, la nueva Carta Magna resultó aprobada por un ajustadísimo margen, con el 50,45% de los votos. Y, efectivamente, las nuevas reglas electorales impidieron que el FA se alzara con la victoria en 1999, siendo electo presidente el colorado Jorge Batlle.

Al igual que en la administración anterior, el nuevo gobierno del PC, coaligado con el PN, se inició con un ajuste fiscal cuyo destino fue nuevamente gravar el consumo y los salarios. Se consumó la reforma de la seguridad social, que sustituyó el antiguo régimen de pensiones por un sistema de capitalización individual en Administradoras de Fondos de Ahorro Previsional (AFAPs) que, en su totalidad, eran propiedad de bancos. La reforma de la Administración Pública fue profundizada, y se impulsó una reforma educativa -que resultó incompleta, por la oposición de los sindicatos de la enseñanza- y una reforma de la salud que no consiguió ser aprobada en el Parlamento.



En todo el período, la coalición “reformista” compuesta por los dos partidos tradicionales y apoyada por las cámaras empresariales, enfrentó una “coalición de veto” que nucleaba al FA, el movimiento sindical y diversas organizaciones sociales que luchaban por torcer a su favor la puja distributiva. Aunque tuvo poco peso para hacer cambiar radicalmente el tránsito de las reformas, la capacidad de “veto” de la segunda coalición sumó algunos logros y consiguió ralentizar o amortiguar el trámite de algunas reformas (las de segunda generación) o truncar total o parcialmente otras (las privatizaciones).

El peso del FA en el Parlamento, la movilización de los sindicatos y el uso de los mecanismos de democracia directa fueron determinantes en esta “amortiguación” de la agenda reformista de los noventa. Entre las “consultas populares” con impacto sobre la misma, pueden citarse, además del referido referéndum para la derogación de los artículos “privatizadores” de la “Ley de Empresas Públicas” en 1992, las siguientes instancias: la reforma constitucional para la fijación de un mínimo del 27% en el presupuesto destinado a la enseñanza (año 1994: no fue aprobada); las iniciativas de derogación del marco regulatorio energético que habilitaba a la desmonopolización de la generación y distribución de energía eléctrica en el país (año 1999: no consiguió obtener las firmas necesarias para ser lanzada como iniciativa); las distintas reformas constitucionales referidas al tema de las pasividades, en particular, las que modificaron el cálculo de reajuste de pasividades (1994: fue aprobada), e incluyeron la prohibición constitucional de modificar la seguridad social por leyes presupuestales (1994: fue aprobada); la desmonopolización de alcoholes y petróleo (2003: fue derogada) y la llamada “reforma del agua”, que incluyó en la Constitución la prohibición de su privatización (2004: fue aprobada).



La primera mitad de la década del noventa fue de crecimiento, y ello auguró, junto al “fin de la historia” y al “colapso del Socialismo Real”, una cierta euforia neoliberal y reformista que pronto se reveló como efímera y precaria. La llamada “crisis de los mercados emergentes”, el desplome de los precios de los productos básicos y la volatilidad de los capitales externos, desaceleraron las economías, y mostraron las insuficiencias del “Consenso de Washington”: la inversión extranjera no creció sustancialmente, la desigualdad aumentó, la vulnerabilidad se incrementó considerablemente y la tasa de desempleo permaneció alta. El estancamiento que comienza a sentirse hacia fines de los años noventa, se desata en una crisis recesiva en los años 2001 y 2002. El Uruguay vive la peor crisis de su historia reciente, Argentina sufre un colapso generalizado de su economía y su régimen político, y la exitosa estabilización brasileña termina en una espiral de estancamiento que hace tambalear a toda la región.

Los gobiernos progresistas, los sindicatos, los movimientos populares templados en la resistencia a la agenda neoliberal, tienen su hora. El “giro a la izquierda” llega a América Latina de la mano del triunfo de Luiz Inácio “Lula” da Silva en Brasil (2002), Néstor Kirchner en Argentina (2003), Tabaré Vázquez en Uruguay (2004), Evo Morales en Bolivia (2006) y Rafael Correa en Ecuador (2007). El paradigma socialdemócrata “a la chilena” deja de ser dominante y nuevas izquierdas se alzan, legitimadas por millones de votos, a impulsar una triple agenda: la integración política y económica de América Latina (la tríada conformada por Chávez -que había asumido el gobierno venezolano en 1999-, Lula y Kirchner es determinante en el fracaso del Área de Libre Comercio de las Américas -ALCA- y en el triunfo de la Unión de Naciones Suramericanas -UNASUR); la recuperación de la dignidad política y económica de los trabajadores (mejoran los salarios y los derechos de los trabajadores en todos esos países) y la recuperación de “activos” públicos (con nacionalizaciones y re estatizaciones



importantes en la mayoría de los países). Se recupera la credibilidad democrática (las encuestas de la Corporación Latinobarómetro muestran un aumento de la satisfacción y la confianza en la democracia en la mayoría de estos países), se incrementa el uso de los mecanismos de democracia directa (Venezuela y Bolivia llevan adelante procesos refundacionales de sus repúblicas, y el segundo establece su Estado Plurinacional), y los partidos de la izquierda o progresistas se transforman en los protagonismos indiscutidos de la “década ganada”. Pasada la hora de las resistencias, es de nuevo la hora de los proyectos. Pero, ¿qué proyecto es ese?

Epílogo

El Frente Amplio en Uruguay está en el gobierno desde hace diez años (2005-2015) y ha sido elegido por un nuevo período (2015-2020). Pero como dijo algún militante de las eras “fundacionales”: “hemos mejorado todo, pero no hemos transformado nada”.

La proposición es, tal vez, exagerada. A poco de llegar a la presidencia, el FA recuperó económicamente al país, redujo la pobreza y la desigualdad, fortaleció las empresas públicas, reinstaló la negociación colectiva de los trabajadores, impulsó una agenda “de derechos” importante (la despenalización del aborto, la ley de “matrimonio gay”, la “ley de democratización de los medios de comunicación”, o la “ley de regulación de la cannabis” son algunos ejemplos), y articuló al país con la región en la perspectiva de la “Patria Grande”.

Pero el modelo económico continuó siendo intensivo en recursos naturales y extractivismo, la concentración de la tierra aumentó, el país se volvió altamente dependiente de la inversión extranjera, el comercio exterior quedó en manos de grandes empresas transnacionales, se aplicó una política tributaria “blanda” con



el capital, se expuso a los acuerdos de libre comercio de Estados Unidos (que finalmente no prosperaron), y la estructura política del propio FA quedó rezagada frente a las expectativas de muchos ciudadanos y militantes que esperaban un cambio más profundo. Por decirlo de algún modo: los ricos siguieron siendo ricos, aunque los pobres ya no fueron tan pobres. Hoy existen bolsones de trabajadores con salarios muy sumergidos, el país es vulnerable frente a la crisis económica que amenaza con bajar desde el norte hacia el sur, los líderes y dirigentes siguen siendo los que alzaban la voz en los noventa, y muchos sectores del movimiento sindical se han escindido de las filas frenteamplistas y han buscado sus propios caminos.

Probablemente, el impacto de la crisis del “Socialismo Real” pueda verse allí, en la frase de aquel militante. Sin un proyecto de desarrollo propio y un análisis estratégico de los grandes intereses en juego pasibles de ser afectados por él, el FA administró en forma infinitamente más sabia y honesta el precario capitalismo uruguayo, pero no intentó ir más allá. El propio expresidente Mujica, quizá la última esperanza de la izquierda sustentada en la épica heroica del pasado, lo sintetizó sin mayores ambigüedades: “lo que queremos, es un capitalismo en serio”.

Quedará para las nuevas generaciones de frenteamplistas, militantes y activistas la reconstrucción de un proyecto de socialismo (o como quiera llamársele) que sople las cenizas de los antiguos ideales y logre encender, de nuevo, otra vez, esa llama.



BIBLIOGRAFÍA

- Fukuyama, Francis (1992) *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona, Editorial Planeta.
- Garcé, Adolfo y Jaime Yaffé (2004) *La Era Progresista*. Montevideo, Editorial Fin de Siglo.
- González, Luis Eduardo (1993) *Estructuras políticas y democracia en Uruguay*. Montevideo, Fondo de Cultura Universitaria, Instituto de Ciencia Política.
- Hayek, Frederick A. Von (1990) *O caminho da servidão*. Río de Janeiro, Ed. Instituto Liberal.
- Lanza, Federico (2011) “La crisis del Partido Comunista del Uruguay (1989-1992)”. Trabajo presentado en las *X Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales*. Montevideo, Universidad de la República. Disponible en <http://www.laondadigital.uy/LaOnda/549/A5a.pdf> (consultado el 28/5/2015).
- Morley, Samuel, Roberto Machado y Stefano Pettinato (1999) *Indexes of Structural Reform in Latin America*. Santiago de Chile, CEPAL. Serie Reformas Económicas N° 12.
- Nahum, Benjamín (2002) *Manual de Historia del Uruguay*. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental. Tomo II (1903-2000).
- Poder Legislativo de la República Oriental del Uruguay (1986) *Ley N° 15.848. Funcionarios militares y policiales. Se reconoce que ha caducado el ejercicio de la pretensión punitiva del Estado respecto de los delitos cometidos hasta el 1 de marzo de 1985*. Montevideo,



28 de diciembre. Disponible en <http://www.parlamento.gub.uy/leyes/ AccesoTextoLey.asp?Ley=15848&Anchor> (consultado el 28/5/2015).

Poder Legislativo de la República Oriental del Uruguay (2009) *Ley N° 18.596. Actuación Ilegítima del Estado entre el 13 de junio de 1968 y el 28 de febrero de 1985. Reconocimiento y reparación a las víctimas*. Montevideo, 19 de octubre. Disponible en <http://www.parlamento.gub.uy/leyes/ AccesoTextoLey.asp?Ley=18596&Anchor> (consultado el 28/5/2015).

Quirici, Gabriel (2011) "Repercusiones en Uruguay de la caída del Muro de Berlín". En *El Espectador*. Montevideo, 15 de noviembre. Disponible en: <http://www.espectador.com/agro/226358/repercusiones-en-uruguay-de-la-caida-del-muro-de-berlin> (consultado el 28/5/2015).

Silva Shultze, Marisa (2009) *Aquellos Comunistas*. Montevideo, Editorial Taurus.



CHILE Y LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

Ricardo Núñez Muñoz

Sociólogo de la Universidad de Chile. Profesor de Historia y Geografía. Senador por la región de Atacama entre 1990 y 2010. Presidente del Partido Socialista de Chile en tres oportunidades: 1991-1992, 1998-2000 y 2005-2006. En 2003 fue elegido Vicepresidente de la Internacional Socialista. En marzo de 2014 la Presidenta Michelle Bachelet lo designó embajador de Chile en México.

El escritor y Premio Nobel de Literatura, recientemente fallecido, Günter Grass, reflexionando acerca del proceso de unificación alemana, sostenía que éste debía ser pacífico, gradual y ojalá profundamente armonioso. Tal vez su opinión trasuntaba el temor y el sufrimiento que experimentó al concluir la Segunda Guerra Mundial y la derrota del Tercer Reich, al cual sirvió como un joven recluta de las *Hitlerjugend*.

El experimentado líder socialista francés François Mitterrand, por su parte, pensaba que, desaparecido el Muro, la unificación podía significar un fortalecimiento desmedido de Alemania, el que pondría en riesgo los equilibrios europeos logrados con tanta dificultad.

Cualesquiera fueran las razones que animaban a tan distinguidos europeos, lo cierto es que ambos estaban equivocados al radicar sólo en el hecho concreto y específico, la caída del Muro, los cambios



que sobrevendrían. Tal vez los malos recuerdos del pasado en el que se hundían sus reflexiones les impidieron percibir con mayor claridad el nuevo contexto en el que ella se produciría.

El mayor símbolo de la Guerra Fría no cayó sólo por la interpelación del gobernante soviético Gorbachov, ni por el ejemplo que pretendía irradiar con la *perestroika* o la *glásnost*. Tampoco fueron las amenazas guerreristas de Ronald Reagan o la acción encubierta de la CIA, o de otros servicios de inteligencias del “mundo libre”. Fue el acto final de un proceso de deterioro político e ideológico que recorría no sólo la Alemania Oriental, sino prácticamente a todos los países de la órbita soviética. Para evitarlo, fueron insuficientes los éxitos reconocidos del “socialismo real”.

Como ha quedado demostrado, la caída del Muro de Berlín fue la culminación de otra “caída”, de otro “derrumbe”, tal vez más poderoso que el que se produce cuando los bloques de cemento, tan ordenadamente enfilados a través de cientos de kilómetros, caen estrepitosamente al suelo. El derrumbe se produjo mucho antes de aquel día cuando los trasnochados ciudadanos de Berlín-Este escucharon estupefactos que por decisión de la Comisión Política del Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (SED), era posible traspasar las barreras del Checkpoint Charlie, ir campantes a comprar una dona en algún McDonald’s aún abierto a esas alturas de la noche en el Zoological Garden de Berlín-Oeste y retornar a sus hogares sin que nadie los molestara en la frontera más vigilada del mundo.

Varios han sido los argumentos levantados para explicar el desenlace. Desde luego, ninguno de los partidos “vanguardias”, responsables de la conducción de sus respectivos países, tuvo la osadía de renovar los fundamentos doctrinarios nacidos de la imposición más que de la reflexión, del vasallaje cultural más que de la libre expresión de las propias identidades. Ni sus líderes aparentemente más preclaros, que mostraron ciertos grados de autonomía con



relación a la “madre patria”, asumieron como correctas las críticas surgidas en reiterados documentos, encuentros y congresos de los partidos comunistas de Europa Occidental, que cuestionaban abiertamente a las “democracias populares” por la falta de libertad política, la excesiva supremacía del Partido en los órganos del Estado, la inexistencia de una verdadera democracia. No acogieron las propuestas de un sinnúmero de intelectuales de izquierda que, lejos de cualquier sospecha de “reformistas vendidos al oro imperial”, sostenían que el socialismo sin democracia y sin libertad era sólo un remedo brutal de las dictaduras más atroces hasta ese entonces conocidas. Las lecturas del ideólogo comunista italiano Antonio Gramsci no sólo se prohibieron sino que su figura adornaba el escaparate de los “revisionistas” donde tanto él, como el Mariscal Tito, ocupaban un lugar destacado. Olvidaron la Primavera de Praga liderada por Alexander Dubček.

Sumidos en la autocomplacencia, no escucharon que por loable que fueran los objetivos que perseguía el socialismo, no era posible que éste se sostuviera sobre la base de sacrificar la libertad por la igualdad, y erigir un sistema político supuestamente democrático con un monopartidismo adornado de pluralismos a los cuales nadie le daba crédito.

Antes de que se materializara la caída del Muro, entonces, lo real es que este episodio estuvo precedido por un serio resquebrajamiento de las bases ideológicas sobre las cuales se construyeron estas sociedades. El cuestionamiento al marxismo-leninismo, a la “dictadura del proletariado”, al aparato burocrático de dominación, erigido en nombre de la clase obrera, fue el inicio del colapso de un modo de entender y concebir la construcción de la sociedad socialista.

Es cierto que tal colapso tuvo otros ingredientes. Los países capitalistas, fortalecidos política y militarmente, consiguieron



“comunicar” bien los logros de la democracia representativa, que dejó de ser la demonizada “democracia burguesa”. Los ambientes de libertad en los que se movían sus ciudadanos y sus visibles progresos materiales se difundieron de manera tan eficaz, que el Muro no pudo ocultarlos. El “efecto de demostración” también jugó sus bazas.

Se sostiene que la desaparición de la Unión Soviética, la caída del Muro y la consecuente unificación alemana fueron actos contrarrevolucionarios. Nada más equivocado. La lucha de esos pueblos no fue obra de la clase burguesa escondida en algún recodo de la sociedad o de grupos “alternativos” mimetizados en los aparatos burocráticos del Estado. Tampoco se produjo gracias a la acción siniestra de la Agencia Central de Inteligencia norteamericana ni a los bruscos e inesperados cambios en la política de Gorbachov.

La lucha por asomarse a valores de la libertad de los ciudadanos de Dresde, de los jóvenes que irrumpieron en la Revolución de Terciopelo en Praga, en las plazas de Bucarest, de los pueblos de la Yugoslavia por reconquistar su identidad nacional, fueron actos de rebeldía contra un tipo de socialismo en el cual ni el progreso material ni espiritual les estaba asegurado. Sus acciones mostraron que, a finales del siglo XX, Europa no estaba siendo recorrida por un fantasma, el fantasma del comunismo, sino por otro: el fantasma de la libertad, de la democracia y de la dignidad de los pueblos.

Los hechos acaecidos en un lapso relativamente corto de tiempo no fueron un simple terremoto. Lo ocurrido en la URSS y en todos los países del Este se constituyó en un cataclismo político e ideológico para todos los partidos y organizaciones de izquierda del mundo. Por supuesto, y en primer lugar, para los partidos comunistas, especialmente para aquellos que hacían del marxismo-leninismo la “piedra angular” del pensamiento científico que pretendía regir el devenir de la humanidad.



Sin embargo, fueron los hombres y mujeres entregados por entero a la lucha por ese mundo mejor, que auguraba que la “tierra será el paraíso para toda la humanidad”, los que resintieron la caída de los ochenta años de construcción socialista, los que más vieron afectados sus convicciones y principios, que creían eternos. El desconcierto, sino la frustración, los puso frente a un espejo semidestruido, en el cual apenas pudieron reconocerse a sí mismos.

Producto de lo anterior, una mayoría consistente de fuerzas políticas de la izquierda aún se encuentra sumida en el estupor de lo nuevo, en el descalabro que permitió la aparición de un mundo diferente al conocido, en la evidencia de que la humanidad, al término del “siglo corto”, se abrió a parámetros inéditos que aún luchamos por desentrañar. Sin duda, atraviesan una crisis de sentido que les recorre a lo largo de todo su descalabrado esqueleto ideológico. La última elección al Parlamento Europeo fue muestra cabal de lo afirmado. Los 52 eurodiputados de izquierda (así se autodenominan) pertenecen a 19 organizaciones diferentes, rara mezcla de comunistas, de poscomunistas, de ex socialdemócratas, de verdes “radicales” y de anarquistas “renovados”¹.

Desde luego, pocas organizaciones de izquierda se reconocen todavía en los parámetros clásicos del marxismo-leninismo, clave esencial para promover los cambios revolucionarios a los que aspiró gran parte de la humanidad (resulta incongruente atacar las bases del neoliberalismo a partir de las fórmulas fracasadas de una economía atrapada en los tentáculos de una burocracia estatal corrupta e ineficiente). Con grados distintos asumen el denostado mercado, la libertad de comercio y la democracia sin

1 José Ignacio Torreblanca. “El errático Varoufakis”, en *El País* (1° de mayo de 2015).



apellido, como el mejor medio para dirimir los conflictos sociales y políticos que a menudo enfrenta la sociedad moderna. Con grados y matices se muestran dispuestos a conciliar aspectos de la economía de mercado con una presencia significativa del Estado y aceptar, sin muestra de ser una mera postura “táctica”, que el pluralismo y la alternancia en el poder es necesaria y prudente para la salud democrática de los pueblos.

En este trance, la izquierda de América Latina ha hecho gala de una gran capacidad imaginativa. A diferencia de la europea, sometida a los dictados de los organismos financieros de la unión, la de esta parte del mundo tiende a sobrevivir e incluso a impulsar proyectos aparentemente exitosos. El modelo del “Socialismo del Siglo XX” de Hugo Chávez, o los intentos por importar la experiencia china a la economía cubana, o los aires de autonomía que impulsa el peronismo frente a los órganos financiero mundiales, o la experiencia del PT de Brasil, o lo que representa el proyecto de la Nueva Mayoría que encabeza Michelle Bachelet en Chile intentan, a partir de enfoques diversos, llevar a cabo experiencias transformadoras en medio del capitalismo globalizado. No es claro que todos ellos vayan a tocar las nubes del éxito².

A pesar de esos intentos, que cuentan con gran apoyo ciudadano, en cada uno de esos países sobreviven sectores que no se encuentran ligados a esos proyectos. Quienes no los comparten lo hacen desde ópticas diversas. Desde los que aún se encuentran atrapados en los viejos y gastados parámetros de una izquierda dogmática y sectaria, que se niega a permitir que nuevos aires de renovación conceptual

2 Entrevista al ex presidente del Uruguay José Mujica. “La izquierda vive hoy un estancamiento en América Latina”, en *El País* (6 de mayo de 2015).



penetren por sus cerradas celosías, hasta quienes han sido ganados por el individualismo, la insolidaridad y el “*laissez faire*” rampante y salvaje, propios del neoliberalismo.

Lo positivo, sin embargo, es que nuevas generaciones están retomando la lucha por la igualdad, por la libertad, por un mundo más fraternal y generoso permitiendo, a diferencia del pasado, que los valores esenciales de la democracia inunden completamente y sin remilgos su imaginario ideológico.

En Chile el descalabro de los “socialismos reales” caló hondo en todas las fuerzas políticas de izquierda, incluso entre quienes pudieron haber aplaudido su ocurrencia. Factores diversos lo explican. Por una parte, el Partido Comunista de Chile y su juventud no sólo se sintieron atraídos por las epopeyas de la Revolución Rusa, por la historia contada en el libro *Así se templó el acero* y otros escritos propios de la épica socialista, sino que una cantidad apreciable de sus militantes y adherentes estudiaron en las escuelas y universidades de los países de Europa Oriental. Por su parte, los jóvenes socialistas lo hacían en los centros de estudio de la Yugoslavia de Tito.

En seguida, además de Cuba y México en América Latina, todos los países socialistas, con la excepción de China y Rumania, rompieron relaciones con la dictadura de Pinochet. Este acto de amistad se correspondió con la instalación de los secretariados exteriores de socialistas y comunistas en la República Democrática Alemana y en la URSS, respectivamente. Militantes y dirigentes de ambos partidos sintieron de cerca la solidaridad “internacionalista” de esos Estados.

Desde el punto de vista ideológico, la teoría marxista-leninista en Chile adquirió la fuerza de la teoría asumida y como “guía para la acción”. Ésta no sólo se hizo carne entre los comunistas, sino también



en un fuerte contingente de socialistas que veían en sus fórmulas el medio para escapar de cualquier entusiasmo reformista. Lo notable es que sus principios se irradiaron más allá de esos partidos. El MIR, por ejemplo, organización nacida entre jóvenes desafectos de los partidos tradicionales de la izquierda, leyó tal teoría a través de la muy especial y hasta originaria versión surgida de las especificidades de la Revolución Cubana. De igual manera, jóvenes nacidos a la vida política al interior de la democracia cristiana, fundadores del partido MAPU³, no pudieron evitar que el enorme manto protector ideológico del marxismo, incluyendo su versión más ortodoxa, cubriera su cuerpo teórico. Más allá de ciertos atisbos de originalidad de su líder Rodrigo Ambrosio, las leyes “infalibles de la Revolución” terminaron también por convertirse en el cauce normal de sus conductas.

Si de récords se trata, la izquierda chilena puede exhibir uno. Durante el gobierno de la UP, cuatro partidos se proclamaban marxistas-leninistas y, en consecuencia, exponentes de los intereses superiores del proletariado.

La UP, por su lado, además de recoger las experiencias de otros intentos unitarios del pasado, incorporó en su formulación programática un ingrediente adicional muy importante. Por imposición socialista, el gobierno de la Unidad Popular no sería un gobierno más: triunfante, su propósito esencial sería implementar todo lo necesario para avanzar hacia la construcción del Socialismo, así a secas. Sólo Allende en sus discursos se refería a ese trascendental objetivo con otros tres conceptos claves, no necesariamente asumidos por toda la izquierda chilena: “sí”, decía Allende, “socialismo, pero en democracia, pluralismo y libertad”.

3 MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitario) formó parte de la Unidad Popular desde sus inicios.



Ocurrido el golpe de Estado, la izquierda chilena se vio enfrentada en primer lugar a su sobrevivencia. Al igual que en Uruguay, Argentina y Brasil, la dictadura trató de borrar todos sus vestigios. Sólo después de varios años de sacrificios por sentar sus bases orgánicas mínimas pudo emprender un debate más sustantivo sobre cómo terminar con la dictadura. Los diversos enfoques mostraron que luego del dramático episodio que puso término a la democracia, la izquierda chilena estuvo lejos de albergar coincidencias sustantivas.

Sin que se explicitara tan crudamente, dos estrategias empezaron a configurarse en su seno. Dos caminos diferentes para emprender la lucha que pusiera fin al régimen militar y dos formulaciones distintas sobre el tipo de sociedad que debería surgir desaparecido el ordenamiento dictatorial.

Durante una primera etapa, impulsar la lucha de masas por conquistar espacios de libertad, sin incorporar elementos de violencia, fue considerado por una parte de la izquierda un camino inconducente. Traslucía un cierto reformismo, un sesgo “desviacionista” que no se correspondía con la ira que inundaba la conciencia de la izquierda, ante tantos crímenes cometidos por la dictadura.

Para esa izquierda la rebelión armada al estilo nicaragüense (donde combatieron una centena de chilenos), o la lucha de masas “con perspectiva insurreccional”, era el único camino aceptable. Así lo asumían el Partido Comunista, el sector oficial del Partido Socialista, el MIR y otras fuerzas menores. El desembarco de una importante cantidad de armas por el norte del país demostró que esa voluntad existía, que para el PC, principal exponente de esa alternativa, la posibilidad de la derrota militar del régimen de Pinochet era factible. El Frente Patriótico Manuel Rodríguez, su brazo armado, se responsabilizó de tal internación y posteriormente del intento por eliminar a Pinochet en las cercanías de la capital, Santiago.



Por cierto, los hechos aparentemente se desarrollaban de forma independiente de los avatares que azotaban a la vida interna de los partidos del “Socialismo Real”. Los cambios en la cúpula del PCUS se veían lejanos y sin mayor incidencia en lo que sucedía en Chile. Aquello, sin embargo, era una mera ilusión.

La lucha por la democracia en Chile estaba necesariamente inserta en la lógica de la Guerra Fría. Lo que sucedía en América Central, aún sumida en una guerra interna que parecía no tener fin, así como la lucha contra Pinochet, eran miradas como un elemento importante del juego de ajedrez de las grandes potencias. Ni la URSS ni la República Democrática Alemana eran ajenas a lo que sucedía en Chile. Tampoco Estados Unidos. Menos Cuba. Para Europa Occidental, con sus gobiernos democráticos de signos diferentes, especialmente para los dirigidos por Partidos Socialistas o Socialdemócratas, Chile constituía una preocupación central. En suma, el país estaba en el centro de la atención mundial... y de la Guerra Fría, que no osaba a concluir.

Desde la perspectiva de la dictadura, la mano invisible de la URSS y de sus aliados se encontraba en todos los acuerdos o resoluciones adoptadas por los partidos comunistas, sectores socialistas, el MIR, la Izquierda Cristiana, etc., en los que la lógica de la confrontación radical aparecía por sobre la que privilegiara el diálogo entre los demócratas.

Por el contrario, las resoluciones destinadas a privilegiar la conquista de espacios de libertad por pequeños que fueran, el intento por establecer diálogos por parte de socialistas, sectores del MAPU y de la Izquierda Cristiana, con fuerzas más allá de la izquierda, especialmente con la Democracia Cristiana, era percibida por esa “otra izquierda” como el camino de la conciliación y la entrega, diseñado por el Departamento de Estado norteamericano y sus adláteres socialdemócratas europeos.



El proceso vivido por el Partido Socialista colaboró a despejar las diversas alternativas en las que se encontraban enfrentadas las fuerzas democráticas frente a las posibles salidas de la dictadura. Producto de las fuertes discrepancias en la que se vio sumida su dirección radicada en Berlín Oriental, el PS se dividió. Un sector mantuvo su estrecha cercanía con la RDA y, por supuesto, con la URSS. Otro sector, sin sede fija, hizo de Madrid y París sus principales centros de acción. La “guerra de las dos Alemanias” se introdujo en el seno del socialismo chileno.

Los motivos de esa división fueron diversos: lecturas diferentes de lo acaecido en Chile durante el gobierno de la UP, criterios distintos para apreciar el contexto internacional, puntos de vista encontrados con relación a la validez del marxismo-leninismo y modos distintos para apreciar los caminos posibles para derrotar a la dictadura.

El sector que abandonará Berlín Oriental, en el complejo proceso de renovar sus propuestas, encontró en el eurocomunismo y en las lecturas de Gramsci, así como en los bríos que se asomaban en los partidos socialistas democráticos, fuente importante de inspiración.

Sin embargo, ninguna idea nueva podía dejar de tener como referencia las circunstancias en las que se movía dramáticamente la realidad chilena. Así lo entendieron los socialistas que adherían a este cambio. Se tenía claro que los movimientos de masas que estaban teniendo lugar en el país, aunque no poseían la fuerza suficiente para derrocar al régimen, sí poseían el impulso necesario para elevar la consciencia de la rebeldía social para alimentar la esperanza de un Chile más libre y justo.

Por ello, la decisión de convocar a los chilenos a enfrentar el desafío del plebiscito del 5 de octubre de 1988, formulado especialmente por los partidos que veían en ese evento la posibilidad de derrotar



pacíficamente al dictador, fue trascendental a la vez que fue un hecho dirimente entre las distintas alternativas para terminar con la dictadura. En ese hito estaba en juego no sólo el futuro de la dictadura sino también el de aquella fuerza democrática que había apostado al plebiscito.

Aceptar su realización como parte del itinerario fijado por la propia dictadura era inaceptable para un sector de la izquierda chilena. Inscribirse en los registros electorales abiertos por Pinochet con el fin de legitimar sus resultados (que él estimaba le sería favorable), era una suerte de traición a los principios democráticos en los que se sustentaban. Era “hacerle el juego” a su intento por perpetuarse en el poder por un largo período adicional.

Inesperadamente para la izquierda renuente a tal alternativa la movilización que provocó el llamado a derrotar la dictadura con un “ejército de siete millones de ciudadanos” recibió el respaldo entusiasta de un pueblo que deseaba participar y ser actor de una epopeya democrática. Ello la hizo recapacitar e incorporarse con fuerza a la agitación que se hacía sentir en la calle, el campo, el colegio y, especialmente, entre los trabajadores organizados.

El resultado del plebiscito del 5 de octubre de 1988, ya es conocido⁴. Aun cuando Pinochet intentó desconocerlo no tuvo otra alternativa que aceptar la derrota y asumir que a partir de ese instante su dictadura tenía fecha de caducidad.

La izquierda hizo lecturas diversas de ese escenario. Para quienes provenían de los trasfondos ideológicos más ortodoxos no les fue fácil asumir los nuevos parámetros que surgían a partir de la derrota de la dictadura. En algunos sectores existió la secreta

4 El NO obtuvo 3.967.569 votos (55,99%). El SI obtuvo 3.119.110 votos (44,01%).



intención de lograr que ésta en vez de ser derrotada políticamente sufriera un colapso y un derrumbe institucional que abriera otros cauces distintos a los que prefiguraba el resultado del plebiscito. No les era fácil asumir que a partir de ese instante la transición chilena, de manera inédita, iniciaría su recorrido de la dictadura a la democracia con el dictador vivo.

Tampoco le era comprensible que en el bloque democrático que había apostado por lograr una derrota pacífica participaran los mismos que en los años de la unidad popular fueran opositores tenaces a ésta. No cabía en sus consideraciones políticas que se esfumara la posibilidad de pasar de una mera transición a una etapa superior marcada por la revolución y, en consecuencia, por el cambio drástico del régimen de dominación que había prevalecido hasta ese instante. Esta posición fue claramente asumida por sectores del MIR y, muy particularmente, por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que en ese instante fungía como el brazo armado del Partido Comunista.

Una vez más quedó claro que procesos políticos como los vividos por Chile a propósito del desenlace que estaba teniendo la dictadura, muestran que aceptar lo desconocido, despojarse de lo adorado y no quemado, o hacer propios los nuevos vectores en los que se mueve la realidad más allá de la voluntad, requiere de un ejercicio político complejo y difícil de asimilar.

En diciembre de 1989 se realizaron las primeras elecciones libres. El triunfo de Patricio Aylwin, el restablecimiento del Estado de Derecho resquebrajado por 17 años de dictadura, la instalación del parlamento y de otras instituciones vitales, repuso a Chile entre las naciones democráticas. En esas lecciones los partidos que conformaron la Concertación de Partidos por la Democracia recibieron un gran respaldo ciudadano⁵. Conformada por el Partido Socialista, ya reunificado, el Partido Demócratacristiano, el Partido Radical y el Partido por la Democracia, la coalición más exitosa que



conoció la historia de Chile, se dio a la tarea de gobernar el país. Durante 20 años, cuatro Presidentes salieron de sus filas. En ese período el país experimentó un crecimiento económico acelerado.

Hoy gobierna al país una nueva coalición. Superada la Concertación de Partidos por la Democracia, ésta ha sido reemplazada por una nueva coalición, la Nueva Mayoría, a la cual se ha incorporado el Partido Comunista, con la voluntad de impulsar cambios estructurales bajo el liderazgo de Michelle Bachelet. Existe consciencia de que el país necesita un nuevo orden institucional que permita dotar a la política de la legitimidad necesaria para dar cuenta de las insatisfacciones que recorren amplios sectores de la sociedad, especialmente entre los jóvenes, y así fortalecer los cimientos de su andamiaje democrático.

Es cierto que ninguna transición es perfecta y que en ella difícilmente se cumplen todos los objetivos de quienes la impulsan. Sin embargo, la chilena, siendo en general una transición exitosa, ha demostrado debilidades y carencias que se vuelve urgente superar. La izquierda chilena, a 41 años del golpe y a más de 25 años de iniciada la transición que ha quedado en el pasado, claramente no es la misma. Despojada de su cuerpo teórico que le permitía poner en el horizonte histórico una sociedad como la socialista (aunque sus parámetros sea menester definir con mayor precisión), y sometida a un fuerte embate de la ideología neoliberal, no se le percibe inquieta por llenar en tiempo breve el enorme vacío ideológico y político en el que se ha visto sumida, luego de la caída del Muro. Carece aún de una visión estratégica que vaya más allá de la genérica lucha por la igualdad.

5 Los resultados electorales fueron: Patricio Aylwin (Concertación de Partidos por la Democracia) 3.850.571 votos (55,71%), Hernán Buch (Derecha Pro Pinochet) 2.052.116 votos (29,40%), Francisco J. Errázuriz (Independiente de Derecha) 1.077.172 votos (15,43%).



BIBLIOGRAFÍA

- Azcárate, Manuel (1986) *La izquierda Europea*. Ediciones El País.
- Bitar, Sergio (1995) *Asumir la historia para construir el futuro*. Editorial Pehuén.
- Claudín, Fernando (1981) *La oposición en el "socialismo real"*. Barcelona, Siglo XXI.
- Ferguson, Niall (2013) *Civilización. Occidente y el resto*. México, D. F., Random House Mondadori.
- Fukuyama, Francis (1992) *El Fin de la Historia y el último hombre*. Planeta.
- Hobsbawn, Eric (2002) "La Guerra Fría", en *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*. Barcelona, Crítica.
- Hobsbawm, Eric (2005) "El final del socialismo", en *Historia del siglo XX*. México, D. F., Barcelona, Crítica.
- Hobsbawm, Eric (2011) "El marxismo en recesión 1983-2000", en *Como cambiar el mundo*. Barcelona, Crítica.
- Iglesias, Fernando A. (2004) *¿Qué significa hoy ser de izquierda?- Reflexiones sobre la Democracia*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Judt, Tony (2011) *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945. Después de la caída: 1989-2005*. México, D. F., Taurus/historia. Cuarta parte.
- Laguarda, Manuel (2000) *El socialismo en el siglo XXI*. Montevideo, Ediciones Correo Socialista.



- Navarro, Julio y Raimundo Castro (1998) *La izquierda que viene*. ESPASA Hoy.
- Núñez, Ricardo (comp.) (1991) *10 años de renovación*. Santiago de Chile, Ediciones del Ornitorrinco.
- Ramoneda, Josep (2012) *La izquierda necesaria. Contra el autoritarismo posdemocrático*. Barcelona, RBA.
- Rubio, Enrique (1999) *La izquierda del futuro*. Montevideo, Biblioteca Marcha.
- Sader, Emir (2008) *Posneoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires, CLACSO.
- Yocelvezky, Ricardo (2002) *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura 1970-1990*. Santiago de Chile, FCE.



OS EFEITOS DA QUEDA DO MURO DE BERLIM NO BRASIL

Valter Pomar

Doutor em história e professor de economia política internacional na Universidade Federal do ABC (São Paulo, Brasil). Militante do Partido dos Trabalhadores. Integrou entre 1997 e 2013 a Comissão Executiva Nacional do PT. Foi secretário de relações internacionais do PT e secretário executivo do Foro de São Paulo.

No dia 9 de novembro de 1989, a esquerda brasileira estava totalmente concentrada nas eleições presidenciais, cujo primeiro turno aconteceria no dia 15 daquele mesmo mês e ano.

No Brasil, a eleição presidencial direta anterior havia ocorrido no dia 3 de outubro de 1960. Naquele ano, três candidatos disputaram o cargo: 1. Jânio Quadros, lançado por pequenos partidos e apoiado pela União Democrática Nacional, principal partido da direita brasileira; 2. Marechal Lott, lançado pelo Partido Social Democrático, de centro-direita e apoiado pelo Partido Trabalhista Brasileiro e pelo Partido Comunista; 3. Adhemar de Barros, do Partido Social Progressista, também de centro-direita.

Jânio Quadros venceu as eleições com 5.636.623 votos (48,27%). Marechal Lott recebeu 3.846.825 votos (32,93%). Adhemar de Barros alcançou 2.195.709 votos (19,56%). O total de votantes, incluindo quem votou em branco ou anulou, foi de 12.586.354,



menos de 1/5 da população total do Brasil em 1960, estimada em 70.992.343 pessoas.

A legislação eleitoral brasileira vigente naquela época permitia que presidente e vice-presidente fossem eleitos separadamente. Por este motivo, o vice-presidente eleito em 3 de outubro de 1960 foi João Goulart, que concorrera na chapa encabeçada pelo Marechal Lott.

Jânio Quadros e João Goulart tomaram posse no dia 31 de janeiro de 1961. Poucos meses depois, em 25 de agosto de 1961 Jânio Quadros renunciou à presidência, com motivações que até hoje provocam polêmica entre os historiadores e cientistas políticos.

A direita política e militar buscou impedir a posse do vice-presidente João Goulart, que no momento da renúncia encontrava-se em visita oficial à República Popular da China. A esquerda desencadeou uma “campanha pela legalidade” para garantir a posse de João Goulart na presidência.

Regressando da China, no dia 1 de setembro Goulart já chegara ao Brasil. As forças de direita e João Goulart chegaram então a um acordo: ele tomaria posse na presidência da República, mas quem governaria seria um primeiro-ministro.

No dia 2 de setembro de 1961 o Congresso aprovou uma lei convertendo o Brasil ao parlamentarismo. Entretanto, no dia 6 de janeiro de 1963 um plebiscito popular reintroduziu o presidencialismo. Vários sinais indicavam que a esquerda venceria as eleições presidenciais marcadas para o ano de 1965. Os setores de direita reagiram preventivamente com o golpe militar de 1 de abril de 1964. A ditadura militar acabou com as eleições diretas para presidente da República, estabelecendo que a escolha do



primeiro mandatário do país se faria de forma indireta, através de um “Colégio Eleitoral” cuja composição seria determinada pela legislação.

Durante a ditadura ocorreram várias eleições presidenciais indiretas, a última das quais em 15 de janeiro de 1985. Esta aconteceu logo após uma campanha por eleições diretas, que foi um sucesso de mobilização popular, mas que fracassou em obter os 2/3 de votos necessários no Congresso para reestabelecer o direito do povo escolher diretamente o presidente da República.

Após a derrota da campanha pelas Diretas Já, a oposição à ditadura dividiu-se: a maior parte decidiu participar das eleições indiretas para presidência da República, marcadas para 15 de janeiro de 1985. Um pequeno setor da oposição, encabeçado pelo Partido dos Trabalhadores (criado em 1980 e então com cinco anos de idade), recusou participar da eleição indireta e determinou a seus oito deputados federais que não comparecessem ao Colégio Eleitoral. Naquela época, todos os deputados federais eleitos em 1982 faziam parte do Colégio Eleitoral que escolheria o presidente da República.

A disputa no Colégio Eleitoral opôs duas candidaturas: 1. Paulo Maluf, um notório corrupto e aliado dos militares, lançado pelo Partido Democrático Social (PDS), partido que dava sustentação parlamentar à ditadura; 2. Tancredo Neves, quadro histórico do liberalismo brasileiro, ex-ministro da Justiça de Getúlio Vargas em 1954, arquiteto da solução parlamentarista em 1961. Tancredo foi lançado candidato pelo Partido do Movimento Democrático Brasileiro (PMDB), de oposição à ditadura.

Tancredo Neves venceu a disputa no Colégio Eleitoral mas nunca exerceu a presidência: morreu antes de tomar posse, devido a complicações originadas de uma diverticulite (inflamação no intestino).



Quem assumiu a presidência da República foi seu companheiro de chapa, o vice-presidente eleito José Sarney. Sarney era um recém-convertido à oposição depois de duas décadas servindo à ditadura militar, inclusive como presidente nacional do PDS até pouco antes das eleições indiretas.

Em 1986, no ano posterior às eleições indiretas, ocorreram eleições para o Congresso Constituinte. A proposta de convocar uma Assembleia Constituinte livre e soberana fora recusada pela oposição liberal e pelos militares. As forças de centro-direita alcançaram ampla maioria dentre os parlamentares eleitos.

O Congresso Constituinte (1987-1988) decidiu adiar as eleições presidenciais inicialmente previstas (pela legislação da ditadura) para o ano de 1988. O primeiro turno da eleição presidencial foi convocado para o dia 15 de novembro (em que se comemora a proclamação da República no Brasil) e o segundo turno previsto para o dia 17 de dezembro de 1989.

Para a maior parte do eleitorado brasileiro, a eleição presidencial de 1989 foi sua primeira oportunidade de escolher o presidente da República. Todas as forças políticas do país lançaram candidato à presidência. O primeiro turno das eleições foi disputado por 22 candidatos, dos quais 18 eram patrocinados por um único partido, sem qualquer tipo de coligação.

Destas candidaturas, no máximo cinco defendiam posições que podemos classificar como de esquerda. Estamos falando de Luís Inácio Lula da Silva (apoiado pelo Partido dos Trabalhadores, pelo Partido Socialista Brasileiro e pelo Partido Comunista do Brasil), Leonel Brizola (apoiado pelo Partido Democrático Trabalhista, filiado a Internacional Socialista), Roberto Freire (do Partido Comunista Brasileiro), Fernando Gabeira (do Partido Verde) e Celso Brant (do Partido da Mobilização Nacional).



O segundo turno da eleição presidencial de 1989 foi disputado entre Collor e Lula. Pela primeira vez na história do Brasil, um operário militante de um partido socialista chegou às portas da presidência da República. Mas foi Fernando Collor de Mello, um playboy apoiado pelo establishment, quem ganhou as eleições, ainda que por relativamente pouco: 35 milhões (53,03%) contra 31 milhões de votos (46,97%).

Importante registrar que mais da metade da população brasileira teve direito a participar do processo eleitoral: 82.074.718 eleitores numa população total pouco inferior a 143 milhões.

O governo de Collor foi breve (em 1992 o Congresso votou seu impeachment por corrupção), mas a ele coube o lamentável papel de inaugurar oficialmente o neoliberalismo no Brasil. Em 2002, três eleições presidenciais depois, Lula seria eleito presidente da República.

Repassar estes acontecimentos serve para ilustrar por quais motivos a atenção da esquerda brasileira no dia 9 de novembro de 1989 estava concentrada na disputa presidencial. Qualquer que tenha sido o impacto da “queda do Muro de Berlim” na política brasileira, este impacto esteve muito longe de ser determinante no desempenho surpreendente da candidatura de Lula ou na vitória de Collor.

Em certa medida isto é óbvio: a débâcle do socialismo de tipo soviético ocorreu entre 9 de novembro de 1989 (queda do Muro de Berlim) e 25 de dezembro de 1991 (fim da URSS). Por isto, seu impacto na esquerda brasileira foi mais forte ao longo da década dos 1990. Além disto, há outro fator a ser considerado: nos anos 1980 a esquerda brasileira exalava otimismo. Embora a ditadura não tenha sido derrubada, ela foi derrotada. E isto aconteceu em grande medida graças a um processo de mobilização social, cujo epicentro foi a mobilização do operariado industrial.



Com isso, a década dos 1980 no Brasil teve uma dupla face: foram anos de profunda crise econômica e social, mas também foram anos de ascensão política e ideológica das classes trabalhadores, das organizações populares e dos partidos de esquerda.

Para citar alguns fatos: em 1979 é reorganizada a União Nacional dos Estudantes, em 1980 é criado o Partido dos Trabalhadores, em 1983 é fundada a Central Única dos Trabalhadores, em 1986 teve início o Movimento Sem Terra, em 1987 o Partido Comunista Brasileiro e o Partido Comunista do Brasil já estão atuando na legalidade, em 1988 a esquerda elegeu prefeitos em cidades que reúnem 1/3 do produto interno bruto nacional e grande parte da população. Em 1989, Lula disputou o segundo turno presidencial e chegou “quase lá”.

O otimismo da esquerda brasileira nos anos 1980 ajuda a entender porque os acontecimentos na URSS e no Leste Europeu foram encarados, por grande parte da esquerda brasileira, como parte de um movimento de renovação do socialismo. Aliás, quem ousasse dizer o contrário corria o risco de ser acusado de saudosismo, de nostalgia pouco autocrítica ou simplesmente anatemizado como “stalinista”, “palavrão” (xingamento) que se usava com abundância proporcional à falta de reflexão acerca do significado do termo.

O otimismo da esquerda brasileira resistiu à derrota de 1989 e esteve presente pelo menos até as eleições presidenciais de 1994, quando Lula foi derrotado ainda no primeiro turno pelo social-democrata Fernando Henrique Cardoso. Só então ficou clara, para grande parte da esquerda brasileira, a força do capitalismo neoliberal e o grau de hegemonia alcançado pelos Estados Unidos depois da “queda do Muro”.

Frente a esta correlação de forças, a esquerda brasileira dividiu-se: 1. uma parte defendia manter a estratégia adotada pela esquerda nos anos 1980; 2. outra parte defendia atualizar aquela estratégia às



novas condições; 3. um terceiro setor defendia mudar de estratégia para aproximar-se das posições que na Europa e na América Latina eram conhecidas como “centro-esquerda”. Nos anos 1990, portanto, o debate travado na esquerda brasileira foi fortemente influenciado pelo balanço acerca da “queda do Muro”.

Em síntese, podemos dizer que a crise do socialismo de tipo soviético estimulou fortes mudanças no pensamento político e ideológico da maior parte da esquerda brasileira. Algumas destas mudanças já vinham se acumulando de antes, como resultado de uma análise que se fazia desde os anos 1950 acerca dos limites do socialismo soviético e da estratégia proposta pelos partidos comunistas.

Não foram mudanças uniformes, até porque a esquerda brasileira não é nem nunca foi homogênea, representando diferentes setores sociais e expressando diferentes visões político-ideológicas. Qual foi o sentido predominante das mudanças no pensamento da esquerda brasileira, sob o efeito da crise do socialismo de tipo soviético?

Resumimos nos parágrafos a seguir as mudanças que nos parecem predominantes e fundamentais, ou seja, aquelas mudanças que afetaram a maior parte da esquerda e que determinaram a partir de que postura esta esquerda atuou num cenário marcado pelo deslocamento da correlação de forças em favor do Capital e do imperialismo.

Cresceu o questionamento acerca do papel protagonista da classe trabalhadora e, de maneira mais ampla, acerca do papel das classes e da luta de classes no funcionamento e na transformação da sociedade brasileira.

Cresceu também o questionamento acerca do papel dos sindicatos e dos partidos políticos, bem como do significado mesmo da “esquerda” e da “vanguarda”.



Houve uma progressiva substituição do socialismo pelo desenvolvimento como ideia estruturante do pensamento de grande parte da esquerda brasileira.

O que nos anos 1930 a 1980 era uma subordinação política (com setores da esquerda socialista e comunista apoiando os setores democráticos burgueses na luta contra os setores conservadores) converteu-se pouco a pouco numa subordinação teórica e ideológica: setores da esquerda adotando como seu programa máximo o capitalismo.

Derivado disto, a “revolução política e social” e as “reformas estruturais” foram sendo deixadas de lado em favor da promoção de políticas públicas a serem implantadas por governos eleitos nos marcos de democracias eleitorais.

As grandes interpretações e narrativas típicas da tradição marxista foram sendo progressivamente substituídas, ou por visões tradicionalmente vinculadas a tradição liberal-democrática e a conservadora, ou por discursos fragmentários cuja matriz de fundo era um irracionalismo intelectual de tipo religioso.

Algumas destas mudanças deitam suas raízes nos anos 1950 e 1960. Outras nos anos 1970-1980, de luta contra a ditadura militar e contra a “transição conservadora para a democracia”. Várias ganharam ímpeto no período 1990-2002, marcado pela oposição da esquerda aos governos neoliberais. Todas repercutem ainda hoje, no período 2003-2015, quando parte da esquerda brasileira participa do governo do país.

Tais mudanças ideológicas devem ser vistas no contexto de um processo mais amplo, que alterou as condições objetivas e subjetivas em que vive e atua tanto a classe trabalhadora quanto a militância de esquerda. Entre estas alterações, destacam-se: 1. a destruição



e fragmentação do parque produtivo e a consequente redução, dispersão e fragmentação da classe trabalhadora assalariada, seja de sua fração industrial, seja de seus setores comerciais e de serviços; 2. a constituição de uma imensa massa humana que não encontra opções para vender sua força de trabalho, sendo muitas vezes obrigada a sobreviver de expedientes miseráveis e antissociais; 3. a cooptação de parcelas melhor remuneradas da classe trabalhadora, inclusive de amplos setores da intelectualidade profissional (professores, comunicadores, artistas) pelo modo de vida e pensamento neoliberal; 4. a renovação geracional da classe trabalhadora, num contexto de enfraquecimento da consciência e da solidariedade de classe; 5. e, ironicamente, a normalização da vida política do país, com eleições regulares de dois em dois anos, abrindo passo para americanizar as eleições brasileiras e domesticar paulatinamente parte das esquerdas.

Olhando em perspectiva histórica, o efeito global destas mudanças no pensamento político e ideológico da maior parte da esquerda brasileira teve um efeito paradoxal. Por um lado, a flexibilização sem traição permitiu à esquerda brasileira vergar como junco, sem quebrar, conseguindo manter uma força social e institucional nos anos 1990 e ganhar a presidência da República em 2002. Por outro lado, esta mesma flexibilização sem traição reduziu a capacidade da esquerda brasileira liderar transformações mais profundas na sociedade.

Pois as tais mudanças corresponderam a uma ampliação da hegemonia burguesa, tanto na classe trabalhadora quanto em vastos setores da esquerda, que incorporaram horizontes programáticos, paradigmas explicativos, prioridades políticas, métodos de financiamento, padrões de funcionamento e estilos de democracia interna típicos dos chamados partidos tradicionais.

Como exemplo, podemos citar: 1. a crescente moderação programática do Partido dos Trabalhadores, principal força



política da esquerda brasileira; 2. as concessões que os governos democráticos e populares fazem a aspectos importantes do receituário neoliberal; 3. o paulatino distanciamento entre a esquerda eleitoral e os setores mais radicalizados do movimento social; 4. a incapacidade de estabilizar uma intelectualidade orgânica ou, noutros termos, de criar um pensamento capaz de servir de guia para a ação da classe trabalhadora brasileira em sua luta contra o capitalismo e pelo socialismo.

Não existe uma única esquerda no Brasil, mas o que predomina é um imenso déficit teórico, programático e estratégico. Até mesmo os setores hegemônicos no Partido dos Trabalhadores reconhecem a pobreza crescente das interpretações que fazemos acerca do Brasil. O mesmo pode ser dito, embora em menor medida, acerca do que pensamos da região e do mundo.

Como o PT é parcela expressiva da esquerda brasileira, impactando fortemente os demais setores da esquerda, a resultante é a já apontada: um imenso déficit teórico, programático e estratégico.

É tentador, mas seria equivocado, atribuir a causa principal deste déficit aos efeitos colaterais da “queda do Muro”. Para simplificar o argumento, a existência de um forte campo socialista (em algum momento entre 1945 e 1991) não necessariamente contribuiu para a esquerda brasileira construir uma interpretação adequada acerca da sociedade brasileira. Mutatis mutandis, a crise do socialismo soviético não pode ser vista como a variável fundamental. Noutras palavras, não cabe importar modelos nem exportar responsabilidades.

Feita esta ressalva, é correto dizer que para superar o atual déficit teórico, programático e estratégico, os setores hegemônicos da esquerda brasileira terão que fazer um novo balanço da crise do socialismo; terão que reafirmar a centralidade da luta de classes



e o papel protagonista da classe trabalhadora; terão que valorizar novamente o papel dos sindicatos, dos partidos políticos, das esquerdas e das vanguardas; terão que retomar o socialismo como ideia bússola; terão que combinar novamente políticas públicas, reformas estruturais e revolução política e social, vinculando participação nas democracias eleitorais com disposição de ir muito além dos limites deste tipo de democracia. E, finalmente, para superar o atual déficit teórico, programático e estratégico, os setores hegemônicos da esquerda brasileira terão que retomar as grandes interpretações e narrativas típicas da tradição marxista.

Não se confunda nada disto com a defesa das estratégias, dos programas e das teorias que caracterizavam o chamado socialismo soviético. Podemos e devemos debater que contribuição tais estratégias, programas e teorias deram à luta pelo socialismo entre 1917 e 1991.

Mas se entendemos realmente a teoria como guia para a ação, então nosso desafio atual é fazer análise concreta da situação concreta, produzindo uma teoria, um programa e uma estratégia que sejam adequadas ao período atual. Tarefa na qual terão pouca utilidade tanto os ídólatras quanto os apóstatas do socialismo de tipo soviético.

Hoje, um balanço da “queda do Muro” deve forçosamente constatar que a débâcle do socialismo de tipo soviético abriu um período de defensiva estratégica para as forças anticapitalistas. Inclusive para aquelas que nunca compartilharam o socialismo de tipo soviético ou que dele distanciaram-se em algum momento (como é o caso do Partido Comunista da China).

Desde 1991, o capitalismo tornou-se mais hegemônico do que nunca. E como não podia deixar de ser, empurrou o mundo para uma crise de vastas proporções, como vimos a partir de 2007-2008.



Crise que é acompanhada pelo declínio relativo da hegemonia dos Estados Unidos e pela ascensão de outros polos de poder em escala mundial.

Um quarto de século depois da “queda do Muro” e do fim da URSS, o cenário mundial é de instabilidade, crise, guerras, revoltas e busca de alternativas. Revoluções como as de 1917 e de 1949, por enquanto ainda não.

Vista por quem mantém compromissos com o socialismo, o “breve século XX” (1917-1991) recorda Sísifo, condenado a empurrar uma pedra morro acima, para vê-la desabar mais adiante e ter que recomençar novamente, eternamente. Esta imagem diz respeito, como é óbvio, apenas aos que continuam tentando dar bases teóricas e viabilizar praticamente o socialismo, neste início do terceiro milênio. Mas não afeta, ou não atinge com a mesma força, aqueles setores da esquerda que acreditam no socialismo como agente civilizatório do capitalismo. Estes parecem se contentar com o fato da história dos últimos 150 anos ter confirmado que tudo aquilo que a sociedade capitalista moderna possui de “civilizada”, o possui graças ao esforço e ao sacrifício do movimento socialista e da classe trabalhadora.

Do ângulo destes setores da esquerda, o socialismo é encarado como uma “etapa superior” do movimento democrático, liberal e progressista iniciado pela burguesia contra a sociedade feudal. Deste mesmo ângulo, episódios mais “desagradáveis” da história do movimento socialista podem ser apresentados exatamente como “desvios” resultantes da vã tentativa de superar o capitalismo. Para os partidários deste ângulo de visão, ao se tornar radicalmente anticapitalista, o socialismo abandona seus propósitos reformistas e humanitários e converte-se em “totalitarismo”. Ou seja: adulterando a famosa frase de Marx, para esta esquerda o limite do “socialismo” que defendem é o próprio capitalismo. Já para aqueles setores da



esquerda que defendem superar o modo de produção capitalista, a história oferece muitas interrogações.

É verdade que o capitalismo se confirmou como profundamente contraditório, sofrendo crises cíclicas e cada vez mais devastadoras. Ocorre que só muito raramente tais crises desdobraram-se em processos revolucionários. Desde as referências de Marx ao espectro do comunismo (1847-1848), até as notícias da ofensiva final da esquerda salvadorenha (1988-1989), a história da esquerda tem sido marcada por muitas “revoluções que faltaram ao encontro”.

Além disso, apenas uma parte dos processos revolucionários resultou na vitória de forças ligadas ao movimento socialista e na constituição de governos estáveis pós-revolucionários. Mais relevante ainda: não há até hoje caso de revolução socialista triunfante em nenhum dos países capitalistas mais avançados. O que significa dizer que a transição socialista foi empurrada para começar exatamente onde o capitalismo desenvolveu-se tardiamente, obrigando as forças socialistas a empenhar enormes esforços no desenvolvimento das forças produtivas.

Durante muito tempo, estes problemas foram fartamente compensados, no imaginário do movimento socialista revolucionário, pelo impacto mundial de revoluções vitoriosas (com destaque para Rússia, China, Cuba e Vietnã); pela importância geopolítica dos países cujos governos surgiram dessas revoluções; bem como pelos efeitos que a existência de um “campo socialista” produziu nas condições de luta e vida dos trabalhadores dos países capitalistas “avançados”.

Enquanto o reformismo social-democrata alimentava-se dos progressos “civilizatórios” que a esquerda obtivera sob o capitalismo, o socialismo revolucionário alimentava-se do progresso político e social verificado nas regiões do mundo que (acreditava-se então)



a revolução teria definitivamente libertado do capitalismo. Isto, combinado com os avanços do movimento de libertação nacional e do desenvolvimentismo nos países da periferia capitalista, gerou durante a segunda metade do século XX, a impressão de que, apesar dos problemas, o socialismo avançava.

Impressão reforçada pela crise estrutural do capitalismo, visível a partir de 1970-1975. Num aparente paradoxo, foi exatamente em seguida a esta crise que todos aqueles “progressos” anteriormente citados foram detidos, tendo início um movimento de regressão. O paradoxo é aparente, pois do que se trata é algo na verdade simples: o socialismo de tipo soviético soube combater e inclusive vencer na luta contra o tipo de capitalismo existente até 1945. Mas não conseguiu combater e terminou derrotado na luta contra o tipo de capitalismo surgido da crise de 1970-1975.

A partir de então, os países libertos da opressão colonial foram novamente subordinados a interesses metropolitanos. Os países que se industrializaram após a Segunda Guerra Mundial passaram a experimentar a “desindustrialização”. As conquistas obtidas pela classe trabalhadora nos países capitalistas centrais, materializadas no chamado Estado de bem-estar social, foram atacadas e ainda hoje seguem sendo parcialmente anuladas. Durante os anos 1990, o desmanche do socialismo soviético abriu uma nova fronteira de expansão para o capitalismo.

O retrocesso generalizado das posições conquistadas pela esquerda, ao longo do século XX, foi acompanhado por transformações no funcionamento do capitalismo, bem como por transformações nas classes trabalhadoras, tais como a redução do campesinato e a ampliação da proletarização vis a vis a perda de peso relativo do operariado industrial. Todos estes fenômenos tiveram duríssimos efeitos sobre os partidos de esquerda. No ângulo programático, muitos partidos comunistas derivaram para formulações de tipo



social-democrata, centradas na ideia de realizar reformas que melhorem as condições de vida para as maiorias sociais, sem tocar nos fundamentos do capitalismo.

Muitos partidos social-democratas e também comunistas derivaram para formulações de tipo neoliberal, centradas na ideia de que o bom funcionamento da sociedade e, inclusive, a possibilidade de melhoria nas condições de vida das maiorias sociais, depende do livre-funcionamento do capitalismo, que deve ser liberto das regulamentações típicas do *welfare state*.

Um dos efeitos mais profundos da contra-ofensiva do Capital foi no terreno ideológico e afetou duramente os setores de vanguarda da classe trabalhadora. No Brasil, toda uma geração de trabalhadores adquiriu sua consciência de classe através das lutas travadas a partir do final dos anos 1970 e início dos anos 1980. Esta geração evoluiu progressivamente das reivindicações básicas para um programa democrático e popular, que (consciente ou inconscientemente) articulava a execução das chamadas *tarefas inconclusas da revolução democrático-burguesa*, com as tarefas socialistas.

A polarização dominante, no debate travado pelas esquerdas neste período, se dava entre os adeptos de uma estratégia revolucionária e os adeptos de uma estratégia reformista de transformação social. Mas para ambas, o socialismo era o objetivo estratégico.

O resultado das eleições presidenciais de 1989 e 1994 impactou profundamente a esquerda brasileira. O balanço feito por grande parte dos trabalhadores conscientes pode ser resumido em três ideias-chave: 1. nosso caminho para o poder passa pela vitória nas eleições presidenciais; 2. uma vitória nas eleições presidenciais exige moderar o programa e ampliar as alianças; 3. esta moderação é inevitável numa situação mundial de triunfo do capitalismo e desaparecimento do socialismo soviético.



A questão de fundo (chegar ao governo federal, para fazer exatamente o quê, numa conjuntura que supostamente bloqueava o socialismo) foi sendo “respondida” ao longo dos anos, através de sucessivas alterações no programa das esquerdas brasileiras. Estas alterações foram feitas sob o impacto da conjuntura e, também, sob o impacto de uma intensa revisão ideológica. A análise da crise do socialismo foi parte integrante da revisão geral do programa e da ideologia socialista que animavam grande parte da esquerda brasileira até o final dos anos 1980.

Este processo de revisão seguiu seu curso, durante os anos 1990, em várias direções distintas, simultâneas e complementares. Por exemplo, reafirmar o socialismo, mas como “horizonte”. Abandonar o socialismo enquanto alternativa globalmente superior ao capitalismo, transformando-o em missão civilizatória do próprio capitalismo (ou seja, em “valores” socialistas). Identificar socialismo com democracia, economia de mercado e Estado de bem-estar. Ou seja, com social-democracia.

O enfraquecimento do socialismo como *bússola* e como alternativa concreta foi acompanhado pela conversão de amplos setores da esquerda, até então influenciados pelo marxismo, às ideias keynesianas e neoliberais. Como fruto dessas alterações, a polarização dominante no debate da esquerda brasileira nos anos 1990 passou a dar-se entre duas correntes de opinião, ambas reformistas: o reformismo desenvolvimentista e o *reformismo social-liberal*, com as correntes socialistas (revolucionárias ou reformistas) apoiando as posições expressas pela corrente desenvolvimentista.

Desta polarização surge a base real da lenda segundo a qual haveria identidades entre o Partido dos Trabalhadores e o Partido da Social-Democracia Brasileira. A afinidade realmente existente se limita ao reformismo social-liberal defendido por setores do PT,



setores que realmente estavam e seguem estando próximos dos neoliberais do PSDB.

Ao longo dos anos 1990, os setores hegemônicos da esquerda brasileira foram colocando em terceiro plano as tarefas de natureza socialista, mantendo em segundo plano as reformas estruturais de natureza democrático-burguesas, deixando em primeiro plano como objetivo principal “combater o neoliberalismo”, não mais com o objetivo de superar o capitalismo e sim com o objetivo de desenvolver um capitalismo que fosse “progressista”.

Os resultados práticos disto só ficariam claros quando a esquerda venceu as eleições presidenciais de 2002 e passou a governar o país. Por exemplo, a “reforma agrária” realizada durante os governos Lula e Dilma tem uma natureza qualitativamente distinta daquela defendida pela maior parte da esquerda até 1994.

Resumindo o que dissemos até agora: a revisão geral do programa, da estratégia e da ideologia que animavam grande parte da esquerda brasileira até o final dos anos 1980 ocorreu sob o duplo impacto da situação nacional e internacional. E a situação internacional incluía não apenas os efeitos da “queda do Muro” (ou seja, do desmanche do socialismo de tipo soviético), mas também os efeitos da ascensão do neoliberalismo.

Nos anos 1990, quando o ciclo neoliberal dava sinais de esgotamento, vários autores começam a fazer o balanço dos acontecimentos das décadas anteriores de 1970 e 1980, buscando entre outras coisas entender porque as forças de esquerda não tiveram êxito frente às possibilidades abertas pela “grande crise” de 1970-1975. No caso da América Latina, este balanço foi muito focado na derrota das tentativas guerrilheiras, bem como na derrota do governo Allende, derrotas geralmente associadas à suposta ou real predominância, na esquerda, de posições e de atitudes “vanguardistas”, “voluntaristas”



e “esquerdistas”. Como desdobramento deste balanço, parte da esquerda passou a realizar uma defesa da democracia como método e/ou como valor universal.

Caberia mais estudo para verificar em qual medida, mas certamente este viés de análise favoreceu um ambiente propício para a recepção de um balanço também enviesado das derrotas sofridas pela esquerda na Europa e nos Estados Unidos, derrotas que tiveram na moderação (e não no esquerdismo) programática e política seu componente fundamental.

A adesão formalista à “democracia eleitoral” contribuiu para colocar amplos setores da esquerda sob influência ideológica da *estratégia democratizante* que assumiu grande importância no arsenal utilizado pelas forças capitalistas no ataque às posições socialistas nos anos 1980.

Toda esta mutação intelectual possui uma base objetiva: o enfraquecimento relativo da classe trabalhadora, no Brasil e no mundo, vis a vis o fortalecimento da burguesia. Sua possível reversão depende do fundamental de uma alteração também objetiva nesta correlação de forças. Mas a construção de outra visão de mundo (um processo “subjetivo”) joga um papel neste processo “objetivo”. E a construção de outra visão de mundo depende, nas condições atuais, não apenas de uma crítica teórica ao desenvolvimento capitalista, acompanhado da formulação de uma alternativa, mas também de uma autocrítica do percurso desenvolvido pela esquerda brasileira no último período.

Podem contribuir positivamente neste processo de autocrítica certas mediações que ajudam a compreender diferenças importantes entre determinadas correntes da esquerda brasileira e seus similares europeus. Como é perceptível, a esquerda moderada brasileira tende a ser mais radical que seus congêneres no Velho Mundo.



Vejamos a seguir algunas destas mediações, que funcionaram como uma espécie de *airbag* ideológico durante o acidentado período da “queda do Muro” e do fim da URSS.

Uma primeira medição importante é dada pela luta de classes no Brasil. Aqui o neoliberalismo é um visitante tardio, que foi recebido com muita resistência por uma esquerda que possuía relevante influência social e institucional. Nestas condições, o balanço da “queda do Muro” corria paralelo à análise dos efeitos das reformas neoliberais no Leste Europeu. E uma pessoa de esquerda não precisava de muito esforço para perceber que o fortalecimento do capitalismo não resultara em mais democracia, nem ampliara o bem-estar dos que viviam nos antigos países socialistas, o que por sua vez dizia algo sobre o regime social que havia nestes países antes da “queda do Muro”, tornando mais difícil jogar fora a criança junto com a água de banho.

Uma segunda mediação importante é que o principal protagonista das políticas neoliberais no Brasil era o Partido da Social Democracia Brasileira (PSDB). Embora este partido tivesse pouco que ver com a social-democracia europeia (cujas raízes estão no movimento socialista do século XIX, sob forte influência do marxismo) o fato é que importantes próceres do PSDB, como Fernando Henrique Cardoso e José Serra, justificavam alguns de suas opções a partir de uma leitura inspirada nas críticas da “segunda internacional” acerca do que teria ocorrido ao socialismo soviético. O resultado prático foi *vacinar* parcelas importantes da esquerda e reduzir a influência de algumas posições da Internacional Socialista e similares.

Uma terceira mediação importante diz respeito a Cuba. O governo cubano não foi derrubado e o Partido Comunista conseguiu não apenas manter importante apoio e legitimidade popular, como preservar parte das políticas públicas que até então garantiram ao povo da Ilha um padrão de vida superior a países similares



na América Latina. Isto introduzia variáveis importantes no debate sobre a crise do socialismo, evitando a tabula rasa e as generalizações abusivas típicas do anticomunismo vulgar.

Uma quarta mediação é o papel dos Estados Unidos na região, com um histórico imperialista e liberticida, fato que dificultava o trânsito que alguns faziam, de posições dogmáticas em favor do “socialismo real” para posições dogmáticas em favor das “democracias” capitalistas e contra as “ditaduras” socialistas. Grande parte da esquerda brasileira não tinha como não perceber que o fortalecimento dos Estados Unidos e seus aliados, o fortalecimento do capitalismo em sua versão neoliberal, pioravam as condições sociais e políticas da classe trabalhadora em todo o mundo, Brasil inclusive.

Uma quinta mediação é dada pelo fato de, nos anos 1980 e 1990, grande parte da esquerda brasileira não se identificar com o socialismo soviético tout court. Especialmente no PT, mas também noutras organizações, existia uma profusão de correntes críticas (pela direita ou pela esquerda) ao “modelo soviético”. Não importa aqui analisar o mérito destas críticas: o que importa é perceber que esta “diversidade ecológica” é um dos fatores pelos quais a “queda do Muro” não impactou a esquerda brasileira da mesma forma que impactou outras esquerdas, em outras regiões do mundo.

Resta saber se esta e outras mediações ajudarão neste momento, em que se faz necessário e com a mais absoluta urgência alterar a estratégia, o programa, bem como as visões teóricas e ideológicas predominantes na esquerda brasileira desde meados dos anos 1990 até os dias de hoje. Se a esquerda socialista e a classe trabalhadora brasileira conseguirem fazer esta alteração de linha, no tempo e na direção corretas, o Brasil poderá continuar contribuindo para que algum dia o debate sobre a “queda do Muro” e sobre o fim do socialismo soviético sejam apenas parte da pré-história da humanidade.



LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN Y LA IZQUIERDA EN COLOMBIA, UNA LECTURA DE LA RECOMPOSICIÓN

Ernesto Samper Pizano

Actual Secretario General de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR). Ex Presidente de Colombia. Se ha desempeñado como Diputado de Cundinamarca, Concejal de Bogotá, miembro del Senado, Embajador de Colombia en España, Ministro de Desarrollo Económico y Coordinador de los Encuentros de Ex Presidentes Latinoamericanos para una Agenda Global. Abogado por la Universidad Javeriana de Colombia con especialización en Ciencias Económicas. Tiene cursos de especialización en la Universidad de Columbia, Nueva York y la Nacional Financiera de México.

Transcurridas más de dos décadas desde la caída del Muro de Berlín, conviene una reflexión con la serenidad que otorga la perspectiva histórica, sobre el impacto que tal hecho tuvo en la izquierda en Colombia. Aunque se trate de un fenómeno insoslayable para la comprensión de variados temas sociales en América Latina, la tesis central de este artículo apunta a que en Colombia el efecto de la Guerra Fría estuvo estrechamente ligado al desenvolvimiento del conflicto armado y a una anestesia política resultante del denominado Frente Nacional, pacto que repartió el poder entre los dos partidos tradicionales, el Liberal y el Conservador. Este último congelamiento de la política impidió la expresión de otras fuerzas sociales y grupos políticos de ideologías distintas, entre ellas, las propias de la Guerra Fría.



Por cuenta de estos fenómenos, desde su surgimiento, los movimientos armados que reivindicaban el marxismo-leninismo o el comunismo en alguna de sus versiones sufrieron una estigmatización, hasta convertirse en sinónimo de intolerancia en un país con profundas convicciones conservadoras. La insurgencia respondió a este aislamiento predicando la “combinación de distintas formas de lucha” que le costaron el retiro de cuadros intelectuales y el aniquilamiento de expresiones democráticas asociadas a ella como la Unión Patriótica, partido de izquierda que surgió de las conversaciones de paz entre el gobierno de Belisario Betancur Cuartas (1982-1986) y la guerrilla de las FARC. Ese hecho marcó el radicalismo de esa guerrilla durante los noventa, lo que la llevó a una nueva satanización con la denominación de “narco-terrorista”.

Estos hechos no impidieron la aparición de tendencias de izquierda dentro de Partidos como el Liberal. El ex presidente Carlos Lleras Restrepo definió al mismo como “una coalición de matices de izquierda” (Bonilla, 2005: 171). Las presidencias de Alfonso López Pumarejo, Alfonso López Michelsen (su hijo) y más recientemente de quien redacta este documento a través del Poder Popular, confirmaron la existencia de una tendencia socialdemócrata dentro del Partido Liberal que siguió las orientaciones históricas trazadas años atrás por los liberales radicales de finales del siglo XIX, y comienzos de la siguiente centuria por las banderas del general Uribe Uribe.

Estas características hacen complejo cualquier intento por abordar desde una óptica unidimensional a la izquierda en Colombia. ¿En qué se basan las ideas de la izquierda en Colombia? ¿Cuál es su rasgo fundamental y más sobresaliente? Para responder estos cuestionamientos que por años han circulado en el ideario colombiano, es preciso examinar algunos hechos que dan cuenta de su evolución y tal vez de un fin que casi todas las manifestaciones de izquierda han compartido y buscado: la búsqueda de la



igualdad en un país profundamente desigual, y la reforma de un Estado centralista cuya ausencia en muchas regiones explica el florecimiento de poderes fácticos como la misma guerrilla y el narcotráfico.

Este artículo pone a consideración del lector el proceso evolutivo de esa ideología en Colombia desde la caída del Muro de Berlín, a partir de cuatro tesis: 1. la distancia marcada de la izquierda colombiana con eventos clave de la Guerra Fría, 2. la expansión militar de las guerrillas en la década de los noventa, 3. el involucramiento de la izquierda en la democracia liberal colombiana, y, finalmente, 4. un balance de su transformación 25 años después de la caída del Muro.

El fin de la Guerra Fría en el mundo

El fin de esa época es más complejo que la sola caída del emblemático Muro. El 9 de noviembre de 1989 representa una fecha llena de significado, y con una altísima carga simbólica. Precisamente, esa relevancia tiende a eclipsar la forma como gradualmente se fueron degradando los regímenes pro soviéticos que en Europa central y oriental preconizaban el “socialismo real” y la “democracia popular” como ideales de los cuales se alimentaban los movimientos de izquierda del mundo, particularmente, en Latinoamérica.

Antes de la *perestroika* y el *glasnost*, el comunismo -y su versión más violenta, el estalinismo - ya había sido puesto en entredicho, no sólo en la entonces Unión Soviética, sino en otras naciones de su órbita de influencia. Cientos de miles de ciudadanos en el mundo se decepcionaron del socialismo soviético ante la intervención del Ejército Rojo en Budapest en 1956 y la absurda ejecución posterior del Primer Ministro húngaro Imre Nagy. Para la época, varios intelectuales que habían apoyado efusivamente al comunismo, comenzaron a distanciarse. El caso más representativo fue el del



filósofo francés Jean-Paul Sartre, quien había defendido la causa, pero reprobó duramente la intervención en Hungría en los siguientes términos:

“Condeno por completo y sin reserva alguna la agresión soviética. (...) Rompo a mi pesar, pero definitivamente, mi relación con mis amigos escritores soviéticos que no denuncian (o no pueden denunciar) la masacre de Hungría. No se puede sostener una amistad con la fracción dirigente de la burocracia soviética: es el horror el que domina”¹ (Sartre, 1956).

Años más tarde, en 1968, ese autoritarismo revivió con la Primavera de Praga cuando la URSS volvió a intervenir y ahogó por completo un movimiento reformista inspirado en el Socialismo de Rostro Humano, del líder checoslovaco Alexander Dubček. En enero de 1969 se produjo la inmolación de Jan Palach en Checoslovaquia, hecho que partió en dos la historia del comunismo en Europa y en el resto del mundo. El eurocomunismo no pudo evitar que el desprestigio resultante de las equivocaciones soviéticas lo alejara de las bases populares. Para entonces, en Colombia, la izquierda, que había hecho suyos los dogmas internacionales pro soviéticos y pro chinos, estaba enredada explicando cómo se podía hacer proselitismo armado como pregonaban las FARC después de haber abrevado de las fuentes victoriosas de la Revolución Cubana que

1 Traducción libre del autor. En el texto original aparece así: «Je condamne entièrement et sans aucune réserve l'agression soviétique (...). Je brise à regret, mais entièrement, mes rapports avec mes amis les écrivains soviétiques, qui ne dénoncent pas (ou ne peuvent dénoncer) le massacre en Hongrie. On ne peut plus avoir d'amitié pour la fraction dirigeante de la bureaucratie soviétique: c'est l'horreur qui domine».



había logrado construir un imaginario realmente regional de la lucha revolucionaria. El Che era el ícono de esta latinoamericanización de la lucha armada.

El otro lado de la historia, y allí reaparece Colombia, se dio en Occidente donde al tiempo en que se rechazaba el comunismo en Hungría y en Checoslovaquia, en algunas ciudades como Tlatelolco y París, en 1968 nacía una disidencia frente a los excesos del capitalismo, el militarismo de derecha, y las agresiones de Estados Unidos en Indochina. En París, tal vez el más conocido de todos los escenarios del '68, se dio origen a una lucha estudiantil que promovía un cambio estructural, al compás de la bella consigna "la imaginación al poder".

En resumidas cuentas, ni el capitalismo de los treinta años gloriosos con toda la prosperidad material, ni el comunismo habiendo logrado el pleno empleo y garantizando conquistas económicas, parecían satisfacer las demandas de los jóvenes que se negaban a entregarse a las bondades supuestas o reales de ambos regímenes. Se abrían los canales contestatarios para rebeldes románticos como el Cura Camilo Torres en Colombia, o dirigentes estudiantiles e intelectuales importantes como Monseñor Hélder Câmara.

La Guerra Fría se vivió como reacción a sus protagonistas esenciales, el capitalismo y el comunismo. No obstante, a comienzos de los ochenta el comunismo dio muestras de que ese desgaste lo podía conducir al colapso. Esto en contraste con el carácter decadente pero permanente del capitalismo, que estaba reinventándose en Europa con el modelo del capitalismo bismarkiano.

Polonia fue, sin duda, uno de los escenarios donde se jugó el desenlace del comunismo soviético. La designación de Juan Pablo II como Pontífice y un poderoso discurso sobre la emancipación frente a los regímenes totalitarios, que se resume en la célebre



máxima “no tengan miedo”, marcó el comienzo del fin del socialismo en esa nación. Finalmente, el ascenso del sindicato Solidaridad con Lech Walesa a la cabeza, hizo profunda mella en la viabilidad del comunismo.

Estos hechos demuestran la forma gradual como ese sistema, desde los cincuenta, empezó a mostrar limitaciones. La decepción de quienes veían la posibilidad del “hombre nuevo”, según el léxico de Ernesto Guevara, fue inocultable.

Paradojas en Colombia de la Posguerra Fría

En Colombia se vivió de manera particular la caída del Muro de Berlín, pues aunque desprestigiado en el mundo entero, el comunismo seguía reivindicado por las guerrillas de las FARC y el ELN. Algunos de sus dirigentes inclusive llegaron a manifestar, cuando les preguntaron que si el final de la Guerra Fría conduciría al propio final de la lucha armada como forma de llegar al poder, que ahora más que nunca ellos debían seguir al frente de las banderas que los comunistas habían arriado.

Con convicción, Fidel Castro señalaba el fin de la lucha armada como forma de llegar al poder con el consiguiente debilitamiento de las guerrillas, pues su sistema de ideas se encontraba huérfano. En particular, el ELN tenía una estrecha relación con La Habana ya que algunos de sus comandantes, como Fabio Vásquez Castaño, se habían formado bajo la égida de Fidel, y veían en el modelo cubano el ejemplo a seguir.

Sin embargo, la década de los noventa fue la de mayor profusión para las FARC y, contra todo pronóstico, el ELN sobrevivió a las diferentes ofensivas emprendidas por el Estado colombiano. Las FARC llegaron a contar con más de 15 mil guerrilleros entre sus



filas para finales de esa década, mientras que el ELN contó con cerca de 4 mil (Rabasa & Chalk, 2001: 27-31). Gran paradoja que mientras el comunismo se derrumbaba en el centro y oriente de Europa, los movimientos insurrectos vivían un esplendor militar en parte como resultado de la nueva financiación de sus actividades a través de actividades relacionadas con el narcotráfico, aunque nunca llegaron a ser un cartel en el sentido estricto de la palabra. El surgimiento a finales de los ochenta de los grupos paramilitares polarizó la lucha armada y degradó hasta mínimos humanitarios la confrontación armada en Colombia.

En el fondo, la izquierda fue la gran perdedora del avance militar guerrillero, especialmente, de las FARC que llegaron a tener un poder de acción y de negociación sobre el Estado que hizo temer porque la toma de Bogotá, objetivo final de su lucha, se convirtiera en realidad. Incluso en noviembre de 1998, en la denominada Operación Marquetalia -en memoria del mito fundacional de las FARC cuando fueron atacadas en esa población del Tolima en 1964- la guerrilla tomó por unas horas el municipio de Mitú, capital del Vaupés, fronterizo con el Brasil. Analistas militares y expertos en insurgencia afirmaban que las FARC en esta época habían pasado de la guerra de guerrillas a la fase avanzada de guerra de movimientos, previa a la de posiciones (Moreno, 2006: 607).

Ahora bien, observando esta cronología y el crecimiento del poderío de las FARC vale preguntarse: ¿por qué en Colombia sobrevivieron las guerrillas a pesar del fin del comunismo soviético? Al menos tres razones lo explicarían.

En primer lugar, las FARC nunca dependieron de la URSS ni ideológica ni siquiera económicamente. La lucha campesina que esa guerrilla ha reivindicado tomó varios elementos del marxismo, del leninismo y del maoísmo, pero sin una filiación pura. Se trata de una guerrilla que ha vivido de espaldas al mundo, y centrada en sus



demandas internas, especialmente rurales. Aunque algunos de sus dirigentes se formaron en la URSS, “Manuel Marulanda”, el veterano dirigente guerrillero, se ufana de no conocer Bogotá.

En segundo lugar, las FARC encontraron en el tráfico de estupefacientes un modo de financiación estable. Aunque no se tenga certeza del grado de involucramiento, es indudable que llegó a tener recursos considerables obtenidos por el gramaje (cobro a los campesinos productores por permitir la salida de la hoja de coca). Para dar cuenta de la longevidad de las FARC algunos se apoyan en la propuesta teórica de Paul Collier, de vincular la duración de los conflictos armados con el precio de las materias primas, extraídas para la financiación de los grupos en conflicto (Collier, Soderbaum & Hoeffler, 2004: 253). Esto explica por qué el tema del narcotráfico -especialmente lo relacionado con los cultivos ilícitos- figura en la agenda de cinco puntos acordada por las FARC con el gobierno para las negociaciones de La Habana.

Y, en tercer lugar, Colombia sigue siendo un país donde la concentración de la tierra y del ingreso refleja una sociedad de exclusión. El 10% de los hogares con mayores recursos obtiene el 40% de los ingresos laborales totales (Portafolio, 2014). Aunque esto no deba confundirse con una justificación, es indudable que alimenta y legitima el discurso de las FARC en zonas apartadas del territorio donde la institucionalidad ha sido débil, y se ha limitado a la presencia policial o militar.

En eso consiste la paradoja del fin de la Guerra Fría en Colombia: mientras se desmontaba el principal referente del comunismo mundial, las guerrillas vivían una expansión sin precedentes que afectaba las posibilidades de que la izquierda democrática, estigmatizada por la lucha armada, llegara al poder.



La izquierda colombiana en el juego de los partidos

A pesar de las dificultades descritas, manifestaciones y expresiones institucionales e informales de la izquierda democrática en Colombia, así como también sus voceros han terminado por conquistar espacios políticos representativos. Uno de los logros de mayor peso consistió en convertir a Bogotá en bastión de la izquierda, lugar donde la guerrilla nunca ha tenido aceptación ni simpatía en parte por su condición de fuerza rural.

Desde 2003, con el triunfo en las urnas para la Alcaldía de Bogotá de Luis Eduardo Garzón, afiliado al Polo Democrático, principal referente de la izquierda actual, la capital del país ha tenido alcaldes de ese corte, aunque con acentos distintos como Samuel Moreno Rojas, Clara López (como encargada) y Gustavo Petro (el actual), quien se presentó por la colectividad Progresistas, nacida de una división en el Polo Democrático. La tendencia parece sostenerse en las actuales encuestas para la Alcaldía de Bogotá que lidera Clara López, presidente del Polo Democrático y una de las dirigentes de izquierda más preparadas del país.

Este mejor desempeño quizás pudiera vincularse con la despolarización oficial resultante de la Guerra Fría, que sacó del orden de prioridades de la agenda norteamericana en la región la lucha contra el comunismo y la reemplazó por la lucha contra el narcotráfico y, de forma más reciente, contra el terrorismo. Aunque las FARC fueron vinculadas a los dos últimos fenómenos, fue claro el desinterés por perseguir a los sectores progresistas, tal vez porque no les veían en Colombia, por cuenta de la confusión entre la lucha armada y la actividad política, la vocación de poder que sí se manifestó en otras partes del hemisferio.

Por otra parte, el giro latinoamericano a la izquierda ha tenido dos efectos en Colombia. Primero, y tal vez el más evidente, se



terminó de deslegitimar la idea de que existía una hostilidad contra la izquierda que la obligaba a recurrir a las armas. La victoria ininterrumpida en las urnas de la Concertación en Chile desde 1990 hasta 2010 y el hecho significativo de que toda la región suramericana se encuentre en manos de mandatarios progresistas y comprometidos con el cambio social, da cuenta de la posibilidad de un proyecto de izquierda reformista mantenido en el tiempo y con suficiente madurez democrática, inclusive, para aceptar una derrota electoral.

En las pasadas elecciones en junio de 2014, la izquierda en Colombia obtuvo dos conquistas de peso. Su candidata, Clara López, alcanzó un record histórico de casi 2 millones de votos (Registraduría Nacional del Estado Civil, 2014), mandato inédito para la izquierda colombiana y que muestra su evolución y madurez para conservar la coherencia ideológica en tanto que, en la segunda vuelta, el respaldo de la izquierda al proceso de paz fue fundamental para la reelección de Juan Manuel Santos (2010-). Prevalció el compromiso con un momento histórico que requería, según el entender de esa colectividad, un claro sentido de unidad nacional.

El balance 25 años después de la caída del Muro frente a las perspectivas de paz

En Colombia la izquierda sufrió una radicalización mayor con los hitos históricos que marcaron el surgimiento de la guerrilla, como el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán en 1948, que mostraba la imposibilidad de la movilidad social “a las buenas”. También con el establecimiento del Frente Nacional en 1957 que significó para muchos colombianos la imposición de una democracia burguesa y excluyente entre los dos principales partidos políticos, el Liberal y el Conservador, y la operación militar de Marquetalia en 1964, que trató de cerrar el camino de la insurgencia armada a sangre y fuego.



De esa disidencia en contra del Frente Nacional surgió el Movimiento 19 de abril o M19 - en alusión a las elecciones de 1970 en las que se desconoció el triunfo de la Alianza Nacional Popular ANAPO- que más tarde se incorporó activa y constructivamente a la vida democrática de la nación. De esa izquierda radical de los años setenta y ochenta queda muy poco, pues se avanzó hacia un discurso menos dogmático, como ha ocurrido con buena parte de la izquierda en el mundo.

Es probable que, de firmarse los acuerdos de paz en La Habana como muchos esperamos, se allane definitivamente el camino para que la izquierda colombiana sea reconocida y votada como una alternativa de poder. A partir de lo cual podría ponerse en marcha, como lo están haciendo varios gobiernos en Suramérica, un modelo socialista de desarrollo basado en los principios elementales de la inclusión social como meta y del Estado como actor principal de esa búsqueda.

Aunque es posible que las FARC inicien su etapa de activismo político cuando reemplacen las armas por las urnas en los bastiones regionales donde han tenido influencia en el curso del último siglo, es claro que la paz les abrirá un espacio político inédito. El posconflicto que inicia con el fin de la violencia política en Colombia, seguramente aproximará a un importante segmento de colombianos inconformes con el tradicionalismo partidario y que antes se sentían cohibidos para dar su voto por la izquierda "oficial", por su involucramiento en la lucha armada y su estigmatización nacional y externa.

Con miras a la estrategia para acceder al poder por la vía electoral, la izquierda enfrenta la posibilidad de fragmentarse en diversas facciones como ha venido ocurriendo. El partido político de izquierda más visible en los últimos años ha tenido, al menos, cuatro versiones: Alternativa Democrática, El Polo Democrático Independiente, El Polo Democrático Alternativo (fusión de los dos



anteriores), y Progresistas, sin que ninguno haya conseguido un consenso nacional amplio.

La primera prueba de fuego tiene que ver con las elecciones locales y departamentales. Para los comicios regionales de 2015, la Misión de Observación Electoral (MOE) calcula que de los 1.101 municipios en Colombia, 203 presentan un alto nivel de riesgo electoral por la presencia de guerrilla (Palacios, 2015). Según la Defensoría del Pueblo, previo a las elecciones legislativas de 2014, 181 estaban en esa condición, y se identifica a los departamentos de Caquetá, Cauca, Huila, Nariño y Putumayo como los más afectados.

La capacidad de reinventarse depende del consenso para un proyecto político de corte socialista, que logre acordar las distintas facciones en que hoy se encuentra dividida la izquierda colombiana:

- La izquierda reformista en todas sus versiones y que a pesar de contar con un número importante de disidencias, ha madurado y obtenido un volumen de militantes, simpatizantes y políticos considerable. Esto incluye al Polo Democrático Alternativo, Progresistas, el Partido Comunista Colombiano (valga recordar que fue fundado en 1930, por lo que cuenta con una vasta trayectoria), y el Movimiento Obrero Independiente Revolucionario (MOIR), de filiación maoísta. Los dos últimos aparecen como tendencias dentro del Polo Democrático Alternativo.
- Las alas progresistas de algunos partidos políticos, especialmente, del Partido Liberal, que reivindica la inversión social, la reducción de las desigualdades y las correcciones de las imperfecciones del mercado, como derrotero de la política económica.
- La izquierda desmovilizada que podría surgir de las negociaciones en La Habana con un fuerte acento local y regional. Las FARC



han dado algunos pasos en la identificación de esta tendencia bajo las banderas de la “marcha patriótica” que recuerda, como movimiento de masas, los viejos y aciagos tiempos de la Unión Patriótica.

Apuntes finales

Colombia ha tenido una historia peculiar en términos de izquierda, pues no ha habido un movimiento, partido o coalición que haya podido unificar a todos los sectores identificados con esa ideología.

La caída del Muro de Berlín, precedida por el debilitamiento gradual de la legitimidad del comunismo (especialmente por las intervenciones en Hungría y Checoslovaquia), no tuvo un efecto tan notorio en la izquierda colombiana, sino que fueron más bien factores internos los que empujaron su transformación en la década de los noventa.

Este hecho explica que no hubiese un vínculo tan notorio entre la crisis de la democracia popular como sistema político en Europa central y oriental, y la suerte de los partidos de izquierda en Colombia.

La otra crisis, la del sistema capitalista, caló hondo en la izquierda colombiana. Mayo del '68, en sus escenarios diversos, llegó a Bogotá y se convirtió en una manifestación de muchas inconformidades surgidas frente al liberalismo económico y a la política exterior de Estados Unidos. Sin embargo ese inconformismo no resolvió la contradicción fundamental que enredó el debate doctrinario de la izquierda, al defender la combinación de distintas formas de lucha como un camino válido para llegar al poder.



La evolución de la izquierda, y tal vez sus dos cambios más relevantes en esa historia, que consisten en disociarse de la vía armada, y en aceptar el camino de la confrontación democrática, no fueron empujados por el fin de la Guerra Fría.

La transformación fue producto de la madurez de sus dirigentes, el cambio de la cultura política colombiana por el descrédito de los partidos tradicionales, el surgimiento de nuevos proyectos políticos progresistas en la región, y el propio debilitamiento político de la guerrilla.

Las negociaciones de paz en La Habana abren avenidas amplias para que la guerrilla abandone las armas y se convierta en semilla de un nuevo proyecto de izquierda democrática a la colombiana, en convergencia con las fuerzas tradicionales del progresismo y con nuevos movimientos sociales.



BIBLIOGRAFÍA

- Bonilla, M. E. (2005) *Grandes protagonistas, grandes historias*. Bogotá, Norma.
- Collier, P., M. Soderbaum & A. Hoeffler (2004) "On the duration of civil war", en *Journal of Peace Research*.
- "Las FARC ya tienen su partido político" (30 de abril de 2014), en *Página 12*. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-245184-2014-04-30.html>
- Moreno, A. (2006) "Transformaciones internas de las FARC a partir de los cambios políticos por los que atraviesa el Estado colombiano", en *Papel Político*.
- Palacios, D. (24 de marzo de 2015) "203 municipios en riesgo electoral por presencia de las FARC: MOE", en *El Colombiano*. Disponible en <http://www.elcolombiano.com/203-municipios-en-riesgo-electoral-por-presencia-de-las-farc-moe-HB1571999>
- Political Database of the Americas (1999) "Colombia: 1994. Elecciones Presidenciales", en *Political Database of the Americas*.
- Political Database of the Americas (2005) "Elecciones Presidenciales de 2002", en *Political Database of the Americas*.
- Rabasa, A. & P. Chalk (2001) *Colombian Labyrinth. The synergy of drugs and insurgency and its implications for regional security*. Rand Corporation.
- Registraduría Nacional del Estado Civil (2014) *Elección de Presidente y Vicepresidente 1ª Vuelta*. Boletín 59



Sartre, J.-P. (1956) “Après Budapest Sartre parle”, en *L'Express*.
Disponible en http://www.lexpress.fr/informations/apres-budapest-sartre-parle_590852.html

“Se amplía brecha entre ricos y pobres” (2014), en *Portafolio*.



PARAGUAY Y LAS TRAYECTORIAS DE LA IZQUIERDA DESDE 1989¹

José T. Sánchez

Doctorando en el Departamento de Gobierno de la Universidad de Cornell (EE.UU.). Es egresado de la maestría de Administración Pública (Universidad de Cornell) y de la carrera de Ciencias de la Comunicación (Universidad Católica de Asunción). Realizó varios trabajos en la gestión de proyectos sociales en la sociedad civil, y durante el período 2009-2012 formó parte de la dirección de la Secretaría de la Función Pública en Paraguay.

Ignacio González Bozzolasco

Licenciado en sociología por la Universidad Católica Ntra. Sra. de la Asunción (UCA). Magíster en Historia por la Universidad Nacional de Asunción (UNA) y candidato a Magíster en Ciencias Sociales por la FLACSO de Paraguay. En la actualidad cursa el Doctorado en Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se desempeña como docente en, entre otras, la Facultad de Filosofía de la UNA y la Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas de la UCA.

Fernando Martínez Escobar

Abogado por la Universidad Nacional de Asunción (UNA) y Magíster en Acción Política y Participación Ciudadana en el Estado de Derecho por la Universidad Rey Juan Carlos, la Universidad Francisco Vitoria y el Ilustre Colegio de Abogados de Madrid, España. Es becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), de Argentina, y doctorando en Ciencias Sociales en la Universidad de Buenos Aires (UBA). En Paraguay se ocupó de la dirección y la gestión en proyectos sociales de organizaciones de la sociedad civil en los últimos diez años.

1 Para la redacción de este ensayo agradecemos la colaboración de Celeste Gómez.



Introducción

Cuando el Muro de Berlín cayó, miles de personas se abalanzaron del Este al Oeste buscando lo que había del *otro lado*. Se movían hacia lo desconocido que había estado prohibido por tanto tiempo, así como huían de lo que conocían y a lo que no querían volver. Probablemente, no todo lo que encontraron coincidía con lo imaginado, para mejor o para peor; pero lo cierto es que tuvieron que aprender a sobrevivir en una sociedad cuyas reglas desconocían. El mundo previo a la construcción del Muro no sólo estaba muy lejos en el tiempo, sino que aquel pasado de guerras mundiales, nazismo y crisis económica, tampoco servía para interpretar a la sociedad a la que ingresaban. En síntesis, las personas que en aquel 1989 corrieron a ver el *otro lado*, lo hicieron sin saber adónde iban y enfrentaron múltiples dilemas hasta adaptarse, moverse e incluso incidir concienzudamente en sus nuevos contextos. Algo similar ocurrió con la izquierda paraguaya² cuando cayó el muro de 35 años de dictadura y se inauguró un nuevo régimen político.

Cuando la transición a la democracia comenzó en aquel febrero de 1989, la izquierda carecía de marcos de referencia a los que acudir para elaborar estrategias políticas adecuadas ante las nuevas reglas de juego. Estos marcos no estaban ni en el pasado del país ni en la experiencia de los países vecinos, porque Paraguay carecía de un pasado democrático que sirviera de memoria política y había seguido un proceso histórico muy distinto al de los demás países de la región.

2 En este trabajo se utiliza el término singular "izquierda" como campo político-ideológico que aglutina a diversas expresiones (en plural) que se adhieren a variantes como la socialdemocracia, el marxismo-leninismo, maoísmo, trotskismo, guevarismo, etc. Aquí se opta por incluir dentro de la izquierda a los grupos que se autodefinen como tal, y se analizará preferentemente a los que lograron participar en espacios relevantes de poder en estos 25 años.



En primer lugar, Paraguay no había albergado experiencias históricas de procesos electorales fiables, inclusivos y libres. Sus regímenes políticos habían sido predominantemente autoritarios y excluyentes, en especial para las fuerzas de izquierda, que ni siquiera en las elecciones de fachada de la dictadura habían podido participar. En ese sentido, las estrategias electorales para los sectores progresistas serían algo por descubrir.

En segundo lugar, el país no había pasado por procesos de industrialización, urbanización y formación de partidos políticos con anclajes en la clase obrera, que en el siglo XX habían dado lugar a una política de masas, programática, y a gobiernos con políticas de bienestar para los sectores populares en países de América Latina, tal como sucedió en Brasil o en Argentina. Tampoco Paraguay había desarrollado enclaves mineros importantes con clases obreras concentradas y vigorosas capaces de impulsar revoluciones, como en Bolivia, movimientos populistas, como en Ecuador, o contribuir en la formación de instituciones democráticas estables, como en Venezuela. En todos estos países, sus procesos de desarrollo económico y político favorecieron la formación de sectores populares con capacidad de contrarrestar en alguna medida el poder de las oligarquías tradicionales. Sin embargo, en Paraguay las condiciones de desarrollo de la izquierda fueron más desfavorables. El país había mantenido un modelo económico predominantemente agrícola, basado en grandes latifundios, con una clase obrera de bajo poder para acciones colectivas, y partidos políticos elitistas/oligárquicos poderosos que históricamente incorporaron a las clases populares vía mecanismos clientelistas³.

3 Paraguay comparte con Honduras el hecho de contar con sistemas políticos dominados por bipartidismos que provienen del siglo XIX. En el caso paraguayo se trata del Partido Colorado, también conocido como Asociación Nacional Republicana (ANR), y el Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA), también conocido como Partido Liberal. En los demás países de América Latina, o ya no existen partidos de aquella época o sólo uno de ellos permanece políticamente relevante.



En tercer lugar, la caída de la dictadura no había sido resultado de un colapso del régimen militar (como en Argentina tras la Guerra de las Malvinas), de movilizaciones populares que derrotaron a los regímenes autoritarios en referéndums (como en Chile y Uruguay) o de una suerte de pactos y posterior tutelaje como en Brasil. En Paraguay, la combinación de un ambiente internacional más favorable a la democracia y las divisiones internas del régimen (conformado por el Partido Colorado⁴ y las Fuerzas Armadas) fueron factores más determinantes para la democratización política del país que la movilización de la oposición o de los sectores populares. En consecuencia, luego de 1989, el Partido Colorado continuó con suficiente poder como para seguir condicionando las reglas de juego en la transición democrática, sin rivales articulados -mucho menos desde una izquierda severamente reprimida- como para disputarle seriamente el dominio político.

Dadas estas particularidades, cuando la transición democrática se inició, la izquierda no tuvo otra alternativa que diseñar estrategias sin mayores puntos de referencia para abrirse paso, y sin las condiciones materiales que en otros países favorecieron su desarrollo. Para peor, el Muro de Berlín cayó aplastando muchas de las grandes tesis que la izquierda había acuñado como certezas, incrementando aún más la incertidumbre con respecto a las nuevas reglas de juego que se implantaron en el país y a los caminos para avanzar en las disputas por el poder. No obstante, los sectores de izquierda avanzaron en un proceso que estuvo lejos de ser lineal, siguiendo al menos tres tendencias estratégicas:

4 La trilogía Gobierno-Fuerzas Armadas-Partido Colorado proveyó de los pilares al régimen del Gral. Alfredo Stroessner (1954-1989).



1. La línea socialdemócrata, que se orientó hacia la construcción de organizaciones capaces de ser competitivas electoralmente, suavizando el énfasis en el trabajo encaminado a edificar bases partidarias clasistas (obreras o campesinas).
2. La línea clasista, que se enfocó en construir organizaciones con bases en las clases populares.
3. La línea de los sectores que cuestionaron la legitimidad democrática del nuevo régimen y que plantearon continuar con trabajos clandestinos y de lucha armada.

El presente trabajo se concentrará en las dos primeras estrategias, debido a que sobre la tercera corriente no existe suficiente información fiable. Así, a la primera estrategia nos referiremos como “socialdemócrata” y a la segunda como “clasista”. Vale decir que ambas no fueron estrategias excluyentes o inmutables en las organizaciones, pero sí tuvieron diferentes niveles de destaque como para hacer la caracterización que aquí se propone.

Al pensar en cómo se fueron desarrollando estas estrategias, el artículo propone una periodización política de estos 25 años, dividida en cuatro partes: i) 1980-1991, los años del paso de la lucha social clandestina a la lucha política abierta, que plantea elecciones y posibilita el acercamiento de la izquierda con sectores sociales organizados; ii) 1992-1999, el período en el que los sectores de izquierda se bifurcan entre la izquierda electoral, más urbana, y la clasista, que orienta sus trabajos hacia las zonas rurales; iii) 2000-2007, los años que muestran un acercamiento entre las corrientes de izquierda y desde cuyo seno va salir la candidatura de Fernando Lugo, quien gana las elecciones presidenciales de 2008 y pone a Paraguay en el giro progresista de la región; iv) 2008-2012, la etapa en la que dirigentes de izquierda ingresan al gobierno, lo cual posiciona a este sector como actor político nacional y genera un



espacio de articulación de los diferentes sectores de izquierda. Este período va hasta el derrocamiento del gobierno vía juicio político irregular.

Por último, el artículo cierra con la reconfiguración de la izquierda luego de la caída del gobierno de Lugo y una reflexión final. Cabe aclarar que éste no es un estudio exhaustivo de la acción política de la izquierda paraguaya durante el último cuarto de siglo⁵, sino más bien un ejercicio analítico que, a partir de una lectura de las estrategias seguidas por las principales organizaciones de izquierda en la lucha por el poder, propone una serie de períodos que muestran variaciones y contrastes que, a su vez, aspiran a la reflexión sobre la historia política reciente y sus potenciales desarrollos futuros. Es hacia el análisis de estos períodos que nos volcamos a continuación.

1980-1991. De la lucha clandestina a la lucha política abierta

Las estrategias de la izquierda en los primeros años de democracia estuvieron influenciadas por condiciones que venían desde los últimos años de la dictadura. Los ochenta habían sido años de ascenso de un movimiento social que se articuló en diferentes espacios (Arditi & Rodríguez, 1987). La militancia era mayormente urbana, gravitaba en la capital, Asunción, y los sectores movilizados

5 Por razones de espacio, el artículo tampoco propone un examen de las variaciones en la estructura económica, factor que sin duda atraviesa los cambios sociales y las estrategias políticas aquí consideradas.



eran el movimiento sindical y estudiantil⁶, representados respectiva y principalmente por el Movimiento Intersindical de Trabajadores (MIT) y por los estudiantes de medicina de la Universidad Nacional de Asunción (González Bozzolasco, 2013). En 1987 estos sectores crearon la articulación política Movimiento Democrático Popular (MDP). Aquí convergieron diferentes vertientes del espectro socialista y conformaron un espacio fundamental para disputar una mayor presencia pública, atendiendo al hecho de que el régimen restringía la participación política electoral a los sectores progresistas en general. El MDP logró crecer en importancia entre 1987 y 1989, hasta que el cambio de régimen político dividió a la organización por diferencias sobre las estrategias a seguir⁷.

Si bien las fuerzas de izquierda coincidían en la necesidad de la disputa pública del poder y en la participación en elecciones, diferían en el grado de importancia que otorgaban a la estrategia electoral. Una vez pasada las elecciones presidenciales y legislativas de mayo de 1989 -que mostraron casi nulos resultados para la izquierda-, todas las organizaciones apostaron a las elecciones municipales que en 1991 se desarrollaron por primera vez en la historia del país, mientras que el énfasis estuvo puesto en Asunción. De los doce candidatos a intendente, cinco se reivindicaban abiertamente de izquierda, desde la socialdemocracia, pasando por el guevarismo, y hasta llegar al trotskismo.

6 Este accionar variará de forma radical con las anteriores estrategias aplicadas por las organizaciones de izquierda durante las décadas del sesenta y el setenta que, frente a un régimen más constrictor del espacio público, se vieron forzadas a realizar la mayor parte de su acción política bajo la clandestinidad.

7 Gran parte de las personas que lo conformaron continúan hasta el día de hoy con liderazgos políticos en el campo de la izquierda.



Para sorpresa general, en estas elecciones sucedió uno de los acontecimientos políticos más sobresalientes de la transición democrática. En el mismo período en el que el Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil ganaba municipios como San Pablo y Porto Alegre en 1988, y que el Frente Amplio de Uruguay se hacía con Montevideo un año después, en la capital paraguaya ganaba el movimiento socialdemócrata Asunción Para Todos (APT). Este movimiento fue una escisión del MDP y tuvo el impulso de la recién constituida Central Unitaria de Trabajadores (CUT)⁸. La izquierda no ganó en otros municipios del país, con lo que quedó claro que el lugar donde había espacios para la disputa política era en la principal zona urbana del país y, en ese momento, la clase trabajadora organizada constituía un importante motor en esas luchas.

Tras la victoria socialdemócrata en Asunción, se produjo un distanciamiento entre el movimiento político y la organización sindical. APT suavizó su perfil de izquierda para priorizar una gestión orientada a lo “social”, con políticas dirigidas a mejorar las condiciones de los sectores excluidos de la capital, pero sin un enfoque que privilegiara la construcción de una base clasista. De ahí su alejamiento de la CUT, espacio en el cual arrancó inicialmente el proyecto electoral (Giménez, 2005: 39). En lo que respecta al movimiento sindical, éste estaba en un momento de auge y centró sus esfuerzos en la lucha gremial, el diseño de un nuevo código laboral y las disputas por influencias en los nuevos espacios de representación tripartita (Estado, empresarios y trabajadores) constituidos gracias a la nueva Constitución Nacional de 1992. El

8 La creación de la CUT en 1989 fue un hecho político notorio y su conformación fue muy influenciada por la experiencia de sus pares brasileños de la Central Única de los Trabajadores (CUT) y el PT (González Bozzolascio, 2013).



gran hito de ascenso del movimiento sindical en la primera parte de los años noventa fue la huelga general de 1994, la primera tras casi cinco décadas.

Por otra parte, los sectores de la izquierda de orientación clasista vieron, tras sus bajos resultados electorales, las limitaciones de las elecciones para la construcción de poder, así como las crecientes dificultades para trabajar con el movimiento sindical en general. De este modo, la izquierda clasista lentamente giraría hacia las zonas rurales y al campesinado organizado, sector cada vez más afectado por el crecimiento del modelo mecanizado de producción de granos, la crisis de la producción minifundiaria y el empobrecimiento rural.

Las diferencias estratégicas de la izquierda se encontraron nítidamente acentuadas tras el siguiente desafío electoral: las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente de diciembre de 1991. APT y la CUT se presentaron en conjunto bajo la coordinadora Constitución para Todos (CPT), pero ya con estrategias diferentes. El primero, pensando más en una proyección partidaria nacional, formalizó su participación aliándose con movimientos independientes de otras zonas del país. El segundo, más gremial, optó por una lista que instalara reivindicaciones sindicales, priorizando una articulación con sectores sociales. Juntos lograron tan sólo el 11% de los votos para una Constituyente donde el Partido Colorado (ANR) tuvo mayoría absoluta, 55% de las 128 bancas, y el Partido Liberal (PLRA)⁹ obtuvo el segundo lugar con el 27% (Tribunal Superior de Justicia Electoral, 2015). Por otra parte, fue notoria la derrota de organizaciones campesinas que se presentaron en el Frente Popular Paraguay Pyahurá y en el

9 El Partido Liberal es formalmente denominado Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA).



Movimiento de Civilidad Democrática, sin lograr representación en la Asamblea. También participaron el Partido Revolucionario Febrerista (PRF), considerado del campo progresista -aún con muchas ambigüedades-, que consiguió una banca, y el Partido de los Trabajadores, que no logró espacios en la Asamblea.

1992-1999. La bifurcación entre la izquierda socialdemócrata y la clasista

Tras los malos resultados de la izquierda en la Asamblea Nacional Constituyente, hubo algunos reposicionamientos. APT vio debilitada sus chances de seguir creciendo autónomamente -sus cuadros estaban abocados a las tareas administrativas de la gestión municipal y el distanciamiento con la CUT llegó al punto de la ruptura- y se insertó en un frente independiente de cara a las elecciones generales de 1993: el emergente Partido Encuentro Nacional (PEN), liderado por el empresario Guillermo Caballero Vargas. También sectores del PRF se habían pasado al PEN. Este nuevo partido respondía a una línea socialdemócrata más corrida al centro en comparación con APT, contaba con empresarios nacionales en sus filas y llegó a ser la tercera fuerza electoral del país. Así, en este período la socialdemocracia originalmente vinculada a los movimientos sociales, que había ganado Asunción, dejó de lado su proyección partidaria, e ingresó como ala progresista del PEN. Desde ahí realizaron alianzas con el PLRA para elecciones importantes como por la intendencia de Asunción (1996) -en la que ganó un liberal que terminó desplazando a sus aliados- y las generales de 1998, en la que la chapa PLRA-PEN quedó segunda detrás de los colorados.

Por su lado, en este período la izquierda clasista siguió moviéndose hacia las zonas rurales. Esto probablemente se debió a las divergentes dinámicas sociales del movimiento sindical y del campesinado organizado. Si bien el movimiento sindical tuvo un importante

crecimiento durante la primera mitad de los noventa, para finales de esa década el sindicalismo perdió fuerza movilizadora (Heisecke, 2005: 200). Aunque no hay conclusiones taxativas de por qué ocurrió esto, algunos factores pudieron haber afectado negativamente, como la quiebra de los bancos nacionales en la segunda mitad de los noventa, hecho que desinfló a los activos sindicatos del sector bancario; la creciente sindicalización en las instituciones públicas, lo que favoreció la creación de organizaciones burocratizadas y clientelistas; y los grandes escándalos de corrupción entre autoridades gubernamentales y sindicales que terminaron por desarticular y desprestigiar terriblemente al sector de los trabajadores.

Por el contrario, en la segunda parte de los noventa el tejido organizativo rural comenzó a mostrar sus frutos. En 1994 se realizó la primera gran marcha campesina en Asunción, evento que luego se iría repitiendo anualmente hasta la actualidad. Posteriormente, surgieron nuevos partidos políticos de base campesina. Se formó el Partido Paraguay Pyahurá (PPP) en 1996, con una relación directa con la Federación Nacional Campesina (FNC) y sindicatos, y con una posición crítica contra la izquierda que utilizaba las elecciones para la construcción de poder (Partido Paraguay Pyahurá, 2013). Poco después surgió otro partido de base campesina, el Partido Convergencia Popular Socialista (PCPS), y se afianzó la construcción del Movimiento Patria Libre (PL) hacia la conformación de un nuevo partido.

En lo que se refiere al contexto político nacional, la última parte de los años noventa fue de severas crisis políticas que tendrán implicaciones en las trayectorias de la izquierda¹⁰. En las elecciones

10 Esta crisis fue también económica. Hacia fines de los noventa la crisis neoliberal afectó a varios países de la región, y Paraguay fue particularmente contagiado por las dificultades económicas de Brasil y Argentina.



de 1998 había ganado la dupla colorada conformada por Raúl A. Cubas (Presidente) y Luis María Argaña (Vicepresidente). Esta fórmula electoral respondía a dos facciones rivales de la ANR. Tras asumir el gobierno, sus conflictos internos escalaron hasta el asesinato del vicepresidente el 23 de marzo de 1999. La responsabilidad política había caído sobre la facción de Cubas, contra la cual la oposición en el Congreso se unió (incluyendo a sectores colorados) para iniciar un juicio político. El conflicto aumentó aún más cuando se movilizaron sectores sociales y políticos en las calles, incluyendo a organizaciones campesinas, para forzar la caída del gobierno. Al final varios jóvenes murieron y finalmente el presidente Cubas fue al exilio. Esos días fueron conocidos como el Marzo Paraguayo.

El resultado posterior fue la conformación de un acuerdo político para conformar el gobierno de Unidad Nacional bajo la presidencia de Luis Ángel González Macchi (ANR), que sumó al PLRA y al PEN. Este gobierno terminó siendo uno de los más corruptos e ilegítimos de la complicada historia nacional, sufriendo juicios políticos e intentos de golpe que no prosperaron en sus intenciones de tumbarlo. Ante el ingreso del PEN a la coalición, el movimiento interno "País", heredero de Asunción Para Todos, se retiró y fundó el Partido País Solidario (PPS) en el año 2000.

Al final de este período las condiciones para la aproximación de los sectores de izquierda fueron configurándose. Por un lado, el movimiento campesino estaba volviendo a actuar en Asunción y en otras zonas del país como importante actor sociopolítico, trayendo a la izquierda clasista consigo; y, por otro lado, la socialdemocracia apareció claramente definida como partido político, también con su eje de acción en la capital.



2000-2007. El acercamiento de las izquierdas

El nuevo siglo se inició en medio del período de inestabilidad política que alimentó un lento proceso de crecimiento y convergencia en los sectores de izquierda. Mientras que País Solidario era la novedad en la línea socialdemócrata, el proyecto de privatizar empresas públicas en los años 2001 y 2002 por parte del gobierno de González Macchi había activado, en la línea clasista, la creación del Congreso Democrático del Pueblo (CDP). Éste fue un espacio de articulación de partidos, movimientos de izquierda, organizaciones campesinas y sindicatos que unieron acciones contra las privatizaciones, proceso que al final fue frenado (Maidana, 2005: 186). Esta unidad de acción a nivel nacional y el desenlace favorable en tanto que las privatizaciones no continuaron, fueron hechos significativos en el campo de la lucha social.

Las elecciones de 2003 fueron de avances para ambas líneas estratégicas, aunque con diferentes resultados para destacar. Por una parte, el PPS pudo obtener 2 de 45 bancas en la Cámara de Senadores y una de 80 en Diputados, logro histórico considerando la historia de la izquierda; y por otra parte, los grupos de partidos de izquierda de orientación clasista conformaron un frente electoral bajo la chapa Izquierda Unida-Patria Libre, el cual incluyó a algunos partidos como Patria Libre (PPL), Partido Comunista Paraguayo (PCP), Partido de los Trabajadores (trotskista), Partido Socialista Paraguayo y varias organizaciones sociales, campesinas e indígenas. Una diferencia con relación a quienes venían del CDP es que la Federación Nacional Campesina y su organización política afín, el Partido Paraguay Pyahurá, no formaron parte del proyecto electoral Izquierda Unida-Patria Libre. Finalmente, y aunque la coalición no logró espacios en el Congreso, podemos destacar que este inicio del ejercicio electoral conjunto no se había dado desde la apertura política de 1989.



Aunque estos primeros años del nuevo siglo significaron avances en la izquierda partidaria y en el movimiento social, con el electo gobierno de Óscar Nicanor Duarte Frutos (ANR) se inició un período de masiva represión contra el movimiento campesino. La represión se ejerció de manera brutal, principalmente, entre los años 2003 y 2005, desde varias instituciones estatales como la Fiscalía, el Poder Judicial y, por supuesto, la policía nacional, con el resultado de más de dos mil dirigentes campesinos imputados (Vía Campesina, 2006). Fue el momento más conflictivo en la lucha por la tierra desde el retorno a la democracia, y los golpes afectaron duramente las capacidades de movilización del campesinado.

Pasado el proceso unitario de 2003, la izquierda clasista entró en un proceso de reinención. Dos fuerzas provenientes de militantes que participaron en lo que fue Izquierda Unida y el CDP se constituyeron en los partidos más sólidos, en términos electorales, dentro de esta línea estratégica. Así, en el año 2006 aparecieron el Partido Movimiento al Socialismo (PMAS) y el Partido Popular Tekojoja (PPT), el primero centrado en Asunción y alrededores, y el segundo en las zonas rurales.

Fernando Lugo emergió como figura política a partir de las experiencias de este período. Entre 1994 y 2004 había sido obispo del Departamento de San Pedro, una de las zonas más pobres del país y con movimientos campesinos sólidamente organizados. Durante sus años de obispo, Lugo había establecido conexiones con organizaciones campesinas, partidos de izquierda, bases partidarias de los partidos tradicionales y comunidades eclesiales de base en todo el país. Además de acompañar acciones directas de los movimientos sociales, sean ocupaciones de tierras o huelgas de trabajadores (en alguna ocasión ingresando como preso solidario para acompañar a huelguistas detenidos), su proyección como figura progresista también fue alimentada por liderar procesos específicos como la campaña de recolección de firmas contra el



ALCA, que él coordinó en 2003. En el año 2004 Lugo se mudó a Asunción y participó en la conformación de un grupo que se preparaba para intervenir en política y que finalmente derivó en Tekojoja.

Una nueva crisis política en el Partido Colorado brindó las condiciones para que la proyección de Lugo como figura política excediera las expectativas iniciales. Las disputas internas por el control de la ANR (entre 2005 y 2006), que puso en posiciones rivales al presidente y al vicepresidente de la República, posibilitó a Lugo posicionarse con chances reales para las elecciones de 2008, con lo cual el ex-obispo organizó una coalición mayor que hasta terminó incluyendo al PLRA. En lo que se refiere a la convergencia de las izquierdas, la irrupción política del ex-obispo facilitó además la generación de un consenso entre organizaciones socialdemócratas y clasistas. Además del PPT y el PMAS, a Lugo lo apoyaron el PPS y la Alianza Patriótica Socialista, agrupación que aglutinaba a otras izquierdas clasistas. Vale mencionar que aunque las estrategias electorales apuntaron a apoyar al mismo candidato, las izquierdas se presentaron de manera separada para los cargos legislativos.

2008-2012. La convergencia en el gobierno y el golpe contra la izquierda

Con la candidatura de Fernando Lugo se repetía la idea de una alianza para enfrentar al Partido Colorado, como en el año 1998, pero esta vez con varias diferencias. En primer lugar, ni el Partido Colorado ni la oposición eran ya lo mismo. La ANR había pasado por un importante proceso de fragmentación que había alcanzado su clímax en el Marzo Paraguayo y en la salida de la Unión Nacional de Ciudadanos Éticos-UNACE (Abente-Brun, 2009) y, en la oposición, el peso político del PLRA había disminuido e iba en posición



secundaria frente al candidato progresista¹¹. En segundo lugar, las corrientes de izquierda estaban más consolidadas y habían unido esfuerzos en la candidatura de Fernando Lugo. Aun cuando para el año 2008 el movimiento social en general venía en declive en lo que respecta a su capacidad de impulsar acciones directas, se había constituido un tejido de organizaciones que convergerían y darían lugar al posicionamiento de un candidato viable en el escenario político nacional. En tercer lugar, el clima político regional había cambiado favorablemente hacia las fuerzas progresistas. En una década, una variedad de fuerzas de izquierda habían asumido gobiernos en la mayoría de los países de la región sudamericana, mostrando resultados exitosos en la promoción de la igualdad, la soberanía y el desarrollo económico. En síntesis, estas condiciones favorecieron a que un candidato que venía del campo progresista ganara las elecciones de 2008, y la izquierda y los movimientos sociales alcanzaran funciones de gobierno.

La gestión gubernamental inauguró a la izquierda como actor político nacional¹². Aun cuando los partidos de izquierda obtuvieron magros resultados legislativos -3 de 45 bancas en el Senado y 2 de 80 en Diputados¹³- éstos participaron ampliamente en la dirección de ministerios, secretarías y otras organizaciones estatales. Este acceso a espacios de poder vía Poder Ejecutivo puso en tensión al campo

11 Vale agregar que el sistema electoral en conjunto fue mostrando una creciente volatilidad en los diez años previos a las elecciones de 2008 (Duarte-Recalde, 2012), indicando que las lealtades electorales con los partidos políticos tradicionales se venían debilitando.

12 Insistimos en nuestra idea de izquierda ligada al polo político (y no a organizaciones particulares), y a su constitución como actor político nacional que modificó el debate hacia un novedoso eje izquierda-derecha.

13 La izquierda se presentó separada en las elecciones legislativas. Para ver detalles de los resultados electorales, ir a Tribunal Superior de Justicia Electoral (www.tsje.gov.py).



político nacional. La incorporación de una izquierda con capacidad de articular demandas sociales históricas -como el derecho a la tierra, los derechos sociales y el derecho a que movimientos sociales puedan sentarse en mesas de negociación gubernamental- llevó a que el debate político se articulara en un eje izquierda-derecha (Martínez, 2013), algo novedoso en la política paraguaya. Aun cuando el propio desarrollo de estas políticas no implicaba reformas profundas, fue suficiente para que pusieran en dura oposición al Partido Colorado, a otras fuerzas conservadoras como UNACE y a Patria Querida, e incluso a sectores del aliado PLRA, generando un clima de inestabilidad permanente y un Congreso sumamente adverso al presidente Lugo. En consecuencia, para dar un mayor soporte político al gobierno, en 2010 la izquierda formó el Frente Guazú (FG)¹⁴, una coalición entre diferentes corrientes progresistas dentro de un mismo partido.

El desarrollo político de la izquierda sufrió una interrupción violenta con la destitución de Lugo vía juicio político irregular en 2012¹⁵. Si bien sólo el presidente había sido destituido, pronto toda la izquierda en el Estado fue perseguida por la nueva administración del PLRA¹⁶, mostrando que el objetivo del golpe parlamentario era acabar con la izquierda en el gobierno. La destitución de Lugo fue por varias

14 Guazú es "Amplio", "Grande", en guaraní. Si bien no toda la izquierda se reunió en este espacio (el Partido de los Trabajadores y Paraguay Pyahurá no lo hicieron), sí se puede decir que la mayoría lo hizo.

15 El 15 de junio de 2012 hubo un enfrentamiento con muertes entre policías y campesinos en el proceso de desalojo de una ocupación de tierras. El proceso seguido por la fiscalía y la policía, descubierto después, fue completamente ilegal (Coordinadora de Derechos Humanos del Paraguay, 2012). El Congreso utilizó el evento para destituir a Lugo por mal desempeño en sus funciones, aunque sin otorgarle el derecho al debido proceso en el juicio político, violando la Constitución paraguaya.

16 Si bien las autoridades que formaban parte de los sectores progresistas renunciaron ante la salida de Lugo, muchas personas permanecieron en el servicio público en otros niveles de funciones, pero terminaron siendo destituidas o forzadas a salir por el gobierno liberal.



razones -finalmente toda la élite política, institucional y económica apoyó el golpe, y hasta errores propios de Lugo probablemente facilitaron su caída- pero algunas estuvieron claramente relacionadas con la proyección de la izquierda como alternativa de poder. Primero, la popularidad del presidente abría la puerta a que la izquierda pudiera proponer otra candidatura con chances de disputar las elecciones en 2013, amenazando aún más con superar el bipartidismo Colorado y Liberal. Esto debilitaba el apoyo político del PLRA ante la eventualidad de verse relegado a una posición secundaria una vez más. Segundo, la izquierda y sus políticas en el gobierno -aun cuando estaban lejos de ser radicales- ponían en cuestión al orden oligárquico y a sus instituciones, llevando a que la élite económica, política y mediática¹⁷ viese cómo el acostumbrado control directo sobre el Poder Ejecutivo iba perdiéndose. Finalmente, con los movimientos sociales decayendo en fuerza ya desde antes de 2008, el estado de movilización para dar soporte al gobierno en las calles era bajo. Si bien las organizaciones populares estaban más cercanas a los espacios de decisión gubernamental (alimentando el punto mencionado anteriormente), éstas no estaban preparadas para movilizarse en defensa del gobierno, y desde los espacios gubernamentales la izquierda no supo o no pudo activar una mayor fuerza social. En suma, cuando el trágico evento de Curuguaty proveyó las condiciones políticas necesarias para derrocar al presidente y a la izquierda en el gobierno, esto se pudo hacer sin mucha dificultad política.

El período de gobierno, aunque breve, marcó otro hito en el proceso político de la izquierda en Paraguay. A diferencia de la campaña electoral, cuando los sectores socialdemócratas y clasistas habían

17 Hasta la cúpula de la Iglesia Católica iba mostrando su oposición al gobierno de Lugo. Esta posición alcanzó su máxima expresividad cuando la Iglesia pidió a Lugo su renuncia cuando el Congreso inició el juicio político en junio de 2012.



apoyado por separado a Lugo, ahora ingresarían dentro de una misma formación, el Frente Guazú, para dar soporte al gobierno e, incluso, trascenderlo a pesar de su caída.

De la caída del Muro a la caída del gobierno progresista. Palabras finales

Desde aquel año de la caída del Muro de Berlín, cuando concluía la dictadura en Paraguay, la izquierda vino aprendiendo a moverse en el nuevo mundo político. Incluso el golpe más duro contra la izquierda, en junio de 2012, enseñó una nueva lección sobre las reglas de juego del poder: la democracia paraguaya sigue basada en una estructura y en instituciones oligárquicas que van a reaccionar para defenderse ante potenciales cambios en su lógica de poder.

Tras el golpe parlamentario de 2012 se abrió un nuevo período de divergencias y convergencias en el seno de la izquierda. Para las elecciones generales de 2013, en las que toda la izquierda participó, el Frente Guazú se dividió y algunos miembros terminaron impulsando la fundación de la alianza Avanza País (AP)¹⁸. Lo cierto es que tanto el FG como AP presentaron candidaturas a la presidencia y al congreso, obteniendo mejores resultados en el Senado, 5 de 45 y 2 de 45 bancas, respectivamente¹⁹. Así la izquierda se constituyó, por primera vez en la historia, como tercera fuerza política en dicha cámara. Otro dato interesante es que tanto el FG como AP formaron dos listas de alianzas, lo cual muestra que persisten tendencias convergentes entre las organizaciones de izquierda en el país.

18 Otros miembros salieron del FG y fundaron partidos que no integraron alianzas, tales como Kuña Pyrenda (KP). Sin embargo, KP también integra el renovado Congreso Democrático del Pueblo.

19 El ex presidente Fernando Lugo fue electo senador al liderar la lista del FG.



Más allá de que el Partido Colorado haya vuelto a ganar las elecciones de 2013 con el empresario Horacio Cartes a la cabeza, importa resaltar algunos elementos más sobre la trayectoria de la izquierda y el movimiento social. La marcha campesina de marzo de 2014 se hizo en el marco de una nueva huelga general que aglutinó a la izquierda y a organizaciones campesinas y sindicales. En 2015 se reactivó el Congreso Democrático del Pueblo como eje articulador de un frente anti-políticas privatistas del gobierno, que incluye al Frente Guazú, a Paraguay Pyahurá y su organización afín, la Federación Nacional Campesina, entre otras organizaciones. Estos aspectos muestran que las estrategias electorales y clasistas siguen confluyendo. Resta saber, y sólo el futuro lo dirá, si será suficiente para que la izquierda vuelva a constituirse en una alternativa de poder más sólida en los años que vendrán.

Si llegase a abrirse otra oportunidad para la izquierda, tal como fue la elección de 2008, una cuestión es claramente diferente: ahora sí hay marcos de referencia a donde mirar para aprender, algo que en 1989 no se tenía, y que los sistemas políticos al este del Muro de Berlín no enseñaban. Ahora sí se cuenta con una continuidad de experiencias propias, con actores políticos que son el fruto un proceso de formación que se remonta al menos a un cuarto de siglo atrás, y no hay generaciones diezmadas por las desapariciones forzosas y el exilio. Ahora, al menos, ya no hay un “otro lado” por descubrir desde cero, como cuando se inauguraba la apertura democrática. En este nuevo tiempo, el desafío se centrará en saber hacer uso del beneficio de inventario de las diferentes experiencias unitarias, desde los difíciles tiempos de la dictadura hasta el sinuoso proceso de apertura democrática en el Paraguay. Una colección propia de errores y aciertos, así como también las experiencias de los países vecinos, servirán para orientar con más solidez, al menos en alguna medida, los caminos a seguir para la izquierda en Paraguay.



BIBLIOGRAFÍA

- Abente-Brun, D. (2009) "Paraguay: The Unraveling of One-Party Rule", en *Journal of Democracy*. N° 1, Enero.
- Arditi, B., & Rodríguez, J. C. (1987) *La sociedad a pesar del Estado. Movimientos sociales y recuperación democrática en el Paraguay*. Asunción, El Lector.
- Coordinadora de Derechos Humanos del Paraguay (2012) *Informe de Derechos Humanos sobre el caso Marina kue*. Asunción, CODEHUPY.
- Duarte-Recalde, L. (2012) "Variaciones en el Comportamiento Electoral en Paraguay", en *América Latina Hoy*. N° 60.
- Giménez, A. (2005) "Reorganización sindical no debe repetir errores", en Palau, M. & A. Ortíz *Movimientos Sociales y expresiones políticas*. Asunción, BASE IS, CEPAG y SPP.
- González Bozzolasco, I. (2013) *El nuevo despertar. Breve historia del Movimiento Intersindical de Trabajadores del Paraguay (1985-1989)*. Asunción, Germinal/Arandurã.
- Heisecke, H. (2005) "Construcción de los proyectos de izquierda del Paraguay desde la perspectiva de los movimientos sociales", en Palau, M. & A. Ortíz *Movimientos sociales y expresiones políticas*. Asunción, BASE IS, CEPAG y SPP.
- Maidana, A. (2005) "Las fuerzas subjetivas de a revolución. La izquierda y su responsabilidad", en Palau, M. & A. Ortíz *Movimientos sociales y expresiones políticas*. Asunción, BASE IS, CEPAG y SPP.



Martínez, F. (2013) *Las nuevas fuerzas políticas autodenominadas progresistas y/o de izquierda en el Paraguay (2008-2012)*. Paraná, Argentina. XI Congreso Nacional de Ciencia Política (Sociedad Argentina de Análisis Político y la Universidad Nacional de Entre Ríos).

Partido Paraguay Pyahurá (2013) *Partido Paraguay Pyahurá*. Disponible en <http://acercadeparaguaypyahura.blogspot.com/>

Tribunal Superior de Justicia Electoral (2015) Disponible en tsje.gov.py/convencion-nacional-constituyente-1991.html

Vía Campesina (2006) *16 días de lucha y de resistencia en Paraguay*. Disponible en <http://viacampesina.org/es/index.php/temas-principales-mainmenu-27/reforma-agraria-mainmenu-36/152-16-d-de-lucha-y-de-resistencia-en-paraguay>



La Caída del Muro de Berlín:
lecturas transversales



LA DIMENSIÓN CULTURAL DE LA POLÍTICA Y LA EMERGENCIA DE LA SOCIEDAD CIVIL

Ana Wortman

Investigadora en el Área de Cultura y Sociedad del Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Es profesora de la Carrera de Sociología en Teoría Sociológica Contemporánea y de diversos posgrados, fundamentalmente, en el campo de la sociología de la cultura. Ha publicado numerosos artículos sobre políticas y consumos culturales en revistas nacionales e internacionales.

Entre íconos

Hacia el año 2004, tuvimos la oportunidad de ver en salas de cine una excelente película alemana denominada *Good bye Lenin!*¹. En ella se daba cuenta de la vida cotidiana de los alemanes socializados al otro lado de la Cortina de Hierro, denominación del Muro que aludía

1 El boom de un nuevo cine alemán pos caída del Muro comenzó en 2003 con *Good bye Lenin!*, de Wolfgang Becker, que relata la historia de una mujer que pierde la memoria el día de la caída del Muro y a la que su hijo, siguiendo el consejo de los médicos, hace creer que sigue viviendo en la RDA. La crítica de la Alemania del Este es evidente pero no hay ningún matiz de revancha, sino una comprensión nostálgica de un mundo desaparecido.



a la imposibilidad de movimientos y fundamentalmente a la Guerra Fría, hechos que dividían al mundo occidental capitalista del mundo oriental socialista en dos mitades. A través de una historia familiar, de la “vidadetodoslosdías”, la película se proponía reflejar las marcas en la subjetividad de un orden político sumido crecientemente en el aislamiento de la dinámica histórico cultural que -si bien proclamaba la igualdad de los individuos- estaba atrapado por una burocracia estatal que se proyectaba al conjunto de la sociedad imponiendo una vida sin proyectos personales ni “brillos”. La singularidad de esta película nos permitió apreciar -desde la ironía- el impacto y la sorpresa a nivel subjetivo que implicó el derrumbe del Muro de Berlín, esto es, el pasaje de la sociedad comunista a una sociedad de corte capitalista. Para dar cuenta de estas transformaciones y, al decir de Castoriadis, para instituir imaginariamente a la sociedad, diversos objetos y signos significativos fueron elegidos por el director del film como emblemáticos del ingreso de una sociedad a un nuevo estilo de vida vinculado a la sociedad de consumo.

Si bien en esta película vemos nuevamente lo que ya habíamos contemplado en diversas imágenes que circularon por el mundo con la crisis de los socialismos “reales”, es decir, la asociación entre dicha crisis con el derrumbe físico y simbólico, nuevamente, de las estatuas de Marx, Lenin y Stalin como representaciones de la disolución de un régimen político y social², paradójicamente, también este film (del cual sospechábamos la misma representación por el tono del título) nos sorprendió demostrándonos que el capitalismo construye íconos, imágenes emblemáticas, “fetiches”, como lo había anunciado Marx, para su existencia imaginaria y su reproducción.

2 Escena repetida muchas veces, como la imagen de la llegada triunfal de la libertad individual capitalista concebida sin imágenes ni íconos, la ilusión de la sociedad transparente al decir de Gianni Vattimo, en contraposición a la representación totalitaria del socialismo real.



No es casual que el primer indicio que aparece del nuevo sistema instituyente es la publicidad de *Coca Cola*. De esta manera la película nos advierte que no puede existir una sociedad capitalista sin publicidad, y que el consumo es su *leitmotiv*. En segundo lugar, aparece el entusiasmo por la llegada de la televisión satelital como representante del ingreso al mundo y la salida del aislamiento, y en tercer lugar, se muestra el acceso a la diversidad de productos comestibles, distinguidos ahora por la marca y por el diseño de los envases exponentes de la sociedad de consumo capitalista occidental. Con esta última imagen se pone en escena la valoración del diseño en la vida cotidiana así como también otro recurso ideológico de la economía capitalista de consumo, tal como se define desde cierto discurso económico, como es la soberanía del consumidor.

Así, en este momento de la historia, y a través de la expresión de los rostros de estos alemanes del Este, podemos comprender la significación que adquiriría el acceso a estos signos como imaginario que marcaba un camino a la felicidad, a pesar de la desilusión que comenzaron a manifestar -algunos años después- con las consecuencias nefastas de las recurrentes crisis económicas y las dispersiones migratorias. En ese sentido, estas imágenes fílmicas constituyen un buen ejemplo para reflexionar acerca de qué elementos caracterizan y fundamentan en forma opuesta a dos modelos de organización social, así como la importancia que asume la publicidad capitalista en la configuración de identidades, subjetividades y estilos de vida, como un nuevo ordenador social según expresa Bauman (2003). Unos años después, en 2006, pudimos apreciar una película más crítica y dura con respecto al pasado reciente denominada *La vida de los otros*, la cual daba cuenta del autoritarismo cotidiano y del férreo control estatal de los individuos, y en particular de la libertad de expresión, de los intelectuales y de la creatividad artística así como del mundo íntimo de las personas. En ambas películas se pone de manifiesto el ahogo cotidiano y la demanda de libertad.



Fenómenos que se visibilizan con la caída del Muro de Berlín

La caída del Muro de Berlín aparece en la historia del siglo XX como el emblema del fin de una época. Mucho de lo que se empezó a “ver” a partir de esos años ya venía gestándose con las transformaciones del capitalismo posfordista hacia fines de los años setenta (Lash y Urry, 1998). Este sistema fue perfilando un nuevo tipo de trabajador (Sennet, 2004) y otra forma organizacional, lo cual tuvo impacto en múltiples situaciones sociales. Una nueva dinámica societal económica emergió y atravesó a los sujetos: a partir de ella, las sociedades comenzaron a mostrarse más desestructuradas, menos organizadas desde grandes sistemas u organizaciones, y más a partir de redes constituidas por sujetos reflexivos, situación que se desplegó radicalmente con las nuevas tecnologías de la comunicación y la información (Castells, 2009).

Se derrumbó también un modo de concebir la modernidad, fundada en una idea a realizar en el futuro. Se trastocó el modo de vivir el tiempo y el espacio, y esto tuvo consecuencias en las metas de las comunidades y sociedades. No se presentaba en el horizonte de las sociedades generar proyectos colectivos masivos fundados en la postergación de necesidades individuales. El disfrute del tiempo presente comenzó a instalarse como un valor que vaciaba de contenido a proyectos sostenidos a largo plazo. La transformación social imaginada a futuro se deslegitimó dado su fracaso. También los valores de la igualdad y la felicidad colectiva, porque el modelo socialista detrás del Muro había generado nuevas formas de desigualdades y jerarquías, y el ethos subjetivo comenzó a ser otro. Este fracaso generó en el clima cultural cierto escepticismo y el auge de culturas individualistas. La impugnación de ciertos modelos sociales y de cierta manera dominante de concebir a la Modernidad en pos de una ilusoria emancipación colectiva fundada en éticas sacrificiales,



generó un clima de perplejidad y nuevos tonos emocionales al decir de Jameson. Apareció como clima de época la incertidumbre. Todas estas cuestiones características de los años noventa parecieron diluirse o relativizarse ante la emergencia de fundamentalismos y terrorismos con fundamento religioso, así como también de crisis sociales y económicas que provocaron la emergencia de nuevas formas de protesta social.

Este fracaso colocó definitivamente, al menos en esos años, a los EE.UU. como centro del poder económico militar y cultural dentro de la escena mundial. Entonces si los noventa se caracterizaron por situar en el centro del mundo a los EE.UU., a partir del siglo XXI lo que marca el mundo imaginario de la época es que no hay un único mundo regido por los EE.UU. sino que aparecen otros centros de poder que encarnan una cultura negadora de los valores más interesantes de Occidente como son la razón y la libertad, expresados globalmente a través del fundamentalismo islámico o de las formas de la violencia que instalan en la sociedad y el poder al narcotráfico. Al menos el 11S es un emblema de que ese dominio es impugnado por nuevas formas de terrorismo que expresan la existencia de culturas fundamentalistas que se resisten, de una manera perversa, a un mundo global único.

Si en los años ochenta se hablaba de posmodernidad, en los noventa comienza a hablarse de globalización. Hoy, probablemente, lo que signe la época sea la desigualdad globalizada.

El mundo desordenado

Mucho se ha dicho con relación a los significados de este acontecimiento, del cual ha pasado un cuarto de siglo. Lo que resulta más impresionante del aquí y del ahora respecto a ese momento en particular es la velocidad de los cambios sociales y culturales que se producen en el mundo y en



América Latina, fundamentalmente, a partir del siglo XXI, en términos de prácticas sociales, consumos, accesos, etc. De todos modos, y a pesar de que no son lo mismo los años noventa que la primera década del siglo XXI, podemos encontrar un hilo conductor social distinto al expresado con anterioridad a la caída del Muro.

Por otra parte, la desilusión con respecto a un proyecto colectivo que apuntaba a la conformación de una sociedad igualitaria a partir de un férreo control estatal puso en escena a aquellas zonas de las que se sospechaba durante el dominio de los socialismos reales. En efecto, si era el Estado el agente político militar que encarnaba el proyecto de sociedad, con la crisis de este modelo comenzaron a valorizarse otras formas de organización social y política provenientes de otras fuentes. Es decir que si bien sabemos que el poder en forma de dominio necesita del control del monopolio de la fuerza, cuanto éste se convirtió en negador de aquello que decía defender o dependía su existencia de la eliminación de los derechos individuales, fue impugnado a partir de la conformación de nuevos poderes, ahora fundados en la organización de individuos. Es decir que comenzó a revalorizarse al espacio público promovido por la sociedad civil. La revalorización del espacio público constituyó un fenómeno que tuvo múltiples consecuencias en la vida social, cultural y política.

Demanda de ciudadanía cultural

Las revueltas de los países que habían vivido bajo la órbita de la URSS se caracterizaron, con distintas variantes, por luchar por una ampliación de la ciudadanía, orientada a la obtención de derechos individuales y al reconocimiento de identidades diversas, ya no sólo sociales, los cuales resignificaron los procesos políticos de coyunturas de lugares muy distintos. Cuando nos referimos a identidades diversas, aludimos a facetas de los individuos que hacen a una identidad vinculada con su subjetividad no laboral. Es decir, que



comienza a mirarse que las personas no son sólo sujetos de trabajo, sino que experimentan demandas vinculadas a su sexualidad, a sus formas de comunicación, a la necesidad de expresarse libremente, a nuevos estilos de vida, a participar de la producción de bienes culturales, a usos de la ciudad, del cuerpo, a expresiones de una dimensión espiritual no racional, como la religión y las religiosidades, etc. Las demandas ya no son exclusivamente económico sociales, sino también culturales en un amplio sentido de la palabra. Muchas de estas zonas vedadas de la subjetividad del hombre de trabajo, prototipo del sujeto soviético, reflejadas a su vez en el arte stalinista denominado “realismo socialista”, tomaron la forma inicialmente de movimientos sociales, pero también incidieron en la resignificación de las formas organizativas clásicas como los sindicatos, muchas veces estructurados en forma vertical, y también en los partidos políticos que eran identificados con las viejas prácticas unidireccionales de construcción del poder. Esta cuestión es muy compleja ya que si bien surgieron otras formas de identificación social y política fundadas en la horizontalidad y lógicas assemblearias, el debilitamiento de la figura de los partidos políticos, cuestión no resuelta en América Latina, generó problemas de institucionalidad y legalidad política y se tornó en un obstáculo para la construcción democrática.

De esta manera surgieron nuevas dinámicas participativas, de corte horizontal, directamente vinculadas a las necesidades de las personas, y se recuperaron viejas prácticas organizativas en torno a espacios más cotidianos, formas asociativas barriales, locales, etc., menos centralizadas. El renacimiento de la sociedad civil, frente a una sobrevaloración del Estado en la producción de sociedad, coincide con una nueva dinámica del capitalismo a la que aludíamos más arriba, en la cual se valoriza en forma creciente la iniciativa individual, llamada “emprendedorismo”, o *management*. Si en los noventa este renacer se confundió muchas veces con el mercado, a partir del siglo XXI cobra autonomía, se complejiza y asume diversos significados. Podemos entender esta transformación a partir de toda una literatura en las



ciencias sociales vinculada a las nuevas dinámicas del capitalismo posfordista, las cuales señalan que pasamos de una época de capitalismo organizado en base a industrias localizadas en un territorio ocupado por grandes estructuras configuradas para desplazar a sociedades tradicionales, a un capitalismo de la posorganización o desorganizado, al decir de Scott Lash y John Urry, con base en una economía descentralizada, fundado en el empoderamiento del individuo en detrimento de la estructura, que requiere de trabajadores migrantes o mejor dicho móviles, y disponibles para la migración, en el cual el plusvalor ya no deriva del trabajo, sino de los signos. De organizaciones productivas fundadas entonces en la integración vertical, se pasó a otro modelo de organización, que dada la rigidez de la organización soviética no fue posible sostener sino a través del autoritarismo, del control de la circulación, la prensa, el espacio público, el campo intelectual y artístico, los medios de comunicación, etc. El desarrollo tecnológico fue imponiendo otro modelo organizativo en el cual las formas soviéticas quedaban vetustas para el desarrollo social y económico. El modelo posfordista demandaba otro modelo de individuo y de subjetividad, un sujeto reflexivo. Asimismo, los procesos de globalización económica incidieron en que las lógicas laborales sean transterritorializadas y que los individuos pasen a formar parte de más de una cultura.

En el contexto de la crisis de los “socialismos reales”, los cuales ya habían comenzado a manifestar fisuras en sintonía con el Mayo Francés y en un conjunto de episodios de impugnación cultural del capitalismo específicos de la emergencia contracultural de esos años, en América Latina puede entenderse la reapropiación que los sujetos hicieron de sus necesidades subjetivas, ya no definidas por fuertes y grandes ideologías abstractas, hiperracionales e intelectualizadas, sino necesidades, sentimientos, búsquedas, simbolismos, identidades culturales, fuertemente oprimidos en pos de una idea a realizar, como decía Lyotard.

Así, de formas verticales, centralizadas, pasamos a formas descentralizadas. De ideas redentoras de todos, a sentimientos de corte



comunitario. Las nuevas formas de acción colectiva asumieron una dimensión expresiva, característica de una época atravesada por una estetización social (Longoni, 2011). Esta emergencia de la cultura, frente a la gran política, tuvo consecuencias en múltiples planos.

La centralidad de la industria cultural

Si ya no es la sociedad industrial la que constituye el eje central de la ganancia del capitalismo contemporáneo y la que determina el modo organizacional, Lash y Urry proponen revisar el marxismo vinculado con los procesos de circulación. Así es como parte de la teoría social y cultural de los últimos años echa luz en las formas de circulación de las personas, de los bienes y de los signos. En esta nueva mirada sobre la circulación, Lash (1997), en *Sociología del posmodernismo*, argumenta que es el crecimiento de la industria cultural lo que incide en la acumulación capitalista produciendo un desplazamiento del poder de los trabajadores en los procesos sociales, ya que la producción dependía de su fuerza de trabajo hacia el valor del signo. Si ya no son los trabajadores en su relación despojada con el capital los que producen plusvalía, y son los signos los que la producen a partir de la acción de los trabajadores simbólicos, se genera un debilitamiento del poder de los trabajadores organizados (Lash y Urry, 1998). Eso no quiere decir que no existan más los conflictos laborales: existen y muchos, pero cobran otra dimensión y se expresan de nuevas maneras.

Esta culturalización de la industria, en términos de visualidad de los objetos y de todo bien, aun de la música, a partir de la creación de los videoclips, se potencia a partir del peso que va adquiriendo en forma definitiva hacia el siglo XXI. Si eso ya había sido advertido en los ochenta y noventa por los analistas de la crisis de la modernidad, con relación al surgimiento de nuevas culturas producidas por la amplificación de la comunicación, Scott Lash (1997) afirma que asistimos a una época de



crisis de la representación discursiva como consecuencia del primado de los medios electrónicos en la vida cotidiana, los cuales imponen un modo de representación figural, un nuevo modo de representar el mundo que incide en nuestras representaciones subjetivas. Es decir que ya no es la cultura letrada la que da cuenta de una cultura, sino que son sus formas, signos, virtualidades las que la perfilan. Este rasgo epocal es relevante a nivel mundial ya que es sabida la presencia dominante de la televisión y la tecnología en la vida cotidiana de las personas a partir del años noventa. De esta manera el cine, en tanto público en salas de exhibición, y la televisión por cable, como eje de acceso al mundo desde el hogar, aparecen en forma contrapuesta, como dos momentos del devenir histórico de dos modelos de sociedad.

Sociedad civil y cultura

La reemergencia de la sociedad civil asume la forma de movimientos sociales, de nuevas tramas asociativas y de revisión de las viejas, así como expresa la reelaboración de las diferencias culturales. En América Latina y fundamentalmente en contextos de crisis sociales (Argentina, 2001; Brasil y Uruguay, 2002; etc.) surgieron una diversidad de grupos de teatro, nuevos directores de cine, colectivos de artistas, centros culturales, fábricas recuperadas, espacios que otorgaron un lugar significativo a la difusión de movimientos culturales y artísticos de nuevo tipo, dando cuenta de una “reserva cultural” de tono antagonista fundada en pretéritos sentidos anarquistas y/o socialistas. Asimismo, estos movimientos sociales culturales estuvieron asociados a otras dimensiones de la política según venimos argumentando. Así, la demanda social con relación a cuestiones de género, de identidades oprimidas (sexuales, raciales, comunicacionales), adoptaron una forma estética. Cultura y política caminaron juntas desde ese momento. De este modo, en el marco del cuestionamiento a los procesos globalizadores neoliberales, la



escena cultural fue ampliándose y diversificándose, dando cuenta de una sociedad que –en el plano de la cultura artística– es muy compleja y diversa.

La reemergencia de una sociedad civil –profundamente golpeada y debilitada en sus lazos sociales por la sucesión de una serie de procesos políticos, culturales y económicos– revela un interés peculiar por la generación de proyectos culturales. Naturalmente que no es igual en todos lados, pero si podemos advertir este rasgo como común en las sociedades latinoamericanas en el marco de procesos políticos posneoliberales y en las sociedades europeas poscaída del Muro. Si bien estas iniciativas dan cuenta de un devenir, se presentan con un tono de nuevo tipo que es preciso develar en cada caso en particular (Wortman, 2009). Los debates que a nivel legislativo se dieron en la Argentina a propósito de la *Ley de servicios de Comunicación audiovisual*, la *Ley del matrimonio igualitario* y la *Ley del aborto*, así como también las nuevas *Constituciones pluriculturales de Bolivia y Ecuador* las cuales reconocen los derechos y las identidades indígenas, son consecuencia de años y años de acciones político-culturales de los movimientos sociales surgidos de acciones de base y agrupaciones fundados, a su vez, en torno a nuevas identidades. Esta presencia activa de organizaciones otorgó a los procesos políticos de este siglo una dimensión político-cultural que la política latinoamericana no había tenido en experiencias anteriores, habiendo estado más centrada en resolver problemas institucionales y económicos, o en abordar la cuestión de la desigualdad exclusivamente en términos económico-sociales. Estas leyes ponen en evidencia que existen muchas desigualdades.

El desafío para nuestros países es que esta renovación del debate político parlamentario, vía la inclusión de la cuestión subjetiva cultural cuyas demandas antes no tenían denominación política, logre articularse con la cuestión social no resuelta y con la necesaria



organización institucional para la consolidación de la democracia.

BIBLIOGRAFÍA

Bauman, Zygmunt (2007) *La sociedad individualizada*. Madrid, Cátedra.

Becerra, Martín y Mastrini Guillermo (2004) *Industrias culturales y telecomunicaciones en América Latina. Las industrias informacionales ante la Sociedad de la Información*. Disponible en <http://telos.fundaciontelefonica.com/telos/articulocuaderno.asp?idarticulo=7&rev=61.htm> (consultado el 27 de marzo de 2015).

Castells, Manuel (2009) *Comunicación y poder*. Madrid, Alianza.

Filgueira, Fernando, Luis Reygadas, Juan Pablo Luna y Pablo Alegre (2012) "Crisis de incorporación en América Latina: límites de la modernización conservadora", en *Perfiles latinoamericanos*. N° 20. Disponible en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-76532012000200001&lng=es&tlng=es (consultado el 27 de octubre de 2014).

Lash, Scott (1997) *Sociología del posmodernismo*. Buenos Aires, Amorrortu.

Lash Scott y John Urry (1998) *Economía de signos y espacios. El capitalismo de la posorganización*. Buenos Aires, Amorrortu.

Longoni, Ana (2011) "¿Qué queda hoy del activismo artístico?", en *Revista Ñ*, 16 de diciembre. Disponible en <http://www.revistaenie>.



clarin.com/ideas/Cultura_de_la_crisis_0_610738943.html
(consultado el 27 de marzo de 2015).

Mancinas Chávez, Rosalba (2009) *Industrias culturales en América latina: la tendencia a la concentración frente al potencial crecimiento del mercado*. Disponible en <http://www.unav.es/nuestrotiempo/es/temas/el-muro-que-cambio-la-historia> (consultado el 27 de marzo de 2015).

Sennet, Richard (2004) *La corrosión del carácter. Consecuencias personales y subjetivas en el nuevo capitalismo*. Madrid, Anagrama.

Vattimo, Gianni (1990) *La sociedad transparente*. Paidós, Barcelona.

Wortman, Ana (2009) *Entre la política y la gestión de la cultura y el arte. Nuevos actores en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires, Eudeba.



EL FORO DE SAO PAULO: REACCIÓN DE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA FRENTE A LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

Roberto Regalado Álvarez

Doctor en Ciencias Filosóficas, funcionario del Departamento de América del Partido Comunista de Cuba (1971-2010), diplomático en EE.UU. (1979-1983) y en Nicaragua (1984-1988), jefe de la Sección de Análisis del DA-PCC (1988-2010), representante del PCC ante el Foro de Sao Paulo (1990-2010) y profesor investigador del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos de la Universidad de La Habana (2010-2014). En la actualidad es miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, consultor del Instituto Schafik Hándal y del Centro de Estudios de El Salvador.

A poco más de dos décadas y media de aquella fría noche del 9 al 10 de noviembre de 1989 en la que cayó el Muro de Berlín, símbolo del colapso del “socialismo real”, y en la que se produjo la restauración capitalista en Europa oriental y el fin de la bipolaridad mundial, este breve ensayo se propone: sintetizar los análisis y reflexiones actuales del autor sobre la repercusión en América Latina de este parteaguas de la historia del siglo XX, contrastarlos con las incertidumbres que en aquel momento suscitó en la izquierda latinoamericana y resaltar la importancia estratégica del Foro de Sao Paulo como espacio de debate, convergencia, coordinación, construcción de consensos y lucha, que tanto ayudó a esa izquierda



a abrirse nuevos caminos cuando los viejos parecían definitiva e irremediabilmente cerrados.

La caída del Muro vista dos décadas y media después

La caída del Muro de Berlín marca el fin de la etapa de la historia de América Latina abierta, en enero de 1959, por el triunfo de la Revolución Cubana, cuya característica principal fue el choque entre la insurgencia revolucionaria y la contrainsurgencia reaccionaria, y la apertura de una nueva etapa histórica en la cual predominan la lucha de los movimientos sociales y social políticos de signo popular, y los espacios institucionales ocupados por fuerzas políticas y social-políticas de izquierda y progresistas dentro del sistema democrático burgués que, por primera, vez funciona con relativa estabilidad en la región, aunque crecientemente socavado por el imperialismo y la derecha criolla, que intentan recuperar a toda costa su antiguo monopolio del poder. Aquel trascendental acontecimiento fue el catalizador de los cuatro factores externos y cinco procesos continentales que ejercen influencias determinantes en la situación política de la América Latina de nuestros días.

Los cuatro factores externos catalizados por la caída del Muro son:

1. El salto de la *concentración nacional* a la *concentración transnacional* de la propiedad, la producción y el poder político (la llamada globalización), identificable en la década de 1970, que cambia la ubicación de América Latina en la división internacional del trabajo y metamorfosea su estructura socio-clasista.
2. La avalancha universal del neoliberalismo, de la década de 1980, que impone la híper concentración de la riqueza y el híper crecimiento de la exclusión social.



3. El desmoronamiento del bloque europeo oriental de posguerra, que deja el camino libre al avance de la “globalización neoliberal” y el “nuevo orden mundial”.
4. La “neoliberalización” de la socialdemocracia europea, proyectada a escala mundial durante la segunda mitad de la década de 1990 por la Tercera Vía del Partido Laborista británico y la Comisión Progreso Global de la Internacional Socialista, que permea a sectores de la izquierda latinoamericana con versiones “*light*” de esa doctrina¹.

A su vez, los cinco procesos continentales que se desatan a partir de 1989 son:

1. La implantación de un nuevo sistema de dominación del imperialismo norteamericano, basado en la “democracia neoliberal” y los tratados de libre comercio, apuntalado por mecanismos transnacionales de control y sanción de “infracciones”, proceso dominante entre 1989 y 1994.
2. La crisis del Estado neoliberal recién impuesto, debido a su incapacidad de cumplir con las funciones básicas que históricamente le correspondieron al Estado latinoamericano como eslabón en la cadena de dominación, a saber, la redistribución de cuotas de poder entre los sectores dominantes y la redistribución de excedentes para neutralizar a los sectores subordinados, proceso co-dominante entre 1994 y 1998 (junto al siguiente).

1 Para mayor información sobre los cuatro factores externos que ejercen influencias determinantes en la situación política actual de América Latina, véase Regalado (2012: 23-119).



3. El auge de las protestas de los movimientos populares que generan estallidos sociales, pero que aún carecen de la capacidad de desarrollar proyectos de transformación o reforma social, proceso co-dominante entre 1994 y 1998 (junto al anterior).
4. La elección de gobiernos nacionales de izquierda y progresistas, acontecimiento sin precedentes en la historia de la región, fruto de la interacción entre las luchas sociales y las luchas políticas, proceso dominante entre 1998 y 2009.
5. Los éxitos y reveses parciales de una y otra parte en el choque entre el bloque de fuerzas proimperialistas y reaccionarias, que pugna por recuperar los espacios institucionales que históricamente monopolizaron, y el bloque de fuerzas de izquierda y progresistas, que lucha por preservar e incrementar los espacios políticos y sociales conquistados².

El paso del tiempo es el que permite madurar los análisis y reflexiones sobre acontecimientos y procesos históricos. Las líneas anteriores sintetizan las opiniones actuales del autor sobre las repercusiones de la caída del Muro de Berlín en América Latina. Sirvan esas líneas como punto de comparación con la visión y vivencias de 25 años atrás.

La caída del Muro vista en aquel momento

Entre la octava y la novena décadas del siglo XX, la situación internacional era dominada por la crisis terminal del “socialismo real”.

2 Para mayor información sobre los cinco procesos que determinan las condiciones y características de las luchas populares en América Latina véase Regalado (2012: 23-119).



El fin de la bipolaridad dejaba el terreno libre al imperialismo para ampliar y profundizar su dominación en todos los confines del planeta. El capitalismo proyectaba una imagen omnipotente, engalanada con toda una mitología construida en torno a la globalización y a la Revolución Científico Técnica. Supuestamente, la primera era una fuerza sobrenatural que dictaba a la humanidad la inapelable orden de subordinarse al “nuevo orden mundial” imperialista, y la segunda, un proceso capaz de garantizarle al capitalismo vida y prosperidad eternas en el Norte, y quizás también en aquellos países del Sur que cumplieran sus recetas con total diligencia y premura.

Desde su designación como secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov desarrollaba su política de *perestroika*, *glasnost* y “nueva mentalidad” con el propósito de perfeccionar el socialismo. Esa afirmación concitó apoyo en algunas corrientes de la izquierda latinoamericana, y generó desconfianza y escepticismo en otras.

La caída del Muro de Berlín fue el *shock* que despejó incógnitas y deslindó terrenos. A raíz de ese acontecimiento, quienes creían en el discurso del perfeccionamiento socialista se percataron de que la política de Gorbachov conducía a la restauración capitalista, mientras que otros siguieron esperando, infructuosamente, la “rebelión proletaria” que liquidara al “Estado burocrático” e implantara una “verdadera democracia socialista” en la URSS, hasta que se produjo el colapso de esta última.

En medio del clima que antecedió y siguió a la caída del Muro, en la izquierda latinoamericana proliferaban las convocatorias a conferencias, seminarios y talleres para analizar las causas y consecuencias de los cambios en curso, y descifrar su impacto en las condiciones y características de las luchas populares en la región. Una de esas convocatorias fue la realizada por el Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil para celebrar, del 2 al 4 de julio de 1990,



el Encuentro de Partidos y Organizaciones de Izquierda de América Latina y el Caribe. Entre tantas iniciativas similares, esta fue la que tuvo la mayor respuesta porque estaba avalada por el prestigio acumulado en sus diez años de existencia por el PT, nacido de la convergencia de combativos movimientos populares, que cosechó sorprendentes resultados electorales en noviembre y diciembre de 1989, incluido el paso a la segunda vuelta de su candidato, Luiz Inácio Lula da Silva, en la primera elección presidencial directa realizada tras veintiún años de dictadura militar de “seguridad nacional” y cuatro años de la elección indirecta de un presidente civil. Aunque Lula fue derrotado en esos comicios, la movilización desarrollada en su campaña y la votación recibida marcan un cambio de época en Brasil.

En el Encuentro de Sao Paulo se produjeron dos hechos inéditos: uno fue la participación de todas las corrientes de orientación socialista de la izquierda latinoamericana, y el otro fue la yuxtaposición de corrientes socialistas con corrientes socialdemócratas y de otras identidades progresistas que históricamente se repelían entre sí. Sin restarle importancia a esa novedad, que sentó la pauta de la pluralidad del Foro, es importante aclarar que no hubo allí una participación equilibrada que reflejase la fuerza y la inserción social de cada una de las vertientes de la izquierda. Fue mayor la presencia socialista, génesis de los choques posteriores entre los interesados en mantener la identidad y la estructura original del naciente espacio, y quienes se proponían cambiarla por una composición mayoritariamente socialdemócrata y progresista.

La asistencia al Encuentro de Sao Paulo de representantes de todas las corrientes ideológicas de la izquierda obedeció a una combinación de factores. La caída del Muro de Berlín y la acelerada descomposición de la propia URSS provocaban un cambio en la configuración estratégica del mundo que no sólo alteraba las condiciones y las premisas de la lucha de las fuerzas revolucionarias, sino de todo el



espectro de la izquierda. Desde las corrientes socialistas hasta las socialdemócratas sentían igual necesidad de intercambiar criterios. Pero, no era sólo un momento de intercambios, sino también de mutación de identidades políticas e ideológicas, lo cual presuponía un diálogo exploratorio entre quienes hasta ese entonces habían sido adversarios y en adelante podrían ser aliados o incluso compañeros de partido, movimiento o coalición. Ese diálogo lo facilitó el hecho de que ese Encuentro fuese convocado por el PT, fuerza con un abanico de corrientes internas que tenían puntos de contacto con todos los sectores de izquierda y progresistas de la región.

El acercamiento de las corrientes históricamente excluyentes entre sí de la izquierda revolucionaria y socialista fue posible por el cisma ocasionado por la descomposición de la URSS. Sin duda, ese proceso avivó la polémica sobre cuál era el “pecado original” del socialismo soviético: si la dictadura del proletariado, como decía la socialdemocracia; la “burocratización” estalinista, como afirmaban las corrientes trotskistas; el “revisionismo” instaurado tras la muerte de Stalin, como decían los llamados partidos marxista-leninistas (de orígenes maoístas); la “decadencia” en que quedó sumida la URSS a partir del liderazgo de Leonid I. Breznev; o el proceso de *perestroika* y *glasnost* emprendido por Gorbachov. Sin embargo, la inminente desaparición de la “manzana de la discordia”, es decir, de la URSS, y la coincidencia en la necesidad de construir nuevos paradigmas emancipatorios que partieran de las condiciones y las características de América Latina, abrieron un creciente espacio de diálogo y convergencia, por lo que las viejas polémicas fueron descendiendo en la escala de prioridades de las fuerzas de identidades socialistas.

Además de la necesidad compartida de intercambiar criterios y de la mutación de identidades, en la yuxtaposición de fuerzas de diverso carácter político e ideológico también desempeñó un papel determinante el elemento fortuito de que el Encuentro de Sao Paulo



fue concebido como un evento que se celebraría sólo una vez, y no como el acto premeditado de creación de una organización política. Si hubiese existido conciencia de que, al hacer esta convocatoria abierta, se estaba formando la identidad de un foro permanente, habrían surgido aprehensiones de todas partes. No es casual que las pugnas sobre la composición, identidad y objetivos empezaran a aquejar al Foro cuando se decidió sistematizar sus reuniones.

El Foro de Sao Paulo no nació en un sólo *acto fundacional*, sino como resultado de un proceso que abarca los Encuentros de Sao Paulo (1990), México (1991), Managua (1992) y La Habana (1993). Es natural que la construcción del único agrupamiento político existente en el mundo en el que convergen expresiones de todas las corrientes político ideológicas de la izquierda, haya sido un proceso escabroso y plagado de amenazas de ruptura.

Como ejemplo de los enfrentamientos sobre la identidad y composición del naciente agrupamiento, baste mencionar la aguda polémica que suscitó su nombre original, es decir, “Encuentro de Partidos y Organizaciones Políticas de Izquierda de América Latina y el Caribe”, del que un sector quería desaparecer la palabra “izquierda”. Ese sector insistía en rebautizarlo con el nombre “Encuentro de Partidos y Organizaciones Democráticas y Populares de América Latina y el Caribe”. El argumento de quienes intentaban forzar ese cambio era que no se podía “ser de izquierda” y aspirar al gobierno. La imposibilidad de llegar a acuerdos, ni siquiera sobre fórmulas de carácter general, fue lo que hizo surgir el nombre que acuñaría la identidad del agrupamiento de la izquierda latinoamericana: “Foro de Sao Paulo”. Incluso ese nombre fue cuestionado, sobre la base de que aludía a la Declaración de Sao Paulo, en cuya redacción prevalecieron las posiciones de la coyuntural mayoría de corrientes socialistas que allí se formó. No obstante, después de un largo y difícil debate, este nombre fue el que prevaleció.



La interacción de las diversas corrientes políticas e ideológicas de la izquierda latinoamericana en el Foro es compleja porque no presupone que desaparezcan las contradicciones históricas sobre objetivos, estrategias y tácticas de lucha. A veces de manera abierta y otras encubierta, a veces de manera consciente y otras inconsciente, a veces en el debate político y otras camuflada tras la adopción de acuerdos organizativos y de procedimientos, y a veces con enfrentamientos que casi lo hacen estallar y otras con diálogos menos polarizantes, en el Foro de Sao Paulo no recesa la versión actual de la histórica polémica entre reforma y revolución.

La pluralidad del Foro de Sao Paulo es, en esencia, el resultado feliz del enfrentamiento entre corrientes divergentes de la izquierda latinoamericana que, por circunstancias extraordinarias, convergieron en un mismo espacio, del cual intentaron, sin éxito, excluirse mutuamente. Este enfrentamiento no terminó: su pluralidad y su existencia misma dependen de un delicado equilibrio entre fuerzas centrífugas y centrípetas, que permanentemente amenazan con hacerlo estallar.

Dada la importancia adquirida por la lucha electoral en la nueva etapa de la izquierda latinoamericana, la historia del Foro puede dividirse en dos sub etapas: una que abarca desde su nacimiento, en julio de 1990, hasta el XI Encuentro, celebrado en Antigua Guatemala, en diciembre de 2002; y otra que comienza con la elección de Luiz Inácio Lula da Silva a la presidencia de Brasil, en octubre de ese último año.

Durante la etapa comprendida de 1990 a 2002:

- Ninguna corriente político ideológica había demostrado –o había creído demostrar– la validez de su proyecto específico, por lo que el debate sobre objetivos, estrategias y tácticas de lucha se mantenía en términos menos concluyentes.



- La composición heterogénea de los partidos y los movimientos políticos miembros del Foro tenía un mayor peso específico y, por lo tanto, obligaba más a sus respectivas direcciones y secretarías de relaciones internacionales a respetar en el Foro aquellas posiciones que, aunque discrepantes de su línea mayoritaria, eran compartidas al menos por parte de su membresía.

Durante el tiempo transcurrido en la etapa iniciada en 2002:

- Se hace más complejo el funcionamiento del Foro debido a la coexistencia entre sus miembros de partidos y movimientos políticos que acceden al gobierno, con otros partidos y movimientos políticos que no se proponen –o que carecen de posibilidades– de llegar a él.
- El ejercicio del gobierno tiende a obligar a algunas fuerzas políticas progresistas a hacer una afirmación y defensa más perentoria de su compromiso con la preservación del *statu quo* institucional, de cuya alternabilidad entran a formar parte, y a actuar con moderación para mantener una relación funcional con las potencias mundiales, los organismos financieros internacionales y los otros gobiernos de la región.

Como todo organismo político, el Foro de Sao Paulo está sometido a la influencia de cambiantes circunstancias que pueden prolongar su existencia, tal como ocurre en la actualidad, pueden obligarlo a modificarse o pueden hacerlo desaparecer. Entre esas cambiantes circunstancias es preciso analizar, no sólo la coexistencia en el Foro de fuerzas políticas de gobierno y de oposición, sino que cada una de esas fuerzas políticas de gobierno actúa en condiciones singulares y se plantea proyectos diferentes, lo cual tiende a hacer aún más complejo el debate.



El Foro de Sao Paulo: partero de la izquierda latinoamericana del siglo XXI

En síntesis, el Foro de Sao Paulo es un objeto de estudio de sumo interés por tres razones:

1. Es una experiencia única, a saber, la formación, desarrollo y funcionamiento de un espacio en el que convergen todas las corrientes ideológicas de la izquierda; 2. Sus enfrentamientos reflejan las orjalías por las que atravesó la izquierda de la región para adaptarse al cambio de las condiciones y de las características de la lucha social y política ocurrido entre finales de la década del ochenta e inicios de la década del noventa; y 3. De los dos puntos anteriores se deriva que el Foro es un escenario privilegiado para la continuidad del debate histórico sobre la reforma o la revolución.

La historia del Foro de Sao Paulo es parte indisoluble de la historia de la izquierda latinoamericana durante la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI. Su nacimiento no sólo fue motivado por el desbalance del sistema de relaciones internacionales, que hubiese bastado para preocupar a la izquierda latinoamericana, sino sobre todo porque esa izquierda, de pronto, sintió que se movía “a tientes” a raíz del cierre de la etapa de luchas abierta por el triunfo de la Revolución Cubana, y se percató de la urgente necesidad de descifrar cómo recomponerse y hacia dónde reorientarse.

A la izquierda latinoamericana le ha sido muy difícil desentrañar los interrogantes abiertos por el “cambio de época”, y más difícil aún adaptarse a las nuevas condiciones. En ambos aspectos, la contribución del Foro es vital por varias razones:

- Facilitó la búsqueda conjunta de respuestas que, en medio de una vertiginosa transnacionalización de la riqueza y el poder político, eran imposibles o muy difíciles de encontrar dentro de



las fronteras de cada país.

- Le dio alcance continental y proyección mundial a la ruptura de los viejos compartimentos sectarios de la izquierda que se estaba produciendo en los ámbitos nacionales.
- Fomentó el conocimiento directo entre los líderes y las direcciones nacionales de los partidos y movimientos políticos de izquierda de todos los países de la región, lo que repercutió en una mayor comprensión y colaboración.
- Permitió realizar pronunciamientos y emprender acciones colectivas en los ámbitos multilaterales, y dar apoyo y solidaridad a las luchas nacionales en torno a las cuales existe consenso dentro del Foro.
- Incluso en los temas sobre los que no existe consenso, el Foro facilita el acercamiento y el trabajo conjunto de aquella parte de sus miembros que sí coinciden en ellos, lo que no necesariamente crea divisiones, sino que, cuando es bien canalizado, se convierte en un nivel de actividad complementario.

En la medida en que los partidos y movimientos políticos del Foro de Sao Paulo, en unos casos encabezan y en otros forman parte de los gobiernos de izquierda y progresistas electos en América Latina y el Caribe a partir de finales de la década de 1990 e inicios de la década de 2000, con toda propiedad afirmamos que el Foro ha sido, es y seguirá siendo, un gran laboratorio en el que germinan y se desarrollan muchas de las posiciones que esos gobiernos defienden, las cuales se concretan y expresan en procesos como la creación y desarrollo de la Alianza Latinoamericana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Libre Comercio de los Pueblos (ALBA TCP), la reorientación progresista del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), y la creación de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).



En este punto cabe preguntarnos: ¿cómo puede el Foro de Sao Paulo contribuir al fortalecimiento de los procesos y mecanismos de concertación, cooperación e integración? En esencia, ocupando más espacios institucionales que amplíen, profundicen y consoliden el corrimiento a la izquierda del mapa político regional; y construyendo, junto al movimiento social popular, *poder desde abajo*, que apunte y estimule la gestión de los gobiernos de izquierda y progresistas en los países donde estos existan, y que ejerzan presión política y social sobre los gobiernos de derecha en los países donde ellos imperen.



BIBLIOGRAFÍA

Pomar, Valter y Roberto Regalado (2013) *Foro de São Paulo. Construindo a Integração Latino Americana e Caribenha*. São Paulo, Fundação Perseu Abramo.

Regalado, Roberto (2006) *América Latina entre siglos: dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda*. México D.F., Ocean Sur.

Regalado, Roberto (2008) *Encuentros y desencuentros de la izquierda latinoamericana: una mirada desde el Foro de Sao Paulo*. México D.F., Ocean Sur.

Regalado, Roberto (2012) *La izquierda latinoamericana en el gobierno: ¿alternativa o reciclaje?* México D.F., Ocean Sur.

Roberto Regalado (coord.) (2012) *La izquierda latinoamericana a 20 años del derrumbe de la Unión Soviética*. México D.F., Ocean Sur.



ALEMANIA EN EL VIGÉSIMO QUINTO ANIVERSARIO DE SU UNIFICACIÓN

Anna Kaminsky

Nació en Gera (Turingia), en la ex República Democrática Alemana. En 1993 obtuvo su doctorado en lingüística en la Universidad de Leipzig. Realizó diversos proyectos históricos, científicos y exposiciones, además de publicar artículos y libros sobre la situación política en Alemania oriental, análisis cultural y política de la memoria. En 1998 comenzó a colaborar con la Fundación Federal para la Investigación y Evaluación de la Dictadura Comunista en la RDA, organización que dirige desde 2002. Es coautora del libro “Die Berliner Mauer in der Welt” (“El Muro de Berlín en el Mundo”).

Cuando ya entrada la noche del 9 de noviembre de 1989, miles de personas avanzaron hacia los pasos fronterizos del Muro de Berlín, aún clausurados en ese momento, muy pocos realmente creyeron que menos de un año más tarde estarían viviendo en otro país. El temor expresado por Friedrich Christian Hebbel, en el otoño de 1989, en el sentido de que “incluso en el caso de una revolución (los alemanes) tratarían de luchar solamente por la libertad tributaria y nunca por la libertad de pensamiento” demostró ser absolutamente infundado. Cientos de miles de personas ocuparon las calles para reivindicar sus derechos democráticos y sus libertades. “Una locura” era la frase más popular en ese día y en los días subsiguientes.



Sólo pocos meses antes, el Jefe de Gobierno y de partido de Alemania oriental Erich Honecker amenazaba, bajo la impresión de la política reformatoria iniciada por Gorbachov y el creciente movimiento de oposición en la RDA, que el Muro seguiría en pie incluso en cincuenta y en cien años. Un Muro que dividía a Berlín desde el 13 de agosto de 1961 y que durante 28 años desgarró a familias y amistades, destruyó vidas y que solamente en esa ciudad se cobró 130 víctimas mortales. Un Muro que a pesar de todo no pudo evitar que las personas añoraran vivir tal como al parecer sólo era posible en el lado oeste del mismo y de la frontera interna que separaba a Alemania: vivir con libertades y en democracia. Pero también, vivir en ese nivel de bienestar que el sistema deficitario de la RDA no podía ofrecer a sus ciudadanos. Sin embargo, en el lado oeste de Alemania, la mayoría de personas tampoco tuvo suficiente imaginación para concebir una vida en una sola Alemania, sin división y sin muro. En noviembre de 1989, la gran mayoría de personas del oeste alemán afirmaba que no creía que en lo que le restaba de vida se produjera la reunificación del país. Pasaron solamente once meses desde la caída del Muro y Alemania ya estaba reunificada.

Al cabo de la caída del Muro y de la apertura de la frontera al interior de Alemania, el grito de cientos de miles de manifestantes que inicialmente rezaba “Nosotros somos el pueblo” y que era el lema con el cual se habían hecho públicas las marchas de protesta en contra del régimen comunista, muy pronto se convertiría en “Nosotros somos un pueblo”. En los discursos se enfatizó que “volvía a integrarse lo que nació como uno solo” (Willy Brandt, 1989)¹, y que los alemanes del este y oeste “son un sólo pueblo de hermanas y hermanos”². En las únicas elecciones libres celebradas en la RDA

1 “Es wächst zusammen, was zusammengehört”.

2 “Einig Volk von Brüdern und Schwestern”.



el 18 de marzo de 1990 ganaron aquellos partidos y movimientos que en sus programas electorales habían prometido conducir hacia la rápida conclusión de la unidad alemana y hacia el “bienestar, a cambio de socialismo”. Aquellos partidos que apostaron por un proceso lento de reunificación o que incluso favorecerían la continuación en una RDA reformada, fueron castigados en las urnas por los votantes.

El último parlamento en la RDA y el gobierno del primer presidente electo por votación popular, Lothar de Maizière, no tuvieron siquiera seis meses de tiempo para colocar las pautas más relevantes hacia la reunificación alemana.

Mientras Lothar Bisky, jefe del bloque del PDS (*Partei des Demokratischen Sozialismus*, Partido del Socialismo Democrático, organización sucesora del SED, Sozialistische Einheitspartei Deutschlands, Partido Socialista Unificado de Alemania) advertía en 1990 que el único ganador de la unidad alemana sería el lado oeste, el 1º de julio de ese mismo año Helmut Kohl prometía en cambio, durante su alocución televisada con motivo de la introducción del marco alemán en la RDA, que nadie más la pasaría mal y que, al contrario, muchos estarían mejor que antes. Al cabo de unos pocos años, los alemanes orientales alcanzarían el mismo nivel de vida que los alemanes occidentales, y en todas partes surgirían “paisajes floridos”.

El hecho de que la unidad alemana no se podía diseñar en términos de armonía y cordialidad, y que las diferencias entre el este y oeste eran mayores de lo que se supuso durante la euforia inicial, también se evidenció en los comentarios del resultado de las elecciones del 18 de marzo de 1990. Si durante las encuestas previas a las elecciones se pronosticó la clara victoria del Partido Socialdemócrata (SPD), en la realidad éste solamente alcanzó el 21,9% de la votación. El partido que ganó la elección con más del



40% fue la Unión Demócrata-Cristiana (CDU). Otto Schily, uno de los líderes políticos del partido perdedor (SPD), en vez de comentar los resultados electorales después de la votación, se conformó con levantar un banano hacia las cámaras. Veinticinco años más tarde, el parlamentario demócrata-cristiano Philipp Lengsfeld constataba: “La noche del 18 de marzo de 1990 marca el inicio de un golpe indescriptible y ahora público, asestado al este alemán por sectores de las élites del oeste alemán”³. Entonces, en 1990, muchas personas en la RDA veían sobre todo las oportunidades que brindaba la reunificación. Pero en aquella época eran todavía muy pocos los que tenían una idea de las dificultades que se venían. Y, posiblemente, eso fue una suerte. No se prestó oídos a los que intuían los problemas que conllevaba una reunificación tan rápida y considerada como “al apuro”. En vista del “experimento económico y social más grande de la historia alemana”, el periódico semanal *Die Zeit* pronosticó a fines de septiembre de 1990 que “a una velocidad inimaginable y sin precedentes hasta la fecha” se iría a ejecutar una “terapia de *shock*, de las más brutales posibles” (Christ, 1990).

Muy pocos entre aquellos que con su decisión en las urnas habían expresado su aceptación a la unidad alemana, tenían consciencia de lo que significaba volver a juntar dos Estados que durante más de 40 años de separación habían pertenecido a bandos contrarios en lo político y militar, pero también en lo ideológico. A pesar de que el Canciller Federal de la época, Helmut Kohl, advirtió que muchos conciudadanos en la RDA tendrían que adaptarse a condiciones de

3 “Der Abend des 18. März 1990 markiert den Beginn eines jetzt offenen unsäglichen Ossi-Bashings durch Teile der westdeutschen Eliten”.

4 “Viele unserer Landsleute in der DDR werden sich auf neue und ungewohnte Lebensbedingungen einstellen müssen - und auch auf eine gewiss nicht einfache Zeit des Übergangs”.



vida nuevas y extrañas -y a un tiempo de transición que sin lugar a dudas no siempre iba a ser fácil (Kohl 1990)⁴- la mayoría de las personas escuchó sobre todo su promesa de “paisajes floridos”, en la que iría a convertirse muy rápidamente la RDA de entonces. En cambio, los indicios que también estaban contenidos en su discurso, sobre las “dificultades que conlleva la transición y que nadie puede negar”⁵, casi no fueron tomados en cuenta.

En la montaña rusa

Muchas personas del este de Alemania se sintieron como si se hubieran subido a la montaña rusa por lo que tuvieron que vivir en los meses y años subsiguientes, independientemente de cuál había sido su posición personal dentro del Estado de la RDA o su pensamiento sobre el mismo. “Para mí, para mis familiares y amigos, en la RDA la vida pasó del silencio sepulcral a la montaña rusa. No quisiera prescindir de lo vivido. Pero tampoco quisiera repetirlo” (Wittenburg, 2015)⁶.

No se trataba solamente de acostumbrarse de la noche a la mañana a leyes, bienes y reglas completamente nuevos. Las personas también tuvieron que aprender que ya no eran las instancias públicas las que regulaban y dictaban la mayoría de decisiones que se debían tomar desde la cuna hasta la sepultura. De pronto se pedía que hubiera iniciativa propia y que se asumieran responsabilidades.

5 “Schwierigkeiten des Übergangs, die niemand leugnen kann”.

6 “Für mich, meine Angehörigen und Freunde begann nach der Friedhofsruhe in der DDR ein Leben wie in der Achterbahn. Ich möchte es nicht missen. Aber ich möchte es auch nicht noch einmal erleben”.



En los primeros años, esto hizo que muchas personas se sintieran agobiadas. Incluso las actividades más banales como contratar seguros, comprar un vehículo o alquilar un departamento nuevo se convirtieron para muchos en grandes retos, en vista de la cantidad de normas desconocidas y desacostumbradas. Para muchos del lado oriental, lo que más les defraudó fue que, por desconocer las costumbres de Alemania occidental y por un alto nivel de ingenuidad, se sintieron estafados y desvalijados por comerciantes del lado oeste.

Sobre todo, casi nadie en la RDA estaba preparado para los problemas económicos. La RDA había afirmado de sí misma que era la décima potencia más industrializada del mundo. Sobre estas afirmaciones, que no pudieron ser probadas ni por personas en el este ni en el oeste, se establecieron modelos económicos para el rediseño de la economía de la RDA, tratando de lograr competitividad en los mercados internacionales. Pero muy pronto se evidenció que la situación era mucho más difícil. El peritaje confidencial⁷ sobre la situación económica en la RDA, elaborado ya en 1988 por Gerhard Schuerer para la cúpula del partido SED, demostró que ese país estaba quebrado y que muy pocos segmentos de la producción eran competitivos en el mercado internacional. Se decía que los productos no eran modernos y que eran tecnológicamente obsoletos. La productividad laboral en la RDA se ubicaba, comparándola con Alemania occidental y dependiendo del ramo económico, en un 30% a un 50%. En 1990 se demostró cuán arruinada estaba la economía de la RDA en realidad. Durante el intento de reestructurar, según los parámetros del mercado, a la economía dirigida, el fondo fiduciario

7 Documento escrito por Han Hermann Hertle (1988). En 1989 actualizó su análisis. Documento escrito para el Politburó del Comité Central del partido SED.



Treuhandanstalt, creado todavía durante el último gobierno de la SED por el presidente Hans Modrow, enfrentó graves problemas. A esto se sumó que además se perdieron al interior de la propia Alemania oriental los mercados para los productos manufacturados. No había ciudadanos que, después de la introducción del marco alemán como moneda oficial a partir del 1° de julio de 1990, quisieran comprar productos de la RDA, considerados de menor calidad. No iban a gastarse en ellos la “buena plata del oeste”. Pero no era solamente el mercado interno el que se perdió. Los países del este europeo, hacia donde se concentraba especialmente el comercio de la RDA, se encontraban en etapa de disolución. Los socios comerciales y los mercados para la venta de productos en esas regiones también se perdieron⁸. Y tampoco sobrevivió la producción externalizada años atrás a precio dumping por empresas occidentales hacia Alemania oriental. Con la unidad alemana, aumentó notablemente el nivel de los salarios en el este alemán, lo que hizo que esta producción fuera notoriamente menos rentable, comparando con otros emplazamientos en países pos-comunistas o en Asia.

Con el colapso de la economía de la RDA, cientos de miles de personas en ese país perdieron sus puestos de trabajo. Hasta 1994 se habían clausurado más de 4.000 centros de producción, de un total de 14.000. En apenas dos años, hasta 1991, habían perdido su empleo 2,5 millones de personas. De los 9 millones que antes percibían un ingreso quedaban solamente 6,7 millones. Ésta fue probablemente la experiencia más amarga que asocian con

8 Hasta el año 2008, por ejemplo, se invirtieron más de 300 mil millones de euros en la rehabilitación de la infraestructura y la industria del este de Alemania. Cerca de 500 mil millones de euros se invirtieron para financiar la “reconstrucción este”, es decir, para lograr la equiparación de las condiciones de vida, del ambiente y de la economía a las condiciones reinantes en el oeste. Estas cifras por sí solas ya ilustran el nivel de desmoronamiento existente en el este en 1990.



la unidad alemana aquellos que perdieron su empleo y que no pudieron encontrar otro pronto. En la RDA existía el pleno empleo. Casi el 100% de los hombres y más del 90% de las mujeres ejercían su profesión y estaban, por tanto, incluidos en la sociedad. Muchos alimentaban su autoestima con el ejercicio de su profesión, pero de pronto enfrentaban la experiencia de que ni su fuerza laboral, ni sus conocimientos o habilidades, eran ya requeridos: “Al menos eran cinco veces más personas que en el oeste, entre las que se contaban más mujeres que hombres y personas de edad avanzada para trabajar, las que de pronto temían perder sus empleos” (Comisionada, 2014: 15)⁹.

Pero no era solamente la experiencia de ser, en adelante, una persona no indispensable. Muchos alemanes también sintieron la descalificación personal de sus habilidades y de su vida, vivida en la RDA. Se desconocieron o degradaron los títulos profesionales y académicos obtenidos. Las experiencias de los germanorientales en la dictadura eran consideradas, sobre todo, como “déficits”. Recurrentemente se discutía que los germanorientales todavía tenían mucho que aprender: sobre democracia, sobre apertura al mundo y amplitud de miras, sobre cultura de debate. A menudo, las explicaciones para estas manifestaciones se reducían a “es que allá, en la RDA, nunca lo aprendieron”. En un estudio publicado en 2015 sobre el estado de la unidad alemana se llegó a la conclusión de que “las grandes expectativas (...) no prevalecieron por mucho tiempo”. Y que la “permanente crisis económica debido a la transformación (dejó) huellas psicológicas” (Comisionada, 2014: 14).

9 “Mehr als fünfmal so viele Menschen wie im Westen – darunter mehr Frauen als Männer sowie Ältere im erwerbsfähigen Alter – fürchteten nun ihre Arbeitsplätze zu verlieren”.



Con todo, la atención se centró sobre todo en aquellas personas que después de 1990 tuvieron problemas para reubicarse en la Alemania reunificada. Mucho menos se tomó en cuenta a quienes les resultó relativamente fácil retomar su vida después de ese año y que eran la mayoría de los germanorientales. Eran los que se quedaron en el este y encontraron allí un empleo, remodelaron sus casas, viajaron a otros países y rehicieron su vida en el marco de la democracia. Pero muchas personas de Alemania del este abandonaron después de 1990 su lugar natal y se mudaron al lado oeste, porque allí encontraron un empleo y construyeron una vida nueva, según sus propios anhelos.

Malentendidos entre alemanes del este y del oeste

La decepción por las expectativas se expresó de varias formas¹⁰. Por una parte, se valoró cada vez más positivamente la vida que se tenía en la RDA y las condiciones de vida existentes allí. El sistema de educación infantil, la posición de la mujer o el sistema social eran vistos, de pronto, con mejores ojos que en tiempos de la RDA. En los años noventa, la expresión característica sobre la vida en la RDA se resumía en “No todo era tan malo”. Las situaciones de la vida cotidiana que hasta 1989 llevaron básicamente a la gran insatisfacción de los germanos orientales, en retrospectiva, ya no

10 Si uno revisa los títulos de libros publicados en los pasados 25 años se puede entender el proceso: *Warum die Einheit keine ist* (Das Buch der Unterschiede, editado por Jana Simon, Frank Rothe, Wiete Andrasch, imprenta Aufbau Verlag Berlin 2000). *Der “Ossi”. Mikropolitische Studien über einen symbolischen Ausländer* (Springer Fachmedien Wiesbaden [2013], Rebecca Pates, Maximilian Schwochow (editores); Klaus Schroeder: *Das neue Deutschland: Warum nicht zusammen wächst, was nicht zusammen gehört* (2010); Annette Simon: *Versuch, mir und anderen die ostdeutsche Moral zu erklären. Edition Psychosozial* (1995).



se veían como terribles. Se recordaba con especial añoranza que no había desempleo, que los arriendos eran asequibles y sobre todo que las condiciones de vida estaban, por lo general, ordenadas de manera clara. Para los alemanes orientales, la unidad alemana significó un proceso increíble de adaptación que fue de la mano con innumerables inseguridades, con la pérdida de todo lo conocido hasta entonces, y con desorientación. La nostalgia por aquello contra lo que las personas habían protestado masivamente en 1989 puede entenderse solamente ante el trasfondo de la “terapia de *shock*” vivida después de 1990. Esta nostalgia por la RDA, que pronto se tradujo en la palabra “*Ostalgie*” (acrónimo de “*Ost*”, que significa “este” y “*Nostalgie*”, “nostalgia”) tenía muy poco que ver con la realidad vivida durante la dictadura. Muchas personas no quisieron admitir que los problemas económicos no eran consecuencia de la unidad alemana, sino de la desastrosa gestión en la RDA¹¹.

La ilusión del pasado estaba muy condicionada por la perspectiva personal de cada quien. Pero también había otro factor adicional: muchos alemanes occidentales no mostraron interés por plantearse ciertos asuntos del este, sin prejuicios y con miras a pensar si podría ser una ganancia para toda Alemania. Por lo que entre los germanos orientales pronto prevaleció la percepción de que se rechazaba no solamente el anterior sistema político, sino todo lo que se había puesto en práctica en el lado este. A fin de graficar mejor esta situación, quiero citar a continuación un dicho que

11 Lo que no excluye que también se hubieran tomado decisiones económicas erradas en las prácticas de privatización y liquidación, por parte de la *Treuhandanstalt*. Como, por ejemplo, durante el cierre de la mina de sal potásica en Turingia o la transmisión casi total de las empresas germanorientales a inversionistas germanoccidentales. Véase: Michael Juergs (1997) *Die Treuhandler. Wie Helden und Halunken die DDR verkauften*. Munich, Paul List Verlag.



dio en el clavo respecto a la distancia entre alemanes y alemanes después de 1990. Dice un alemán del este a un alemán del oeste: “Nosotros siempre mirábamos hacia el oeste”. Responde el alemán del oeste: “Nosotros también”.

La valoración positiva del Estado que se desmoronó y las marcas que éste había dejado como experiencias se expresaron en numerosas encuestas. Hasta hoy en día, el 57% de los encuestados todavía dice que la RDA tenía más lados positivos que negativos¹². En 1990 todavía el 72% de los ciudadanos encuestados en la RDA decía que en su país debían hacerse muchas reformas, mientras que en el año 2009 esta cifra cayó a 45%. En contrapartida, la cifra de indecisos que en 1990 era del 9% subió al 32%, y el número de aquellos que consideraban que la vida en la RDA era “soportable” avanzó del 19% al 42% en el año 2001, cuando la ola de nostalgia alcanzó su clímax. En 2009, a todo esto, dicha sensación retornó al 23% (Petersen, 2009). En tanto que en el año 2014 la opinión de la población, en cambio, se había desplazado: ahora en las encuestas se valoraba positivamente las posibilidades personales de desarrollarse, el sistema de salud, la equidad y el bienestar social en la Alemania unificada. En cuestiones como cohesión, seguridad y justicia social, y en materia de guarderías infantiles, sin embargo, se consideraba que las condiciones en la RDA eran mejores (Comisionada, 2014: 24)¹³.

Durante los años noventa, las experiencias negativas relacionadas con la unificación condujeron a que en el este de Alemania surgiera un pesimismo social, tanto en lo personal como en lo colectivo. A la

12 <http://de.statista.com/statistik/daten/studie/13027/umfrage/beurteilung-des-lebens-in-der-ddr/>

13 Lo que no deja de ser interesante es que también en el oeste se pensaba que la seguridad y la justicia social se deterioraron después de 1990 ante el trasfondo de la globalización.



par de lo mencionado creció el rechazo al modelo alemán occidental, percibido como no-social e “impuesto”. En las encuestas se encontró que había una diferencia muy importante entre el este y el oeste, con relación al valor que representaba la “seguridad social” versus la “libertad”: mientras que los germanos orientales preferían en su mayoría la seguridad a la libertad, los occidentales decidieron mayoritariamente a favor de la libertad. Sin embargo, tanto en el este como en el oeste existía una amplia aceptación del modelo del Estado social, al que se le asignaba una gran responsabilidad (Comisionada, 2014: 17). En 1993, el 57% de los alemanes del este encuestados respondieron que el socialismo de la RDA era en realidad una buena idea, pero que estuvo mal ejecutada. Hasta el año 2006, la aceptación de esta afirmación cayó a 22,9%¹⁴. Sin embargo, en 2014 el 60% de los alemanes orientales encuestados volvió a responder que considera que el socialismo (entendido como una sociedad colectivamente justa) era en principio una buena idea, en vista del deterioro social y económico que habían vivido en los pasados 25 años. Simultáneamente, una gran mayoría rechazó la variante del socialismo real (Comisionada, 2014: 26).

Por otra parte, y especialmente en los años noventa, se encuentra a menudo, tanto en el este como en el oeste, el reclamo de que se vuelva a construir el Muro y la aseveración de que cada lado estaría mejor sin el otro. Mientras que germanos orientales confirman a los occidentales que son unos arrogantes, fríos y engréidos, los segundos reafirman a sus conciudadanos del este que son unos “llorones”, poco resistentes, vagos y condescendientes con la autoridad. En un nivel retórico muy parecido, se cultivaron los mutuos prejuicios

14 <http://de.statista.com/statistik/daten/studie/173484/umfrage/sozialismus-gute-idee-die-schlecht-ausgefuehrt-wurde/>



en un sinnúmero de chistes y obras de café-teatro político, siendo los principales personajes el “llorón del este” (Jammer-Ossi) y el “sabelotodo del oeste” (*Besser-Wessi*).

Especialmente en el lado este del país, los primeros años de la unidad alemana estuvieron acompañados de una xenofobia alarmante y del resurgimiento de agrupaciones y partidos de extrema derecha. Se sumaron los asaltos y asesinatos de personas de apariencia extranjera. Entre 1990 y 2009 se asesinó a 25 personas en el este de Alemania. Algunas zonas de ese lado eran consideradas como “no-go-areas” para personas de apariencia extranjera, y los grupos de extrema derecha declararon sus áreas de influencia como “zonas de liberación nacional”. Rostock-Lichtenhagen y Hoyerswerda se convirtieron en sinónimos de la cara fea de la unidad alemana y de los déficits de democracia en la parte este de la Alemania reunificada.

A pesar de que tanto en el este como en el oeste en los años noventa se reveló un escepticismo igualmente pronunciado frente al proceso de reunificación alemana y a sus distorsiones, especialmente los alemanes orientales debieron superar sus consecuencias: mientras que para ellos cambiaba literalmente todo, los occidentales por lo general no se vieron afectados por los efectos de la unidad. Pero también en este lado se pensaba que la unidad iba a ser otra cosa. Aunque sucedió justamente lo que Richard Schroeder había vaticinado ya en septiembre de 1990, en el sentido de que los alemanes del este no sólo pagarían el precio más alto por la guerra perdida, sino que además serían los perdedores en la unidad, más allá de que los occidentales se sentían agobiados por ella. Se quejaban porque la unificación les resultaba demasiado cara, porque la nueva infraestructura construida en el este era mucho mejor que la que había en el oeste, y porque los “vagos de los llorones del este” no eran lo suficientemente agradecidos, sino que además siempre estaban quejándose. En los años noventa, este debate alcanzó una dimensión mayor que culminaría en la descalificación de un lado, a



partir de las experiencias vividas dentro del sistema de la RDA, y en la revalorización del otro, en torno a las experiencias desarrolladas en el oeste. Muchos alemanes orientales se sentían, de hecho, como “alemanes de clase inferior”¹⁵. En cartas de lectores, en debates públicos y en otros ámbitos, se podía visualizar cómo la gente manipulaba y se servía de los diferentes trasfondos de experiencias para generar controversia.

Desde el inicio, el apelativo “sistema de la RDA” (que simultáneamente implicaba calificarlo) condujo a discusiones que revelaron las diferencias entre el este y el oeste. Si durante los años noventa la discusión se centró en considerar o no a la RDA como una dictadura, en el vigésimo aniversario de la Revolución Pacífica, en 2009, se sumó la controversia sobre si la RDA había sido, o no, un Estado “arbitrario”¹⁶ (en contraposición al Estado de derecho). Por diversas razones, tanto en el este como en el oeste, en los años noventa hubo resistencia a llamar a la RDA una dictadura. Mientras que al denominar a la RDA de esa manera los del este interpretaban que se hacía referencia a descalificar su vida y la productividad desarrollada en ella, en el oeste el mismo término producía rechazo porque se creía que así se intentaba relativizar a la dictadura nazi. Comparando con esta última, la RDA había sido en realidad sólo una “dictablanda”. Entretanto, el 70% de los alemanes orientales considera que en la RDA se vivía bajo una dictadura. Y mientras que la mayoría de los alemanes occidentales considera que el término Estado “arbitrario” es acertado, los orientales rechazan esta concepción: solamente el

15 En el año 2009, el 35% de los alemanes orientales seguía afirmándolo. Al menos esta cifra ha caído desde 2002, en que estaba en 57%.

16 Anotación de la traductora: en alemán, *Unrechtsstaat* vs. *Rechtsstaat*.



46% de ellos acepta dicho término como un apelativo válido para la RDA (Comisionada, 2014: 26).

La unidad alemana, ¿un modelo de éxito?

Después de los profundos cambios vividos durante la época de transición en los años noventa, y la disminución de la ola de *“Ostalgie”* que alcanzó su clímax a principios de este siglo, existe una creciente satisfacción con la unidad alemana, tanto en el lado este como en el oeste, sobre todo, a partir de mediados de la primera década de este siglo. Lo que también tiene que ver con la mayor satisfacción con respecto a las condiciones de vida de cada individuo. Por una parte, la evolución económica positiva también en el este de Alemania ha logrado que la tasa de desempleo (que en ciertos momentos incluso superó el 20%) haya caído a una cifra inferior al 10%. A pesar de ello, esta cifra no deja de ser el doble de lo que se registra en el lado oeste. En las encuestas hechas, por ejemplo, con motivo del Vigésimo Aniversario de la Revolución Pacífica y de la Unidad Alemana en los años 2009/2010 y 2014/2015 se encontró que la mayoría de los ciudadanos alemanes ven a la unidad alemana con buenos ojos (2009: 61% oeste, 71% este; 2014: 80 % este y oeste). Teniendo en cuenta para ello no sólo las ventajas sociales que trajo la unidad alemana. Al valorar las ventajas personales que generó la unidad alemana, el 77% de alemanes orientales opinó que la unidad había sido provechosa para ellos, superando así notablemente a los occidentales (62%). Entretanto, la mayoría está convencida de que la integración va a funcionar. Con menos frecuencia se discute ahora en la República Federal sobre las diferencias fundamentales entre el este y el oeste, y se aceptan las circunstancias regionales tanto en el norte como en el sur, y en el este como en el oeste, tal como son en realidad: características que se alimentan y se modifican por su origen, por las tradiciones y las experiencias.



En los pasados 25 años se han logrado grandes avances en la Alemania unida. Teniendo en cuenta además que no había un manual al que hubieran podido acudir los responsables de la época, para saber cómo se ejecuta la reunificación de dos Estados que por más de 40 años se habían desarrollado en direcciones opuestas. Sin embargo, aún quedan muchas tareas pendientes. Como, por ejemplo, lograr el objetivo planteado en 1990 y que todavía no se ha alcanzado, de equiparar las condiciones de vida en el este y el oeste. Persisten aun las diferencias de sueldos en aproximadamente un 20% entre ambas regiones. El rendimiento económico en el este de la República Federal también es casi un tercio menor al alcanzado en el oeste. Para la generación joven de personas nacidas después de 1990, la unidad alemana sin embargo es un asunto completamente obvio y casi nadie en esta generación se define a sí mismo como *“ossi”* o *“wessi”*.



BIBLIOGRAFÍA

Christ, Peter (1990) *Die ZEIT*. N° 40, del 28 de septiembre. Disponible en [die-ungleiche-einheit/komplettansicht](#).

Comisionada de la República Federal de Alemania para los nuevos Estados Federados (2014) *Alemania. 25 Años de Revolución Pacífica y Unidad Alemana. ¿Somos un sólo pueblo? Resumen de los resultados*. Berlín, febrero.

Hertle, Hans Hermann (1989) *Vor dem Bankrott der DDR. Dokumente des Politbüro des ZK der SED aus dem Jahre 1988 zum Scheitern der Einheit von Wirtschafts- und Sozialpolitik Berliner Arbeitshefte und Berichte zur sozialwissenschaftlichen Forschung*. Berlín, N° 63. Documento escrito para el Politburó del Comité Central del partido SED, con fecha del 30 de octubre de 1989.

Kohl, Helmut (1990) *Alocución televisada el 1 de julio de 1990 con motivo de la introducción del marco alemán en la RDA*. Disponible en <http://helmut-kohl.kas.de/index.php?msg=555>

Lengsfeld, Philipp (2015) *Tagesspiegel*. 19 de marzo, pág. 6.

Petersen, Thomas (2009) Auch die "Mauer in den Köpfe fällt", en *FAZ*. 25 de noviembre de 2009.

Wittenburg, Siegfried (2015) "Deutschland, einig D-Mark-Land", en *SpON*. 19 de marzo. Disponible en <http://www.spiegel.de/einestages/erste-freie-volkskammerwahl-wahlsieg-fuer-die-d-mark-a-1023750.html>

Traducción: Monica Thiel

